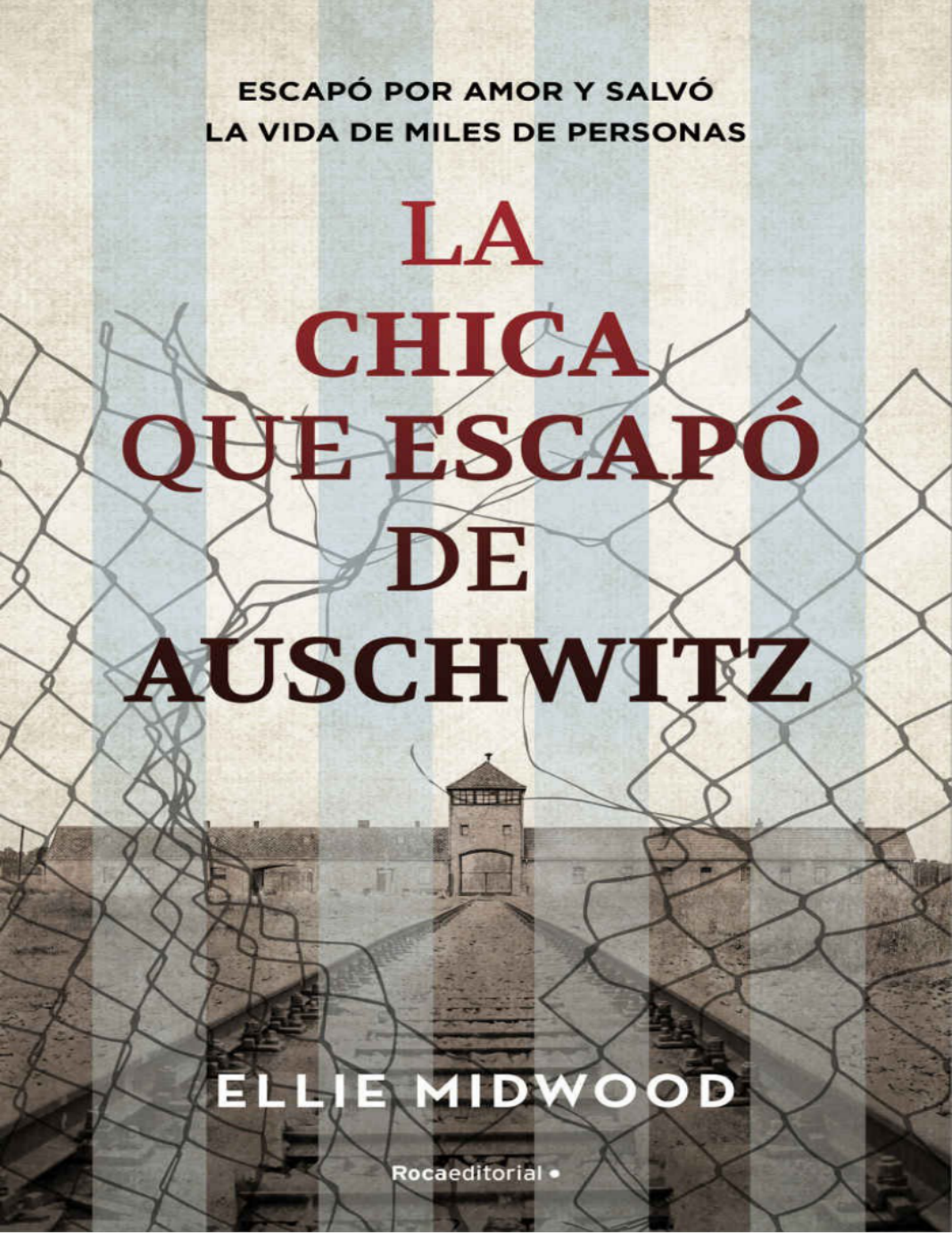
ESCAPÓ POR AMOR Y SALVÓ
LA VIDA DE MILES DE PERSONAS

LA CHICA QUE ESCAPÓ DE AUSCHWITZ



ELLIE MIDWOOD

Rocaeditorial •

La chica que escapó de Auschwitz

Ellie Midwood

Traducción de
Ana Momplet Chico

LA CHICA QUE ESCAPÓ DE AUSCHWITZ

Ellie Midwood

MILLONES DE PERSONAS ATRAVESARON LAS PUERTAS DE AUSCHWITZ, PERO ELLA FUE LA PRIMERA MUJER QUE ESCAPÓ.

UNA NOVELA QUE CUENTA LA INCREÍBLE HISTORIA REAL DE MALA ZIMETBAUM, LA ÚNICA MUJER QUE ESCAPÓ DE AUSCHWITZ.

Nadie sale vivo de Auschwitz. Mala, reclusa 19 880, lo entendió en el momento en que bajó del tren de ganado para dirigirse a las profundidades del infierno. Sin embargo, como intérprete de las SS, Mala usó su posición para salvar tantas vidas como pudo.

Edward, recluso 531, es un veterano del campo y un preso político. Aunque con la cabeza rapada y el uniforme de rayas se parezca a todos los demás, es un luchador de la Resistencia en la clandestinidad. Y tiene un plan para escapar. Sabe que, a pesar de estar rodeado por cables eléctricos, ametralladoras coronando interminables torres de vigilancia y focos reflectores rastreando el suelo, dejarán, tanto él como Mala, el campo de exterminio. Se hacen la promesa de escapar juntos o morir juntos, en una de las más grandes historias de amor de todos los tiempos.

ACERCA DE LA AUTORA

Ellie Midwood es autora *best seller* de *USA Today* por sus libros de ficción histórica. Le debe su interés por la historia de la Segunda Guerra Mundial a su abuelo, quien le contó sus experiencias en el frente cuando ella era una niña. Al crecer, su atracción por la historia la llevó no solo a leer sobre la guerra, sino también a escribir sobre ella. Después de obtener su licenciatura en Lingüística, Ellie decidió dedicarse a la escritura a tiempo completo y comenzó con su primera novela, *The Girl from Berlin*. Ellie enriquece continuamente su

biblioteca con nuevo material de investigación y alimenta su pasión por la historia de la Segunda Guerra Mundial y el Holocausto mediante la recopilación de recuerdos y documentos.

ACERCA DE LA OBRA

«Extraordinario… Absolutamente lleno de emociones que te harán sonreír y llorar.»
Bookworm86

«Una lectura increíble. Me encantó. Sensacional. Una de las historias de amor más inspiradoras de todos los tiempos. Te atrapa desde la primera página y nunca te suelta.»
Goodreads

«Increíble. Me hizo llorar.»
NetGalle

«Imposible dejarlo… Una novela apasionante.»
RK Lee

«Emotivo y desgarrador.»
Tropical Girl Reads Books

«No podía dejar de leer esta novela, y definitivamente me llegó al corazón. Me encantó leer la historia de Mala.»
Heather Loves to Read

Índice

Prólogo
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27
28

29
30
31
32
33
34
35
36
37
Epílogo

Carta de Ellie
Nota sobre la historia
Agradecimientos

Dedicado a todos los luchadores por la libertad, pasados y presentes;
a todos los que se han levantado contra la opresión,
la persecución y la desigualdad.
Seguid diciendo vuestra verdad y librando vuestras batallas.
Vuestra valentía no caerá en el olvido.

PRÓLOGO

Montañas de Zywiek, Polonia. 6 de julio de 1944

La carretera desierta se extendía a lo lejos bajo el sol de primera hora, rodeada de enormes macizos montañosos y valles de color esmeralda. Debajo de la cúpula del cielo, el aire olía fresco, a libertad. Con el mono azul sucio y arrugado tras otra noche en el bosque, Mala mascaba satisfecha una dulce brizna de hierba, completamente ajena al ruido de su estómago. A su lado, Edek silbaba una alegre melodía mientras la abrazaba, con la guerrera de las SS desabrochada y un ligero olor a musgo y humo.

—¿Tienes hambre, Mally? —De pronto, dejó de silbar, al oír el rugido de sus tripas.

Decidida y enamorada, Mala sacudió la cabeza, contemplando con un amor infinito su cabeza rapada.

—Podemos salirnos del camino y buscar más setas —dijo él, estudiando su cara.

Mucho antes de fugarse de Auschwitz, había prometido cuidar de ella, proteger la vida de esa chica con la suya, hacer todo lo posible para que olvidara los horrores del campo de exterminio; sin embargo, ahora la hacía caminar por interminables caminos destrozados, alimentarse a base de setas y bayas, y dormir al raso, con su abrazo como única protección ante las amenazas.

No sabía que eso era todo cuanto Mala necesitaba: sus brazos rodeándola y que el aire no apestara a crematorio. El hambre era la menor de sus preocupaciones: Auschwitz le había enseñado a sobrevivir con un mendrugo.

—No quiero parar todavía —respondió Mala—. Sigamos andando. Cuanto antes lleguemos al pueblo, mejor. Allí compraremos algo de comer y ropa de paisano para ti. —Lanzó una pícara mirada de arriba

abajo a su amante—. Si no, los partisanos te pegarán un tiro en cuanto te vean vestido así.

Con las yemas de los dedos rozando el oro dental fundido que llevaba en el bolsillo (un espantoso regalo de los prisioneros del *Sonderkommando* que trabajaban en los hornos, para contribuir a su huida), Edek asintió y aceleró el paso, como espoleado por unas voces poderosas e inaudibles: «Encontrad un lugar seguro, contad vuestra historia a los partisanos y traedles a este maldito lugar con el victorioso Ejército Rojo, vengad a todas las almas inocentes que nos han obligado a quemar esos bestias de las SS».

Los mismos bestias de las SS cuyo uniforme ahora vestía.

Edek pasó la mano por la dura lana verde gris y se preguntó cuándo por fin podría quitársela y quemarla hasta que no quedaran de ella más que cenizas.

Mala se detuvo a atarse la bota. A escasos pasos de ella, Edek contemplaba las montañas con anhelo.

Perdido en sus pensamientos, no percibió el tono ominoso en la voz de Mala al decir su nombre:

—Edek.

Le salió de muy adentro, en un grito medio ahogado y lleno de terror.

Él se volvió, sonriendo:

—¿Qué pasa, mi amor? —Sintió cómo su sonrisa desfallecía y desaparecía al ver su cara, tan pálida, con la mirada clavada al frente; era como si todo el dolor del mundo se concentrara en sus iris dorados, que de repente habían perdido todo brillo.

Sin mover un músculo, Edek siguió lentamente su mirada: cuando vio a dos figuras de uniforme que avanzaban decididas hacia ellos fue como caer en un negro abismo.

Debían de haber salido del otro lado de la curva de la carretera, solo Dios sabía por qué. Los alemanes raramente patrullaban aquella zona, al menos eso les habían asegurado tanto los prisioneros de guerra soviéticos, que habían llevado a cabo varias fugas exitosas, como los polacos que trabajaban en el campo de concentración y que se mostraron encantados de hostigar a los nazis ayudando a huir a otros

dos reclusos.

Edek sintió un escalofrío funesto que le puso la piel de gallina; miró ansiosamente hacia el bosque a su derecha, y vio de nuevo a la patrulla fronteriza alemana. El cañón de sus metralletas brillaba bajo los rayos dorados del sol de julio. Con cierta desesperación, se quedó mirando las armas; unas lágrimas de rabia brotaron de sus ojos. Había visto a demasiados camaradas derribados por aquellos subfusiles como para albergar esperanzas de que el bosque estuviera lo bastante cerca para que al menos Mala escapara de las balas alemanas…

Como si leyera su mente, ella cogió su mano y la apretó con fuerza, sacudiendo la cabeza con una leve sonrisa.

Edek siempre había sido un soñador. Ella siempre había sido la voz de la sensatez; y ahora lo único sensato era asumir los dos cañones negros que los apuntaban; de repente, ya no había escapatoria.

—Perdóname, por favor, Mala…, te quiero.

Fueron las últimas palabras que dijo antes de que los alemanes los alcanzaran y, con un frío saludo, dijeran educadamente:

—Sus papeles, por favor, *Herr Untersharführer*.

1

Auschwitz, otoño de 1943

No aguantaba más. Ese fue el desalentador pensamiento que golpeó a Edek junto con los primeros rayos del atardecer que entraban oblicuos a través del tejado de los barracones, mientras veía cómo el oficial Bruck pisoteaba repetidamente la cabeza de un prisionero con la suela con refuerzos de metal de su bota. Llevaba un buen rato en ello, y hacía mucho que su víctima no se resistía, ni siquiera se movía, pero el hombre de las SS seguía golpeando su cráneo con la asqueada ferocidad de un granjero que aplasta a una alimaña con la pala.

Al fin y al cabo, eso era precisamente lo que eran los prisioneros para las SS: alimañas. Los nazis se lo habían dejado claro desde su llegada. Edek fue uno de los primeros presos políticos en escuchar sus «discursos de bienvenida», cuando el transporte los dejó, confundidos y cegados por el sol, en el infame apeadero de Auschwitz, en junio de 1940. Aquel día llegaron setecientas veintiocho personas a lo que hasta entonces era el barracón polaco. Ese día dejó de existir Edward Galiński, cadete de la escuela de marina, que se convirtió en el prisionero o *haftling* 531, condenado a trabajos forzados por…

¿De qué le acusaba exactamente la sección polaca de la Gestapo? Había pasado tanto tiempo desde que le obligaron a firmar su confesión que los detalles se le escapaban. Un oficial alemán con anteojos y sospechosamente bien hablado le explicó que si quería salir con vida del sótano de la Gestapo, a *Herr* Galiński le convenía firmar un ilegible texto en alemán y admitir que estaba planeando atentar contra el Reich junto con otros miembros de la inteligencia polaca. Edek trató de explicarle que él no era más que el hijo de un fontanero, y que jamás se le había ocurrido considerarse parte de la élite intelectual, mucho menos meterse en conspiraciones con otras

personas. El oficial alemán asintió con gesto de empatía, luego le dio varios puñetazos en la sien, se limpió la mano a conciencia con un pañuelo y le aconsejó que lo reconsiderara.

Al cabo de aquella semana, Edek firmó el documento.

Todos terminaban haciéndolo, eso dijo en tono cordial el oficial de la Gestapo mientras dejaba el archivo de Edek junto a otros montones de carpetas de color gris con una esvástica que cubrían las paredes de su recién estrenado despacho en la cárcel de Tarnov. Al otro lado de los barrotes de la ventana, en vez de las banderas nacionales polacas, arriadas tras la invasión alemana en 1939, se veían estandartes de color carmesí con la cruz gamada golpeando contra la fachada. En el patio había rojos charcos de sangre junto a un muro acribillado. Allí era donde ejecutaban a los enemigos del Reich, sobre todo a periodistas y liberales, que agitaban al pueblo común y confundían sus mentes en contra de la propaganda oficial del Estado. Ese tipo de contestatarios eran los primeros con los que acababa la Gestapo, a cuyo parecer decían la verdad demasiado alto.

Los nazis no le habían mentido, como descubrió por los hombres que compartían su transporte a Auschwitz. Todos estaban allí por lo mismo que Edek.

—Somos culpables de ser jóvenes y sanos, de ser capaces de empuñar un arma y organizar una revuelta contra esos hijos de puta de los nazis —dijo uno de ellos mientras le daba una calada a su cigarrillo, con los ojos mirando al vacío indolentemente. A sus pies tenía un montoncito de objetos personales que dejaban llevar a los presos a su nuevo destino, cuyo nombre los guardias ocultaban perversamente. Hablaba en voz baja, pues «esos hijos de puta de los nazis» habían sustituido a la policía polaca en la estación e iban sentados en los bancos de su mismo vagón de tren: los fulminaban con los ojos entornados y los insultaban cada vez que alguno miraba hacia la ventana—. Eso les basta para acusarnos de conspiración y alejarnos de la gente —continuó el tipo—. Las mujeres con niños y los ancianos no representan ninguna amenaza para los alemanes. Por eso son los únicos a los que han dejado en paz, al menos por ahora.

Se llamaba Wieslaw.

Ahora, tres años y medio después, estaba junto a Edek viendo cómo el guardia de las SS mataba a un hombre a patadas; con solo mirarle, Edek supo que su amigo tampoco aguantaba más.

—Tenemos que salir de aquí —murmuró Edek en polaco.

Por desgracia, Bruck, el oficial de las SS, también lo oyó; se volvió al instante, olvidando a su víctima en el barro.

—¿Hablando otra vez en vuestro idioma de cerdos? —gritó jadeando. Tenía la vena del cuello hinchada bajo las insignias de las SS de su chaqueta—. ¿Quieres pasarte unos días en la celda de castigo para que te refresquemos esos principios?

Edek agachó la mirada y se disculpó de inmediato. Ya había pasado más días de los que le gustaría recordar en la celda. Era una caja de hormigón del tamaño de una caseta de perro, sin ventanas ni espacio para levantarse; solo había un cubo mugriento en la esquina para hacer las necesidades y un cuenco de comida que te ponían delante una vez al día. Sin embargo, el auténtico castigo no era la falta de comodidad física, sino el aislamiento total y absoluto en aquella oscuridad absorbente que te iba volviendo loco poco a poco. Después de pasar unas horas allí, empezaba a abrumarte una sensación paralizante de estar enterrado vivo que no desaparecía ni aullando con todas tus fuerzas. Quien había diseñado esos espantosos agujeros se había asegurado de que estuvieran completamente insonorizados: podías desgañitarte todo lo que pudieras, que la única respuesta a tus desesperadas súplicas era el eco que devolvían sus cuatro paredes.

No, Edek no quería volver allí.

El hombre de las SS se les acercó con las manos en los bolsillos. Era tan joven como ellos, poco más de veinticinco años, con el mismo rostro terso y los ojos brillantes, aunque su cuerpo lucía saludable y musculado; además, él no llevaba la cabeza afeitada, sino un peinado que parecía estar de moda: corto por los lados y la parte de atrás, y con un mechón largo y sedoso que le caía sobre un ojo. Un ejemplar perfecto de ario, de amo del mundo por derecho propio. Una sonrisa irónica asomó a sus labios.

—¿Qué te ha dicho? —Se puso nariz con nariz con Wieslaw, mirándole sin pestañear con sus ojos azul claro.

Pero el amigo de Edek no iba a dejarse engañar por aquel tono repentinamente amistoso.

—Estaba admirando su reloj, *Herr Scharführer* —le explicó con voz grave y su alemán titubeante—. Decía que nunca ha visto uno tan bonito.

Edek volvió a respirar. Para ese tipo de cosas, podía confiar en Wieslaw, que se había ganado el respeto de todo el campo por su capacidad de improvisación.

El oficial de las SS alzó su mano lánguidamente. El rojo del atardecer centelleaba suavemente sobre la esfera dorada de su reloj. «Robado a algún judío», pensó Edek, aunque no lo dijo, por supuesto, sino que volvió a disculparse por hablar en su idioma materno.

El *Scharführer* Bruck vio que Edek tenía sobre el pecho un número de prisionero de los primeros, lo reconoció como un veterano del campo e hizo un gesto con la mano para que se apartara.

No era la primera vez que su número de prisionero o el triángulo rojo de preso político le salvaban de una paliza o un balazo. Desde que las SS llevaron a los primeros judíos a Auschwitz, parecían haber decidido canalizar todo el odio ideológico hacia ellos. De repente, los polacos ascendieron a la posición de *kapos* (funcionarios reclusos) junto con criminales alemanes que lucían orgullosos ropa de calle en la que llevaban zurcidos unos triángulos verdes. Edek podía sentirse afortunado por ese cambio en el centro del odio, pero aun así sentía lástima por esos pobres desgraciados a los que asesinaban por pertenecer a la raza equivocada, simplemente.

—¿Adónde vais? —preguntó el oficial de las SS.

—A Birkenau, *Herr Scharführer* —contestó rápidamente Edek—. Órdenes del *Rottenführer* Lubusch.

—¿Lubusch? ¿El *Kommandoführer* del taller de cerrajería?

—*Jawohl*, *Herr Scharführer*. Estamos ayudando a los carpinteros siguiendo órdenes suyas.

Edek se disponía a darle más explicaciones, pero Bruck ya había perdido todo interés.

—Llevaos este fiambre asqueroso al carro… —Con un perezoso gesto de la mano, Bruck señaló hacia lo que los prisioneros llamaban

«el carro de la muerte» que había junto al muro del barracón, donde había ya una pequeña montaña de cadáveres apilados—. Y vosotros, marchaos. No os han mandado aquí para que os quedéis pasmados mirando los relojes de la gente.

Sin embargo, a pesar de las quejas y la sonrisa de desprecio del oficial, Edek sabía lo mucho que le había gustado el cumplido. El reloj debía de ser muy caro. Se preguntó a quién se lo habría robado antes de quitarle la vida; pensar en eso le revolvió el estómago.

«Tenemos que salir de aquí.» Esas habían sido sus palabras a Wieslaw, e iban en serio. Estaba harto de ver a los SS pisotear a sus inocentes víctimas hasta matarlas, para luego quedarse con las pertenencias de los asesinados. Pero, más que nada, estaba harto de mostrar respeto a aquellos cabrones de uniforme, de disculparse por hablar polaco, de tener que descubrirse la cabeza rapada cada vez que uno de ellos se acercaba, de que le llamaran ser infrahumano y tener que comportarse como si de verdad lo fuera.

2

Birkenau, campo de mujeres

El bloque de clasificación era un caos, como cada vez que llegaba un nuevo grupo de mujeres y las SS se ponían a perseguirlas por el barracón con el chasquido de sus látigos y soltándoles los insultos más desagradables. Cuando estaban en el apeadero, muchas ingenuas aún albergaban esperanzas, pero en aquel bloque solían despedirse de sus últimas ilusiones, con la ayuda de los golpes de los *kapos* y los gritos de mofa de las SS.

Aún turbada por los recuerdos de su escalofriante experiencia en aquel lugar, Mala estaba junto a la mesa de la guardiana principal de las SS, esperando pacientemente a que terminara con el papeleo; con una mirada atormentada, observaba a aquella aterrada multitud.

Como mensajera del campamento, Mala era la encargada de llevar órdenes y documentos oficiales de las SS de un bloque a otro, cuando no ayudaba con las tareas administrativas a la líder del campo de mujeres, Maria Mandl. Ella no tenía nada que temer de los guardias o de los *kapos*. Un brazalete oficial con el símbolo de *lauferin* en el brazo izquierdo, la ropa de calle y su melena rubia recogida en un moño la diferenciaban de la población general del campo. Sin embargo, el bloque de clasificación la superaba; allí dentro se destrozaban a porrazos los últimos vestigios de esperanza, allí se cercenaban vidas y desaparecían junto con mechones de pelo rapados, allí se anulaban los nombres para ser sustituidos por números, grabados para siempre en el antebrazo de las mujeres con un utensilio de tatuar de lo más tosco.

—¡Quitaos toda la ropa, guarras! *Schnell, schnell, schnell!* ¡Moveos, moveos, moveos, rápido! Quitaos todo: sí, también esa asquerosa ropa interior, pequeñas cerdas. —Sonó el crujir de un latigazo seguido de un grito de dolor—. No os quedéis paradas y poneos en fila antes de

que pase algo.

Algunas mujeres intentaban protestar a pesar de todo. Normalmente se trataba de madres de familia ortodoxas, aunque no suplicaban entre lágrimas de preocupación por ellas mismas, sino por la situación de sus jóvenes hijas: «¡Haga lo que quiera con nosotras, pero deje a las chicas, *Frau Aufseherin*!». Las muchachas miraban petrificadas y temblaban con la boca abierta, intentando refugiarse por última vez en el abrazo de sus madres antes de ser arrancadas de sus brazos para siempre. Luego las empujaban hacia el recluso que estuviera de guardia más cerca, que les preguntaba si se desvestían solas o si necesitaban ayuda, porque ellos estarían encantados de echarles una mano.

Aquel comentario desataba grandes carcajadas entre otros funcionarios reclusos que esperaban en el siguiente puesto, una enorme sala con sillas bien ordenadas, como era habitual entre los alemanes; allí se rapaba el pelo con máquinas industriales de esquilar a las chicas desnudas y humilladas mientras ellas no dejaban de llorar.

El momento en que le afeitaron la cabeza acabaría siendo el peor recuerdo de Mala de su primer día en Auschwitz. Ya había transcurrido un año y medio desde que un prisionero con el triángulo rojo pasó sus ásperos dedos por su melena rubia («¡Como el oro…., qué pena, la verdad!») y empezó a chasquear la lengua fingiendo lástima mientras su precioso pelo caía a mechones sobre sus hombros, su regazo y las palmas abiertas de sus manos.

En un gesto desafiante, o llevada por algún deseo de conservar algo de su antiguo yo, Mala se quedó con uno de los mechones y se negó a tirarlo, aun cuando empezaron a perseguirla por el bloque de desinfección. Lo guardó mientras las metieron en una tina con una solución química verde y apestosa; tampoco lo soltó cuando les echaron polvos en el cuero cabelludo, las axilas y el pubis, ya rapados y escocidos; lo mantuvo dentro del puño cuando las metieron a empujones en una sórdida sala con cabezales de ducha que las miraban ominosamente desde el techo. Más tarde supo que la cámara de gas era exactamente igual. Por suerte para ella, el médico de las SS que estaba en el apeadero el día que llegó buscaba a gente que supiera

idiomas, y ella hablaba seis con fluidez. Aquel día no hubo gas para Mala, solo una ducha normal. Los reclusos esenciales escaseaban, cosa que ella no tardó en descubrir.

Las chicas ortodoxas veían caer su cabello con resignación. De todos modos, iban a renunciar a él, ya que las mujeres judías creyentes tenían por costumbre llevarlo rapado desde la noche de su boda, lucir turbantes o peluca en público, y quedarse calvas como cuando nacieron hasta el día de su muerte. Pero Mala no había crecido en una familia religiosa. Su padre se negó a la idea de la comuna, a aceptar que el único papel de la mujer fuera el de madre y ama de casa, a tener que consultar con los líderes religiosos cualquier decisión importante; por tal motivo dejaron la localidad polaca de Brzesko y se fueron a vivir a Amberes, en Bélgica, una ciudad mucho más cosmopolita, donde educó a su hija para que se convirtiera en una joven independiente y autosuficiente.

Desoyendo las normas ortodoxas, Pinkus Zimetbaum animó a Mala a aprovechar la mejor educación que le podía ofrecer; cuando el negocio familiar atravesaba dificultades por su progresiva ceguera, aceptó agradecido que ella empezara a ganar el pan para la familia. Los rabinos de su antigua comunidad conservadora en Polonia jamás hubieran aceptado que una joven trabajase en la conocida casa de modas Maison Lilian, pero Pinkus sí, y no solo lo aceptó, sino que animó activamente a su hija a ganarse el sustento para no tener que depender de la buena voluntad de nadie.

—Así, si algún día me pasa algo, serás capaz de mantenerte sola, Mally. Hemos venido a Amberes para que vivas tu vida como quieras y no como lo crea conveniente la comuna. Quiero que descubras el amor por ti misma, en vez de casarte con alguien elegido por el casamentero de la comuna. No soportaría la idea de verte infeliz. Deseo que seas tan libre como quieras y que disfrutes de todo lo que el mundo tiene que ofrecer. Eres una chica brillante, Mally. Brillante y libre, y estoy inmensamente orgulloso de ti. No dejes que nadie te arrebate la libertad.

Sin embargo, los nazis entraron en Bélgica después de invadir otros países europeos con la misma facilidad; a diferencia de su padre, a

ellos no les importaba un comino que Mala fuera ortodoxa o asimilada. Una judía era una judía, y los judíos solo valían muertos, o trabajando para la prosperidad del Reich: esa era la ideología mayoritaria entre los alemanes. Luego vino lo ya sabido: el campo de detención en Malinas, el tren de ganado, Auschwitz y el número 19 880 tatuado en su piel.

Primero le quitaron la libertad. Luego, el cabello. Ahora Mala había conseguido recuperarlo, y se había jurado a sí misma que algún día recuperaría también la libertad.

En ese momento, ya una veterana del campo: veía cómo rapaban a aquellas chicas como si fueran ovejas, con ojos tristes y compasivos, y se pasaba la mano por su corto pelo inconscientemente, como para asegurarse de que seguía ahí, que había resistido, que había trepado hasta lo más alto del tótem del campo y que estaba a salvo del abuso y la aniquilación. No obstante, aún guardaba aquel mechón de pelo como un tesoro, en una bolsita de tela, en el bolsillo de su falda: era una suerte de recordatorio de la libertad perdida y de la promesa que se había hecho a sí misma de que algún día la recuperaría.

—¡Esto va contra los derechos humanos, atenta contra cualquier lógica! —gritó una mujer—. No somos criminales. ¿Qué motivo hay para tratarnos de este modo?

Alarmada, Mala alzó la vista hacia la mujer que se había atrevido a hablar. Seguía vestida; de hecho, iba muy elegante, con un traje de *tweed* y zapatos de charol. Mala notó que uno de los funcionarios presos ya los había fichado con mirada golosa.

Apartándose de la pared contra la que estaba apoyada, Mala avanzó hacia la mujer, que, al parecer, no había reparado en que hablar de derechos humanos en aquella fábrica de muerte no tenía sentido.

Sin embargo, ella se negaba a que la multitud aterrada a su alrededor la acallara, y su voz iba ganando fuerza y convicción.

—He estudiado derecho internacional. En la historia de los Estados civilizados, no hay ningún precedente de que ciudadanos libres se hayan visto detenidos y trasladados contra su voluntad como ovejas para ser encerrados en un campo de concentración. Exijo hablar con representantes del derecho internacional…

Un golpe con la porra del *kapo* puso un fin drástico a sus quejas. Se lo había pegado en lo alto de la cabeza con la fría crueldad de un carnicero acostumbrado a su oficio, de alguien que lo lleva a cabo de forma mecánica y ejemplar. La mujer cayó a los pies del *kapo* como una marioneta a la que le hubieran cortado los hilos y se derrumbó.

—¿Está muerta esa puta bocazas? —preguntó la guardiana de las SS desde su mesa. Ni siquiera había levantado la cabeza, tan elegantemente peinada, de la lista donde iba apuntando nombres y números.

El *kapo* dio una fuerte patada en el estómago a la mujer. Todo el bloque oyó el aire saliendo de sus pulmones; pero la última víctima del *kapo* no se había movido.

—*Jawohl, Frau Ausfseherin* —confirmó el *kapo*, sin inmutarse—. Ya puede procesarla.

Acto seguido, hizo un gesto a dos de sus subordinados. No necesitaba más instrucciones de la mujer uniformada. Era una máquina de matar perfectamente engrasada, con una porra de madera en la cadera que parecía simbolizar la autorización de los SS para reducir el número de indeseables, y con los ojos carentes de cualquier emoción.

Sin más ceremonia, desnudaron el cadáver. En un rincón, junto a los altos sacos llenos de ropa desechada, dos mujeres del Canadá (el *kommando* de clasificación que confiscaba y redistribuía las pertenencias de los prisioneros) se peleaban por la chaqueta de la mujer. Mala vio que otra reclusa ya estaba afeitando la melena rizada de la difunta abogada, mientras su compañera del *kommando* examinaba sus orificios en busca de objetos de valor que pudiera tener escondidos.

—Solo dos fundas de oro en la boca —anunció al terminar el registro.

Un recluso dentista estaba al quite con las tenazas listas.

De pronto, la guardiana de las SS soltó un grito ahogado.

—¡Maldita perra! ¿Sabe alguien cómo se llamaba?

—Helga Schwartz. —El *kapo* dijo su nombre tras consultar los documentos que el *kommando* Canadá había dejado en el suelo; a ellos

solo les interesaba la ropa, no la identidad de una judía muerta más o menos.

—*Doctora* Helga Schwartz —le corrigió Mala muy suavemente—. Era doctora en Derecho.

Mala sintió una extraña satisfacción al ver a la guardiana de las SS escribir «doctora» delante del nombre de la mujer en la lista antes de entregársela, pues aquello tal vez le otorgara esa última dignidad una vez muerta.

Mientras llevaba los papeles del bloque de clasificación a las oficinas del campo para su archivo, susurraba el nombre de la doctora Schwartz para sí, grabándolo en su memoria. Puede que los nazis y sus subordinados la hubieran sacrificado y que ya la hubieran olvidado, como una más de sus incontables víctimas, pero ella no lo haría. Mala la guardaría en su memoria y, cuando saliera del campo, contaría al mundo que la doctora Schwartz murió como una heroína, luchando hasta el final por los derechos de sus compañeras de sufrimiento.

3

Auschwitz

El taller de cerrajería estaba en plena actividad, como cada tarde. Las máquinas rugían y resonaban; de vez en cuando, caía una cascada resplandeciente de chispas sobre el suelo de hormigón. Las virutas de metal crujían bajo la suela de las botas de los *kapos*, que deambulaban dándose aires, acariciando con sus rudos dedos el mango de sus porras, mientras con ojos duros y penetrantes buscaban cualquier excusa para golpear alguna espalda con ella. Un fuerte olor a hierro y grasa inundaba el aire.

Edek inspeccionó superficialmente una pieza de metal que acababa de fabricar y la tiró dentro de una caja de madera. Era la doscientos setenta y siete que hacía hoy, pensó con desprecio hacia sí mismo. A él no le importaba hacer cerraduras, hasta que un día, Karl, uno de sus *kapos* (un alemán bajo y malvado que siempre llevaba la boca torcida en una mueca maliciosa) les contó cuál era su destino último. Y de pronto, a todos se les hizo un nudo de asco en el estómago, al enterarse que con su trabajo contribuían al exitoso funcionamiento de la máquina de terror nazi.

—Las cárceles de la Gestapo, corderitos —les dijo Karl con voz cantarina. Por su odiosa sonrisa, era evidente el diabólico placer que encontraba en la expresión de muda y atónita incredulidad de todos —. Estáis ayudando a encerrar a vuestra gente. Seguro que os darán las gracias cuando lleguen aquí…, si es que tienen la suerte de llegar tan lejos.

Karl era un delincuente profesional, enviado a Auschwitz para ser reeducado. A Edek siempre le había fascinado que el sistema de justicia alemán pusiera a asesinos, violadores y ladrones por encima de ellos, ciudadanos comunes que nunca habían quebrantado la ley; su

único pecado venía de la sangre. Según la retorcida lógica nazi, los criminales *Reichsdeutsche* podían ser reeducados, mientras que los ciudadanos polacos, los prisioneros de guerra soviéticos y los judíos tenían que estar en campos de concentración.

A menudo se quedaba despierto en el silencio de su barracón, buscando entre sus recuerdos el día exacto en que el mundo se había vuelto loco, los criminales habían empezado a ser ensalzados como héroes, la libertad de prensa se había convertido en una máquina de propaganda, y un dictador cruel y narcisista había empezado a ser venerado como salvador de la nación. Pero no lo encontraba. Pronto desistió. Se desquiciaba demasiado por su sentido de la justicia; le hacía temblar de indignación y, en Auschwitz, malgastar tus nervios en ilusiones vacías era un billete para acabar en la cámara de gas.

—¿Por qué te comes tanto la cabeza? —le preguntó Wieslaw una noche, con la voz gangosa de sueño. Compartían un catre y los movimientos de Edek debían de haberle despertado—. Estás malgastando una energía valiosa para nada. ¿Crees que tu perfecto razonamiento del mundo va a convencer a las SS de que te liberen? Ni de guasa. Así que deja de dar vueltas y suspirar exasperado y duérmete de una vez. Si queremos sobrevivir en un sitio como este, más vale que nos olvidemos de tales cosas. Ahora lo que tienes que pensar es quién hay en las cocinas de las SS que pueda darte pan a cambio de cigarrillos, así como qué *kapo* no te reventará la cabeza si pasas más de un minuto en las letrinas. Esas son las cosas primordiales, todo lo demás carece de importancia.

Doscientas setenta y ocho. Edek marcó el número en la hoja y pensó en la ración extra de sopa de nabo que recibiría si alcanzaba las quinientas piezas, como recompensa por superar la cuota diaria, según las órdenes del nuevo *Kommandant*. El anterior funcionaba de otra manera: enviaba directamente al crematorio a los prisioneros incapaces de seguir el ritmo.

Doscientas setenta y ocho piezas para producir doscientos setenta y ocho cerrojos que servirían para encerrar a doscientas setenta y ocho personas en los sórdidos calabozos de la Gestapo, que olían a sangre y muerte. Que existieran esos números, que los nazis encarcelaran a

tanta gente, desafiaba cualquier lógica. Sin embargo, entonces miró a su alrededor y vio que los números tenían sentido. Los crematorios de Auschwitz ya se habían tragado a cientos de miles (tal vez millones), y estaba convencido de que aquel no era ni mucho menos el único lugar donde se eliminaba a la gente por el mero hecho de ser de una etnia equivocada.

El grito de un mensajero («¡Carta para el *Rottenführer* Lubusch!») le sacó de su triste ensoñación. Se limpió la grasa de las manos con un trapo y cogió el sobre del chico, casi agradeciendo la distracción.

—Vete, ya se la doy yo —le prometió—. *Herr Rottenführer* está en su despacho. Ahora tengo que ir allí.

Dos *kapos* estaban fumando junto a la entrada del despacho del *Rottenführer*. Al ver a alguien doblar la esquina, uno de ellos se quedó petrificado de miedo; cuando comprendió que era solo un recluso, sus hombros se relajaron y siguió cotilleando sobre los últimos chismes de Auschwitz.

Edek se detuvo ante la puerta, se quitó la gorra de rayas de la cabeza rapada, se arregló el uniforme y llamó:

—Pase.

El *Rottenführer* Lubusch, supervisor directo de su trabajo, estaba escribiendo sentado tras su mesa. A pesar de que era joven, parecía mayor que Edek por la expresión pensativa y triste de sus ojos claros; su lugar estaba en las bibliotecas polvorientas de las viejas universidades, no en el grasiento taller de cerrajería de Auschwitz. Todo él, sus delicadas manos de dedos largos y finos, ese aire de discreta sofisticación que no se adquiría ni cultivaba, sino que se heredaba, incluso la raya que dividía el oscuro cabello en su cabeza, limpia como si la hubiera trazado con una cuchilla, desentonaba con su uniforme de las SS. Sí, le quedaba entallado y elegante, pero le pegaba tan poco como un uniforme de rayas a un empleado de la inteligencia polaca. Tal vez por eso Lubusch no dejaba de rascarse bajo el cuello de la chaqueta con una mueca incómoda, quejándose de lo áspero que era el material o del jabón que utilizaba el *kommando* de la lavandería. Hasta su piel lo rechazaba, o eso se decía Edek.

Edek saludó nada más entrar (no le importaba tanto cuando se

trataba de aquel oficial concreto de las SS) y se acercó al escritorio.

—Una carta para usted, *Herr Rottenführer*. Y las cifras de producción de la primera mitad del día. Hoy me encargo yo del reparto de la comida…

Sin embargo, Lubusch no le estaba escuchando. En cuanto reconoció la letra pequeña y cuidada del sobre, se la arrancó de la mano y la abrió ansiosamente, mientras una cálida sonrisa inundaba su rostro, transformándolo de inmediato.

—Ya sabe dónde ponerla. —Sin siquiera alzar los ojos, le hizo un gesto con la mano hacia el archivador, olvidando aparentemente que primero debía firmar y sellar la lista.

Edek reprimió una sonrisa de complicidad mientras iba al archivador y sacaba el cajón de las carpetas del mes vigente, hojeándolas con concentrada lentitud para dar intimidad a su superior. Lubusch siempre había sido un tipo decente. Hacía un año, más o menos, había vuelto de un permiso luciendo un fino anillo de oro en el dedo, y a partir de ese momento su trato a los reclusos se había suavizado todavía más y hasta había empezado a ayudarlos activamente a espaldas de su propio *kapo*.

Edek se entretuvo el tiempo que le pareció adecuado, luego se aclaró la garganta y abrió la boca mientras se volvía a mirar a Lubusch. Pensaba decir: «¡Qué desastre estoy hecho, *Herr Rottenführer*! Se me olvidaban su firma y sello…».

Pero se detuvo en seco, paralizado por lo que vio.

Lubusch estaba vencido sobre los brazos cruzados, con la carta aún en la mano, como si le acabaran de pegar un tiro. Completamente inmóvil, solo los dedos de su mano libre se abrían y cerraban en un gesto de impotente desesperación.

Asustado e indeciso, Edek fue hacia la puerta; abrió la boca y la cerró, incapaz de producir un solo sonido, y empezó a buscar frenéticamente por el despacho cualquier cosa, literalmente…

«¡Una garrafa de agua!» Atravesó el despacho corriendo y la cogió por el cuello; faltó poco para que derramara el agua sobre el tapete, que sin duda era regalo de la esposa de Lubusch. Mientras llenaba el vaso, se acercó de puntillas al escritorio y dejó el vaso cerca de la

mano del oficial lo más discretamente que pudo.

—¿Agua, *Herr Rottenführer*? —preguntó con suavidad.

Ya fuera por la evidente preocupación en la voz de Edek o por el gesto en sí, Lubusch se derrumbó del todo. Sus hombros empezaron a temblar mientras sollozaba de un modo silencioso y patético, cosa que hizo que el corazón de Edek se encogiera como si el sufrimiento fuera suyo.

Recordando que los *kapos* estaban en el pasillo, Edek fue a la puerta y giró rápidamente la llave, cerrándola. Se la llevó a Lubusch, e igual que había hecho con el vaso de agua, la empujó con suma delicadeza hacia la pálida mano del *Kommandoführer*, dejándola bajo sus dedos. A continuación, se irguió junto al escritorio del oficial de las SS y se quedó quieto como una estatua, vigilando a su superior con seria y silenciosa dignidad.

Cerca de un minuto después, Lubusch alzó la cabeza por fin y se limpió la cara lentamente con el dorso de la mano. Para sorpresa de Edek, sus lágrimas no parecían avergonzarlo ni trató de disimular su vulnerabilidad. Se quedó mirando al vacío con sus luminosos ojos húmedos, asombrosamente humano, casi noble en su repentina fragilidad.

Con el rabillo del ojo, Edek miró hacia la carta, buscando alguna pista; se arrepintió al instante.

> … Si supieras cómo duele que te miren constantemente como una ciudadana de segunda clase. Ayer mismo, un tendero (¡un tendero!) tuvo la insolencia de interrogarme solo por mi acento. Mientras discutía con él, alguien silbó a un policía, que llamó a un oficial de la Gestapo. De no haber llevado tu fotografía y toda mi documentación encima, incluido nuestro certificado de matrimonio, Dios sabe adónde me habrían llevado. El tendero se disculpó después, diciendo que él solo cumplía con su deber como ciudadano. Pensaba que yo era una trabajadora extranjera huida. Y esa es solamente una de mis aventuras recientes. Y tú insistes en que es más seguro que me quede en Alemania. ¡Jamás debería haber abandonado Polonia! Aquí me odian, me odian solo por…

Edek apartó la mirada. No necesitaba seguir leyendo.

—¿Cuál es tu nombre de pila, Galiński?

Edek alzó los ojos, sorprendido, no por cómo se dirigía a él (Lubusch solo llamaba a los hombres de su taller por su apellido,

nunca por su número), sino por la inesperada intimidad de la pregunta.

—Edek… Edward —dijo corrigiéndose rápidamente.

Una leve sonrisa asomó al rostro de Lubusch.

—¿De veras?

Edek asintió, sorprendido.

—Igual que yo. ¿Cómo lo escribes? ¿Con W?

—Si, con W. —Edek se dio cuenta de que también estaba sonriendo.

—Mi mujer es polaca —confesó, aunque Edek ya lo había deducido.

Asintió, sin saber qué decir. Ni «qué bien» ni «lo siento» parecían respuestas adecuadas, así que soltó lo único que pasó por su mente:

—No sabía que pudieran casarse con mujeres polacas.

—Oficialmente, no podemos.

—Pero usted lo hizo de todos modos.

Lubusch se encogió de hombros, evasivamente. Resultaba evidente que se trataba de un tema doloroso del que no le apetecía mucho hablar.

—Francamente, las leyes raciales siempre me han parecido absurdas.

Edek parpadeó asombrado. Que un oficial de las SS, por muy tolerante que fuera, dijera algo así resultaba completamente inaudito.

—¿Estás casado, Edek? ¿Te importa que te llame Edek? ¿O eso solo es para tus amigos?

—En absoluto, *Herr Rottenführer*. Edek es mucho mejor que *Haftling* 531.

—Ya, imagino.

—Y no, no estoy casado.

—¿Tienes una chica esperándote en casa?

Edek quiso contestar: «¿Quién esperaría tanto?», pero solo dijo:

—No, *Herr Rottenführer*.

Lubusch se quedó pensativo unos instantes mirando al frente.

—En tu país, ¿a quién se tiene como inferiores? —preguntó finalmente.

—Supongo que a los judíos. A mucha gente no les gustan.

—¿Y a ti? —preguntó Lubusch.

—A mí la gente me gusta o no me gusta dependiendo de su carácter, no de su raza o de su religión.

—O sea, que si te hubieras enamorado de una chica judía, ¿te habrías casado con ella?

—Sí.

—De acuerdo. Supongamos que te casas con ella, pero, de repente, tus compatriotas empiezan a tratarla de un modo espantoso porque, como tú mismo has dicho, a mucha gente de tu país no les gustan, y ella es terriblemente infeliz… —Se detuvo, como si estuviera poniendo a prueba las palabras antes de pronunciarlas—. ¿Qué harías?

—Me la llevaría a algún sitio donde fuera feliz —contestó Edek sin dudarlo.

—Pongamos que estuvieras en el Ejército.

—Huiría, de todos modos. —Ni siquiera pestañeó.

Lubusch le miró detenidamente.

—Entonces, ¿desertarías?

—Por la mujer que amo, sí.

—Si te cogieran, te fusilarían.

Edek se encogió de hombros.

—Merecería la pena. Al menos, mi amada me recordaría como un héroe que lo arriesgó todo por ella y no como un cobarde que… —Se mordió la lengua a media frase, pero ya era demasiado tarde.

Demasiado asustado para pensar, Edek se arriesgó a mirar a Lubusch; para su alivio, vio que el oficial estaba riéndose por lo bajo. Eso era lo último que esperaba.

—No temas: no te voy a llevar al muro para que te fusilen por decir la verdad. Creo que necesitaba oír eso.

—No estaba hablando de usted. —Edek trató de salvar la situación a la desesperada—. Hablaba hipotéticamente…

—Por supuesto, hipotéticamente. —En ese momento, Lubusch parecía más que interesado por lo que pudiera decirle—. Insisto, no temas. No estoy enfadado. ¿Alguna vez me has visto enfadado?

—No, *Herr Rottenführer*.

—Entonces, ¿en serio habrías huido? —Lubusch entornó ligeramente los ojos, recobrando la seriedad.

—Sí, *Herr Rottenführer*.

—¿Adónde?

Edek se quedó pensándolo durante unos instantes.

—A Holanda, supongo —se aventuró—. He oído decir que allí es donde mejor tratan a los inmigrantes.

—¿Y si Holanda estuviera ocupada?

—Entonces supongo que a Inglaterra.

—¿Y cómo llegarías hasta allí?

—Seguro que hay alguien que nos pueda hacer pasar clandestinamente por cierta cantidad de dinero. ¿Aquí no hay encarcelada gente de la resistencia francesa?

Lubusch asintió. Sus ojos habían empezado a iluminarse; la expresión turbada había desaparecido de ellos. Un tenue rubor coloreaba sus mejillas, habitualmente pálidas. Edek notaba que una importantísima batalla estaba librándose en su interior, una lucha ideológica en la que su uniforme y su deber estaban claudicando lentamente ante una joven polaca que le tejía tapetes de ganchillo y firmaba sus cartas: «Con amor infinito, siempre tuya, A.».

—Venga, ve a por la comida para tu *kommando* —dijo por fin Lubusch, como si lo acabara de recordar—. Y da doble ración a todo el mundo. Los números de hoy son fabulosos.

Cogiendo la llave, Edek tuvo que reprimir una sonrisa al pensar que Lubusch ni siquiera había mirado la lista de producción. Cuando se disponía a abrir la puerta, oyó un suave gracias a su espalda.

—Gracias a usted, *Herr Rottenführer* —contestó.

«Gracias por conservar la humanidad en un mundo que parece orgulloso de su crueldad.»

4

Birkenau

La mano de Mala vacilaba sobre el documento oficial al tiempo que sostenía un trozo de lápiz. A pesar de que el cubículo de las enfermeras tenía una pequeña estufa de hierro, los días especialmente fríos Mala podía ver su respiración saliendo en nubes traslúcidas de vaho. El complejo de barracones de enfermería, conocido como Revier, distaba mucho de las comodidades de la oficina del campo donde solía trabajar, pero nunca se quejaba. Para ella, la idea de ayudar a otras prisioneras era mucho más reconfortante que cualquier sistema de calefacción.

Maria Mandl, la directora del campo y directa superior de Mala, la miró asombrada cuando esta le pidió hacer esa tarea, aparte de las que ya desempeñaba.

—¿Quieres encargarte de asignar trabajos a reclusas que reciben el alta? ¿Para qué? Tendrás que pasarte horas en barracones sin calefacción infestados de piojos y enfermedades.

—No pasa nada, *Lagerführerin*. Conozco el campo mejor que cualquiera, y también a las reclusas. Creo que encontraré trabajos que encajen con sus cualificaciones y habilidades mucho mejor que un *kapo* que escribe su nombre aleatoriamente junto a las tareas sin molestarse en saber si están preparadas para hacerlo.

—Es que tienen que estarlo —contestó Mandl, molesta—. Ese es el único motivo por el que se les deja vivir, para que trabajen y contribuyan a la victoria final. Para las que no quieren trabajar, o dicen que no pueden, para esas que se escabullen de sus obligaciones, tenemos un sitio especial.

«La cámara de gas.» Mala se había quedado paralizada.

—Usted siempre tiene razón, *Lagerführerin* —respondió Mala—. Lo

que quería decir es que sería más sabio asignar costureras a trabajos de costura, en vez de enviarlas a barrer tumbas. Las empleadas de fábrica resultarían mucho más eficientes produciendo goma en las fábricas de Buna en el subcampo Monowitz que las dependientas francesas. Y, evidentemente, las médicas y enfermeras aprovecharían mucho más su talento cuidando a los enfermos que vaciando letrinas con el *Scheisskommando*. ¿Está de acuerdo conmigo?

Obviamente, era una pregunta retórica, pero Mala sabía que la lógica más inapelable apenas podía tener espacio entre las tinieblas de Auschwitz. Aquel lugar no se creó con el propósito de poner a trabajar a los enemigos del Estado, sino como una factoría de muerte donde a esos «enemigos» se les exterminaría a través del trabajo, el hambre y la enfermedad. Por eso los *kapos* encargados de asignar tareas se divertían tanto compitiendo entre ellos buscando a los candidatos menos adecuados para realizar trabajos que desbordaban las capacidades intelectuales o físicas de sus víctimas. De este modo, chicas cosmopolitas acostumbradas a trabajar en revistas de moda acababan pelando patatas en las cocinas; destinaban a aprendices de joyero a trabajar con sus finas manos en la lavandería; a los músicos los enviaban a conducir camiones, mientras los camioneros terminaban auxiliando a doctores de las SS sin tener la más mínima idea de lo que hacían.

Resultaba absurdo esperar que Mandl entrase en razón, pero, para sorpresa de Mala, a la directora del campo de mujeres le pareció bien la idea.

Su primer día en el cargo, Mala entró en la enfermería con una sonrisa radiante y llena de esperanza; ahora examinaba la lista que tenía delante con los ojos ensombrecidos por la angustia y maldiciéndose a sí misma por haber pedido encargarse de elegir quién viviría y quién moriría. Solo había dos vacantes disponibles en el equipo del Canadá, donde abundaba la ropa, había montones de maletas con comida y podían esconder oro y piedras preciosas en la boca para, posteriormente, intercambiarlos por otras cosas. El resto de las vacantes eran para trabajos al aire libre. Ser destinado a un *aussenarbeit* casi equivalía a una sentencia de muerte para un recluso,

sobre todo durante el duro invierno polaco.

Siempre que Mala tenía que entregar mensajes a alguna guardiana y veía a mujeres esqueléticas y harapientas levantando piedras que debían de pesar tanto como ellas, y llevándolas al otro lado del campo, donde otro destacamento de trabajo las picaba para construir calles, no podía evitar estremecerse. Si el *kapo* consideraba que no se movían lo bastante rápido, las azotaba e insultaba. Si se les caía la carga o se derrumbaban por el peso, los hombres de las SS les pegaban un tiro o les soltaban los perros. Las prisioneras más fuertes apenas duraban unas semanas en aquellos mortales trabajos para el Reich; las más débiles caían como moscas a los pocos días, a veces apenas resistían horas. Sus compañeras de *kommando* las llevaban de vuelta al campo cada noche, en un grotesco desfile de muertas y moribundas, marchando a través de las puertas al son de los alegres sonidos de la orquesta del campo.

Mala lanzó una agónica mirada hacia el ventanuco que tenía detrás, violentamente golpeado por el viento, y estuvo a punto de escribir su nombre en la lista en vez del de una de las condenadas. Pero aquello no serviría de nada. Mandl se había vuelto muy dependiente de sus servicios. Y hasta el propio Hössler, director del campo y jefe directo de Mandl, le tenía gran aprecio; de hecho, le metía puros franceses en los bolsillos cada vez que llevaba documentos a su despacho («Cámbialos por algo de queso y mantequilla; en invierno, son dos productos de importancia vital para mantener el calor»). Jamás la dejarían marchar. Estaba encadenada a ellos.

Stasia, una médica reclusa, asomó la cabeza por la puerta, y sacó a Mala de sus oscuras cavilaciones.

—¿Todavía estás trabajando, Mally?

La furiosa mirada de Mala resultó elocuente: compilar aquellas listas de muerte era lo último que querría estar haciendo.

Stasia entró sigilosamente en la sala y cerró la puerta sin hacer ruido. La doctora polaca lucía orgullosa el triángulo rojo de presa política sobre el pecho y era conocida entre la población del campo por discutir con los médicos de las SS. Curiosamente, su franqueza y su brillante mente analítica le habían valido el respeto de sus

«compañeros» alemanes. A menudo autorizaban sus peticiones de material médico, que sin duda salvaban muchas vidas. Tenía un rostro adusto en el que parecía haber una mueca permanente y unos labios finos y sin sangre que jamás sonreían. Sin embargo, sus ojos revelaban su verdadero carácter. De color castaño cálido y brillantes, irradiaban compasión y un deseo de ayudar que iba más allá de sus obligaciones oficiales. Su trabajo no terminaba al quitarse la bata de color crudo. Stasia estaba siempre de guardia, dispuesta a intercambiar su última ración por un tarro de pastillas salvadoras, y jamás se quejaba por doblar turno cuando la entrada de pacientes desbordaba a los médicos de la enfermería.

—Oye, Mally —empezó a hablar, tras un suspiro urgente—. Rita, la chica soviética para la que te pedí el cardiazol, tiene que ir al Canadá. Acabo de enterarme de que su novio está en el *Sonderkommando*.

—Ah, el equipo de transporte de cadáveres.

Resultaba trágico y extraño que el *Sonderkommando* se considerara la élite del campo por su privilegiada posición, pero que nadie se ofreciese voluntario para tan macabro trabajo. Y era bastante comprensible, la verdad. Solo ver los rostros turbados de aquellos corpulentos reclusos, deambulando por los crematorios con sus botas altas de goma, bastaba para ahuyentar hasta a los tipos más desesperados. Sería espantoso tener que escoltar a familias enteras a las cámaras de gas día tras día, oír sus gritos y golpes desesperados sobre la puerta hermética debilitándose hasta desfallecer del todo, y sacarlos ayudándose de palos con largos ganchos (pues algunas parejas se agarraban con tanta fuerza que era imposible separarlos de otro modo). Luego los amontonaban en el ascensor industrial, los colocaban en el suelo para que los dentistas extrajesen las coronas de oro y rebuscaran en sus orificios en busca de tesoros escondidos. Los disponían en la camilla de una manera muy concreta y los metían en el infierno de llamas. Después limpiaban a manguerazos la espuma, la sangre, las heces y la orina del suelo de la cámara de gas y esperaban a que secara antes de entrar a otro grupo. Porque el Zyklon-B, un gas venenoso consistente en ácido cianhídrico que utilizaban las SS para ejecuciones en masa, no se disolvía bien en condiciones de humedad.

Los integrantes del *Sonderkommando* esperaban fumando, generalmente en silencio. Aquel trabajo daba ganas de arrojarse a la alambrada electrificada, no de estar de cháchara. A cambio de sus espeluznantes servicios, las SS los tenía cómodos y calientes en catres con dos colchones dentro del propio crematorio, con abundante comida y, sobre todo, alcohol, y los recompensaban con visitas al burdel de Auschwitz. Ahora bien, este último privilegio estaba reservado solamente para reclusos que no fueran judíos. Aunque probablemente tampoco les importara: según las propias chicas, los hombres del *Sonderkommando* ante todo querían apoyar la cabeza en el regazo de una mujer y llorar mientras ellas acariciaban sus rapadas cabezas. «El equipo de transporte de cadáveres.» Tenían el mayor índice de suicidios de todo el campo.

—Ese mismo.

Stasia se apoyó en una esquina de la endeble mesa, que ni siquiera rechinó en señal de protesta. Qué delgadas se habían quedado todas, pensó Mala, mirando atentamente los penetrantes ojos de la médica, en los que siempre veía discurrir su pensamiento. Ella había sido la primera en hacer buenas migas con Mala, y tardó un tiempo en descubrir el porqué de su amabilidad: Stasia pertenecía a lo que se llamaba «la organización» dentro del campo. Era la resistencia, gente que se negaba a someterse al orden impuesto por las SS.

—Cueste lo que cueste —continuó—. Ahora que Rita casi está recuperada, tienes que asignarla al Canadá. Podrá sacar algunas cosas, para luego cambiarlas por lo que haga falta. Y no te preocupes, es de lo más fiable. He hablado con ella muchísimas veces mientras la trataba; es del Ejército Rojo, muy ideologizada, así que puedes imaginarte cómo odia a los nazis después de que la cogieran con sus camaradas. Resistencia de primer nivel.

Mirándola de reojo, Mala no pudo evitar sonreír. Sus actividades clandestinas habían convertido en algo natural el hablar con acertijos y tonos intencionados.

—Tú sacarás tu parte de todo ello; ya está arreglado —continuó la médica reclusa.

Solo sus labios revelaban urgencia, el resto de su cara seguía

absolutamente impasible. No había pestañeado ni una sola vez y sus ojos llevaban el mensaje que no quería poner en palabras: «Lo necesitamos, Mala. Es cuestión de vida o muerte para todos, no solo para una prisionera».

Ella lo entendía perfectamente. Aunque no era integrante de «la organización», los ayudaba en todo lo que podía.

El rostro de Stasia se transformó completamente al ver que Mala escribía el nombre de Rita en el formulario oficial. Al momento, sacó sulfamidas, cinco rebanadas de pan, unos cuantos cigarrillos sueltos y un anillo de oro de su bolsillo.

—Por las molestias. Sé que te costará explicar que una judía soviética se haya quedado con la posición más *kosher* de todo el campo, y no una *Volksdeutsche*.

—La *Lagerfürherin* Mandl no me cuestiona tanto. Creo que prefiere no molestarse.

Mala se lo metió todo en el bolsillo, casi al tiempo que lo empezaba a repartir mentalmente entre las prisioneras con las que se encontraría más tarde.

Entre las visitas obligadas de Mala también había compañeras de Stasia en la resistencia. Gente que seguía conspirando, contra toda lógica, simplemente porque de lo contrario no podría vivir consigo misma. Mala tampoco sería capaz. Todas decían que Mala era una de ellas, y para ella, ese era el mayor cumplido posible.

Al pasar por delante de uno de los barracones del campo de hombres, Mala aflojó el paso hasta detenerse. Se apoyó contra el muro desconchado y encendió un cigarrillo, sin apartar la mirada del amplio espacio que tenía delante. En Auschwitz-Birkenau, nunca se era demasiado precavido. El peligro acechaba en cualquier parte; el aire apestaba a miedo, tanto como a carne quemada y a pelo chamuscado

En momentos como aquel, daba gracias por el entrenamiento militar que había recibido en Hanoar Hatzioni, una de las organizaciones judías de Amberes. Los sionistas locales percibieron bien las señales de peligro cuando Hitler seguía prometiéndole paz al mundo: mientras el resto se tragaba sus promesas, los integrantes de Hanoar Hatzioni ya desfilaban en formación y practicaban reptando en trincheras, chicos y

chicas irreconocibles con sus *jodhpurs* y sus botas pesadas: niños que se preparaban para una guerra que los adultos negaban ciegamente. Durante el día, Mala estudiaba mucho para cultivar su inteligencia; de noche y los fines de semana, se entrenaba aún más para poner su físico a punto y poder enfrentarse a los nazis como un soldado más, no como un corderito tembloroso condenado a morir cuando ellos finalmente llegaran hasta ella. Estaba convencidísima de que aquel entrenamiento la había ayudado a sobrevivir hasta ahora en el campo de exterminio; le había enseñado a sacar fuerzas del odio, a identificar objetivos y a llevar a cabo los planes más audaces. A ser más lista que los SS en su propio cubil, como ahora.

La escalera que llevaba al tejado empezó a temblar bajo el peso de alguien. Unos instantes después, Mala vio unas botas de carpintero, luego el mono azul oscuro, y finalmente al propio carpintero: un tipo eslovaco alto con mirada pícara y el triángulo rojo de preso político zurcido sobre el pecho. Pavol había acabado en Auschwitz por comerciar con pasaportes falsos, aunque se ofendía mucho cada vez que alguien se atrevía a cuestionar la legitimidad de su mercancía. Según él, los pasaportes eran auténticos; se los había comprado con dinero ganado con el sudor de su frente a familiares de fallecidos: a ellos ya no les servirían de nada, como tampoco a los propios fallecidos.

—¿Puede saberse a quién hacía daño yo con mis inocentes acciones? —solía preguntar con una expresión de la más sincera autocompasión—. El señor judío necesita un pasaporte para huir del país; la familia que acaba de perder al padre necesita dinero; es la ley de la oferta y la demanda, donde yo actuaba de mediador entre dos partes, simplemente. ¡El agente de la Gestapo me acusó de falsificación de documentos! ¡Pfff! En mi vida he falsificado nada. Ni siquiera cambiaba los nombres. Bueno, solo la parte del sello que va encima de la fotografía, un trocito diminuto. ¡Pero el pasaporte en sí y el nombre que figuraba en él eran auténticos!

Aparentemente, en este caso en concreto, el programa de reeducación de Auschwitz había fracasado, pues Pavol no solo se negaba a abandonar sus viejos hábitos de «mediador», sino que había

convertido el comercio dentro del campo en un negocio bastante rentable. La barriguita que había logrado echar en un sitio donde todos caían como moscas a causa del hambre daba buena fe de ello.

De pronto, abrió los brazos en un gesto cordial.

—¡Mala! ¡Me alegras la vista!

Sin apartar los ojos del complejo, Mala se apretó contra el pecho del hombre y rodeó su cuello con el brazo. Serían una estampa bastante inocente para cualquier mirada curiosa: una pareja de amantes, ambos con trabajos privilegiados, robando un abrazo y un rápido beso entre tarea y tarea. El castigo por eso, en el más severo de los casos, sería un latigazo en el trasero, pero ya todos sabían que Mala era la protegida de Mandl. Ningún *kapo* sería lo bastante estúpido como para denunciarla. Desde luego, resultaba útil ocupar ese lugar.

—Bolsillo derecho de mi chaqueta —le susurró al oído, a modo de saludo—. Sulfamidas, como me pediste.

Mala sospechaba que aquel hombre no solo era falsificador, sino también carterista; jamás notaba su mano cuando le cogía el material. De hecho, podía ser un carterista con ética, pues jamás cogía nada aparte de lo que ella le indicaba.

—Muy agradecido, Mally. —Pavol le habló con la misma suavidad al oído, haciendo que la barba de varios días de su mejilla raspara su piel, sensible por el frío—. El tipo de la sarna manda recuerdos.

Mala notó que su bolsillo pesaba considerablemente cuando Pavol dejó su mercancía en él.

—Y estos son de mi parte —añadió, mostrando varios clavos largos antes de soltarlos rápidamente en su bolsillo—. Los he birlado esta misma mañana. —Con la sonrisa más pícara, señaló con la cabeza el tejado que debía de estar reparando.

Mala sonrió con auténtica gratitud, los ojos le brillaron. Los clavos eran muy codiciados entre los del *Sonderkommando*, fuera por lo que fuera. Pasaba lo mismo que con las latas de sardinas vacías a las que el eslovaco tenía acceso.

—Gracias. Y esto es para ti. Por las molestias.

Mala repitió las palabras de Stasia, metió la mano en el bolsillo y sacó dos trozos de pan y varios cigarrillos. Desaparecieron al instante

en el bolsillo del mono de Pavol.

Otro abrazo rápido (puramente ficticio, ya que el eslovaco también tenía un código ético en lo referente a eso y jamás abusaba de la situación) y los dos conspiradores se fueron cada uno por su lado. El carpintero se fue escaleras arriba; Mala, hacia el crematorio, con los pies lastrados por el miedo.

Aquellos recados eran lo que más odiaba. Ni el sufrimiento de la enfermería podía compararse con la morbosa atmósfera de las factorías de muerte. Y, sin embargo, fue hacia ellas con paso decidido, agarrando los clavos en el puño dentro del bolsillo. Había visto a demasiada gente desaparecer en sus fauces como para seguir presenciándolo sin decir nada y esperar su turno para subir los escalones que llevaban al purgatorio silenciosa y decentemente, como se esperaba que hicieran todos.

A la entrada del imponente edificio rectangular estaba el *Obersharführer* Voss, alto y elegante con su gabardina gris ajustada.

—Mala. —Tosió sobre su puño enguantado—. ¿Qué te trae por estos lugares tan desamparados?

Ella era mensajera de Birkenau, una presa encargada de completar los equipos femeninos de trabajo; el *Sonderkommando* era masculino. Consciente de que no tenía motivo para estar allí, Mala sonrió amablemente al *Kommandoführer* del crematorio.

—Me manda el *kapo* del servicio de lavandería. Quería que le pregunte al *kapo* del *Sonderkommando* para cuándo quiere desinfectadas sus sábanas.

—¿No las acaban de desinfectar? —Con otra profunda calada a su cigarrillo, Voss entornó los ojos con gesto suspicaz. Era bastante indulgente, especialmente cuando estaba bebido, cosa que era frecuente, pero no era un estúpido.

—Órdenes del nuevo *Kommandant*, *Herr Obersharführer*. Hay que desinfectar las sábanas cada semana por el brote de tifus. Lo acaba de contraer otro guardia. *Herr Kommandant* dice que no quiere perder ningún hombre más por esa maldita plaga. —Mala fingió una mueca de pesar.

Dicho esto, Voss entró en razón de inmediato. Aunque tenía sus

propias dependencias en el crematorio, dormía bajo el mismo techo que los hombres de su *Sonderkommando*. A juzgar por su expresión, no sentía deseo alguno de convertirse en una estadística más. Y ya le estaba haciendo un gesto a Mala para que entrase.

—Tápate la cara con ese pañuelo que llevas en la cabeza —le dijo cuando estaba a punto de cruzar el umbral—. Aún están clasificando a esos fiambres. Ahí dentro apesta tanto como en una pocilga.

La reticencia de Voss a supervisar directamente las macabras tareas de sus hombres explicaba la posición privilegiada del *Sonderkommando* mejor que nada. Las SS preferían colocar a sus empleados forzados lo mejor posible para no tener que hacer ellos el trabajo sucio. Que los judíos y otros indeseables murieran sin tener que involucrarse personalmente.

En cuanto estuvo de espaldas a Voss, Mala soltó una risa de desprecio por la nariz y dio el primer paso decidido hacia el infierno de Auschwitz.

Dentro de la enorme antecámara, los reclusos del *kommando* Canadá quitaban prendas de ropa de sus ganchos y las metían en grandes sacos industriales. Los ojos de Mala recorrieron las paredes adornadas con carteles en prácticamente todas las lenguas europeas: «BAÑO Y DESINFECCIÓN, TODO RECTO, DEJEN SUS PERTENENCIAS AQUÍ PARA QUE SEAN DESINFECTADAS». Apartó la mirada, asqueada.

Al avanzar por el pasillo hacia la puerta hermética, ahora abierta, un leve olor a sustancias químicas en el aire le raspó la garganta. Un hombre del *Sonderkommando* con mascarilla salió con sus botas de goma arrastrando dos cadáveres por los tobillos. Dos compañeros le esperaban junto al ascensor con una pequeña camilla cubierta de cuerpos apilados.

Ni el pañuelo que llevaba sobre la nariz podía disimular el hedor a muerte que humedecía sus ojos. Los cuerpos seguían blandos y flexibles. Sus brazos se movieron cuando el hombre de las botas de goma colocó los últimos dos cadáveres sobre el montón. Sus ojos aún no estaban vidriosos; aún se les veían lágrimas en las mejillas, extrañamente enrojecidas por una red de capilares estallados alrededor de la nariz y la boca. De sus labios seguía saliendo una

espuma blanca rosácea, que se mezclaba con la sangre de las fosas nasales.

El preso que iba con mascarilla se la quitó para secarse la frente sudada con el dorso de la mano y a continuación sacó un pañuelo y empezó a limpiarles la cara a los cadáveres, ante la mirada asombrada de Mala. Los otros dos esperaron pacientemente a que terminara; cuando por fin se apartó de los cuerpos, contento con el resultado, empezaron a empujar la carga hacia el interior del ascensor industrial. Las puertas se cerraron con un fuerte ruido metálico que reverberó por todo el edificio y desató un escalofrío rotundo de espanto por el cuerpo de Mala.

—¿Buscas a alguien? —le preguntó el hombre del *Sonderkommando*, mirando el pañuelo ensangrentado en sus manos con ojos atormentados.

—A Konstantinos. Tus amigos polacos le llaman Kostek.

—¿El griego?

—Sí.

—Está arriba, encargándose de los hornos.

—¿Puedes ir a buscarle, por favor? Es importante.

—Debe de serlo. —Su sonrisa parecía una mueca dolorosa—. Si no, ¿por qué ibas a querer venir a este lugar?

Llamó al ascensor y se quedó en la misma postura, con la mirada en el suelo y los hombros hundidos, hasta que las puertas se abrieron y le engulleron, como se tragaban todo en aquel infierno. El *Krema*, que era como se conocía el crematorio entre la población del campo, era el Moloch de las SS, el dios de la muerte que habían creado y adoraban con obligada diligencia.

A solas, en un silencio abrumador, Mala avanzó con paso vacilante hacia la cámara donde apenas hacía una hora bramaban mil voces. En su interior se oía el suave rumor de los ventiladores de aire. A través de pequeños respiraderos del tejado, una pálida luz solar penetraba en aquella espantosa mazmorra. Varias columnas huecas envueltas en malla metálica salían del suelo y desaparecían en los huecos abiertos de cielo azul que se veían a través de las trampillas. Se acercó a una de ellas buscando cables eléctricos; como no encontró ninguno, tocó la

malla cuidadosamente. Allí dentro, el olor a sustancias químicas era todavía más fuerte.

—¿Estás loca, acercándote a esas cosas? —Una mano la agarró por el hombro y la apartó nuevamente hacia la pesada puerta de metal.

Mala reconoció a Kostek con el «uniforme» del *Sonderkommando*: ropa de paisano y botas de goma. En la mano portaba una manguera que no dejaba de gotear. Era increíblemente alto, más que sus compañeros de *kommando* y que la mayoría de los hombres de las SS. Por mucho que se afeitara, siempre lucía una sombra de barba de varios días en su tez aceitunada. Una larga cicatriz partía su frente en dos por encima de uno de sus ojos verdes, como recordatorio permanente de que la Gestapo griega le había dejado por sus actividades en la resistencia, según el propio Kostek. Cada vez que hablaba de aquellos «gloriosos tiempos», su rostro se arrugaba dibujando una mueca oscura. Después de que lo detuvieran, lo torturaran y lo destinaran a un servicio que destrozaba a hombres más fuertes que él, no solo no se rendía, sino que había jurado vengarse, aunque le costara la vida. Era un luchador perfecto en el ejército clandestino de Auschwitz.

—Los SS meten perdigones de gas a través de esas columnas —explicó, rociando agua sobre el suelo—. Ya casi está totalmente dispersado, pero todavía podría dañarte los pulmones.

—Perdón, no lo sabía. Creía que el gas era solo eso: gas.

—No. Perdigones. Azul claro y muy letales.

Hubo una larga pausa. Mala miró el hormigón gris del suelo que se veía a través de la capa de sangre y mugre, el agua brillando con la luz tenue que se filtraba a través de las trampillas, y luego a Kostek, cuyo rostro no mostraba ninguna emoción aparte de esa mirada vidriosa y turbada que hacía difícil mirarle sin estremecerse. Se preguntó si tendría pesadillas.

—¿Tú sueñas mucho? —preguntó cautelosamente.

Un solitario rayo de sol atravesó la trampilla más cercana; de pronto, la nube del agua de la manguera de Kostek estalló en una infinidad de lucecillas. Un arcoíris ofensivo y grotesco se dibujó sobre aquella cámara de muerte como una decoración demencial. La cara de

Kostek se retorció en una mueca de puro asco y soltó la manguera, mirando acusadoramente a la trampilla y el cachito de cielo azul roto.

—No —contestó por fin—. Para nada. Estoy demasiado cansado para soñar.

—Yo sí, a veces —confesó Mala, observando cómo el agua teñida de rosa se encharcaba alrededor de sus botas—. Pero al despertar jamás recuerdo los sueños.

—Tal vez sea mejor así.

Mala no se lo discutió: podía ser.

Entonces, como recobrando la compostura, metió la mano en su bolsillo.

—Tus latas, como te prometí. Y hoy, hasta unos clavos.

—¡Clavos! —La cara de Kostek se iluminó al instante y cogió la mercancía como la mayoría de los reclusos tomarían el pan. Las SS alimentaban bien a los hombres del *Sonderkommando*, así que ellos tenían otras prioridades—. Gracias. No sabes lo útiles que son.

—No, no lo sé. —Mala hizo una pausa antes de mirarle con curiosidad—. ¿Para qué las necesitas? Puedo entender que los clavos se usen como arma, pero ¿las latas de sardinas? ¿Planeas degollar a tus supervisores con ellas, o algo así?

—Algo así. —Estaba riendo. Era raro oír una risa en aquel lugar, raro a la vez que extrañamente esperanzador. Kostek se acercó mucho a ella—. Estamos fabricando bombas con ellos.

—¿Bombas? —Mala le miró con gran escepticismo.

Él encogió levemente un hombro, como diciendo: «no me creas si no quieres».

—Nos enseñó un prisionero de guerra soviético. Dos semanas antes de que le ejecutara el director de campo Hössler.

Mala calculó el número de latas que les había pasado a Kostek y a sus camaradas hasta ese momento y le miró alarmada.

—Pero ¿cuántas tenéis?

—Suficientes como para poner nerviosos a los SS —contestó vagamente con un guiño de complicidad—. Solo tenemos que esperar a que los aliados se acerquen lo suficiente. Ahora mismo, los nazis han perdido África, Italia ha cambiado de bando y está luchando contra

ellos, el Ejército Rojo los persigue desde que Alemania perdió Stalingrado y, por las últimas noticias que nos han llegado, ya están luchando en Ucrania: créeme, es solo cuestión de tiempo hasta que nos llegue ayuda. Cuando pase eso, la revuelta será tal que se acordarán de nosotros durante mucho tiempo.

Era una fantasía del campo, igual que cuando los reclusos soñaban en qué harían cuando los liberasen, las cosas que comerían, las torturas a las que someterían a quienes los habían torturado. Todo el mundo se recreaba en ello de vez en cuando y nadie se lo tomaba realmente en serio. Sin embargo, aquel día, Mala miró a los ojos a Kostek y, por alguna razón, le creyó.

5

Auschwitz

Edek y Wieslaw estaban aislando la garita de un guardia, junto a las mismas puertas del campo, con su famoso eslogan *Arbeit macht frei* («El trabajo os hace libres»). Era una pequeña caseta de perros blanca y negra donde el sabueso de las SS vigilaba su macabro reino. Nadie pasaba ante el vigilante de las SS sin la pertinente autorización. Las puertas del Hades de Auschwitz estaban selladas a cal y canto bajo su vigilancia. Aunque en ese momento el sabueso estaba fumando y caminando en círculos delante de la verja para mantener el calor. Aparentemente, no le apetecía demasiado estar con dos reclusos dentro de una garita tan pequeña.

—¿Has visto alguna vez un atardecer como este? —Edek hablaba bajo, con la mirada clavada en el cielo. Las nubes doradas parecían mantequilla batida derritiéndose lentamente alrededor del círculo brillante, pintando de rojo las copas de los árboles nevados—. Es como si alguien echara miel pura sobre la manzana más roja del mundo.

—Tienes hambre, ¿eh?… —contestó Wieslaw sofocando la risa mientras miraba de reojo al vigilante.

Edek también notó que el alemán se estaba impacientando.

—Menudo romántico estás hecho… —saltó Edek con una rabia repentina e inexplicable.

Wieslaw se encogió de hombros, nada ofendido por el arranque de su amigo. Todos eran propensos a tenerlos de vez en cuando. Ya se había acostumbrado a ignorarlos.

—¿Por eso le has pedido a Lubusch que nos deje venir aquí? ¿Para poder contemplar las nubes o algo así?

Esta vez, Edek ignoró la pulla.

—No, cabeza de chorlito —le explicó amigablemente, reduciendo su

voz a un suspiro—. Se lo pedí para ver cómo se puede salir de aquí a pie y sin levantar sospecha.

Por un instante, Wieslaw se quedó paralizado con el martillo en la mano, parpadeando mientras miraba asombrado a su amigo. Una sonrisa indecisa asomó a su rostro durante un momento furtivo, mientras esperaba el final del chiste. Cuando vio que no llegaba, se puso serio y apretó el martillo contra Edek, advirtiéndole.

—Pero ¿qué bobadas dices? ¿Has olvidado lo que le hacen al resto cuando alguien intenta huir a rastras por debajo de la alambrada? Ejecuciones en masa como represalia, para evitar que otros se aventuren a hacer lo mismo. ¿Es eso lo que quieres? ¿Muertes de gente inocente sobre tu conciencia?

Edek negó con impaciencia.

—Eso era antes.

—¿Antes de qué?

—Antes de que llegara el nuevo *Kommandant*. ¿Te acuerdas de lo que le pasó al hombre que huyó porque echaba de menos a su madre? *Herr Kommandant* no solo no le fusiló, sino que le devolvió a su bloque totalmente ileso y prohibió a los *kapos* que le castigaran.

Wieslaw lo recordaba. Fue algo tan impensable que se convirtió en la comidilla del campo durante las dos semanas siguientes. El *Kommandant* anterior, Höss, le habría fusilado personalmente. Pero el nuevo *Kommandant*, *Obersturmführer* Liebehenschel, le perdonó por pura empatía. Para él, fugarse para abrazar a su madre era un abnegado acto de amor, no un crimen que mereciera que a uno lo fusilaran.

—El *Kommandant* Liebehenschel es un sentimental —admitió Wieslaw—. Me pregunto cómo acabó aquí, en Auschwitz.

—Lubusch dice que es un castigo.

—¿Por?

—No lo sabe ni él. Oyó que el nuevo *Kommandant* estaba en arresto domiciliario antes de llegar aquí. Supuestamente, fue por tirar una copa de champán al retrato de Hitler durante una velada de los SS.

—¿Y es verdad? —El gesto de Wieslaw era desconfiado.

—¿Cómo lo voy a saber? Aquella noche perdí mi invitación y no

acudí a la fiesta —contestó Edek entre dientes con evidente sarcasmo.

Se había levantado un fuerte viento desde la zona de las marismas trayendo consigo el hedor a agua podrida. Sobre ellos empezaban a aglomerarse nubes oscuras, cargadas de nieve húmeda y pesada. Con el sol a punto de desaparecer, el bosque del otro lado de la verja se veía lleno de sombras, difuso y amenazante.

Partisanos y libertad, pensó Edek. Libertad. Casi podía saborearla, lamiéndose los labios maltratados por el viento, y casi podía verla si se fijaba lo suficiente…

—¿Por qué tardáis tanto?

Ambos se sobresaltaron al oír el grito en alemán.

—Disculpe, *Herr Rottenführer* —murmuró Edek, intentando sonar lo más humilde posible—. No queremos hacerlo a toda prisa. Aquí los inviernos son brutales: queremos asegurarnos de que quede bien aislada, para que estén cómodos y abrigados hasta la primavera. —Empezó a dar golpecitos en las paredes con fuerzas renovadas, mientras Wieslaw martilleaba con empeño detrás de él.

El guardia se volvió con un suspiro irritado y empezó a golpear los pies contra el suelo con más fuerza que antes.

—Más vale que nos demos prisa —susurró Wieslaw en polaco—. Este cabrón va a coger frío, pero a nosotros nos meterán en el *Strafblock* cuando nos denuncie.

—Que coja una neumonía —contestó Edek con una sonrisa malévola—. Lubusch nos protegerá. Y ahora que el nuevo *Kommandant* está al mando…

No terminó la frase. El guardia había gritado *Halt* a alguien que se acercaba y levantó el brazo, con la mano izquierda apoyada en el subfusil que llevaba al hombro.

—*Heil Hitler* —saludó el otro sin entusiasmo y con la voz amortiguada.

Con el rabillo del ojo, Edek vio a un SS, con el rostro apenas visible por debajo de varias vueltas de bufanda, saludando al vigilante con un brazo flexionado a la altura del codo. Junto a él iba un prisionero que no paraba de temblar. A diferencia de su escolta alemán, que llevaba un abrigo largo y grueso, el prisionero apenas iba cubierto con una

vieja capa soviética con agujeros de bala y unos pantalones de rayas tan cortos que le dejaban los tobillos a la intemperie. Edek vio que la piel de su rostro y de las piernas por encima de sus botines zurcidos ya había adoptado un peligroso tono violáceo, primer signo de congelación.

—Es afinador de pianos —dijo el recién llegado bajo su bufanda, señalando al hombre tembloroso—. Le llevo a casa de Höss. *Frau* Höss lleva semanas quejándose del piano; dice que no puede entretener a sus invitados como Dios manda. —Al decirlo, dejó los ojos en blanco expresivamente.

A Edek le parecía curioso que la esposa del antiguo *Kommandant* hubiera preferido quedarse en Auschwitz a seguir a su marido dondequiera que le hubiesen trasladado. Corrían rumores de que su vida en el campo era tan cómoda que no le importaba ni lo más mínimo el humo nauseabundo y repugnante que salía sin cesar de la chimenea del crematorio, siempre y cuando sus esclavos personales cuidaran su jardín y el equipo del Canadá le llevase la última moda y piedras preciosas confiscadas a víctimas recién ejecutadas.

—Voy a necesitar un *ausweis* —anunció el guardia, señalando con la cabeza al prisionero tembloroso—. Ya conoces las reglas: sin pase, no hay paseos para gente como él.

Su compañero soltó un suspiro de irritación.

—¿Vas a hacer que vuelva hasta la *Kommandatur* y me ponga a pedir autorización para un pase por un miserable judío? ¿Dónde está tu comprensión, camarada?

—Vamos, para de lamentarte —contraatacó el vigilante, poco impresionado—. Seguro que esta es la primera vez que sales de tu servicio este invierno, y yo tengo que estar aquí todos los días. ¿Dónde está «tu» solidaridad respecto a eso, camarada?

Una ráfaga de viento especialmente cruda levantó remolinos de nieve y los arrojó violentamente contra el rostro de los tres hombres. Hasta Edek, que estaba algo resguardado por las paredes de la garita, tragó una bocanada de aire gélido y notó que se le cortaba la respiración. El SS se giró rápidamente, cubriéndose la cara todavía más con la bufanda mientras esperaba que pasase la acometida de la

naturaleza. A su lado, el asustado afinador de pianos se balanceaba de un pie a otro y cerró los ojos, rebosantes de lágrimas, para hacer frente a los elementos.

—¿Tenéis frío, pequeños? —El guarda se rio—. Da las gracias de no estar en el frente oriental, helándote el culo en una trinchera mientras te llueven los nuevos cohetes Katiusha de los rusos.

—¿Y tú qué sabrás? —contestó bruscamente su compañero, volviéndose hacia él.

—Suficiente para que me dure una vida entera. —El guardia se dio varias palmadas cariñosas sobre el muslo—. Aún llevo metralla de ese cabrón soviético en la pierna.

—¿Te declararon no apto para el servicio en el frente? —La voz del otro había adquirido cierto tono de respeto.

—¿Qué puedo decir? Al menos salí de ese infierno con todas mis extremidades. El resto de la compañía no tuvo tanta suerte.

El tipo de la bufanda se acercó un poco a su compañero y empezó a hablarle en voz baja y confidencial mientras de vez en cuando señalaba al recluso y el edificio de administración. Finalmente, y después de que un paquete de cigarrillos cambiara de manos, parecían haber llegado a un acuerdo.

Conteniendo la respiración, Edek vio cómo el guardia hacía un gesto a su compañero y al prisionero para que cruzaran las verjas. No tardaron en desaparecer en aquel día teñido de blanco.

—¿Has visto eso? —susurró Edek en polaco, emocionado—. Han salido sin más. *Heil Hitler* y allá van, sin enseñar los papeles. ¡Nada!

—Basta con tener un uniforme de las SS y hablar alemán —dijo Wieslaw con una risilla.

—¿Entonces? —Edek se negaba a darse por vencido.

—Entonces no tenemos lo primero, y lo segundo lo hablamos con un tremendo acento polaco.

—En las SS hay *Volksdeutsche* polacos, rumanos y húngaros —contestó Edek—. Son de asentamientos alemanes, pero tampoco hablan alemán perfectamente. ¿No podríamos pasar por eso?

—¿Con esta cara de eslavos?

—Si los vieras, ellos tampoco parecen muy arios.

—Lo tienes todo pensado, ¿eh? —respondió Wieslaw en tono de mofa—. ¿De dónde pretendes sacar el uniforme?

Edek no contestó de inmediato. Lanzó una mirada anhelante a la prístina extensión blanca al otro lado de las verjas por donde habían desaparecido el prisionero y su escolta.

—Lubusch —susurró por fin.

Wieslaw se quedó tan perplejo que casi se le cae el martillo.

—¿Nuestro Lubusch? ¿El *Kommandoführer* Lubusch? ¿El *Rottenführer* Lubusch?

Edek asintió. Una sonrisa incierta se abrió paso en su rostro.

—No. «Edward» Lubusch, un tipo que está casado con una chica polaca muy maja.

A pesar de la confusión de Wieslaw, Edek no pudo evitar sentirse emocionado; una vez más, parecía empezar a creer en los milagros.

Por suerte, aquella noche pasaron lista rápidamente. Dentro del barracón, una estufa de hierro crepitaba con cierta alegría. No era suficiente para todo el bloque, pero permitía que los hombres apiñados a su alrededor volvieran a sentirse un poco humanos, lo que no era poco.

—¡Qué chimenea teníamos en nuestra casa de Lublin! —exclamó con nostalgia un antiguo comerciante de telas, acercando al fuego las palmas de sus callosas manos—. Era toda de mármol verde adornado con oro, lo bastante alta y ancha como para que cupiera un hombre de pie, cuando no estaba encendida, claro está… ¡Una maravilla!

Edek le recordaba del transporte que le trajo a Auschwitz como un hombre imponente con un traje de tres piezas, un alfiler reluciente en su corbata de seda y un bonito reloj con la esfera de oro. El reloj fue lo primero que perdió: lo cambió por una jarra de agua tibia que le dio un empleado de una estación a través del ventanuco durante una de las paradas de camino al campo. Jamás habría imaginado que aquella parada sería la primera de muchas; para cuando el tren llegó al infame campo de Auschwitz, no era el mismo hombre que había subido a él.

Ahora bien, lo que realmente le destrozó fue una carta en la que su esposa, en un tono bastante frío y formal, le decía que, debido a su condición racial, había obtenido el divorcio (al ser judío, no le hacía

falta su consentimiento); le aseguraba que su negocio estaba en buenas manos, concretamente en las de su nuevo prometido: un empresario ario de Posen. El comerciante la recibió apenas seis semanas después de su llegada. Algo se rompió en él entonces, y empezó a negar la realidad: se perdía en recuerdos del pasado, donde su joven esposa, ataviada con pieles perfumadas y envuelta en diamantes, le colmaba de un amor desatado; en sus ensoñaciones, seguía siendo dueño legítimo de su casa, donde la chimenea era tan alta y ancha que cabía un hombre de pie.

—¿De qué nos vale esa mítica chimenea? —Era el profesor de historia de la universidad, cuyo nombre Edek nunca recordaba.

—Deje que hable de los viejos tiempos. ¿Qué daño le hace? —dijo Edek.

—Está ilusionando a todos con sus delirios. Como si fuéramos a salir de aquí algún día… —El historiador soltó una risa burlona por la nariz y se subió las gafas de metal sobre el tabique nasal.

Uno de los presentes se volvió hacia él mirándole fijamente. Era un joven de buena familia que flirteaba demasiado con las ideas comunistas para el gusto de los alemanes.

—¿No cree que vayamos a salir? —No apartaba los ojos de él—. ¿Y qué hay de los soviets? La gente dice que ya están luchando en Ucrania. Lo siguiente es Polonia. Y en cuanto lleguen aquí, seguro que nos liberarán y nos devolverán nuestros derechos…

El historiador soltó una carcajada desdeñosa.

—¿Y crees que las SS nos entregarán sin más a los soviets? —Sacudió la cabeza ante tamaña ingenuidad.

—No. Yo creo que simplemente nos dejarán aquí.

—¿Que nos dejarán aquí? ¿Dejar a los testigos de los crímenes que han cometido? —El historiador le lanzó una mirada incisiva—. Eso sería lo más rematadamente estúpido que podrían hacer, ¿no te parece?

El ceño del joven comunista se arrugó.

—Pero entonces… ¿qué van a…?

En ese momento lo entendió. Edek lo notó en el color gris ceniza que adoptó el rostro del joven comunista.

—No pueden matarnos a todos. A ver…, ¿a todo el campo?

Por unos instantes, el historiador se quedó mirando silenciosamente las llamas. Sin su burlesca fachada habitual, volvía a aparecer un intelectual carismático.

—He estudiado demasiadas guerras y conflictos como para albergar esperanzas con los nazis —dijo finalmente—. Los ejércitos en retirada suelen arrasarlo todo a su paso. El ejemplo más reciente ha sido la política de tierra quemada de Stalin (y esto lo sé de primera mano por prisioneros de guerra del Ejército Rojo). En 1941, cuando el Ejército Rojo seguía batiéndose en retirada, Stalin ordenó a sus *commissars* que arrasaran hasta la última aldea, que contaminaran hasta la última fuente de agua y sacrificaran todo el ganado que no pudiesen llevar consigo. No lo hizo para encubrir crímenes, no, sino para que el enemigo no tuviera refugio ni alimento. Así que imagina lo que harán los SS cuando los soviets se acerquen a estos malditos lares. ¿De verdad crees que Hitler no dará la misma orden a sus hombres? Nos sacrificarán a todos; recuerda lo que te digo. Nadie quiere que salgamos de aquí y empecemos a contar nuestras historias.

El joven comunista se quedó mirándole, mudo y aterrado, mientras el silencio del barracón no hacía sino confirmar su nefasto pronóstico. Nadie dijo una sola palabra en contra. Todo el mundo sabía perfectamente que ese sería su destino.

Más tarde aquella noche, Edek no lograba conciliar el sueño. Las proféticas palabras del historiador se lo impedían.

—Tiene razón. —Edek habló en la oscuridad, consciente de que Wieslaw tampoco podía dormir—. Nos aniquilarán a todos y arrasarán el campo.

—Gracias por hacer que tenga más pesadillas —dijo la voz de Wieslaw de entre las sombras.

—Lo único que digo es que no tenemos nada que perder. —Edek se incorporó sobre un codo, con los ojos brillando en la oscuridad—. Si, de todos modos, nuestro destino está escrito, al menos tendríamos que intentar hacer algo al respecto. Para no morir como mansos corderitos, sino como hombres que se levantaron por una causa.

—¿Y por qué causa nos estamos intentando levantar exactamente?

—Por las más importante: la libertad.

—Siempre pensé que lo más importante que había era el amor.

Edek se rio, pero luego comprendió que su amigo hablaba en serio.

—En el fondo, sí eres un romántico —sacudió la cabeza mirando a Wieslaw.

Durante un rato, se quedaron tumbados el uno junto al otro, rodeados por suaves ronquidos y el bramido del viento al otro lado de los muros del barracón.

Cuando Wieslaw volvió a hablar, dijo lo que Edek menos esperaba:

—¿Conoces a alguien que nos pueda conseguir un *ausweis* en blanco de las oficinas del campo?

Edek volvió la cabeza para mirarle. Wieslaw tenía los ojos clavados en la litera de arriba, mientras mascaba una hebra de paja que había sacado de su camastro, con gesto pensativo y serio.

—Entonces, ¿estás conmigo? —susurró, sin llegar a creerle del todo.

—No pretenderás que te abandone en tu temeraria empresa. ¿Qué clase de amigo sería?

En ese momento asomó una cabeza desde la segunda litera. Era el historiador.

—Deberías ir a Birkenau y preguntar por Mala. Mala Zimetbaum, la *lauferin*. Entra constantemente en las oficinas y corren rumores de que es la persona a quien buscar si necesitas «organizar» algo. Ella os conseguirá el *ausewis*, si se lo pedís bien.

Desapareció antes de poder darle las gracias. Wieslaw no tardó en volverse a dormir y Edek se quedó despierto solo, repitiéndose el nombre como si fuera una plegaria.

Mala.

«Mala Zimetbaum.»

Ella era su billete a la libertad.

6

Birkenau

Mala estaba sentada delante de su escritorio en el *Schreibstube*, la oficina del campo, pasando a máquina las órdenes escritas a mano por Mandl. De vez en cuando, su frente se arrugaba en una mueca de dolor provocada por la inverosímil cantidad de faltas de ortografía. En su primer día allí, Mala había cometido el error de preguntar a la directora del campo de mujeres si la *Lagerführerin* quería que mecanografiara las órdenes tal cual o corrigiera la ortografía antes, y se había llevado una sonora bofetada por su insolencia.

—¿Cuál de las dos habla alemán como lengua materna, cerda descarada? —rugió Mandl, profundamente enfadada—. ¿Quién lleva uniforme y quién da las órdenes aquí? ¡Debería mandarte fusilar aquí mismo por esa lengua tan larga que tienes!

La oportuna intervención del *Obersturmführer* Hössler salvó la vida a Mala. El jefe directo de Mandl acababa de entrar en el despacho para averiguar a qué se debía tanto alboroto; cuando Mandl intentó explicarle su enfado, se rio a carcajadas, quitándole importancia al asunto con un gesto de la mano.

—Todo el mundo sabe que escribes fatal, *liebling*. —Aparentemente, aquel apelativo cariñoso apaciguó a Mandl. Para asombro de Mala, la jefa de guardianas hasta se sonrojó—. Esta chica es intérprete y secretaria: deja que haga su trabajo. Para eso está aquí.

Antes de que Mandl recobrara la compostura, Hössler cogió a Mala por el codo y se la llevó del despacho, suavemente pero con firmeza, para alejarla de su jefa.

Aquel día, Zippy, una reclusa eslovaca que llegó con uno de los primeros transportes y conocía Birkenau mucho mejor que ella, le enseñó varias normas del campo:

—Jamás, y no puedo insistir lo suficiente, «jamás» le digas a una mujer de las SS que se equivoca, y menos aún a Mandl. Sí, la mayoría apenas tienen educación y son casi analfabetas, pero si sabes lo que te conviene, mantén la boca cerrada y haz como si fuesen un regalo de Dios a la humanidad.

—Pero estas órdenes… —Mala se quedó mirando horrorizada la hoja manuscrita.

Después de dejar su puesto en la casa de modas Maison Lilian por un empleo mejor pagado y más prestigioso como secretaria experta en idiomas en una compañía de diamantes, se enorgullecía de las alabanzas de sus superiores sobre la meticulosidad de su trabajo. Cuanto más la felicitaba la dirección por sus esfuerzos, más se quedaba después de acabar la jornada, comprobando dos y hasta tres veces cada documento, como si la satisfacción de los clientes internacionales dependiera únicamente de su traducción; leía diarios y revistas de negocios extranjeros, subrayando y memorizando expresiones que no conocía y que podían ser útiles para la correspondencia de la empresa. Además, asistía a muchas más comidas de empresa como intérprete de su jefa directa, sacrificando días de vacaciones solamente porque quería que la compañía gozara de todo el éxito que fuera posible. En su vida hubiera imaginado que acabaría siendo abofeteada por su esfuerzo, pero aquello era Auschwitz, la cruda realidad.

—Si un oficial u otro las lee y ve este desastre, pensarán que es culpa de la reclusa que las pasó a máquina. —Miró a Zippy—. Me mandarán a la cámara de gas por no hacer bien mi trabajo. Porque seguro que Mandl no admitirá que las faltas son suyas…

—Por supuesto que no. Tú corrígelo todo y límpialo lo más que puedas; mete un par de palabras sofisticadas aquí y allá para que suene inteligente y disfruta de los paquetes de la Cruz Roja que te deje como agradecimiento cuando reciba felicitaciones de sus superiores. Pero, la próxima vez, no seas tan estúpida como para restregárselo. —Zippy le guiñó un ojo de manera cómplice.

Desde entonces, los meses se habían sucedido de forma desoladora. Bajo la supervisión de Zippy, Mala se había vuelto igual de avispada, y

Mandl pronto empezó a aceptarla, incluso a alabarla abiertamente delante de sus superiores. Mally se convirtió rápidamente en una de las predilectas de la directora del campo, y tenía su propio despacho, ropa buena, comida decente, así como gozaba de una serie de privilegios con los que el resto de las prisioneras tan solo soñarían. La necesidad de mostrar respeto a alguien a quien despreciaba tanto le resultaba repugnante, pero Zippy le explicó que aquella situación podía ser provechosa, no solo para ella personalmente, sino para «gente a quien le podía venir bien su ayuda» (y lo dijo con una mirada elocuente que Mala entendió al instante), así que no tardó en unirse a los valientes hombres y mujeres que se negaban a convertirse en esclavos y que habían jurado morir luchando.

Absorta en sus recuerdos, Mala tenía la mirada perdida en la pared de enfrente, donde solía sentarse Zippy; de pronto, echó tanto de menos su casa y su libertad que a punto estuvo de aullar de dolor.

Un tumulto afuera la arrancó de sus tristes pensamientos. Estirando el cuello, Mala reconoció a la *Rapportführerin* de las SS, Drexler (en palabras de Zippy, «una zorra, donde las haya»), gritando a un grupo de mujeres que acababa de sacar a la fuerza de un barracón para luego obligarlas a arrodillarse en la nieve. Con su abrigada capa ondeando a su espalda, la supervisora de trabajos caminaba con paso firme de un lado a otro delante de las filas de mujeres (de cinco en cinco, la formación habitual en el campo) golpeándolas en la cara con su fusta, aleatoriamente. Era una de las guardianas más despiadadas en Birkenau, famosa por fusilar reclusas «por la sencilla insolencia» de mirarla a los ojos.

Las ventanas del edificio de oficinas del campo estaban cerradas y bien aisladas, y los radiadores hacían mucho ruido, difundiendo calor en las dependencias de las SS, pero Mala podía oír fragmentos de las típicas frases de Drexler. Apenas habían cambiado con los años:

—Sucias golfas judías…, cerda asquerosa… Yo te enseñaré a… ¿Cuántas veces te he advertido que…? Deberías haber limpiado esa pocilga la primera vez…

Mala dedujo que el orden en algún bloque no satisfacía las exigentes expectativas de Drexler. Como castigo, las ocupantes del barracón

transgresor tenían que arrodillarse en la nieve, sosteniendo piedras por encima de la cabeza durante dos horas, como mínimo. Si alguna bajaba los brazos, recibía un balazo de Drexler. Al fin y al cabo, tenía una reputación que cuidar: la propia Mandl la consideraba quien mejor imponía disciplina en el campo. «No la va a echar a perder un barracón de judías incapaces de mantenerlo lo bastante reluciente», parecía decir su espalda rígida mientras soltaba golpes con la típica generosidad de las SS. Que sus víctimas no tuvieran acceso a agua limpia y se vieran obligadas a utilizar su ración matutina de lo que allí llamaban café para lavarse un poco la cara, por no hablar de lavar su ropa o limpiar el barracón, no le importaba lo más mínimo.

Asqueada, Mala volvió a su máquina de escribir.

La puerta se abrió bruscamente y entró el *Obersturmführer* Hössler. Su abrigo estaba desabrochado y en la mano llevaba el bastón y la gorra del uniforme. Enseguida saludó a Mala con una cálida sonrisa mientras ella se apresuraba a cogerle las cosas.

—¿Cómo va, Mally?

Ahora todos la llamaban Mally, y no era tanto una prisionera como una subordinada civil que les caía simpática.

—Ahí vamos, *Herr Obersturmführer*.

—¿No está Mandl?

—Está haciendo la selección con el doctor Mengele.

—Ah, cierto. Se supone que yo también debería colaborar. —Flexionó levemente las rodillas para que Mala pudiera quitarle el abrigo de los hombros—. Pero he decidido no hacerlo. Acaba siendo demasiado deprimente. Todos esos esqueletos corriendo desnudos como en un circo grotesco. —Hizo una mueca.

El ensayado gesto de Mala no reveló nada. Fue a colgar el pesado abrigo en el colgador que había junto a la puerta.

—¿A qué tanto alboroto ahí fuera? — Hössler se sentó en el borde de la mesa de Mala y giró la cabeza hacia la ventana.

—La *Rapportenführerin* Drexler está imponiendo el castigo.

—¿Por qué?

Mala se encogió de hombros. Las guardianas de Birkenau no necesitaban motivo para destrozarle la cabeza a alguien.

—¿Le apetece un café, *Obersturmführer*?

A estas alturas, ya estaba acostumbrada a las rutinas de Hössler. Cada vez que pasaba por el despacho, veía que Mandl no estaba y se colocaba en esa posición sobre su escritorio, Mala sabía que podía esperar «cháchara».

—Si no es mucha molestia… —Una vez más, Hössler le sonrió amigablemente.

—En absoluto. La *Lagerführerin* Mandl se acaba de ir. La jarra de su despacho sigue caliente.

Cuando volvió con una bandeja, Hössler pasó de la mesa a la silla y la ayudó a colocar la bandeja delante de él.

—¿Dónde está tu amiga? —Miró el escritorio vacío de Zippy por encima de su hombro.

—Ensayando con la orquesta del campo. Están preparando algo especial para Navidad, según me ha dicho.

—Es verdad. Siempre se me olvida que toca la mandolina, además de ejercer como secretaria. —Una sonrisa cariñosa apareció en su rostro—. *Frau* Alma ha convertido a esas chicas en una auténtica orquesta, ¿verdad?

Mala alzó la vista hacia él. Zippy le había hablado de la fascinación que Alma Rosé, la famosa violinista y directora de orquesta vienesa, despertaba entre las SS del campo, pero le sorprendía oír un *Frau* casi respetuoso, especialmente viniendo de Hössler. Allí no llamaban *Frau* a nadie. A los reclusos más privilegiados los llamaban por su nombre de pila, mientras los grupos más bajos se daban por afortunados si les llamaban por su número. La mayoría de las veces era: «Ven aquí, judío de mierda» o «Recoge eso antes de que me cabree, cerdo esquelético».

—Me temo que no he tenido oportunidad de ver el nuevo bloque de música todavía, *Herr Obersturmführer*.

—No es nuevo —protestó Hössler—. Creo que lo montaron en agosto.

Mala le ofreció otra sonrisa de disculpa mientras servía café en su taza de porcelana.

—¿Tanto te explota Mandl que ni siquiera tienes tiempo para oír algo de música? —bromeó él, mientras removía su café con una

cucharilla que se veía diminuta en sus grandes manos.

—No es una queja, *Herr Obersturmführer*. Me gusta estar ocupada. Ya encontraré el momento para visitar el bloque de música. Helen… —usó a propósito el nombre oficial de Zippy, no aquel por el que la conocía el movimiento clandestino— no para de decir cosas buenas de *Frau* Alma. Dice que es una auténtica virtuosa con el violín.

—Lo es —confirmó Hössler, con un tono inesperadamente afectuoso.

Mala dedujo que su interés por la violinista no era puramente musical.

—¿Es judía?

Hössler quedó algo descolocado por aquella pregunta aparentemente inocente.

—Es vienesa —contestó entre dientes, casi a la defensiva, como si fuera un crimen apreciar a un judío.

Mala contuvo juiciosamente las ganas de seguir interrogándole. Pues vienesa, si así se quedaba a gusto.

Hössler cogió la taza y volvió a dejarla.

—Trae una para ti. Sabes cuánto detesto tomar café solo.

—No puedo, *Herr Obersturmführer*. —Mala miró hacia la puerta en un gesto elocuente.

Estaba cerrada, pero no con llave. Cualquiera podría entrar.

—Mandl no volverá en breve.

—Prefiero no arriesgarme, *Herr Obersturmführer*. A usted no le dirían nada, claro, pero a mí me subirían al próximo camión a la cámara de gas.

Los ojos marrones de Hössler se ensombrecieron de inmediato y la agradable sonrisa desapareció de su rostro.

—¡El responsable de las ejecuciones soy yo! —El habitual tono suave con el que solía atraer a recién llegados hacia las cámaras de gas (y el mismo motivo por el que los judíos del *Sonderkommando* le apodaban Moshe Mentiroso) cambió como por arte de magia—. ¡Nadie sube a una persona a un camión sin mi autorización directa!

Mala se mordió la lengua, arrepintiéndose de haber dicho nada.

—Disculpe, por favor, *Herr Obersturmführer*. Tiene razón, como

siempre. —Bajar la cabeza en respuesta a ese tipo de gritos se había convertido en un instinto natural; actuaba como lo haría un perrito.

Hössler se pasó ambas manos por su oscura y densa cabellera y respiró hondo para calmarse. Era el oficial más impredecible de las SS. Nadie sabía qué podía hacerle saltar al minuto siguiente; cuando ocurría, hasta sus propios subordinados sabían que lo mejor era desaparecer.

De pronto, se oyó un disparo. Mala se volvió asustada hacia la ventana y vio a una prisionera derrumbarse sobre una nube de fango; un halo de color rojo rubí creció lentamente en su cabeza rapada. Una vez muerta, sus manos esqueléticas seguían asiendo una piedra. Drexler debió de matarla simplemente porque no le gustaba su cara.

—No, perdóname tú, Mala. —Cuando miró a Hössler, sorprendida, él sacudió la cabeza con un suspiro abatido. También estaba observando la escena al otro lado de la ventana—. Tienes razón. Es un campo de exterminio. Nos mandaron aquí para matar. Ni siquiera el nuevo *Kommandant* puede cambiar eso con sus políticas humanitarias.

Lo dijo como si realmente le afectara. Se llevó la taza a los labios, pero no bebió, y sus ojos oscuros se fijaron en algún lugar más allá de Mala.

—¿Sabes? De joven, estudié para ser fotógrafo —dijo, con un tono extraño, ligeramente sorprendido, como si a él mismo le costara creerlo.

—¿Y qué pasó?

No contestó de inmediato. Seguía perdido en el pasado, cuando aún no había sido alabado por los superiores en Berlín «por su talento excepcional organizando una operación ejemplar con los crematorios y demostrando técnicas innovadoras y una ética de trabajo que debería servir de modelo para el resto de las instalaciones similares». Mala había leído la felicitación nada más llegar de la WVHA, la Oficina Económica y Administrativa Central de las SS a cargo de los campos de concentración. En su opinión, ética de trabajo y cámaras de gas no podían encajar en la misma frase, pero el *Gruppenführer* Glucks, máxima autoridad en la inspección de campos de concentración que había firmado el documento, aparentemente tenía una opinión

distinta.

Hössler empezó a hablar, en voz baja y con gran nostalgia, sobre el estudio donde trabajaba de aprendiz, acerca de la magia del cuarto oscuro y los secretos de salvar fotografías subexpuestas o sobreexpuestas. Se le veía completamente transformado. En sus ojos, que solían estar apagados y negros, se había prendido una luz. Sonreía de verdad, inmerso en un mundo que ya no existía; sus mejillas pálidas y hundidas cobraban un leve rubor mientras hablaba y hablaba, completamente ajeno al café que se iba enfriando, a la propia Mala y al campo de concentración que le rodeaba.

—¡… malditas cerdas! —El grito de Drexler se coló por las paredes de la oficina.

Mala vio que los hombros de Hössler temblaban levemente. Dejó de hablar de sopetón. Cuando comprendió que lo real era el campo, y no su carrera como fotógrafo, bruscamente interrumpida por una inflación terrible, su rostro volvió a hacerse de piedra. Se levantó de la silla con cierta dificultad, frunciendo el ceño cada vez más; unas profundas arrugas de amargura se dibujaron alrededor de su boca. Giró el pestillo de la ventana y la abrió con tal fuerza que casi rompe el cristal.

—¡Cierre la boca, puta idiota! —le gritó a la guardiana con un odio tan salvaje que todo su cuerpo empezó a temblar—. ¡Con esos berridos, no oigo ni mis propios pensamientos!

Mala vio que Drexler se volvía hacia la ventana. Parpadeó varias veces, ruborizada por la reprimenda.

—¿Se te ha comido la lengua el gato? —rugió Hössler, aún no satisfecho.

Mala nunca le había visto hablarles así a sus compañeras. Se le consideraba uno de los caballeros más refinados entre las rudas filas de las SS; sin embargo, en aquel momento le entendía perfectamente. El despacho de Mala era un refugio para él, un lugar donde acudir cuando no había nadie; allí podía hablar, simplemente; hablar todo el tiempo posible sobre la vida que se le había echado a perder, para recordar al hombre en que nunca llegó a convertirse, para perderse en una ensoñación en la que no quemaba a miles de seres humanos. Y

ahora, Drexler y sus brutales insultos le habían devuelto a la cruda realidad, recordándole aquello que tan desesperadamente quería olvidar, y mostrándole ante un espejo deformado aquello en lo que él mismo se había convertido.

Drexler intentó dar explicaciones, pero Hössler ya había cerrado la ventana con brusquedad. Le había amargado el día, y fue a coger su abrigo.

—Lo siento, *Herr Obersturmführer* —dijo Mala.

Él asintió desde la puerta.

—Yo también.

Mala miró por la ventana y le vio pasar airado delante de Drexler segundos después, gritándole algo agresivo y todavía más insultante a la cara. En cuanto desapareció, la guardiana sacó su fusta y empezó a golpear en la cara a sus víctimas con más y más fuerza. Mala apartó la mirada de aquella espantosa escena, cerrando los ojos con fuerza y tapándose los oídos; sin embargo, a pesar del escudo que hizo con sus manos, aún podía oír el espeluznante ruido de la piel rasgándose bajo los golpes de Drexler.

No era el día convenido, pero en aquel preciso instante, Mala decidió ir a ver a Pavol, el carpintero, con o sin cita. Tenía comida guardada en su habitación (productos buenos, el queso del paquete de la Cruz Roja e incluso medio salami: él los aceptaría como pago). Pasar hambre era un precio barato a cambio de saber que el *Sonderkommando* recibiría suministros, que se levantarían más temprano que tarde, que volarían los cuatro crematorios y que acabarían con cuantos verdugos de las SS se les pusieran delante.

7

Auschwitz-Birkenau

Después de mucha deliberación, los detalles del plan empezaban a tomar forma.

—Puede que el vigilante que hay en la puerta de Auschwitz no conozca a otros guardias del campo —decía Edek especulando, cada vez que Wielsaw y él tenían un minuto a solas—. Sería mucho menos arriesgado hacerme pasar por un guardia de Birkenau. Tengo un alemán lo bastante bueno como para pasar como un voluntario polaco *Volksdeutsche* en las SS; hay muchos en el campo. No levantaría sospechas.

—Yo jamás pasaría por alemán polaco —contestó Wieslaw, que negó con la cabeza—. Me cuesta hilar dos palabras en su idioma. No se lo tragarían.

—Y por eso tú seguirás siendo quien eres: un preso común al que llevo a trabajar fuera del campo. Igual que ese guardia que vimos con el afinador de pianos. Es la coartada perfecta. Nadie sospechará nada.

—Sí, el problema es que «no» somos de Birkenau. ¿Cómo vamos a conseguir que nos trasladen?

—Eso déjalo en mis manos —respondió Edek.

Para sorpresa de Wieslaw, apenas una semana después llegó una orden para su traslado al campo de mujeres de Birkenau, donde debía unirse al equipo de carpintería.

—¿Cómo lo has conseguido? —le preguntó a Edek mientras miraba asombrado la tarjeta de traslado.

Este se encogió de hombros desenfadadamente, con una sonrisa irónica.

—¿Cómo crees? Me bastó con un par de estratégicos sobornos.

—Pero ¿y tú?

—Solo había una vacante. Pero no te preocupes. —Le dio una palmadita tranquilizadora a su amigo en la espalda—. Hablaré con Lubusch sobre mi traslado. Seguro que accederá. Por ahora, seguiré ofreciéndome voluntario para el *kommando* temporal de carpinteros que mandan a veces a Birkenau para ayudar a su gente. Pero lo primero es lo primero: tenemos que contactar con esa tal Mala. En cuanto tengamos un *ausweis*, empezaremos a planear el resto.

—¿Cómo pretendes encontrar a una chica entre miles de mujeres? —Wieslaw le miró con escepticismo.

—Pavol, el carpintero, que me ha ayudado con tu traslado, suele quedar con ella un día concreto en un sitio acordado. Dejará que vaya en su lugar a cambio de dos limones mangados y la promesa de que le entregue unas cosas a la chica en cuestión.

Unos días después, Edek y Wieslaw estaban en Birkenau, vestidos con los monos azules del *kommando*, arreglando las tuberías de la sauna, un imponente edificio donde se distribuía a las recién llegadas y donde las reclusas privilegiadas podían ducharse a diario. Nada más llegar, Edek comprobó que aquel lugar era una especie de mercado negro del campo; aunque ahora ya no había movimiento alguno —pues ya se había distribuido la cuota de prisioneras diaria—, en la última media hora había visto una sorprendente cantidad de intercambios entre reclusas que canjeaban mercancías.

Las *kapos* y las jefas de bloque también participaban en el negocio. Cuando los vio, unas caras nuevas por allí, una alemana pechugona con un lazo azul adornando su larga trenza asaltó a Edek y a su compañero: les ofreció, con su tono de voz más seductor, «a una chica guapísima, o si preferís a un chico, por un precio muy razonable». Su raza no importaba, siempre y cuando trajeran pan o queso.

—Esa es Puff-Mutti, o simplemente Mutti, como insiste en que la llamemos. Era *madame* de un burdel en Baviera —les informó un compañero de mantenimiento, que los alejó de la jefa del bloque alemán y advirtió a la mujer que los dejara en paz—. Genio y figura…

Junto a la fila de lavabos sucios de óxido y mugre, Edek vio a un recluso de rostro redondo con una abrigada chaqueta acolchada; acariciaba la mejilla de un chaval que no aparentaba más de dieciséis

años. Los magníficos ojos de color miel del chico estaban clavados en la otra mano del prisionero, que sostenía un paquete entero de cigarrillos, una auténtica fortuna en moneda del campo. Mutti pasó junto a ellos y le recordó al recluso que la mitad del paquete era suyo. Pero él apenas la oyó, pues estaba demasiado ocupado susurrando algo al oído del chico y empujándole suavemente hacia uno de los cubículos.

Una chica bien alimentada, de pelo rizado recogido en un peinado que estaba de moda antes de la guerra, atravesó la enorme sala con paso decidido, haciendo que el eco de sus tacones bajos resonara en los azulejos de las paredes. Sacó una botella de licor de debajo de su abrigo y la puso delante de otra empleada de la sauna, una pelirroja de unos cuarenta años con rostro pálido y pecoso. La mujer examinó la etiqueta, asintió satisfecha y sacó algo envuelto en papel encerado, atado con cordel. Cuando la chica pasó delante de Edek al volver, le llegó un apetecible olor a carne ahumada fresca, no la carne en mal estado que solía haber en Auschwitz. De pronto, notó que estaba salivando mientras la observaba con ojos febriles.

—¿De dónde sacan esas cosas? —Profundamente asombrado, Edek se volvió a mirar al compañero de mantenimiento del campo.

—Del Canadá, el equipo de clasificación. —El hombre se encogió de hombros—. Las recién llegadas vienen con maletas llenas de todo tipo de cosas, comida y objetos de valor. Las reclusas que trabajan en el Canadá se dan festines cada dos por tres. Aquello que no pueden comerse, beberse o usar lo cambian por otra cosa, o lo utilizan para sobornar a las *kapos* y a las guardianas. Porque no es que las propietarias originales vayan a necesitarlos en breve, precisamente. La mayoría van a la cámara de gas en cuanto llegan.

Mencionaba la muerte con una enorme indiferencia, como si estuviera hablando del tiempo que haría.

—¿Mala suele venir por aquí? —Edek intentó preguntarlo de la manera más inocente posible, sin alzar la mirada de la tubería que estaba arreglando—. Mala Zimet…

—No hace falta que especifiques. —El hombre sonrió con complicidad—. Solo hay una Mala.

—¿Me avisarás cuando entre?

—No hará falta. La reconocerás de inmediato.

Al principio, Edek no le entendió. La sauna estaba llena de jóvenes guapas con aspecto de vivir en las calles de la cosmopolita Varsovia, no en los tristes barracones del campo. A diferencia de las criaturas esqueléticas y asexuadas que había visto de camino buscando desesperadamente restos de cualquier cosa comestible por el suelo (con suerte, una piel de patata reseca), aquellas chicas iban bien vestidas y alimentadas. Todas ellas podrían pasar por empleadas de las oficinas del campo, ¿cómo iba a distinguir a Mala?

—Lleva el brazalete de *lauferin,* de mensajera. —Wieslaw lanzó una mirada incisiva a Edek—. Y tranquilízate. Hemos venido a hacer negocios, no estamos esperando a que llegue tu cita a ciegas.

Edek trató de contestarle con una risa de indiferencia, pero, por algún motivo, no le salía. Era absurdo, claro, pero se notaba nervioso. Su estómago no paraba de contraerse, y no con esa sensación de náuseas y vértigo que le acometía al acercarse a un guardia con la porra alzada, sino de un modo que había olvidado, que le dejaba sin respiración, como cuando pensaba en besar a una chica por primera vez. Era embriagador, emocionante, aunque ligeramente aterrador.

El tipo de mantenimiento tenía razón. Edek la reconoció al momento, pero no fue por el brazalete o por cómo la había descrito el historiador. La delataron sus andares, resueltos y apresurados, de alguien que no tenía tiempo que perder cuchicheando sobre banalidades o intercambiando cumplidos. Al oírla acercarse, Edek se quedó helado con la llave en la mano, de pronto incapaz de mirarla a la cara. Sería por todas las fantasías con las que había llenado su cabeza. La había acabado asociando con la libertad, la patria, así como con todo lo que tanto amaba. Ahora le costaba mirarla, como si tuviera miedo de llevarse una decepción.

Una mano pequeña se posó sobre su hombro y a Edek se le cortó la respiración. Ella insistió con una sorprendente perseverancia. Primero vio sus botas altas, bastante parecidas a las que lucía la guardiana, el dobladillo de su abrigo marrón y la falda de lana que asomaba por debajo. De repente, oyó una voz inesperadamente enojada:

—¡Tú no eres Pavol!

Su alemán era duro e implacable, igual que su mirada.

Edek alzó la vista y arrugó la cara, como si esperase una bofetada.

Mala parecía tener ganas de dársela por hacerle perder el tiempo.

—No. Soy Edek. —Es todo cuanto se le ocurrió decir mientras observaba el rostro de aquella chica, como hipnotizado.

Estaba seria, claramente enfadada. Sus ojos de color miel le estaban diseccionando, entornados como los de una gata; sin embargo, Edek no podía evitar pensar que jamás había visto nada tan bello. Bajo la tenue luz de las lámparas del techo, su cabello brillaba como oro líquido. Gotitas cristalinas de nieve derretida relucían en sus pestañas oscuras…

Su contemplación se vio bruscamente interrumpida cuando Mala se dio la vuelta para marcharse, maldiciendo entre dientes, y llevándose consigo el billete de Edek a la libertad, de vuelta a su patria y a todo lo que amaba.

—¡Mala, espera! —Edek se puso de pie enseguida e intentó agarrarla por la manga.

Ella se soltó, fulminándole con la mirada.

Sin querer, Edek dio un paso hacia ella.

—Te traigo cosas de Pavol.

Mala le miró con desconfianza.

—Por favor… —Hizo un gesto hacia uno de los cubículos de las duchas, donde podrían hablar en privado.

Ya fuera por la desesperada petición de clemencia que vio en sus ojos o por el triste tono de su voz, la expresión de Mala se suavizó un poco y le hizo un gesto para que la siguiera.

Las duchas eran territorio de la *madame* alemana. Mala le pagó su tarifa (un cigarrillo) y entró resuelta hasta el fondo del lóbrego pasillo. Edek mantuvo los ojos clavados en el suelo mientras la seguía. No quería ver lo que ocurría en algunos cubículos, fuera lo que fuera.

—¿Y bien? —dijo Mala en polaco en cuanto llegaron al fondo—. Vamos a ello. No tengo mucho tiempo. —Pasaba de un idioma al otro con una facilidad tan natural que Edek la miró con admiración.

Cuando por fin recobró la compostura, sacó tres latas de sardinas de

los bolsillos del mono de trabajo.

—No me las he comido yo. Las latas ya estaban vacías cuando me las dio —dijo apresuradamente.

Para su sorpresa, ella sonrió. El cubículo estaba oscuro, pero Edek juraría que la fría expresión de sus ojos se había vuelto pícara.

—No sabes para qué son, ¿verdad? —preguntó ella, examinando las latas en su mano.

Él negó con la cabeza mientras miraba confundido cómo se las metía en el bolsillo.

—Mejor para ti —respondió Mala—. Las rusas del campo tienen un dicho: «Cuanto menos sepas, mejor duermes».

—¿También hablas ruso?

—¿Por qué? ¿Necesitas algo de las soviéticas?

—No. —Edek se humedeció los labios—. Necesito un *ausweis*. Uno de verdad, de las oficinas del campo.

—¿Y qué más? ¿Un Mercedes nuevo con chófer para sacarte de aquí? —preguntó con una sonrisa burlona.

—¿También me lo puedes conseguir?

En medio de la oscuridad, los dientes de Mala brillaron con un blanco deslumbrante. Edek notó que él también estaba sonriendo.

—Depende, ¿qué ofreces a cambio?

—¿Mi vida a tu eterno servicio? —sugirió él.

Mala hizo una mueca.

—Tu vida y tu eterno servicio pertenecen a las SS.

—De ahí la necesidad de un *ausweis*. Esa vida no me tienta demasiado.

La sonrisa de Mala desapareció. Se quedó observando fijamente el rostro de Edek.

—¿Cómo sé que no eres un agitador del Departamento Político?

—¿Tengo aspecto de serlo?

Después de un momento eterno, durante el cual Edek contuvo la respiración, Mala volvió a sonreír.

—Supongo que no. Tus ojos son honestos. ¿Por qué estás aquí?

—Por nada.

—No eres judío, así que por nada no estás.

—Soy un polaco capaz de coger un arma. Para los nazis, eso también es un crimen.

Mala asintió con complicidad. Así era.

—Sé que no es suficiente… —Edek se metió una mano en el bolsillo y extrajo un puñado de virutas de metal y piezas rotas de su taller—, pero Pavol dijo…

—¡Ah, fantástico! —Mala le interrumpió, cogiendo con un entusiasmo sorprendente lo que Edek consideraba basura común—. ¿Puedes conseguir más? —Esta vez era ella quien le miraba suplicante.

—Estoy intentando que me trasladen aquí de forma permanente, pero mientras siga en el *kommando* de cerrajería te traeré todo lo que pueda.

Mala estaba sonriendo abiertamente.

—¿Qué tipo de *ausweis* necesitas?

—Uno que un miembro de las SS pudiera mostrar al vigilante de la puerta; uno que valga para el recluso que va con el guardia para trabajar fuera del complejo del campo. ¿Existe un *ausweis* así?

Mala se quedó pensando en la pregunta durante unos instantes.

—Supongo. Pero ¿con qué piensas sobornar a un escolta de las SS? Nadie está tan loco como para colaborar en ese plan. Le meterían inmediatamente en la celda de la Gestapo por ayudarte a escapar.

—Ya me preocuparé yo del SS. Cuanto menos sepas, mejor duermes —contestó.

Mala soltó una risilla.

—¿Al menos tienes algún plan para cuando estés fuera?

—Sí. —No era del todo cierto, pero tampoco totalmente mentira.

En los pocos días que había pasado con los carpinteros de Birkenau, Wieslaw había oído hablar de un alicatador polaco llamado Antoni Szymlak que pasaba cartas y paquetes clandestinos para las prisioneras del campo. La mayoría de los empleados que vivían en las aldeas cercanas y eran contratados por la dirección del campo para hacer trabajos especializados en las instalaciones que no podían realizar las propias reclusas preferían mantenerse lo más lejos posible de ellas. Al fin y al cabo, a la primera denuncia de confraternizar con

prisioneras, podían acabar en Auschwitz. Sin embargo, había unos pocos ciudadanos que arriesgaban su libertad y su vida para ayudar a quienes lo necesitaban. Por fortuna para Wieslaw y Edek, Szymlak pertenecía a esta última categoría.

En cuanto Edek supo de su existencia, se aferró a la idea de que, si Szymlak era tan comprensivo como decían los carpinteros, podría convencerle para que les ofreciera refugio temporalmente una vez fugados. Después de eso, podrían atravesar las montañas Beskides hasta Zakopane, el pueblo donde vivía la hermana de Wieslaw y por donde los alemanes apenas asomaban la nariz. Era territorio de partisanos: gente que luchaba por la libertad, excombatientes que habían logrado zafarse de las garras de los nazis y ciudadanos polacos comunes que se escondían en los bosques y asaltaban a los alemanes a la primera oportunidad que se les presentaba, para desaparecer entre las sombras donde vivían después de esos ataques. Edek llevaba tiempo queriendo unirse a ellos.

—De acuerdo. —La voz de Mala le devolvió a la realidad—. Te conseguiré un pase. Pero puede que tarde un poco. Será mejor hacerlo a final de mes, justo antes de que cierren los libros. Es el único momento en que los SS se descuidan y se les puede escapar la desaparición de un *ausweis*.

Edek asintió. Confiaba en la opinión de Mala, que parecía saber perfectamente lo que hacía.

—Entonces, ¿te veo aquí pasado mañana? —La miró expectante—. Para darte más virutas y piezas —añadió a modo de aclaración.

De repente, Mala estiró la mano y apretó la de él. Una sonrisa cálida volvió a asomar en su labios suaves y carnosos.

—Vendría muy bien. Estaré esperando.

Luego desapareció.

Por su parte, Edek se quedó allí, en aquel sórdido cubículo, embobado y extrañamente aturdido.

8

Auschwitz

Era otro pálido día de invierno; el cielo estaba tan bajo y cargado que te podía hacer pensar que el sol jamás hubiera existido. Lubusch estaba fumando delante del taller de cerrajería. Ante sus ojos, filas y filas de reclusos caminaban fatigosamente hacia las verjas, prisioneros del *Aussenkommando*, reclutados para trabajar todo el día fuera del campo a temperaturas bajo cero. Cada vez que pasaban delante de un oficial de las SS, uno de sus *kapos* gritaba la orden habitual, «descubríos», y daba un porrazo con saña a cualquiera que no se quitaba a tiempo la gorra de rayas de la cabeza.

Edek tenía instrucciones de ir a buscar a Lubusch. Un ilustrador que antes trabajaba en un periódico liberal de Varsovia y cometió el grave error de hacer dibujos antinazis para la publicación había vuelto a atascar una de las máquinas delante de él; viendo que este no le delataba, le había lanzado una sonrisa de complicidad. Después de varios minutos dando golpes y empujones a la máquina, el *kapo* Vasek le había ordenado ir a buscar a *Herr Kommandoführer* para arreglarla. Ahora bien, cuando vio la cara del oficial, Edek prefirió no molestarle y se quedó junto al muro del bloque, siguiendo con la mirada cómo desfilaban ante él las filas de grises esqueletos marchando hacia la muerte al son alegre de la orquesta del campo.

De pronto, uno de los prisioneros tropezó, se apartó a trompicones de la fila para no romper el orden de marcha del resto, y cayó lentamente de rodillas, desfallecido. Un *kapo* se abalanzó sobre él y empezó a golpearle en los costados y las piernas con su porra de madera, gritando: «¡Levanta ese culo gordo, canalla, holgazán! Te voy a enseñar a holgazanear yo, maldito vago judío…».

—¡Dale más fuerte, en la cara! —exclamó riendo otro *kapo*, que

también lucía un triángulo verde—. A lo mejor se obra el milagro y haces que se levante y ande.

—No está muerto —protestó el primero.

—Y tanto que lo está. ¡Mírale! —El segundo se acercó al cadáver pavoneándose y le dio una patada en los genitales para demostrarlo—. ¿Ves? Más tieso que la mojama.

El primer *kapo* refunfuñó mientras su compañero se apartaba y sacó a dos de los reclusos de la fila.

—¡Quitad ese fiambre asqueroso de mi vista, y rápido, si no queréis que me enfade!

Cuando estaban pasando junto a Lubusch y Edek, este vio que un joven prisionero se restregaba el rostro sobre un hombro. Su respiración salía en crudos sollozos silenciosos. Lubusch dio un paso hacia él, preguntándole si conocía al anciano.

—Mi padre —logró contestar entre lágrimas, mientras su cara se retorcía de nuevo en una mueca de dolor.

—Tengo que apuntar su número —dijo Lubusch.

Con decidida lentitud, sacó su cuaderno negro y anotó el nombre y el número del prisionero muerto. Una vez que se hubo cerciorado de que el *kapo* del joven estaba ya bastante más adelante, el oficial metió un paquete de cigarrillos en el bolsillo del chico. A continuación, Edek oyó que le susurraba palabras de pésame, lo cual hizo que el joven llorase con más fuerza todavía. En aquel lugar, la bondad provocaba extraños efectos en la gente. Simplemente habían perdido la costumbre de verla.

—Venga, marchaos —dijo Lubusch con voz deliberadamente alta—. Ahí tenéis el carro de la muerte; llevadlo allí, y a paso ligero. Sois todos unos holgazanes.

Volviéndose hacia el barracón del taller de cerrajería, por fin vio a Edek.

—¿Pasa algo?

—Al parecer, una de las máquinas ha vuelto a atascarse, *Herr Rottenführer*.

—*Unterscharführer* —le corrigió Lubusch, con la mirada perdida en los dos prisioneros a los que acababa de dejar marchar; estaban

colocando con cuidado el cadáver del padre del joven sobre una pequeña montaña de cuerpos—. Ahora mismo soy un oficial pendiente de nombramiento, no un simple soldado. Ascenso de Navidad por un trabajo bien hecho. —Su voz sonaba hueca, amargada.

—Enhorabuena, *Herr Unterscharführer* —dijo mecánicamente Edek, que se mordió la lengua al ver la mirada asesina de Lubusch.

—¿Qué le pasa a la máquina? ¿La habéis vuelto a atascar para boicotear la producción?

Edek se quedó perplejo, sin saber cómo reaccionar ante la perspicaz acusación de Lubusch. O sea, que conocía sus tretas. Las conocía, pero nunca había dicho nada, y menos aún castigado a nadie por fastidiar las cifras de su equipo.

Una leve sonrisa asomó al rostro de Edek.

—¿Tanto importa qué lo ha causado, *Herr Unterscharführer*?

—Sí, si encuentro una pieza extraña incrustada en la máquina delante del *kapo*. Si lo ve, no tendré modo de ocultarlo y los responsables tendrán que ir al *Strafblock*. —Lubusch miró atentamente a Edek—. ¿Y bien? ¿Me la voy a encontrar?

—Muy probablemente, *Herr Unterscharführer*. —Edek bajó la mirada.

El oficial soltó un suspiro y se pasó la mano por la frente como si ya hubiera aguantado demasiado por un solo día.

—Puedo intentar distraer al *kapo* para que no se meta donde no debe —dijo Edek lanzando una mirada tentativa a Lubusch.

—¿Quieres ganarte un porrazo de Vasek? —contestó soltando una risilla sin alegría.

—Tendré cuidado, *Herr Unterscharführer*.

—Entonces, ¿la has atascado tú?

—No. Yo nunca atasco las máquinas.

—¿Por qué no?

Edek buscó las palabras adecuadas.

—Porque, aunque me encantaría sabotear la producción, no quiero generarle problemas. Usted tiene que responder ante sus propios superiores. No me gustaría que se metiera en un lío por mi culpa.

—¿Y por qué asumes la responsabilidad de algo que no has hecho?

Edek se encogió de hombros, evitando deliberadamente la mirada inquisidora de Lubusch. Aún era más difícil explicarlo, pero cuando el oficial le dio una discreta palmadita en el hombro, Edek comprendió sorprendido que Lubusch lo entendía perfectamente.

—Vamos, Galiński. El deber y toda esa mierda nos llaman.

Edek dio un paso delante de él, conteniendo la respiración. Era su única oportunidad, el momento perfecto, y no lo dejaría escapar por nada del mundo.

—*Herr Unterscharführer*, ¿le puedo pedir un pequeño favor?

—¿Qué tipo de favor?

—¿Me puede transferir al *kommando* de instaladores de Birkenau? ¿De forma permanente?

El oficial frunció el ceño ligeramente.

—¿Por qué a Birkenau? Las condiciones de vida y de trabajo son mucho mejores aquí, en Auschwitz.

—No tiene nada que ver con las condiciones de vida o de trabajo, *Herr Unterscharführer*.

—Entonces, ¿por qué? ¿No te tratamos bien aquí? —Sonaba un poco ofendido.

Edek sacudió rápidamente la cabeza.

—No, claro que no; aquí me tratan excepcionalmente bien, *Herr Unterscharführer*… —No se había preparado el discurso y ahora intentaba buscar una excusa creíble a la desesperada. Y ahí estaba, delante de su *Kommandoführer*, abriendo y cerrando la boca como un pez fuera del agua.

De repente, apareció una sonrisa de complicidad en el rostro de Lubusch.

—¿Es por una chica?

Edek alzó la vista, sorprendido. Le vino a la mente el rostro de Mala; de pronto, le aterró la idea de que le descubrieran.

—Mira, si hasta te has puesto rojo. —Lubusch seguía bromeando en tono amistoso—. ¡Una chica! Quién lo iba a decir… ¡Un Romeo de primera! —Se reía a carcajadas de un modo sincero y despreocupado; Edek nunca le había visto así.

Cuando estaba a punto de corregirle, se lo pensó mejor. Al fin y al

cabo, ¿por qué no una chica? Era una explicación bastante convincente que Lubusch podía entender.

Dejó caer la cabeza admitiendo la derrota.

—¿Cómo se llama?

—Mala —susurró Edek, a regañadientes.

—¿Polaca?

—Judía, judía política —se corrigió rápidamente—. Lleva un triángulo rojo sobre el amarillo.

—¡Vaya! —La sonrisa de Lubusch era resplandeciente—. Es justo lo que dijimos: qué pasaría si te enamoraras de una chica judía. ¿Qué te parece? Debería meterme en el campo gitano y trabajar a tiempo parcial prediciendo el futuro. Muy bien, Galiński. Tendrás tu traslado. Será mi regalo de Navidad para ti.

Edek le siguió hasta el taller, abrumado por el más profundo agradecimiento. «Salvado», pensó en su emoción y reprimiendo apenas la enorme sonrisa que iba inundando su rostro.

Los gritos furibundos del *kapo* Vasek se oían por todo el taller. Había puesto a todos los presos en fila contra la pared; a juzgar por los labios partidos y las narices ensangrentadas, ya había llevado a cabo su propio interrogatorio sobre la máquina atascada. Parecía tan absorto en golpear a sus víctimas, que ni siquiera se dio cuenta de que su superior había entrado en la sala.

—¿Creéis que no sé lo que estáis haciendo, pedazo de simios? ¿Creéis que os vais a seguir saliendo con la vuestra? Es la tercera vez que se atasca la misma máquina este mes. ¿Creéis que no sé que es uno de vosotros quien la atasca? ¡Os juro que en cuanto descubra quién es el cerdo que lo ha hecho, le romperé hasta el último hueso de las manos!

Como buen esbirro del régimen nazi, Vasek terminaba cada frase con un porrazo al estómago o la cabeza de algún preso.

—¡Atención!

Edek notó que sus hombros se estremecían al oír el grito de Lubusch a su lado. Estaba furioso.

El *kapo* se volvió y se quitó la gorra inmediatamente.

En apenas unos pasos, Lubusch cubrió la distancia entre la entrada y

Vasek.

—¿Con qué órdenes? —Le gritó Lubusch en la cara—. Te estoy preguntando: ¿con qué órdenes estás mutilando a mis trabajadores?

Al ver que Vasek no se excusaba, Lubusch siguió su rapapolvo con más entusiasmo.

—Si me dejas a la mitad inútiles, ¿quién terminará la cuota del mes? ¿O piensas ofrecerte voluntario para hacer todo el trabajo? —Le soltó tal revés que Vasek se tambaleó hacia atrás a pesar de su poderoso físico.

Edek notó que varios reclusos reprimían dificultosamente una sonrisa de satisfacción.

—¡Te he hecho una pregunta! —Lubusch había adquirido el aspecto de un asesino.

Vasek murmuró algo sobre sabotaje y le prometió que encontraría pruebas, si *Herr Unterscharführer* le ayudaba a desmontar la maldita máquina.

—¿No tienes ni idea de cómo funciona y pareces absolutamente seguro de que es un caso de sabotaje? —Lubusch arrastraba las palabras en tono de mofa.

Edek pensó que Lubusch quería mantener al *kapo* alejado de la máquina infundiéndole el miedo a la autoridad, pero, curiosamente, había tenido el efecto contrario. Vasek empezó a examinar la máquina como un poseso; tal y como temía Lubusch, acabó descubriendo una pieza pequeña incrustada en uno de sus engranajes. La sostuvo ante los ojos de su superior con la mirada de un niño que busca desesperadamente la aprobación de un adulto.

Ahora mismo ni su *Kommandoführer* podría salvarles. Edek, que se había unido a la fila de compañeros del equipo, vio que el ilustrador observaba sus manos con mirada trágica. Todos estaban bastante familiarizados con los métodos de castigo de Vasek y sabían que cumpliría su amenaza.

—Bueno… —El *kapo* se volvió hacia ellos, victorioso. El sonido de su porra de madera golpeando contra la palma de su mano hizo que Edek sintiera náuseas. Ya estaba anticipando el impacto contra sus propios huesos—. ¿Va a tener el culpable la decencia de dar un paso

al frente de manera voluntaria, para que pueda recordarle sus principios? ¿O lo hacemos por las malas? ¿Veinticinco latigazos uno sí, uno no? A mí me da igual. Me importa un bledo cuántos de vosotros sufráis por una idea, cerdos conspiradores.

Nadie se movió. Todas las miradas estaban clavadas en el suelo de hormigón. Los pasos de Lubusch resonaron en el silencio al salir del taller, asqueado, con el *kapo*, no con los prisioneros. Edek le entendía. Si estuviera en el lugar de Lubusch, tampoco querría presenciar lo que iba a ocurrir.

Por supuesto, Lubusch podría haber parado a Vasek. Podría haberle dicho que no los castigara. El *kapo* le habría mirado como si hubiera perdido la cordura, y habría obedecido como era su deber, pero después le habría denunciado ante el Departamento Político, cosa que hubiera sido el fin del *Unterscharführer* Lubusch. Ya habían enviado a muchos guardias indulgentes al frente ruso para enseñarles a odiar al enemigo. A partir de ese momento, cualquiera que siguiese luciendo el uniforme y tuviera un mínimo de conciencia se cuidaba mucho de mostrar su humanidad.

—Pues nada: uno sí, uno no —concluyó con tono amable Vasek al ver que nadie decía nada, mientras señalaba al primero que debía salirse de la fila.

Edek vio que era el historiador. Se acercó al banco de trabajo con gesto resignado y puso ambos antebrazos sobre la superficie, exponiendo los muslos al látigo del *kapo* Vasek: era la postura establecida para un preso que iba a ser azotado.

Con el rabillo del ojo, Edek vio que el ilustrador abría y cerraba el puño de pura desesperación. Estaba muy solicitado entre los oficiales del campo, que le encargaban retratos de sí mismos o de sus parejas con envidiosa regularidad. A menudo decía que soñaba con abrir su propia galería cuando saliera de Auschwitz. Todo el mundo coincidía en que le iría bien, dado su enorme talento…

Cuando el ilustrador estaba empezando a dar un paso al frente, Edek se acercó a Vasek y se irguió firmemente ante el *kapo*.

—He sido yo. Yo he atascado la máquina.

Una sonrisa oscura y maliciosa inundó lentamente el rostro del

kapo. Antes de nada, ordenó al historiador que se quitara de en medio, sin apartar la mirada de Edek.

—Bueno, bueno, mi valiente marinerito. Veinte latigazos para ablandarte un poco, y luego empezaremos con lo bueno.

Tratando de mentalizarse, Edek colocó los brazos en el mismo sitio que el historiador. El *kapo* ya blandía el látigo con sus veinticinco hebras.

—Ya sabes cómo va esto. Cuenta cada golpe. Si pierdes la cuenta, empiezo desde el principio.

Sintiendo la mirada angustiada de sus compañeros de *kommando*, Edek cogió aire profundamente; pero enseguida notó que el primer latigazo se lo quitaba.

—¡Uno! —exclamó, intentando controlar la voz, pero lo único que quería era aullar al sentir las hebras del látigo cortando sus piernas, veinticinco veces en cada golpe.

Un dolor abrasador le llegó desde la parte posterior de sus muslos.

Otro latigazo. Su rostro se retorcía de dolor y sus ojos se llenaban de lágrimas.

—Dos.

El silbido del látigo rasgó el aire, y luego su piel.

—Tres.

Las rodillas empezaron a temblarle, como si fueran a doblarse en cualquier momento. Un sudor frío comenzó a resbalarle por la cara; ya no sabía si era transpiración o lágrimas lo que rodaba por sus mejillas.

Otro latigazo.

—¡Cuatro! —gritó.

Ya era imposible mantener la dignidad.

Otro silbido. Y otro golpe más rasgando su piel. La sangre caía por sus muslos; a través de la niebla de sus propias lágrimas, Edek vio que gotas de color carmesí caían sobre la mesa de trabajo mientras el *kapo* volvía a levantar el látigo.

—Cinco… —Le costaba un esfuerzo inmenso mantenerse en pie cuando solo quería entregarse al negro abismo.

—¡Basta ya!

Lubusch. Su imagen apareció flotando en los ojos de Edek; a pesar

del dolor abrasador, le sonrió. Había venido a rescatarle. Podía haberse quedado en la comodidad de su despacho y mirar hacia otro lado; fingir que no le afectaba que el *kapo* decidiera desollar vivo a uno de sus empleados. Al fin y al cabo, los superiores de Lubusch ya le habían enviado una vez a la unidad de castigo del campo de concentración de Stutthof-Matzkau por su actitud indulgente. La segunda vez, podrían meterle en Auschwitz, y en esta ocasión como un prisionero común, y es que el Departamento Político no era precisamente famoso por dar segundas oportunidades. Y, sin embargo, allí estaba, noble y serio.

La mano del *kapo* se quedó congelada en el aire. Confundido, miró a su superior.

—Los latigazos son un castigo demasiado agradable para él. Me lo voy a llevar al *Strafblock* por la bromita —dijo Lubusch, haciendo un gesto a Edek para que le siguiera.

Tirando de las últimas fuerzas que le quedaban, Edek apenas podía arrastrar los pies, pero lo hizo, como un perro pastor moribundo siguiendo a su amo.

—Allí le darán su merecido: después de todo, esa es su especialidad.

El *kapo* Vasek sonrió abiertamente, aparentemente satisfecho con el plan, mientras se metía el látigo de nuevo en el cinto. Edek sabía que no tardaría en volver a usarlo.

—No te preocupes —le dijo Lubusch en cuanto salieron—. Descansa allí un par de días y luego te soltarán. Les diré que eres uno de mis mejores empleados. No te harán daño: tienes mi palabra.

—Gracias, *Herr Unterscharführer* —susurró Edek, inhalando como podía el aire frío del exterior.

Mientras marchaban por la calle helada, se preguntaba qué le había revivido más: si el frío cortante del viento o esas palabras de Lubusch, que, en cierto modo, le devolvían la fe en la especie humana.

9

Birkenau

Mala se quedó parada cuando, en lugar de Edek, vio a su amigo esperándola en la sauna. Era un joven apuesto y con la tez más oscura que Edek, frente alta y ojos sensibles de color marrón oscuro.

Su rostro se iluminó al verla; hasta saludó con la mano, pero Mala había visto demasiada gente de la resistencia del campo ahorcada por confiar en alguien en quien no debían. Así pues, actuó con cautela:

—¿Qué le ha pasado a tu amigo? —preguntó con tono inquisidor a modo de saludo.

—Le han metido en el *Strafblock*, por lo que dice la nota que me ha pasado clandestinamente el *kapo* del bloque de castigo —respondió él casi alegremente, tendiéndole la mano—. Soy Wieslaw.

Al oír lo del *Strafblock*, Mala notó gotas de sudor en sus sienes. La sangre huyó de sus extremidades, dejándola helada de miedo, pero su rostro permanecía impertérrito.

Estrechó la mano de Wieslaw.

Consciente de cada vez que tomaba aire, Mala logró mantener la voz bajo control.

—¿Y por qué le han metido en el *Strafblock* exactamente?

—Ah, nada que ver con nuestro tema —contestó apresuradamente Wieslaw, bajando la voz, aunque nadie les prestaba atención—. Dio la cara por un tipo que había saboteado uno de los equipos de trabajo.

—¿Por qué? —preguntó ella, sorprendida.

Esa clase de gestos nobles y abnegados eran una rareza en Auschwitz. Aquello era un mundo despiadado de «sálvese quien pueda».

Wieslaw se encogió de hombros.

—Edek es así. No aguanta ver a otros sufrir. Somos de la misma

ciudad, pero no nos hicimos amigos hasta que vinimos en el mismo vagón del tren. De todos los que estábamos, él era el único con carrera militar, así que en cuanto nos metieron allí, se puso a organizarnos para poner un mínimo de orden. Cuando llegamos a Auschwitz, dijo que los ancianos debían quedarse con las mejores literas y raciones dobles de comida. Había varios de ellos entre nosotros, sobre todo médicos, clérigos y profesores (la auténtica inteligencia polaca), no como nosotros, a quienes nos habían detenido por ser jóvenes y físicamente aptos. Por supuesto, había alguien que no estaba de acuerdo (hay contestones en todas partes). Sinceramente, aquel tipo llevaba buscando pelea desde el momento en que nos subieron al tren, pero cuando se negó a ceder su litera a un profesor anciano, Edek le soltó un par de guantazos en el morro. Y fin de la discusión. —Soltó una risilla nostálgica al recordarlo—. Desde entonces, nos hemos hecho buenos amigos. Edek es un tipo de primera.

Mala se dio cuenta de que ella también estaba sonriendo.

—Entonces, ¿estuvo en el Ejército?

—No exactamente. Cuando empezó la guerra, era cadete de la escuela de marina. Siempre bromeaba diciendo que la Gestapo le había detenido por su bonito uniforme.

La sonrisa de Mala se hizo aún más grande. Había que tener sentido del humor para bromear sobre tu propia detención, especialmente si se las había visto con la policía secreta alemana.

—¿Le pegaron?

—Por supuesto. —Wieslaw la miró como si aquello fuera obvio—. A todos nos dieron unos cuantos mamporros durante varias semanas antes de mandarnos aquí.

—A mí me arrestaron los SS normales. —Mala parecía tener la mirada puesta en otra parte.

El pasado volvió a emerger desde las sombras: un pasado demasiado doloroso para recordarlo, pero que era imposible olvidar. A Mala siempre le había resultado extraño que sus recuerdos tuvieran olor: a vapor y aceite de la locomotora de tren, a su perfume francés, a los Chesterfield que fumaba sin parar el viajante que compartió asiento con ella, y al sudor rancio y amargo del uniforme de lana del miembro

de las SS que la abordó con la mano en la funda de la pistola. El tipo la vio en cuanto Mala bajó del tren en la estación central de Amberes, y con razón: la estrella amarilla que debían llevar todos los judíos belgas según recientes órdenes de las fuerzas de ocupación fue indicio suficiente. Sus padres le suplicaron que no se arriesgara, pero Mala viajó a Bruselas de todos modos, porque, según decían los rumores, todavía podían encontrarse escondites para los ciudadanos judíos. No lo buscaba para ocultarse: ella no era de las que se esconden, desde luego, sino para su padre ciego y su querida madre, porque estaba segura de que no durarían un solo día en manos de la Gestapo. Ella tenía planeado pasarse a la resistencia con sus viejos contactos de la organización juvenil clandestina Hanoar Hatzioni y luchar contra los nazis hasta la victoria final (o hasta morir, lo que llegara antes). Sin embargo, aquel guardia de las SS con su abrigo empapado en sudor puso fin rápidamente a sus planes con su «Documentación, por favor». Así pues, en vez de unirse a la resistencia, Mala acabó trabajando en el registro del barracón Dossin, en Mechelen, un centro donde se reunía, retenía y deportaba a judíos. Y cuando ya no quedaban judíos que procesar, la mandaron a Auschwitz con el resto de los empleados del registro: «gracias por sus servicios; desgraciadamente, ya no les necesitamos; encontrarán las cámaras de gas a su derecha».

Era una historia demasiado personal y dolorosa para contársela a alguien que acababa de conocer; Mala se limitó a suspirar y a decir:

—A nosotros no nos golpearon ni nos acusaron de nada. Simplemente nos metieron en el tren por ser escoria judía y contaminar su aire ario con nuestra asquerosa respiración, literalmente.

Wieslaw apartó la mirada, visiblemente incómodo.

—Lo siento —murmuró, escondiendo las manos en los bolsillos.

Mala se encogió de hombros con indiferencia: «Así es la vida».

—¿Podemos hablar en privado? —preguntó él, alzando la vista—. Tengo algo para ti. De parte de Edek.

Mala fue hacia el rincón más oscuro de la sauna, donde la luz amarillenta de la lámpara apenas llegaba, y se volvió a mirarle.

—Acércate. —Le cogió por la manga y tiró hacia sí—. No quiero que

nos vea nadie.

El profundo rubor que inundó el rostro de Wieslaw reveló que no estaba acostumbrado a los escarceos amorosos que llevaban a la mayoría de los presos allí. A Mala le pareció casi enternecedor.

—No te preocupes. No te voy a besar —bromeó—. A ver, ¿qué tienes para mí?

Wieslaw se humedeció los labios con nerviosismo antes de rebuscar algo en su bolsillo.

—El día después de conoceros, acordamos que, si algo le pasaba, yo vendría a traerte esto.

Sacó la mano del bolsillo: tenía la palma llena de virutas y piezas de metal.

Por un momento, Mala se quedó muda mirándolas. Entonces, recobrando la compostura, abrió su bolsillo rápidamente para que las metiera.

—La verdad, yo no entiendo la broma… —dijo Wielsaw con una risilla vergonzosa, mientras transfería las piezas de su bolsillo al de Mala—. Esperaba que me pidiese que te trajera algo de comer, pero dijo: «Lo que ella quiere son piezas de metal. Deben de ser algo muy importante».

—Lo es —le confirmó Mala muy bajito, sintiendo que sus mejillas se ruborizaban.

Le costaba creer que Edek pensara más en su pequeño contrabando que en sus propios asuntos.

—¿Para qué las necesitas? —Wieslaw la miró con curiosidad.

—Para lo mismo que vosotros el *ausweis* —explicó serenamente Mala—. Para devolvérsela a los nazis algún día.

Sus ojos brillaban como el mismo acero que tenía en los bolsillos. Wieslaw asintió con respeto y le tendió la mano una vez más con una mirada solemne.

—Algún día.

—Algún día.

Mala repitió sus palabras mientras sonreía y pasaba junto a él, para perderse luego en el exterior.

10

Auschwitz

Al principio, fue oscuridad y un dolor insoportable. Luego el dolor se fue atenuando, y pronto quedó solamente una oscuridad fría e impenetrable, así como un aterrador olor a tierra mojada y a su propio cuerpo. Las celdas de castigo eran tan estrechas que, cuando Edek se erguía del todo, tocaba el techo con la coronilla y el suelo con los talones, y le invadía una perturbadora sensación de que le habían enterrado vivo.

Tres veces al día, un funcionario preso abría el ventanuco de la puerta y metía un cuenco de sopa de nabo y un trozo de pan con queso mohoso en su celda. Gracias a esos momentos, Edek sabía qué hora era e incluso llevaba la cuenta de los días.

Por una vez, agradecía que las porciones fueran minúsculas, pues apenas generaba desechos corporales; de ese modo, el cubo del rincón que le servía de retrete no apestaba demasiado. Además, el funcionario preso se mostró compasivo y lo cambiaba cada noche para que Edek pudiera dormir al menos unas horas sin que al tormento de esa oscuridad incapacitante se le uniera un olor nauseabundo. También le pasaba periódicos viejos por el ventanuco para que aislara su ropa y sus pies con ellos. Y a los pocos días le llegaron a la celda un palé de paja y una manta. Edek veía aquellos inesperados regalos con la máxima gratitud: por la noche, cuando entraba la helada, los muros de su celda estaban gélidos al tacto.

—Recuerdos de tu novia. —El *kapo* del *Strafblock*, el mismo que le había pasado una nota a Wieslaw a petición de Edek, dio unas palmaditas cariñosas sobre la manta antes de entregársela.

—¿De mi novia? —contestó pestañeando, confundido.

—Claro. ¿Crees que te doy todo esto porque soy bueno? —El *kapo*

soltó una carcajada socarrona—. Debes de ser un fenómeno en la cama. Me dio una salchicha ahumada entera a cambio de que te tuviéramos cómodo.

Cuando estaba a punto de cerrar el ventanuco, Edek metió las manos arriesgándose a que le aplastara los huesos.

—¡Espere! *Herr kapo*, ¿cómo se llama?

Esta vez fue el *kapo* quien se quedó mirándole con una mezcla de asombro y respeto.

—O sea, ¿que tienes varias, granuja? —Las carcajadas le salían de la panza—. No sé cómo se llama. Por desgracia, no me lo dijo.

—¿Qué aspecto tenía?

—Pues como Ricitos de Oro, la del cuento. Bonita como la mujer de un cuadro. Una princesa —contestó el *kapo* con una sonrisa irónica, y luego le hizo un gesto para que apartara las manos del ventanuco antes de cerrarlo.

«Mala.» Pensar en su nombre le hacía entrar en calor, como si una manta le protegiera. «El ángel. La salvadora.» Estaba profundamente convencido de que, sin aquellos periódicos y esa manta para envolverse, hubiera muerto de frío una de esas noches.

Allí solo, Edek tenía mucho tiempo para pensar. Le daba vueltas a su pasado y soñaba aún más con su futuro. Cada vez que echaba la vista atrás, lo primero que le venía a la mente era su padre: un modesto fontanero que soñaba con que su hijo se convirtiera en oficial y que invirtió sus escasos ahorros en un uniforme nuevo para él. Al viejo se le saltaron las lágrimas cuando se lo vio puesto por primera vez. El recuerdo de aquel momento, del cálido abrazo de su padre y su abnegado amor paterno, le obligó a enjugarse las lágrimas con el dorso de la mano. Aislado en aquel bloque de hormigón, magullado y sobre todo hambriento, echaba de menos su casa. Extrañaba la comida casera de su madre y sus besos en la frente, el tacto de la lengua de su perro sobre las mejillas, así como el calor que le proporcionaba por las noches. Sin embargo, ahora su casa era Auschwitz. En ese momento, en lugar de los cariñosos brazos de su padre, tenía que lidiar con los puños de Vasek.

Cuando recordar el hogar familiar se hacía demasiado doloroso,

intentaba pensar en el futuro: siempre veía un bosque denso, su escuadrón de partisanos y los nazis a los que sus camaradas y él tenderían emboscadas, para acabar liberando su tierra del yugo del Reich de una vez por todas. Edek soñaba con heroicidades, pero sus pensamientos se desviaban y sus ojos acababan viendo a Mala. Esa cara preciosa y esos labios burlones suyos:

—¿Y qué más? ¿Un Mercedes nuevo con chófer para sacarte de aquí?

Edek se reía al recordar aquel único encuentro, al tiempo que se fascinaba por el mero hecho de poder seguir riéndose; enterrado vivo en aquel ataúd cubierto de hielo, las palabras de Mala eran lo que le mantenía cuerdo y contando los días hasta su próximo encuentro. Llegaría, de eso no le cabía duda, igual que estaba seguro que ella cumpliría su promesa y le conseguiría un *ausweis*: entonces, con la ayuda de Lubusch… Por alguna razón, Edek siempre perdía el hilo del pensamiento justo en ese punto.

Al sexto día, durante el desayuno, que consistía en una taza de agua cargada de bromuro que los guardias se atrevían a llamar «café», Edek comprendió que ya no veía los rostros de sus camaradas imaginarios del escuadrón de partisanos. La imagen de Mala los había sustituido por completo; de repente, ya no había vuelta atrás. Darse cuenta de ello le emocionaba y le aterraba a partes iguales. De pronto, el *Strafblock* había perdido su poder sobre él.

«Estaré esperando»: es lo que ella le había dicho, aunque no significara lo que a él le hubiera gustado; sin embargo, Edek nunca se había sentido tan resuelto a salir vivo de allí.

Cuando el guardia abrió la puerta al noveno día, Edek se dio cuenta de que no podía caminar. Solo era capaz de reptar a cuatro patas, como un animal, pues sus músculos se habían debilitado demasiado por el confinamiento solitario en una celda que no permitía movimiento alguno. Así es exactamente como las SS los quería: humillados, sometidos a base de golpes, reducidos a un estado animal. Sin embargo, Edek no estaba dispuesto a darle al guardia el placer de verle arrodillado más de lo necesario. Apoyándose en la pared y conteniendo las lágrimas de dolor forzó sus músculos al máximo, se

levantó y cuadró los hombros en un gesto desafiante. Sus piernas temblaban por el miedo; sus ojos, desacostumbrados a la luz brillante, estaban colmados de lágrimas, pero aun así se levantó.

En la sala reservada para interrogar e imponer castigos le esperaba una pequeña delegación de pie. A través de las lágrimas, Edek reconoció a Lubusch, y a su lado, el nuevo *Kommandant*, Arthur Liebehenschel, junto a varios ayudantes. Edek se llevó una mano a la cabeza instintivamente y volvió a bajarla despacio, cuando recordó que ya no tenía una gorra a rayas que quitarse en señal de respeto hacia los oficiales.

Un oficial del Departamento Político empezó a hablarle, leyendo una frase sobre el sabotaje de la producción del equipo:

—… una grave ofensa contra los esfuerzos de guerra y el Reich alemán…, un crimen que no debe quedar impune…, a petición del *Unterscharführer* Lubusch y con la aprobación del *Kommandant Obersturmbanführer* del campo Liebehenschel…

Edek apenas escuchó sus palabras; tenía la mirada clavada en Lubusch, expectante y suplicante. Cuando su *Kommandoführer* contestó con un leve asentimiento seguido de una sonrisa de ánimo, cierto alivio asomó en su rostro antes de que nadie lo notara. De repente, todo su miedo desapareció, y Edek empezó a respirar de nuevo.

Por lo que pudo entender, se disponían a azotarle otra vez en presencia del *Kommandant* del campo y a petición del *Unterscharführer* Lubusch.

El *Kommandant* Liebehenschel, un hombre apuesto de cuarenta y pocos años, se aclaró la garganta por enésima vez. Edek vio que abría y cerraba los puños mirando a su alrededor como si buscara desesperadamente una salida, como si fuera su trasero el que iba a desollar el látigo del verdugo.

Mientras tanto, el encargado de azotarle, un tipo fornido con la cara picada y rubicunda que recordaba la de un bulldog, le estaba indicando cómo colocarse para recibir el castigo.

—Quítate los pantalones —gruñó, señalando dónde debía apoyar los brazos. De repente, puso su cara al lado de la de Edek, que podía oler el tabaco de mascar en la boca de su verdugo—. No te voy a dar fuerte

—le susurró a través de sus labios prácticamente inmóviles—, pero tú grita todo lo que puedas, si sabes lo que te conviene. Pasará antes de que te des cuenta.

Era una orden extraña, pero Edek llevaba suficiente tiempo en Auschwitz como para saber que lo mejor era acatarla.

El verdugo siguió un poco con su víctima y se volvió hacia sus distinguidos invitados esperando permiso para empezar. El oficial del Departamento Político fue quien se lo dio.

Desde su lugar, Edek vio cómo el *Kommandant* palidecía aterrado al ver que el verdugo sacaba su látigo de hebras con cuentas en los extremos; el tipo hizo un gran ademán, alzándolo de manera lenta y dramática por encima de su hombro.

El golpe no le escoció ni la mitad que los de Vasek, pero Edek gritó con tal fuerza que el *Kommandant* Liebehenschel gritó al verdugo que parara de inmediato.

—Las piernas —murmuró Liebehenschel, blanco como la tiza—. Ya le han azotado. Y cada latigazo con eso vale por diez. —Al señalar el arma del verdugo, Edek vio que le temblaba la mano—. Ya basta. Le vas a dejar tullido de por vida. Ya no saboteará nunca más. ¿Verdad?

Esta vez, Liebehenschel miró directamente a Edek. Sus trágicos ojos negros le suplicaban que lo confirmara.

Con voz temblorosa, Edek prometió que no lo haría.

El *Kommandant* suspiró aliviado.

—Pues ya está. Devuélvanle a su barracón. ¡No, esperen! Mándenle a la enfermería. Hay que curarle las heridas antes de que vuelva a sus obligaciones.

Una vez que se hubieron marchado el *Kommandant* y su escolta, Lubusch se ofreció a llevar a Edek al barracón de enfermería del campo.

—Espero que no me lo tengas en cuenta —dijo Lubusch, dándole una palmadita cordial en la espalda mientras salían de la mazmorra del bloque de castigo—. El Departamento Político quería dejarte un mes aquí dentro. Pero les sugerí una alternativa que no fueron capaces de rechazar: un castigo ejemplar ante el mismísimo *Kommandant*. Liebehenschel es un sentimental —explicó con una sonrisa cómplice

—. No soporta ver sufrir a los presos. Ni se acerca a la cámara de gas. Casi le da un ataque de nervios después de ver marchar a mujeres y niños al territorio de Hössler en Birkenau. Sabía que si le hacía presenciar tu ejecución, les haría parar de inmediato.

—Gracias, *Herr Unterscharführer*. —Edek lo decía en serio.

Siguieron caminando en silencio, uno al lado del otro. Lubusch ralentizó sus pasos para acompasar su paso al de Edek.

—¿Es cierto que arrojó una copa de champán sobre el retrato de Hitler? —preguntó Edek finalmente.

Lubusch movió un hombro.

—Es una versión de los hechos.

—¿Puedo preguntar cuál es la otra?

—Que dejó a su esposa por una mujer más joven y políticamente poco fiable —contestó vagamente Lubusch—. Cuando sus superiores le ordenaron que rompiera con ella, se negó. —Hizo una pausa y añadió con una voz cargada de romanticismo—: Ella le siguió hasta Auschwitz cuando, como castigo, lo enviaron aquí.

Edek supuso que Lubusch estaba pensando en su propia mujer, que le había seguido hasta Alemania a pesar de su raza. Intentó detener su pensamiento por todos los medios, pero no lo pudo evitar: de repente, él también se estaba preguntando si Mala le seguiría si le ofrecía la oportunidad de huir.

11

Birkenau

Mala estaba pasándole su botín más reciente a Kostek, su contacto del *Sonderkommando*, cuando la sirena empezó a aullar fuera del crematorio. Sus ojos se clavaron instintivamente en el techo. «¿Es posible?» Se miraron con cierta esperanza. «¿Un ataque aéreo?» Los ciudadanos polacos que trabajaban de vez en cuando en el campo no desaprovechaban la mínima oportunidad de contarles «las noticias de la guerra» a los prisioneros para animarlos. Los presos de Auschwitz sabían que los aliados ya habían bombardeado ciudades alemanas, pero aún no habían visto ningún avión aliado sobre el campo. Todo el mundo estaba convencido de que los soviéticos llegarían antes que los aliados occidentales, pero, por lo último que sabían, el Ejército Rojo también seguía demasiado lejos, luchando en algún lugar del oeste de Ucrania.

El gemir de las sirenas despertó sus esperanzas de que fuera un milagro, pero el frío aire invernal se llenó rápidamente de los ya familiares gritos en alemán y los frenéticos ladridos de perro; sus ilusiones murieron, como casi todo en Auschwitz.

Presintiendo el peligro, Kostek cogió a Mala de la mano y la arrastró hacia el ascensor, pero estaba bloqueado. Maldiciendo en su idioma materno porque solo los de las SS tuvieran llaves de aquel maldito chisme, según le explicó mientras corrían, fue hacia la salida con Mala tras de sí, pero se toparon con un montón de trabajadores del *Sonderkommando* corriendo aterrados en dirección contraria y empujándolos de vuelta a la cámara de gas.

—¡Adentro todo el mundo, ahora! *Schnell, schnell, schnell!* ¡Rápido! ¡Rápido! —gritó un guardia, acompañando sus palabras con el chasquido de un látigo.

Mala apenas vio su cara de refilón, pero le reconoció de inmediato. Era el *Hauptscharführer* Moll, uno de los oficiales a cargo del *Sonderkommando* y su espantosa misión. Su brutal rostro estaba rojo de furia, y su cabellera rubia rojiza, despeinada, lo cual era muy extraño en él. Las venas de su cuello se hinchaban al gritar órdenes a la gente estupefacta, mientras su ojo sano no paraba de moverse mientras el de cristal permanecía sin pestañear, muerto. El contraste resultaba aterrador.

—¡Meteos en la cámara y no os mováis de ahí, malditos patanes!

Varios guardias avanzaron hacia la multitud blandiendo sus metralletas, de manera que era imposible que el *kommando* les plantase cara. En el tumulto generalizado, Mala perdió a Kostek.

—¡Esto es una maldita trampa para ratones! —exclamó alguien a su lado, con una voz llena de amargura—. Nos han vuelto a engañar.

Con la espalda apoyada contra la columna y la malla metálica, Mala no paraba de girar la cabeza a un lado y a otro, tratando de entender la situación. Su corazón latía desbocado en su pecho.

—¿Qué está pasando? —preguntó, aunque no se dirigía a nadie en concreto.

Varias caras se volvieron hacia ella, mirándola con auténtica compasión.

—Cada seis meses más o menos, se cargan a todo el *Sonderkommando* —explicó un hombre que tenía cerca—. Después de que acabaran con nuestros predecesores, juramos que no dejaríamos que nos liquidaran sin luchar. Que lo veríamos venir…

—¡No nos toca todavía! —gritó alguien, desatado—. ¡Aún no han pasado seis meses! ¡Nos quedan cuatro semanas más!

—¡Es casi Navidad, cerdo alemán! —exclamó otro—. ¿Es que no tenéis corazón? ¿Nos vais a matar a todos antes del día sagrado?

Mala notó cómo la invadía un pavor doloroso y se echó a temblar. Las SS estaban metiendo a más gente en la cámara de gas; los últimos olían a pelo chamuscado y carne quemada después de haber estado vigilando los hornos del piso de arriba. Sus gritos e insultos, mezclados con el gemido de la sirena antiaérea, eran ensordecedores, aterradores.

Milagrosamente, Kostek volvió a encontrar a Mala; por un instante, su rostro reflejó un alivio inmenso. De inmediato, empezó a abrirse paso a codazos hacia la puerta hermética que los guardias vigilaban con sus látigos y sus armas reglamentarias.

—*Herr Hauptscharführer!* —En la voz de Kostek se podía notar la desesperación, mientras intentaba llamar la atención de Moll. Mala notaba sus dedos sobre la muñeca como si fueran de hierro—. Esta mujer no debería estar aquí dentro: es Mala Zimetbaum, la mensajera de las oficinas del campo.

Para cuando alcanzaron a los guardias, estaba jadeando.

Dos subfusiles les apuntaron directamente al estómago.

—¡Atrás! —gritó Moll, con la furia retorciendo sus facciones.

—Pero es que ella no debería estar aquí… —Kostek miraba las armas asustado, mientras buscaba las palabras adecuadas. —No lo aprobarían ni la *Lagerführerin* Mandl ni el *Obersturmführer* Hössler…

Moll saltó a la velocidad de una serpiente venenosa. Su puño le alcanzó directamente en la mandíbula, haciéndole tambalearse hacia atrás a pesar de su corpulencia. Luego se abalanzó sobre él y empezó a golpearle hasta que Kostek cayó al suelo, cubriéndose la cabeza con ambas manos para protegerse. Después de asestarle varias patadas rápidas en estómago y piernas, Moll dio un paso atrás, resollando y goteando sudor. Toda la sala oyó el ominoso ruido metálico de la puerta hermética cerrándose detrás de él.

Envueltos en una semipenumbra, los ojos se alzaron hacia las trampillas del techo ahora cerradas. La sirena seguía aullando, pero se oía muy lejos.

Mala se agachó al lado de Kostek. Todavía algo aturdido, ya estaba incorporándose, agarrándose al codo de uno de sus compañeros. Ella empezó a limpiarle la cara con su pañuelo.

—¿Por qué te molestas? —preguntó con una sonrisa ensangrentada. Uno de sus ojos empezaba a hincharse—. Dentro de pocos minutos, estaremos todos muertos.

Mala pensó en decir que lo hacía porque era humana, y eso es lo que hacen los seres humanos, pero no era así, en realidad. No: los seres humanos ya no podían decir que su humanidad era lo que los

diferenciaba de los animales, porque hasta estos se ayudaban entre sí; ella misma había visto a una gallina cobijando a unos patitos huérfanos bajo sus alas en una vieja granja polaca. Los seres humanos eran la más hipócrita de todas las especies, pues prohibían abortar a las mujeres arias, pero no mostraban ningún escrúpulo al meter a niños judíos en las cámaras de gas. Hablaban de ayudar a otros seres humanos y luego hacían darse la vuelta a barcos llenos de refugiados que intentaban llegar a sus costas, abocándoles a la muerte. Pronunciaban discursos sobre sus valores cristianos, y cuando había que ofrecer refugio a los perseguidos, cerraban sus puertas y echaban a los fugitivos de su propiedad con armas e insultos.

—Porque tienes sangre en la cara y lo que hay que hacer es limpiártela —contestó al final Mala.

Kostek sonrió ampliamente con los labios rotos.

—Cuánto mejor sería el mundo si todos hicieran lo que hay que hacer.

—Con algo de suerte, las generaciones futuras aprenderán de nuestros errores.

—¿Tú crees? —Arqueó una ceja con escepticismo—. No sé, después de miles de años llenos de matanzas y conflictos, yo ya he perdido la fe en la humanidad.

—Yo también la perdí. Pero sigo teniendo fe en los seres humanos. Ahora mismo tengo fe en ti. —Mala le miró—. Sabías que estaban a punto de matarte y, aun así, has arriesgado tu vida para salvar la mía.

—Y tú pusiste en peligro la tuya al venir aquí. —Kostek apartó los ojos, de pronto incapaz de mantener su mirada—. Perdóname, Mala, por favor.

—No tengo que perdonarte nada. —Ella sonrió suavemente—. Era lo que había que hacer.

Los hombros de Kostek empezaron a temblar bajo la oscuridad de la cámara; Mala no supo si era por las lágrimas o por una risa triste.

El sol empezaba a ponerse, pero las sirenas seguían rugiendo su demencial canción sobre el campo. A ellas se habían unido los focos, que cegaban a los presos en filas junto a sus equipos de trabajo y sus barracones. Llevaban horas de pie allí, casi no sentían las

extremidades, que parecían haberse congelado y pegado al suelo. Al principio, temblaban violentamente, luego les inundó la apatía y el sueño; sus compañeros de barracón tenían que hacerles reaccionar a empujones para que contestaran *Jawohl* («presente») cada vez que el guardia decía su número. Ya había bastantes tirados en la nieve, y sus compañeros eran quienes gritaban sus números y los levantaban para que los guardias vieran sus rostros cerúleos sin vida.

Los pacientes de la enfermería, es decir, aquellos que podían andar, también habían salido al exterior obligados por los médicos, mientras los camilleros presos comprobaban los números de los enfermos encamados dentro del barracón.

Edek ya no sentía los labios, pero estaba seguro de que sonreía mientras escuchaba el interminable recuento en el frío helador. Porque sabía qué significaba el incesante plañir de la sirena.

Alguien había intentado lo imposible, y lo había logrado.

Alguien había escapado de Auschwitz.

—¿De qué demonios te ríes? —Los labios morados de Roman apenas se movían. Compartía catre con Edek, después de que un *kapo* le enviase a la enfermería con una paliza que le dejó el trasero tan amoratado y dolorido que hizo falta operarle—. Todavía pueden cogerle.

—No le cogerán. —Edek miraba ansiosamente hacia la noche, con los ojos encendidos por la esperanza—. A estas alturas ya estará lejos, muy lejos.

—Tienen perros.

—Esto está rodeado de marismas. No tardarán en perder su rastro.

—Seguro que el muy idiota se ha ahogado en las marismas.

—No, no se ha ahogado.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—Simplemente, lo sé. —Edek intentó encogerse de hombros, pero no sabía si lo había logrado. Hacía rato que no sentía las extremidades —. Tiene que estar vivo. Si no, más me valdría tirarme contra la alambrada ya mismo.

Esta vez, Roman no discutió. Le había entendido.

Mala jamás había imaginado que sentiría tanto alivio al oír la voz

de Hössler, el director del campo. Les estaba hablando a través de la puerta hermética; sin embargo, todos los presentes en la cámara estaban tan angustiados y sin aliento que sus palabras se oían perfectamente.

—Escuchen. Ha habido una fuga. Por ahora creemos que solo falta un prisionero, pero no podemos descartar que tenga uno o varios cómplices.

Mala notó que se le hacía un nudo en la garganta. ¿Edek? No podía ser. Wieslaw había dicho que estaba encerrado en el *Strafblock*. Y el *kapo* se lo había confirmado cuando le sobornó para que le llevara un palé de paja y una manta gruesa.

Escuchó con más atención.

—Vamos a abrir esta puerta para pasar lista —continuó Hössler con voz templada—. Hay ametralladoras montadas en el pasillo; si intentan escapar o hacen cualquier estupidez, no nos dejarán otra elección. No es lo que queremos, y seguro que ustedes tampoco lo desean. —Hizo una pausa—. Como su responsable, ¿puedo contar con su sensatez y un buen comportamiento?

El *Sonderkommando* decía que Hössler engatusaba fácilmente a la gente, y con razón, pensó Mala. Mientras Moll bramaba y gritaba hecho una furia, Hössler hablaba con tono mesurado y apelaba a la sensatez. Ahora entendía que lograra convencer a los recién llegados a Auschwitz para que fueran directos a la cámara de gas sin la menor sospecha. Costaba no caer en sus mentiras; todavía más, distinguirlas de la verdad.

—Creo que no van a ejecutarnos —susurró a Kostek—. Quiero decir que ya nos han encerrado. Lo único que tienen que hacer es soltar el gas. ¿Por qué tanto lío por una fuga?

Varias caras se volvieron a mirarla. Lo último que quería Mala era darles esperanzas cuando podían aniquilarlos en cualquier momento, pero no tenía sentido que Hössler estuviera mintiéndoles sin más.

—¿Qué? —Le dio un codazo en las costillas a un hombre con brazalete de *kapo*—. Venga: decidle que lo haremos antes de que cambien de idea y echen el gas. Al fin y al cabo, es más fácil contar cadáveres que a gente viva.

Este último argumento fue una motivación inmediata. Varias voces se identificaron como líderes del *Sonderkommando* y prometieron plena cooperación.

Después de un minuto tortuosamente largo, el tenso silencio se rompió con el ruido del pomo girando al otro lado de la puerta. Cuando se abrió la pesada plancha de metal, lenta y cautelosamente, lo primero que vieron los prisioneros fueron los cañones de tres ametralladoras bloqueando el estrecho pasillo. Detrás de los guardias que iban a disparalas, estaban los mandamases de las SS en el crematorio, también con el arma desenfundada.

Hössler era el único que no iba armado. Completamente impasible, sostenía una tabla sujetapapeles con un portaminas atado con un cordel.

—Que todo el mundo intente arrimarse lo más posible a la pared. —Hizo un gesto hacia el lado izquierdo de la cámara de gas. Una vez que los prisioneros se hubieron echado obedientemente a un lado, asintió satisfecho—. Bien, ahora vamos a pasar lista. Una vez que sepamos que todo el mundo está presente, les dejaremos ir.

Todos se miraron angustiados; a continuación, volvieron a mirar a Hössler, expectantes.

—Cuando diga su número, den un paso al frente y digan *Jawohl*; una vez que les haya apuntado, pónganse en el lado contrario.

—Para que ningún listillo diga «presente» por algún compañero ausente —añadió Moll, con una clara sonrisa de superioridad.

Hössler se volvió hacia él, molesto por la interrupción, y le fulminó con la mirada de tal modo que Moll retrocedió entre las sombras inmediatamente, para alejarse de la ira de su superior.

El primero en atravesar la inmensa sala fue uno de los polacos con número de prisionero bajo, un veterano del campo, igual que Edek. Poco a poco se le fueron uniendo presos al otro lado de la cámara. Al ver a Mala entre el menguante grupo de reclusos, Hössler se sorprendió ostensiblemente.

—¿Mala? ¿Qué estás haciendo aquí?

—Le he traído un mensaje a Kostek del equipo del Canadá —explicó ella rápidamente—. El *Kommandoführer* se encuentra de baja y están

organizando el horario nuevo para que los camiones recojan la ropa de los crematorios.

Técnicamente, no era mentira. Mala conocía el campo lo suficiente como para tener una buena excusa cuando le convenía.

—¿Por qué no se me ha informado? —Hössler se giró hacia sus subordinados, amenazante. Todos clavaron la mirada en sus botas, como si de pronto les fascinaran—. Os he hecho una pregunta. —Hössler no alzó la voz ni lo más mínimo, pero todos, incluidos los prisioneros y los guardias, dejaron de respirar al mismo tiempo—. ¿Por qué está encerrada aquí mi *lauferin* con el *Sonderkommando*, y nadie me ha informado de ello?

—*Herr Obersturmführer*, permítame… —Mala dio un paso al frente, humedeciéndose los labios—. Kostek intentó advertir al *Hautpscharführer* Moll de mi presencia aquí, pero… —Dejó que la frase se perdiera en el silencio.

Hössler había visto la cara amoratada de Kostek. No hizo falta que Mala terminara de explicárselo.

Moll la miró con la cara roja de una ira silenciosa, agarrando el mango de su arma como si ansiara disparar. Su gesto retorcido parecía decir: «Insolente puta judía. No lo olvidaré».

—Ven aquí. —Hössler la señaló con su tabla sujetapapeles—. Ponte a mi lado. De todos modos, me voy al despacho. Tú te vienes conmigo.

—*Jawohl, Herr Obersturmführer*.

Mala se abrió paso entre las ametralladoras y no volvió a respirar con normalidad hasta que estuvo junto a Hössler.

—Contigo… —el director del campo lanzó otra mirada asesina a Moll— hablaré más tarde. No informar de este tipo de cosas a un superior es una falta punible.

Mala estaba de espaldas a Moll, pero mientras Hössler terminaba de pasar lista, notó su ojo bueno atravesándole el cráneo. Ahora bien, la satisfacción de meter en problemas a Moll como venganza por su trato a Kostek no duraría demasiado. Acababa de hacerse un enemigo que aprovecharía la primera oportunidad que tuviera para destrozarla como solo él era capaz de hacer. Sin querer, Mala se acercó un poco más a Hössler.

Ojalá hubiera una salida de todo aquello. Pero estaban en Auschwitz, la morada del Jinete Pálido, donde los SS segaban almas a su voluntad y las esperanzas se hacían humo en columnas a través de las chimeneas industriales. Aquí, la muerte tenía muchas caras. Moll solo era una de ellas.

12

Edek no paraba de pasarse la mano por su mono azul nuevo, el uniforme del *kommando* de instaladores de Birkenau. Aún no se había acostumbrado a él, como tampoco se había acostumbrado a que ahora estaba un paso más cerca de la libertad. Lubusch había posibilitado su traslado al Sector D del campo masculino de Birkenau después de que le dieran el alta en la enfermería. Y él se había prometido solemnemente que, cuando saliera de aquel sitio una vez acabada la guerra, buscaría a su tocayo, le daría la mano y se tomaría una copa con él, para brindar por la libertad y la fraternidad. Y porque jamás volviera a haber guerras como aquella.

—Enhorabuena, supongo…

La voz le sobresaltó y se golpeó la cabeza contra el lavabo encima de la tubería que estaba arreglando. Las recomendaciones de Lubusch debían tener mucho peso, porque los SS de Birkenau le habían puesto a trabajar en sus propias dependencias, donde los azulejos estaban nuevos y limpios, los aseos eran de cerámica y blancos, Zarah Leander cantaba al amor a través de los altavoces de la radio, y las paredes estaban llenas de espejos donde a Edek no le apetecía mucho mirarse.

—Mala.

Tocándose la cabeza, donde sabía que tendría un buen chichón al día siguiente, Edek se incorporó delante de la joven. Estaba sonriendo como un tonto, pero ni con toda la voluntad del mundo hubiera podido reprimir la sonrisa.

—Tampoco hace falta que te partas la cabeza por mí. —Sus ojos de color miel brillaban cálidos—. De eso ya se ocuparán los guardianes.

—También es verdad. —Edek se frotó la zona dolorida, avergonzado —. Siempre puedes contar con ellos para esas cosas.

Mala se quedó mirándole unos instantes con interés; él le devolvió

la mirada, de pronto cohibido y agradecido por el hecho de que el *kommando* Canadá le hubiera dado un mono recién desinfectado que no oliese a sudor rancio y a grasa solidificada. Al observar la cara de Mala, descubrió que, en vez de revelar imperfecciones, curiosamente la dura luz artificial de las letrinas de las SS daba un matiz luminoso a su piel pálida y radiante. Bajo las lámparas luminosas, su cabello dorado estallaba de color, sano y brillante, como desafiando a toda la enfermedad y la muerte que la rodeaban. Pero lo que le cautivaba con una fuerza magnética e inexplicable eran sus ojos. Había en ellos un poder rebelde y acerado; sin embargo, sus pecas de color ámbar irradiaban tal amabilidad que Eder sentía como si todas las capas de horror que se habían ido acumulando en él cayeran como escayola seca. Por unos maravillosos instantes, se sintió liberado del campo. Ella estaba delante de él, con las manos en los bolsillos, sonriendo, con las mejillas heladas por el frío, y ni el tiempo se atrevía a avanzar.

—Cuando me llegó la orden de tu traslado para tramitarla en la oficina del campo no podía creerlo —dijo Mala—. Pensaba que eras tú quien había abandonado nuestro pequeño paraíso el martes pasado.

—¿Sin despedirme de ti? No me atrevería.

Ella arqueó una ceja, risueña.

—O sea, que tu amigo Wieslaw decía la verdad. Debías de ser todo un conquistador.

Edek se quedó mirándola, horrorizado.

—¿Eso es lo que te ha dicho? —dijo cuando por fin le salieron las palabras. En su cabeza, quería matar al que decía ser su amigo.

Para su martirio, Mala se quedó en silencio unos instantes, pero de repente se echó a reír. Edek pensó que jamás había oído nada tan hermoso. Las notas de su risa resonaron por el cuarto de baño; en tales circunstancias, hasta el campo le parecía un paraíso.

—No, no me dijo nada. Te estoy tomando el pelo.

Edek respiró aliviado.

—No llegué a darte las gracias por lo del *Strafblock* —dijo finalmente, mientras jugaba con unas tenazas—. Por la manta y el palé de paja.

—Ni yo te di las gracias por mandarme a Wieslaw con cosas para

mí.

—Quería asegurarme de que te siguieran llegando si… —Buscó las palabras idóneas; le parecía inadecuado decir «si moría», con Mala allí delante, con su corona rubia y aquellos ojos que desafiarían a la mismísima muerte. Ni siquiera era capaz de mencionar la muerte en su presencia—. Ya sabes, si me pasaba algo.

—No podía dejar que te pasara nada.

Su voz sonaba tranquila; sin embargo, esas simples palabras llevaban implícito un mensaje que hizo que el corazón le diera un vuelco.

—Gracias —repitió él, y al instante se maldijo por ser tan estúpido de no decir lo que realmente quería decirle.

—De nada.

El momento había pasado. «Idiota.» Edek cerró los ojos, con las mejillas ardiendo por la frustración.

Volviendo al modo eficiente, Mala miró por encima de su hombro.

—He encontrado un hueco para conseguirte el *ausweis*. Pero hay un problema.

Aunque le costó un enorme esfuerzo, Edek logró recobrar la compostura.

—¿Qué problema?

—Hace falta una fotografía.

—¿Una fotografía? —repitió él como un loro loco.

—Sí, una foto del prisionero al que escolta el guardia de las SS. Mira, sé que no quieres revelar demasiados detalles de vuestro plan (al fin y al cabo, quién soy yo, ¿no?), pero te lo digo porque no me queda elección: ¿puedes conseguir una? Ni siquiera te voy a preguntar si es para ti o para Wieslaw, o para los dos; vosotros mismos la pegaréis en el *ausweis*. Pero necesitáis una foto.

—Es para Wieslaw. El plan es cruzar las puertas juntos, yo vestido de SS y Wieslaw como prisionero al que llevo a hacer un trabajo fuera del campo. Tenías razón al decir que ningún guardia accedería a llevar a cabo una empresa tan peligrosa. Pero puede que se arriesgue a darnos su viejo uniforme, y eso es precisamente con lo que contamos.

Edek no sabía por qué acababa de soltarle todo el plan a una mujer

a la que apenas conocía, solo sabía que confiaba en ella. Y por eso le acababa de confesar un secreto que podía hacer que los ejecutaran, a su mejor amigo y a él. Allí estaba, revelándole sus pensamientos más sagrados, sin la más mínima duda de que ella preferiría llevarse el plan a la tumba que contárselo a los nazis.

Algo cambió en el gesto de Mala. La sonrisa irónica había desaparecido; en su lugar, había una mirada de asombro e incredulidad ante su sinceridad, y de algo más que Edek no lograba descifrar.

Ella no le pidió más detalles, simplemente asintió solemnemente y murmuró:

—Pues, entonces, la foto de Wieslaw.

En su mente, ya comenzaba a pensar cómo llevar a cabo el plan.

—¿Se puede tener una cámara en Birkenau? —preguntó Edek, aunque ya conocía la respuesta.

—Ahá… Y carrete. Y un cuarto oscuro en el fondo de un barracón. —Ella le miró con socarronería.

En vez de gritar de frustración, él se rio avergonzado. Era capaz de alegrar incluso una situación tan trágica como aquella.

Mala empezó a dar vueltas por el cuarto de baño con el ceño fruncido, concentrada. Edek la observaba en silencio, sin moverse para no molestarla. De pronto, paró en seco y se volvió a mirarle.

—Wieslaw llegó en el mismo transporte que tú, ¿verdad?

Edek asintió.

—O sea, que también tiene un número de prisionero bajo, ¿no?

—Sí.

Edek contuvo la respiración, presintiendo que Mala había dado con algo, pero demasiado asustado como para creer que fuera posible.

—En 1940 y 1941, las SS todavía hacían fotos a los recién llegados. Dejaron de hacerlas cuando la *Aktion* judía empezó a funcionar a todo trapo y no tenían tiempo para tramitarlas todas. —Una oscura sombra atravesó su rostro al mencionar la deportación y el exterminio de judíos europeos, la mayoría de los cuales habían acabado en las cámaras de gas de Auschwitz—. O sea, que su expediente debe de incluir una foto. A mí me llegó tu orden de traslado, pero no los

expedientes en sí. Supongo que seguirán estando en la oficina de Auschwitz. —Mala le dio un golpecito en el antebrazo con uno de sus largos dedos, mientras su mirada le atravesaba como si estuviera planeando algo frenéticamente—. Podría pedirlos a su oficina.

—¿Te lo darán?

—Si les digo que Hössler lo quiere, sí.

—¿Y si llaman para pedir confirmación?

—Mi compañera Zippy es buena amiga mía, y ella es quien contesta el teléfono. Se lo confirmará.

—¿Y si insisten en hablar directamente con Hössler?

Mala sonrió enigmáticamente.

—Nadie insiste en hablar con Hössler si puede evitarlo. Créeme.

—Te creo —dijo Edek, y lo decía en muchos sentidos.

Se hizo una larga pausa, mientras el granizo golpeaba la ventana como las manecillas de un reloj y la canción de Zarah Leander salía por los altavoces para propagarse por todo el campo de concentración. Edek deseaba que Mala tardara varias semanas en conseguir el expediente, la foto y el maldito *ausweis*, y ya ni siquiera estaba seguro de quererlo. Tenía la sensación de que cuanto más se acercaba a la libertad, menos la deseaba. Sentía que sin esa mujer, la libertad ya no significaba gran cosa.

Encontrarse con que en Auschwitz la calle estaba pavimentada suponía un cambio agradable viniendo del camino de barro endurecido en Birkenau. Parecía impoluta, después de que un *kommando* especial acabara de retirar la nieve; lo único que se veía era un charco de sangre reciente junto al bloque 11, el infame edificio de castigo y ejecuciones, así como un rastro de ella que salía en dirección al viejo crematorio. Mala lo vadeó con cuidado, aliviada de no haber visto el carro de la muerte.

Para ella, el carro de la muerte y el siniestro *kommando* encargado eran uno de los peores horrores entre los muchos que tenía Auschwitz. Aquel vagón de madera cargado de cadáveres y tirado por cuatro grotescos prisioneros «caballos» fue una de las primeras estampas que acabaron con sus esperanzas de salir viva de allí. Acababa de llegar y se sentía engañada, como tantos otros, por la frase que podía leerse en

las puertas del campo: el trabajo os hará libres; Mala se quedó petrificada al ver reclusos arrojando cuerpos por la ventana del barracón mientras los presos del carro los recogían poco a poco.

Aquella imagen provocó que su cerebro se adaptara como buenamente pudo a la nueva y terrible realidad. En un principio, pensó que era una especie de equipo de costura que se iba a llevar maniquíes a algún sitio. Pero sus ojos empezaron a absorber los detalles lentamente (la carne grisácea y tirante sobre los huesos; los genitales que despertaban las crueles bromas del *kommando* del carro*:* «¡Caramba, fijaos en la herramienta de ese! Seguro que le era útil en su pueblo»), los cráneos hundidos con materia gris saliendo y goteando a través de las tablas del carro y sobre el cemento impoluto; los ojos ciegos y las bocas desdentadas abiertas en un último grito mudo.

Todavía no sabía qué le aterraba más: si aquella imagen, si el espeluznante ruido de los cuerpos al golpear contra tablas en las que se agolpaba la carne humana, si la meticulosa eficiencia con la que el *kommando* apilaba la «cosecha» del día (como solían llamarla…) o si la alegre melodía que silbaba el *kapo* al acompañar el carro tirado por unos reclusos con pinta de que acabarían encima de él al cabo de uno o dos días.

Perdida en la pesadilla de sus recuerdos, Mala no se dio cuenta de que se había quedado quieta en medio de la calle. Entonces pasaron a su lado dos prisioneros cargados con cubos de agua y cepillos, se agacharon a toda prisa a limpiar la sangre del suelo, y por fin salió de su oscuro hechizo, obligando a sus piernas a moverse de nuevo.

Recorrió las calles del campo cuyos nombres extrañamente civiles (calle de la Cereza, calle del Campo y, por supuesto, calle de Adolf Hitler) se veían en placas acompañadas por dibujos que reflejaban la vida diaria del campo. Bajo una de ellas había un *kapo* dando una paliza a un recluso; bajo otra, el perro de un soldado mordiendo a un prisionero en el culo: imágenes cómicas que a los guardias les parecerían desternillantes. Pasó por delante de los barracones de ladrillo rojo de dos pisos con el número iluminado con faroles brillantes, y junto a unos árboles que ahora se veían desnudos y

esqueléticos. Eran extrañamente idóneos para el lugar, mucho más que cuando lucían orgullosos, verdes y en plena flor, como mofándose de la población del campo, igual que los dibujos que se burlaban de ellos, bajo los nombres de las calles.

Por fin vio el edificio de la *Kommandantur*. Delante de la entrada había un guardia fumando. Mala le reconoció de visitas anteriores a la oficina principal del campo. Era una especie de mueble permanente de aquel lugar, un joven cuya debilidad por los dulces solían aprovechar los presos que necesitaban un favor; llevaba un fusil colgado al hombro que solo habría disparado cuando prestaba el servicio militar obligatorio. A diferencia de la mayoría de los soldados en Auschwitz, él jamás gritaba, ni pegaba a nadie, y generalmente prefería hacer turnos como centinela de la *Kommandantur* que tener que lidiar con los prisioneros. Mala sospechaba que tampoco ideológicamente compartía muchas cosas con los nazis; simplemente no le apetecía helarse hasta el tuétano en una trinchera del frente oriental bajo el intenso fuego de la artillería soviética.

—Buenos días, *Herr Rottenführer*.

El guardia le hizo un gesto para que se fuera antes de que le mostrase su pase. Casi todo el mundo en Auschwitz-Birkenau conocía a Mala y su brazalete de mensajera.

—Buenos días, Mala. *Herr Kommandant* no está.

—No pasa nada. Solo necesito el expediente de un recluso que acaba de ser trasladado. Los de la oficina se olvidaron de mandárnoslo, y ya sabe cómo se pone el *Obersturmführer* Hössler cuando los documentos no están en orden.

—Adelante. —Se apartó e hizo un gesto exagerado para que pasara —. No quiero causarte problemas.

Mala recorrió un pasillo con calefacción preguntándose cuántos guardias como aquel habría desperdigados por los territorios ocupados, gente inofensiva pero que contribuía al programa de exterminio de Hitler como parte de una máquina bien engrasada. ¿Cuántos médicos, maestros, funcionarios y periodistas se avergonzaban de lo que sucedía, pero acataban las nuevas reglas porque el sueldo era bueno y la vida no estaba mal? Su *Führer* era un

cabrón odioso e insoportable, desde luego, pero había cumplido su promesa de convertir al país en una superpotencia. Y si miraban hacia otro lado y hacían oídos sordos, no les alcanzarían los gritos de los niños judíos a los que arrancaban de los brazos de sus madres, ni verían a los despiadados Camisas pardas del partido moliendo a palos a «los anarquistas» en plena calle. Si se permitían no pensar y confiaban únicamente en la propaganda de su líder, podrían creer en su indignante afirmación de que los últimos rebeldes que habían osado hablar en contra del régimen y toda la ignominia del *Führer* eran enemigos del Estado que querían echar a perderlo todo para perjuicio de todos los ciudadanos que cumplían la ley, y que, por tanto, debían ser eliminados o encerrados. O enviados a un campo de concentración para su reeducación.

El *Führer* era bueno, por supuesto. Hasta había dado otra oportunidad a esas alimañas de izquierdas y antifascistas para cambiar de idea.

Mala sacudió la cabeza asqueada, alzó la mano y llamó a la misma puerta de siempre. Dentro de la enorme sala de archivos, varios presos escribían a máquina a una sorprendente velocidad. El único oficial que supuestamente los supervisaba estaba demasiado inmerso en la novela de espías británica que estaba leyendo como para molestarse con las explicaciones de Mala (parte del botín del Canadá, suponía ella, ocultando una sonrisa de complicidad, porque ese tipo de literatura estaba prohibida desde hacía mucho en el Reich). Simplemente señaló el archivador y pasó la página, con el ceño fruncido por la concentración. Debía de ser un libro muy bueno. Aprovechando la negligencia, Mala sacó rápidamente el expediente que necesitaba y salió de puntillas, cerrando la puerta sigilosamente tras de sí.

No abrió la carpeta hasta que estuvo a varios bloques de la *Kommandantur*, y por fin respiró aliviada al ver aquel rostro familiar mirándola desde tres ángulos distintos: lado derecho, lado izquierdo y centro.

Wieslaw Kielar, número de prisionero 290.

Cerró la carpeta apretando los labios con una sonrisa luminosa jugueteando en sus labios. Llevaba tiempo ayudando a cualquiera que

lo necesitara, pero ahora, si podía ayudar a aquellos dos hombres a escapar, sería completamente distinto. Ellos huían para luchar. Estaría ayudando a futuros partisanos, a futuros soldados de la libertad, tal vez a futuros libertadores. Y entonces, quién sabe, algún día puede que atravesaran aquellas puertas otra vez, le darían la mano y dirían: «Eres libre, Mala; tú nos liberaste y ahora nosotros te liberamos a ti», y dejarían atrás aquel lugar, y…

Mala dobló la esquina; se tambaleó al ver a los mismos hombres limpiando la calle con sus cepillos. El cemento había perdido aquel color carmesí herrumbroso, y ahora estaba rosa pálido.

Los finales felices solo ocurrían en las novelas. Todos los partisanos en potencia que soñaban demasiado acababan apilados en el carro de la muerte.

Fuera como fuera, Mala siguió caminando resuelta: era una soldado obstinada; rendirse no era una posibilidad. Quizá por eso sentía tanta cercanía con Edek. Él también era un soñador. También se negaba a rendirse.

13

—¿Ya le han cogido? —preguntó Edek.

El recluso a cargo del almacén de suministros no necesitó aclaración alguna. El prisionero huido llevaba tiempo siendo la comidilla del campo.

—No. Es un tipo con suerte que ahora mismo debe de estar bebiendo champán en algún restaurante polaco —contestó especulando con una sonrisa bondadosa, mientras entregaba un documento a Edek—. Firma aquí lo del lavabo.

—Menuda burocracia tenéis aquí… —murmuró Edek sorprendido, y de pronto estalló a reír a carcajadas cuando vio aparecer a Wieslaw desde las profundidades del almacén con un lavabo tapándole completamente la cabeza hasta los hombros—. ¿Qué haces, cabeza hueca? —Dio varios golpes sobre el metal, cosa que provocó que su amigo soltara un grito de protesta.

—¡Para! Que me vas a dar dolor de cabeza. Además, ¿cómo quieres que lo lleve? ¡Es inmenso! Si no te gusta mi método, llévalo tú. —Su voz, amplificada por el hierro, también provocó la risa del encargado del almacén.

—Lo echamos a suertes, y tú perdiste —replicó Edek, impertérrito, devolviendo la tabla sujetapapeles al encargado del almacén.

—A ver, esto… —el encargado señaló el lavabo con la goma de su lápiz— va a las letrinas del bloque de música y a ninguna otra parte, ¿entendido?

—¿Dónde quieres que vaya, si no? —Edek pestañeó, confundido.

El hombre puso una expresión maliciosa.

—Veo que eres nuevo aquí.

Edek le miró frunciendo el ceño.

—Birkenau no es Auschwitz —continuó el encargado con aires de

profesor—. Aquí el mercado negro lo es todo. Todo lo que se pueda robar se roba. Todo lo que se pueda intercambiar se intercambia. No hay nada prohibido. De ahí que haya tanta burocracia, como tú la llamas. Las SS están intentando detener los robos generalizados. Por eso os he advertido sobre el lavabo: ni se os ocurra colocarlo en ningún otro lugar o vendérselo a los polacos. Los guardias irán a comprobarlo; si no está en las letrinas del bloque de música, tendréis el placer de conocer el látigo del *kapo* Jupp, famoso por su mano dura.

—Conozco el látigo del *kapo* Vasek —dijo Edek gruñendo y frotándose instintivamente los muslos. Ya hacía varias semanas de aquello, pero aún le dolían.

Afuera, el viento rugía. La húmeda niebla procedente de las marismas atravesaba el mono de los dos amigos y los dos jerséis que llevaban escondidos bajo el uniforme. La humedad les helaba la nariz, obturando sus fosas nasales cada vez que respiraban. Acababan de abandonar la comodidad del almacén y las lágrimas que provocaba el penetrante frío empezaban a congelarse sobre sus pestañas. Cubriéndose la boca con el cuello del jersey, Edek casi deseaba haber sido quien llevaba el lavabo sobre la cabeza para protégersela de los elementos.

—El bloque de música tiene su propia letrina, ¿qué te parece? —dijo Wieslaw admirado.

—Se les considera prisioneras privilegiadas. —Edek tragó una ráfaga de viento especialmente dura y volvió la cabeza para recuperar el aliento—. ¿Recuerdas la orquesta de Auschwitz? Chaquetas blancas y pantalones de pana rojos: ni de paisano he tenido ropa tan buena.

—Pero nosotros no teníamos orquesta femenina.

—No teníamos mujeres, punto.

—Eso es verdad. ¿Crees que nos hablarán las chicas del bloque de música?

—Claro. —Edek soltó una risa cortante, con la respiración saliendo en nubes de niebla blanca—. ¿Cómo van a perderse un partidazo como tú? Mientras sigas con la cara tapada, seguro que consigues una cita.

Iba a decir algo más, pero una patada de su amigo puso fin a su

retahíla de escarnios en broma.

—¿Qué? ¿Atacando a los marines? —Golpeó a Wieslaw en el estómago, bromeando.

—¿Así es como peleas, lamentable veterano de los mares? Hasta mi madre pegaba más fuerte.

Edek le empujó haciendo que Wieslaw tropezara hasta casi caer al suelo con su carga.

—¡Para ya! Si choco contra la alambrada electrificada, te perderás la cita que estoy organizando con nuestro amigo de Kozy.

—¿Ese tal Szymlak? —Edek le miró con incredulidad—. ¿El alicatador? ¿El que mete y saca todo tipo de contrabando del campo?

—El mismo. —Wieslaw sonrió con sobrada satisfacción—. Me está costando un montón de raciones, pero si accede a ayudarnos con el plan, merecerá la pena. Ahora solo necesitamos un *kapo* que le conozca y que cumpla su promesa de ponernos en contacto con él.

—¡Serás cabrito! ¿Por qué no me habías dicho nada?

—No quería darte demasiadas esperanzas, por si el *kapo* decide comerse mis raciones y mandarme al carajo.

—Deberías habérmelo contado…, habría compartido mis raciones contigo.

Wieslaw le hizo un gesto tan dramático con la mano que perdió el equilibrio y el lavabo estuvo a punto de caérsele.

—No te preocupes. A veces trabajo en la enfermería del campo de mujeres, por si no te acuerdas. Esas señoritas me dan un montón de raciones, así que no estoy pasando hambre.

—¿A cambio de tus servicios de instalador o…? —Edek arqueó las cejas y dejó la insinuación flotando en el aire helado.

Wieslaw se asomó por debajo del lavabo y le soltó otra patada certera en el gemelo que le hizo tropezar.

Ambos se echaron a reír, notando cómo el calor volvía a sus extremidades prácticamente congeladas, pero de pronto se quedaron callados. El campo de mujeres ya se veía y, con él, a sus habitantes. Más que mujeres, parecían un ejército de fantasmas.

Al ver a los dos instaladores con sus monos azules, empezaron a levantarse del suelo helado con enorme dificultad y a seguirles a lo

largo de la alambrada de espino, estirando sus brazos grises y esqueléticos con gestos suplicantes.

—Pan…

—Algo de comer…

Hasta sus roncos susurros resultaban aterradores, fantasmagóricos. Edek notó que temblaba, y esta vez no era por el frío. Sacudía la cabeza a modo de disculpa, e intentaba apartar la mirada, pero lo veía todo: heridas infectadas cubriendo sus cabezas rapadas, huesos protuberantes en su piel decolorada y escamada; huecos en vez de ojos, como si la misma muerte le mirase a la cara cada vez que se atrevía a mirarlas; labios sin sangre retrayéndose sobre encías sin apenas dientes. Muertas prematuras; mujeres infinitamente viejas que hacía apenas unos meses eran chicas jóvenes y hermosas.

—La próxima vez, les traemos algo —sugirió Wieslaw en voz baja —. Seguro que nos sobran unos trozos de pan a cada uno.

Edek le miró de reojo. A Wieslaw no le hacía falta asomarse; podía haberse quedado debajo del lavabo de metal, fingiendo que aquel sufrimiento no existía, y seguir bromeando con Edek para ahogar aquellas débiles súplicas —«solo un mendrugo, mi madre se está muriendo»—, pero lo había levantado, de manera que tenía el borde apoyado sobre su gorra de prisionero. Y observaba, resuelto y atento, como si quisiera grabar aquella escena en su mente, para no olvidar aquel horror.

—Pero no se lo tiraremos a través de la alambrada —contestó Edek, también en voz baja—. ¿Recuerdas lo que hacían los *Muselmanner*…? —Sin querer, hizo una mueca de dolor al usar el nombre coloquial del campo para los prisioneros que parecían esqueletos andantes; era demasiado duro mencionarles sin sentir un dolor sordo en el pecho—. ¿Lo que hacían cada vez que les tirábamos algo de comida en Auschwitz? Se amontonaban sobre ella y se peleaban como chacales hasta que se lo quedaba el más fuerte o algún *kapo* los veía, sacaba la porra de madera y empezaba a arrearles a todos en la espalda. Se lo daremos a Mala. Ella les lleva comida; sabe cómo hacerlo con delicadeza.

Wieslaw no dijo nada al oír que Edek mencionaba el nombre de la

chica, pero su sonrisa cómplice sí lo hizo.

Edek respiró aliviado una vez que estuvieron cerca del bloque de música. Se encontraba al final del campo; a pesar de que tenía el crematorio delante, lo rodeaban varios árboles, por desnudos que estuvieran; además, aquel lugar no emanaba ese insoportable hedor a centenares de cuerpos sin lavar que solían desprender los barracones comunes. Nada más entrar, Edek entendió por qué: apenas había cuarenta chicas en todo el bloque, todas ellas elegantemente vestidas con uniforme azul y un pañuelo en la cabeza.

«Pelo», se dijo maravillado y algo boquiabierto en el umbral del cálido barracón. Chicas con pelo… Igual que Mala.

Todavía no veía sus rostros: estaban sentadas en semicírculo de espaldas a él, pero instintivamente supo que no se parecían en nada a las pobres criaturas que acababan de ver en el campo de mujeres. Se habría quedado contemplándolas como si fueran un milagro, pero, de repente, la directora de la orquesta golpeó con la batuta en el atril y la música se detuvo bruscamente. A juzgar por el evidente disgusto en su cara (más impactante que bella, con dos enormes ojos que ahora le miraban furiosos), acababa de interrumpir un ensayo.

—¿Entras o no? —preguntó la directora con un fuerte acento vienés, y un tono absolutamente agresivo.

—¿Perdón? —murmuró Edek, sintiéndose como un alumno delante de la directora del colegio.

—Que si entras o no… —repitió ella, impaciente—. ¿Has venido a oírnos ensayar o necesitas algo?

—Traemos un lavabo para instalarlo en lugar del viejo —explicó Edek, señalando con el pulgar por encima de su hombro, donde estaba Wieslaw balanceándose de un pie a otro—. Para las letrinas.

—Las letrinas están detrás del bloque. —La directora movió su batuta con un movimiento elegante y ágil, indicándole el lugar.

Edek murmuró un agradecimiento y volvió a disculparse; estaba a punto de dar media vuelta, cuando de repente se le ocurrió una idea.

—Perdóneme, *Frau*…

—Alma —contestó ella. Por alguna razón, usaba su nombre de pila, no el apellido.

—*Frau* Alma. —Edek asintió—. ¿Ha dicho que podemos escucharlas ensayar?

—Bueno…, sí. —Se encogió de hombros, indiferente—. La administración del campo no lo prohíbe. Sois más que bienvenidos en el auditorio, siempre y cuando estéis callados.

Antes de que pudiera darle las gracias, *Frau* Alma reanudó el ensayo. Edek salió del barracón y cerró la puerta respetuosamente tras de sí, pero en vez de ir directo hacia las letrinas, se quedó junto a la entrada, como embelesado, bebiendo los sonidos de la música. Sintió que sus olas cálidas y reconfortantes le cubrían el cuerpo y le acariciaban con su sedoso tacto; de pronto, por unos instantes, se olvidó de dónde estaba.

—¿Cómo es que tienen sus propias letrinas? —preguntó Wieslaw en voz alta, pensativo, mientras ayudaba a Edek a desmontar el viejo lavabo.

—El *kapo* dijo que era el bloque de las guardianas, antes de que construyeran alojamientos especiales para las SS fuera del campo, para que sus altezas arias no tuvieran que mezclarse con criminales como nosotros —dijo Edek con sarcasmo.

Wieslaw soltó una risilla socarrona.

—¿Sabes?, antes de que nos mandaran aquí, creía que solo los hombres eran capaces de ser tan crueles. Jamás imaginé que las mujeres pudieran ser también tan despiadadas. ¿Y sabes qué es lo que más me duele de todo esto? Que ni siquiera creen estar haciendo nada malo. Se niegan a admitir que ellos son los criminales. Creen que están sirviendo a los intereses de su país y se esconden tras ese falso patriotismo, que en realidad es puro nacionalismo condimentado generosamente con odio, y blanden sus fusiles y sus látigos en nombre de su glorioso líder, y golpean, mutilan y matan en su nombre, y no les remuerde ni una pizca la conciencia. Y Hitler, ¡menudo cabrón! ¡Cómo ha lavado el cerebro a toda esa manada…!

La voz de Wieslaw iba ganando fuerza a medida que sus ojos se entornaban; sus palabras eran alfileres que cortaban hasta el hueso con su verdad.

—Les dijo «Somos nosotros contra ellos», y le creyeron. Panda de

descerebrados. «Solo yo devolveré el orden a Alemania, y no importa lo que haga con la ayuda de la policía secreta. Solo yo os liberaré de todos los elementos enemigos, los comunistas, los pacifistas y toda la gente de izquierdas que no abraza nuestra ideología. Y no importa que los encarcele o que los mate. Son el enemigo. Quieren destruir Alemania. Les quitaremos la ciudadanía y los meteremos en campos de concentración con judíos y comunistas: ahí es donde deberían estar. En Alemania solo quedarán buenos alemanes. Solo aquellos que se arrodillen y obedezcan y mantengan la boca cerrada. O, mejor aún, aquellos que escupan abiertamente su odio a los vagones de ganado.» Esos son los alemanes que él quiere. Y esos son los alemanes que ha conseguido. Todos los que tenían conciencia están aquí dentro. Quienquiera que quede fuera se merece lo que le espera.

Edek asomó de debajo del lavabo y miró a su amigo con silencioso asombro durante un rato.

—¿Qué mosca te ha picado?

Intentó sonreír, pero la sonrisa le salió insegura, temblorosa. Sus palabras le habían tocado la fibra; le dolían en el pecho, como si le hubiesen golpeado.

Wieslaw suspiró y se pasó el dorso de la mano por la frente. Parecía exhausto, como si aquel apasionado discurso hubiera agotado todas sus fuerzas. Y, sin embargo, Edek veía en sus ojos algo parecido al alivio. Lo entendía: de vez en cuando le salía todo, toda esa furia reprimida por la injusticia del mundo.

—Esas mujeres pidiendo pan —explicó Wieslaw, con voz débil—. Las guardianas con sus capas cálidas. El mero hecho de que estemos aquí, cambiando este maldito lavabo, cuando deberíamos estar haciendo cosas que soñábamos cuando estábamos en casa. Tú, dando órdenes en algún barco, y yo… —Se detuvo en seco y sacudió la cabeza, apretando los labios con amargura. ¿Para qué soñar con cosas que jamás ocurrirían? Solo hacían más difícil enfrentarse a la realidad.

—Nunca me has contado qué querías hacer tú —insistió Edek.

Por algún motivo, le parecía importante que Wieslaw le hablara de ello.

—Es una estupidez y nunca se hará realidad.

—Claro que sí. Es el único motivo por el que vamos a salir de aquí. —Se acercó a su amigo, que evitaba obstinadamente su mirada—. Para luchar por nuestro derecho a hacer lo que queramos. Para destruir todo ese odio y sustituirlo por amor. Para sembrar árboles, flores y cosechas, donde ahora hay campos de batalla. Para escuchar esta música, en lugar de marchas militares.

Señaló hacia la pared de atrás, a través de la cual oían las notas delicadas de un vals vienés. Resonaban por las sucias letrinas como piedras preciosas desperdigadas por la arena, iluminando hasta el aire con el revitalizante aliento del viejo imperio, excitante y embriagador.

—Siempre he querido ser escritor —dijo Wieslaw tras una larga pausa, evitando todavía la mirada de Edek—. O trabajar en el cine. Me encanta el cine.

Por unos instantes, Edek se quedó también en silencio.

—Yo creo que algún día serás un gran escritor y un gran cineasta —dijo, dándole una palmada cariñosa en el hombro—. Lo observas todo con mucha atención. Memorizas las cosas. Y eso es bueno. Sigue haciéndolo, para que, cuando salgamos de aquí, puedas contar nuestra historia al mundo, para que nunca se repitan estos horrores.

Wieslaw alzó la mirada, sorprendido.

—¿Qué? —Edek sonrió con una expresión de complicidad—. ¿Esperabas que te tomara el pelo, como hacemos con todo lo demás?

—La verdad es que sí.

—Lo he pensado, pero no se me ha ocurrido ninguna broma decente.

Cogieron el viejo lavabo para llevárselo, pero Edek se detuvo en la puerta y volvió a hablar, con un gesto más serio que nunca.

—Prométemelo, Wieslaw.

—¿Qué?

—Que escribirás sobre esto.

—¿Qué te parece si lo hacemos los dos?

—A mí no se me dan bien las palabras.

—Sí. A ti se te da muy bien encontrar la palabra exacta.

14

—Así que has conocido a *Frau* Alma, ¿eh? —preguntó Mala con una sonrisa juguetona.

Se habían encontrado en el lugar habitual, la sauna. Las cosas discurrían como siempre, con todo tipo de transacciones en marcha. Tal y como había prometido, Edek llevaba el bolsillo lleno de clavos y tornillos, birlados a su nuevo *kommando* de instaladores. Esta vez, en lugar de coger el material de contrabando de su mano, Mala se le acercó mucho y abrió su bolsillo, para que él pudiera soltarlo directamente. Edek contuvo la respiración mientras dejaba caer el puñado de piezas en el bolsillo de Mala, sintiendo cómo el rubor inundaba sus mejillas al notar el calor del cuerpo de ella a través del fino forro de su abrigo.

Mala no se apartó de inmediato, sino que se quedó muy cerca de él, demasiado, estudiando su rostro con una enigmática sonrisa. Edek se esforzó por recordar la pregunta que le había hecho ella.

—¿A *Frau* Alma? Sí. —Tragó saliva, recobrando la compostura con dificultades—. Sí, así es… Intimida un poco.

Para su sorpresa, Mala soltó una risilla.

—No eres el único que lo piensa. Algunos de los SS le tienen bastante miedo. A ver, supongo que es muy comprensible. —Hizo una pausa antes de añadir inesperadamente—: Hössler está enamorado de ella. Todos sus subordinados saben que *Frau* Alma es su protegida.

—¿Hössler? —Edek se quedó mirándola, pasmado—. ¿El director del campo?

—El mismo. Aunque seguro que no lo admitiría abiertamente… —Por unos instantes, Mala buscó las palabras adecuadas ladeando un poco la cabeza—. No para de hablar de ella y va a oírla tocar el violín casi cada día. Las guardianas la odian.

—¿Por qué?

—Viene de una importante familia austriaca. Su padre era primer violín de la Filarmónica de Viena. Su tío, compositor. Su hermano y ella son músicos reconocidos. Su único problema es que son judíos, asimilados, como yo, pero eso a los nazis les da igual. —Mala se encogió de hombros con indiferencia—. Por eso las guardianas la odian. Sus jefes podían haberla enviado a Auschwitz, pero no podrían cambiar su naturaleza. *Frau* Alma es una dama refinada de la alta sociedad y una violinista magistral, y hasta la élite de las SS en el campo, como Hössler lo sabe y la admira. Por mucho que lleven uniforme y se crean las amas de este pequeño universo del campo, en el fondo, las guardianas también notan las diferencias con ella, que es todo a lo que aspiran y lo que nunca serán. Por eso la odian.

—Sigo sin creer lo que me acabas de decir de Hössler.

—A ver, es humano. Y el amor no entiende de banalidades como la raza, el color de piel o la religión.

—Mi antiguo *Kommandoführer*, Lubusch, se casó con una polaca.

—¿Lo ves? —Mala le miró con una sonrisa triunfal.

Edek no le habló de la admiración que sentía él, otro polaco, por cierta chica judía.

—Evidentemente, la situación de Hössler es un poco distinta —prosiguió Mala, mientras él se sonrojaba más—. Nunca hará nada. Seguirá admirando a *Frau* Alma desde lejos, haciéndole favores y jamás le dirá ni una sola palabra. Las mujeres vemos las pequeñas cosas que hacen por nosotras los hombres enamorados. Pero, de puertas afuera, él guarda las apariencias, supervisa ejecuciones con gas en los crematorios, de vez en cuando fusila a unos cuantos prisioneros. Un ejemplar miembro de las SS, ante los ojos de sus superiores. Soy la única con la que habla de ella, y solo cuando sabe que nadie más lo va a oír. —Su rostro se volvió pensativo—. A veces me da lástima. Podría haber sido un hombre decente, si no hubiera sucumbido al adoctrinamiento de su *Führer*. Libre para vivir la vida como quisiera. Para amar a quien quisiera. Estaba estudiando fotografía, ¿sabes? Y ahora… —Mala sacudió la cabeza.

«Las mujeres vemos las pequeñas cosas que hacen por nosotras los

hombres enamorados.» Edek lanzó una mirada furtiva al bolsillo de Mala, preguntándose si ella sabría también el motivo de todas aquellas visitas, de todos los riesgos que corría solo para conseguirle aquel material de contrabando. Y entonces sus ojos se encontraron, y supo que lo sabía. Claro que lo sabía. Las mujeres siempre lo saben.

Se aclaró la garganta.

—¿Y ella?

—¿Qué pasa con ella? Ella le utiliza para sus intereses, para obtener privilegios para sus chicas y ese tipo de cosas, y bien que hace. Es una mujer muy inteligente. Zippy la adora.

—¿Zippy es tu amiga de la oficina del campo?

—Sí. También toca la mandolina en la orquesta. A veces tocan aquí en la sauna, los domingos. Deberías venir.

Edek la miró atentamente.

—¿Tú estarás?

—¿Qué importa eso? —preguntó Mala, y su sonrisa se volvió evasiva.

—Importa mucho. No tengo cultura musical. Necesito que alguien me lo explique todo —contestó él, un poco abochornado.

Mala se rio.

—La música no se explica, bobo. Se disfruta y se baila.

—Entonces, ¿bailarás conmigo?

Mala no contestó. Pero le puso la mano sobre la mejilla, le dio un beso en la otra y dijo:

—Gracias por las cositas. Tendré tu *ausweis* antes de Navidad, como te prometí.

Después de que Mala desapareciera por los pasillos de la sauna, Edek se quedó quieto un buen rato, siguiendo su rastro con la mirada, con la palma de la mano sobre la mejilla que le había besado.

Aquella tarde llovió sin piedad: una lluvia invernal, gélida y afilada que golpeaba contra la cara como agujas. Mala iba calada hasta los huesos, ya que a las guardianas les daba igual que sus mensajeras llevasen ropa adecuada para un clima así, caminando junto a la alambrada de espino que separaba el campo de hombres y el de mujeres, con una carpeta envuelta en varias capas de papel de celofán

apretada contra el pecho. Mantener los documentos secos era prioritario para las SS. Las presas que los llevaban eran prescindibles.

En un extremo del campo de los hombres estaban haciendo una selección para algo. Cientos de criaturas grisáceas y cadavéricas corrían al compás de gritos roncos y latigazos delante de los guardias, que los observaban de lejos para que aquella «repugnante escoria judía» no manchara de barro sus gabardinas militares hechas a medida e impolutas. De vez en cuando, al oír la señal de un guardia, el *kapo* cogía a una nueva víctima y la arrojaba junto a un grupo cada vez mayor de prisioneros. Los hombres esperaban agarrados entre sí, con la mirada perdida y atormentada en cuencas oculares hundidas, con los huesos de los hombros salidos bajo la piel brillante cada vez más azulada, cubriéndose las partes íntimas con sus manos huesudas.

Al pasar a su altura por detrás de los guardias, Mala apartó la mirada rápidamente para no avergonzarlos más. Ya estaban condenados a muerte por el mero hecho de que los guardianes los consideraran demasiado frágiles para trabajar para la gloria del Reich. Lo último que necesitaban era a una mensajera que los viera sufrir.

Poco después, vio una zanja profunda donde sabía que los prisioneros iban a beber. Estaba llena de fango y bichos, y olía a rayos, pero como los únicos que tenían acceso a agua potable eran los presos privilegiados, el resto de la población del campo tenía que elegir entre beber de ella o morir de sed. Y la elección era evidente para la mayoría, a juzgar por los constantes brotes de disentería que los llevaban a la enfermería y a veces directos a la cámara de gas.

Su abrigo de lana empapado por la lluvia pesaba una tonelada sobre sus hombros, pero Mala siguió adelante, con la cabeza alta y la boca fruncida en una mueca dura y resuelta. De repente oyó una estridente carcajada de superioridad a su espalda que le revolvió el estómago con un odio puro y feroz. Solo el *Hauptscharführer* Moll, aquella bestia de un solo ojo, era capaz de reírse con tal regocijo maniaco del sufrimiento de otros seres humanos. Mala aceleró el paso, pero el sonido de esa risa la perseguía y se hacía más y más fuerte en su mente, hasta ahogar sus propios pensamientos.

En el campo había muchos oficiales de las SS detestables, pero

ninguno tenía un comportamiento que le despertara tanto asco y desprecio como el del supervisor del crematorio con el ojo de cristal. A diferencia de otros compañeros, que llevaban a cabo su espeluznante trabajo con la actitud indiferente de «una orden es una orden» y «alguien tiene que hacer este trabajo», Moll encontraba un placer sádico y cruel torturando y ejecutando a sus víctimas de las formas más desalmadas. A veces, cuando se sentía abrumada por el campo hasta el límite del delirio, soñaba con vengarse, en realidad de todos ellos, pero la cara pecosa de Moll con su ojo de cristal destacaba sin lugar a dudas entre la multitud uniformada y sin rostro.

Debería hacer algo para que sufra, murmuró para sí en un juramento silencioso aquel oscuro día de invierno. Debería darle a probar su propia medicina. Algún día, con suerte y con la ayuda de Edek…

A través del muro de lluvia, vio el inmenso complejo México ante ella. Aún estaba en la primera fase de construcción, con barracones sin terminar y algo parecido a una calle que llevaba al lugar donde el *kommando* estaba desmontando aviones aliados y alemanes transportados a Birkenau desde todas partes de Polonia, para encontrar allí su prematuro final. Unos cuantos prisioneros deambulaban nerviosos, tratando de cubrirse el cuerpo huesudo y tembloroso con retales de mantas de colores. Ellos y sus ridículos atuendos habían dado nombre al complejo. A diferencia del equipo del Canadá, cuyo nombre provenía de una tierra rica, el equipo de trabajo del México era uno de los más pobres y sucios a ojos de la administración del campo: como un tercer mundo de aquel lugar.

Mala tenía el ojo entrenado y reconoció de inmediato a varios ciudadanos polacos intercambiando contrabando con los reclusos del campo, lejos de la vista de los guardias. Aparentemente, a estos no les apetecía estar vigilando bajo aquella lluvia. Su superior, a quien Mala debía entregar las órdenes escritas y los planos, se había retirado a descansar en uno de los barracones, donde le descubrió jugando una partida de Skat con uno de sus subordinados. Sin apartar la mirada de las cartas, la interrumpió a media frase y señaló una caja de botellas, donde debía dejar la carpeta envuelta en celofán entre cascos de

botellas de licor y restos de sándwich de jamón y queso. Mala estaba segura de que no la abriría hasta dentro de varias horas, por lo menos.

Cuando estaba volviendo, la lluvia arreció con más fuerza. Cada ráfaga de viento azotaba su rostro y borraba lo que quedaba del camino, convirtiéndolo en un río de fango. A cada paso, sus pies se iban hundiendo más y más, como si los muertos la estuvieran agarrando por los tobillos con sus invisibles manos, decididos a arrastrarla bajo tierra, donde habían encontrado su último lugar de descanso.

La zanja volvió a aparecer a través de la cortina de lluvia, aunque esta vez Mala se encontró a Moll contemplándola con curiosidad y la cabeza ligeramente ladeada. A su lado estaba su compañero, Voss, con las manos en la espalda mientras observaba algo dentro de la zanja con el ceño fruncido. Mala comprendió aliviada que la selección había terminado.

Despegando los pies del suelo embarrado, intentó alejarse todo lo posible de los dos oficiales de las SS, pero se paró en seco al ver unas manos aparecer por el borde de la zanja. Entornando los ojos bajo la lluvia se fijó en el fondo del hoyo y notó que se le hacía un nudo de auténtico terror en la garganta al comprender que estaba llena de hombres recién fusilados, muertos o agonizantes, los mismos que había visto sosteniéndose los unos a los otros cuando iba hacia el México, menos de una hora antes.

—¡Mira este fiambre asqueroso! —rebuznó Moll con una carcajada mientras señalaba con la mano enguantada al hombre que intentaba salir de la zanja desesperadamente—. Cómo resiste. Ya van cinco veces que sale de ahí. —Con una crueldad deliberada, se acercó a su víctima y empezó a patearle las manos con las suelas de las botas de acero, haciéndole caer deslizándose por el barro hasta el fondo de la zanja. A continuación se volvió hacia Voss entusiasmado y dijo—: ¿Qué te apuestas a que sale reptando otras diez veces? —Sin esperar respuesta, sacó un fajo de billetes del bolsillo—. Te apuesto cincuenta marcos imperiales a que llega hasta diez.

Voss, que siempre estaba medio borracho y bromeando con los hombres del *Sonderkommando*, parecía sorprendentemente sobrio en

ese momento. No se movió, ni siquiera cuando Moll empezó a agitar los billetes delante de su cara, que permanecía seria y adusta, revelando una cierta aversión en la curva de la boca.

—Pero ¿por qué has ordenado que los tiraran a la zanja? —murmuró por fin, sin mirar a su compañero.

Moll se encogió de hombros, impertérrito.

—Quería saber si esa escoria de los barracones del campo sigue bebiendo agua de la zanja con cuerpos flotando en ella. El barro y las ratas no parecen molestarles; te apuesto otros veinte marcos a que se lo piensan dos veces antes de beber de la fosa común, ¡ja, ja! —Una vez más, echó la cabeza hacia atrás, de lo desternillante que le parecía la situación—. No te preocupes, dentro de unos días mandaremos a alguien a sacarlos. Tampoco me apetece aguantar el cabreo del comandante del equipo de construcción del México cuando se entere de que estamos usando su zanja como cementerio subacuático.

Temblando de pies a cabeza, Mala se quedó clavada en el sitio y le miró con un odio inmenso recorriéndole las venas como si fuera ácido. En ese momento, aquellas dos manos volvieron a aparecer milagrosamente en el borde de la zanja y se le cortó la respiración al ver la cara del hombre. Tenía el pelo rapado y los pómulos salientes cubiertos de mugre, pero su rostro le resultaba dolorosamente familiar. De no haber sido por aquellos ojos que miraban suplicantes a los guardias, Mala habría jurado que era su padre.

—Ya van seis —anunció Moll casi con admiración antes de volver a empujar al hombre indefenso al agua podrida y helada.

El prisionero soltó un grito desolado y dijo algo en francés, asegurando que podía trabajar, que era muy fuerte y que podría trepar la zanja veinte veces si era necesario para que le dejaran volver con su equipo. Pero Moll no hizo más que mofarse de él con una risa despiadada, gritando palabras sin sentido en francés para ahogar las llorosas súplicas del hombre.

—¡Que no entendemos tu lengua de bárbaro! ¡Si quieres que te entendamos, habla alemán!

—¡Deja de resistirte! ¡Hazte el muerto o te matarán! —gritó ella al hombre en francés, llevada por una repentina necesidad de arrancarle

de las garras de Moll.

Los dos oficiales se volvieron al instante; Moll clavó su ojo bueno sobre la figura menuda de Mala. Ella le sostuvo la mirada sin inmutarse ni bajar los ojos, de pronto envalentonada hasta un punto suicida y dispuesta a luchar.

—Ah, Mally —dijo Moll arrastrando las palabras con voz cantarina y una sonrisa oscura inundando su rostro—. Ven aquí, nena. Ponte delante de mí, buena chica. Ahora, cuéntame, como es tu obligación, qué le has dicho a ese asqueroso trapo arrastrándose por el barro.

Con toda la rebeldía que sentía ardiendo en su pecho, Mala le sonrió violentamente y dijo:

—Si hablara francés, no necesitaría una intérprete.

Mala era consciente del abismo que tenía a su espalda, donde él la había colocado estratégicamente unos segundos antes, notaba cómo se iba acercando hasta quedarse a unos centímetros de su cara: vio sus fosas nasales hinchándose furiosas; sin embargo, no dio un solo paso para evitar lo inevitable.

—¿Te crees más lista que yo, puta judía? No tienes ni la menor idea de cuánto llevo esperando este momento. —Siseó y le dio un fuerte empujón en el pecho, cortándole la respiración por un instante.

Mala cayó al foso salpicando estrepitosamente sobre el blando montón de cadáveres y se estremeció de terror al moverse a tientas tratando de levantarse. El francés la observaba temblando junto a la pared de la zanja, con ojos desesperados que suplicaban silenciosamente clemencia. En lo alto de la trinchera ya estaba Moll, desabrochando la funda de su arma con un gesto lánguido, como saboreando el momento.

Haciendo un esfuerzo tremendo, Mala se levantó del agua con las rodillas temblando y se puso de pie. Sin apartar los ojos de su verdugo, se cuadró de hombros y le miró con gélido desprecio, para amargarle el placer que aquel tipo pudiera estar a punto de sentir.

Moll se puso furioso al ver la orgullosa actitud de Mala, su mirada inquebrantable y desafiante; perdió los estribos y empezó a insultarla violentamente, como solo sabían hacer los suboficiales, mientras desenfundaba la pistola y le apuntaba a la cabeza.

De repente, Voss se puso delante de él; aunque Mala no podía ver su cara, oyó perfectamente sus palabras:

—Si la matas, tendré que explicar a Hössler todo lo que ha pasado.

La voz de Voss sonaba tranquila y compuesta, pero la amenaza velada en ella era palpable. Con la pistola vacilando en la mano, Moll le miró asombrado y su rostro se volvió rojo ante tamaña traición a la fraternidad de las SS.

—No es más que una sucia judía…

—Es la judía de Hössler —le corrigió Voss serenamente, poniendo la mano en la muñeca de su compañero y obligándole a bajar el arma—. No necesitas más problemas con él.

—Todos mis problemas empezaron precisamente por ella, después de aquel día en el *Krema*, cuando aquel cabrón escapó…

—Y, te repito, no necesitas empeorar las cosas.

—Pero si no es más que una judía…, una miserable judía… —Moll parecía muy confuso, tratando de entender cómo la muerte de una judía como ella podía molestar a nadie, y menos aún al director del campo.

—Vamos. —Voss empezó a apartarle de la zanja—. Ya te has divertido. Puede que no consigan salir de todos modos —le dijo a modo de consolación—. Y entonces diremos que se cayó solita. Mira el tiempo que hace, horrible, ¿verdad?

Al oír que sus voces se alejaban, Mala cogió al hombre por su antebrazo helado.

—Se han ido. Ven, te ayudaré a salir.

Durante la siguiente media hora, mientras la oscuridad ganaba fuerza, vivieron una pesadilla de barro resbaladizo y maleable, cayendo constantemente sobre brazos y piernas todavía blandos. Cada vez que su mano tocaba aquella carne fría y pegajosa moviéndose bajo sus pies al intentar levantarse, Mala quería gritar, pero apretaba las mandíbulas con más fuerza, resuelta a salir de aquella tumba abierta con aquel hombre. Trepaban por el suelo inestable; cada vez que uno caía, el otro le seguía hasta el fondo para levantarle, porque eran los dos o ninguno: un acuerdo tácito de supervivientes más fuerte que la sangre.

Por fin, tras alcanzar terreno firme y girarse de espaldas a la vez, jadeando para recobrar la respiración después del esfuerzo, el hombre miró a Mala. Fue un alivio ver que el terror había desaparecido de sus ojos; en su lugar, había calor y gratitud.

—Gracias —dijo con voz ronca, mientras su pecho huesudo subía y bajaba rítmicamente, pálido y fantasmagórico en contraste con el cielo cada vez más oscuro.

—Gracias a ti por no rendirte —contestó Mala, logrando sacar una sonrisa.

—¿Por qué has arriesgado tu vida por mí? —preguntó él después de una pausa—. No te ofendas, por favor, te estoy inmensamente agradecido… Es solo que… Ni siquiera me conoces.

Al mirarle a los ojos, Mala vio los de su padre, ciegos y tan adorados; estuvo a punto de ponerle la mano en la mejilla.

—Te pareces mucho a mi padre. Solo que él se quedó ciego hace años. Pero es tan fuerte como tú. —Desvió la mirada hacia el cielo, que seguía deshaciéndose sobre ellos, como si llorara por la humanidad—. No sé si está vivo o muerto. Pero tú sí lo estabas, y tenía que asegurarme de que seguías estándolo. Suena estúpido, lo sé. —Sacudió la cabeza—. Tonterías sentimentales…

—No, no. Para nada. —Hizo una pausa y añadió—: Son las tonterías más maravillosas que he oído nunca.

Agotada mental y físicamente, Mala le acompañó a la enfermería del campo de hombres y entregó su abrigo de lana al médico de guardia a modo de pago.

—Es un prisionero esencial. Trátele como si fuera su propio padre.

El médico cogió el abrigo de inmediato, pero se quedó mirando con desprecio el lamentable estado del hombre.

—Parece como si le acabaran de elegir para morir en una selección. Si su número está en la lista de la oficina del campo, puede que tengamos un problema…

—Yo trabajo en la oficina del campo. No habrá ningún problema.

Ya fuera por su tono de voz o por la mirada que le lanzó, el médico recluso asintió y prometió que para el fin de semana el nuevo protegido de Mala estaría en las mejores condiciones posibles.

Era noche cerrada cuando llegó a la oficina de administración del campo arrastrando los pies, pero inmensamente aliviada.

—¡Válgame Dios, Mally! —Los ojos de Zippy se abrieron de par en par al ver lo mugrienta que estaba su amiga—. Parece que te has peleado con un gato. ¿En qué zanja de barro te has estado revolcando?

A Mala se le escapó la risa por la nariz y empezó a reír a carcajadas histéricas, sin alegría.

—En una zanja llena de cadáveres. —Las lágrimas rodaban por sus mejillas, pero, por mucho que lo intentara, era incapaz de parar de reír. Sus nervios habían acabado por estallar y de repente salió todo—: Moll me tiró dentro. Pero le salvé, Zippy… A pesar de todo, le salvé. Está vivo.

Se quedó dormida junto al radiador en el cuarto de Zippy, envuelta en varias mantas. Aquella noche, soñó con las manos de su padre sosteniendo el sillín de su bicicleta mientras le enseñaba a montar; con las caras tontas que le ponía para animarla cuando llegaba a casa, enfurruñada porque un examen de alemán no le había salido perfecto; con las lágrimas de orgullo que se enjugó discretamente con el dorso de la mano en su ceremonia de graduación; con los zapatos de ante nuevos que le compró cuando anunció que iba a ir a bailar con su nuevo novio. Con ese abrazo fuerte, de quebrantahuesos, que le dio antes de partir hacia Bruselas, la última vez que lo vio.

—Le he salvado, Zippy —susurraba medio dormida de vez en cuando, con una extraña sonrisa iluminando su rostro—. Le he salvado, después de todo…

A la mañana siguiente, fue directa al despacho de Hössler con un informe redactado a mano en el que detallaba todo lo ocurrido. A medida que lo leía, el director del campo iba palideciendo, hasta que su mano empezó a temblar de indignación.

—¡Ese canalla! —exclamó, apartó la silla hacia atrás haciéndola rechinar y salió furioso del despacho.

Hössler no volvió a sacar el tema de Moll nunca más con ella, ni siquiera cuando se pasaba a tomar café y charlar como de costumbre. Lo que sí hizo fue dejar una carta de traslado con el nombre del *Hauptscharführer* sobre el escritorio de Mala y pedirle con toda

naturalidad que le hiciera tres copias. A los pocos días, Moll desapareció. El *Sonderkommando* celebró su ausencia con tal fiesta que, desde su cuarto, Mala los estuvo oyendo hasta la madrugada.

15

Por fin, las habilidades de Wieslaw para sobornar habían dado sus frutos. Acababa de comprar su libertad temporal y la de Edek a cambio de varias latas de sardinas, un par de botellas de licor y un limón regalo de las generosas supervisoras de la enfermería de mujeres. Casi todas eran alemanas de triángulo negro, prisioneras asociales y exprostitutas enviadas a Auschwitz para su reeducación. A Wieslaw le valía la pena aguantar sus afectos a cambio de una posibilidad de atravesar las impenetrables puertas de Auschwitz. Por eso sonreía educadamente cada vez que le arrinconaban en sus dependencias, le pellizcaban el trasero o directamente le asfixiaban a besos, apretando sus imponentes pechos contra sus costillas hasta que él se escabullía y huía de sus sofocantes abrazos entre disculpas y promesas de volver más tarde, en cuanto el temido *kapo* Jupp no anduviera cerca.

La amenaza del *kapo* nunca fallaba. Wieslaw había logrado escapar de unos cuantos encuentros no deseados mencionando al hombre cuya mala reputación no solo se extendía entre las reclusas, sino también entre las guardianas.

Aparte de mencionárselo una vez a Edek, Wieslaw se lo había guardado hasta el último día, pues no sabía con certeza si el *kapo* al que había sobornado, que trataba principalmente con civiles, cumpliría lo acordado. No le explicó de qué iba todo aquello hasta que ya habían atravesado las puertas de Auschwitz escoltados por el *kapo*, después de haber sido seleccionados de entre todo el equipo de instaladores.

—La esposa de uno de los peces gordos de las SS acaba de llegar de Alemania, y dice que el baño no está como ella quisiera —anunció, con los ojos encendidos por la emoción—. Adivina quién se lo va a

arreglar la semana que viene…

Edek se quedó mirándole, incrédulo y conteniendo el deseo de abrazar con fuerza a su genial amigo. Embriagado por aquella repentina promesa de libertad, no paraba de mirar a su alrededor, anhelando el aire del puro invierno, que olía a bosque de pinos y nieve recién caída, y no a ese nauseabundo tufo dulzón a carne quemada y a cuerpos sin lavar, hacinados, moribundos, apiñados de cinco en cinco por catre en barracones sin ventilación ninguna. Aquella promesa de libertad se le subió a la cabeza como un buen vaso de vino fresco en una tarde de calor asfixiante; se mecía levemente al andar, y esta vez no era por culpa del hambre, sino por la abrumadora sensación de ser, quizás, libre otra vez.

—Eso es —confirmó Wieslaw, profundamente satisfecho consigo mismo—. Nosotros, y un alicatador de Kozy.

—¿No será Szymlak?

Wieslaw no tuvo tiempo de contestar: el *kapo* le asestó un suave porrazo en la cabeza.

—¡Basta de cháchara! —Su rostro estaba retorcido en una mueca de asco puro, pero en sus ojos notó una sigilosa advertencia.

En ese momento, Edek vio a un guardia paseando por el bosque con una metralleta en ristre y comprendió que hasta entonces no había reparado en la presencia de los guardianes patrullando, ni de las torres de vigilancia escondidas entre los árboles, camufladas de tal manera que el ojo inexperto no las vería, como tampoco repararía en sus ocupantes que, con ojos de lince y ametralladoras montadas sobre soportes, estaban adiestrados para disparar a cualquier objetivo móvil. Ahora mismo, los negros cañones seguían los pasos de su pequeña procesión. Edek volvió a mirar furtivamente a su alrededor y contó varios puestos más; se le hizo un nudo en el estómago. Le inundó una negra sensación de desesperanza, mucho más fuerte que la emoción que había sentido hacía menos de cinco minutos.

Auschwitz no acababa en sus puertas. Le invadió una idea espeluznante: en ese momento, todo el mundo era Auschwitz. El campo se había tragado el planeta y no había escapatoria. Edek se tambaleó, como si el porrazo del *kapo* hubiera destrozado su corazón y

todas las esperanzas que había alimentado.

—Eso es —dijo el *kapo* entre dientes y casi sin mover los labios—. No os hagáis ilusiones, chavales. Esos cabrones de las torres son grandes tiradores, y aunque no lo fueran, con esas MG34, cualquier idiota podría convertir a un prisionero en un colador en cuestión de segundos.

Edek agachó la cabeza y siguió a aquel panzudo alemán que lucía el triángulo verde de delincuente profesional en el pecho y que, curiosamente, había resultado ser un tipo decente.

Wieslaw intentó animarle con un codazo cariñoso en las costillas, pero lo único que sentía Edek eran aquellos ojos fríos y penetrantes sobre su espalda; no podía pensar en otra cosa que en el cañón de las ametralladoras siguiéndolos desde todas partes.

La residencia resultó ser pequeña, pero espléndida. Una mujer de cuarenta y pocos años con un triángulo morado cosido en su chaqueta de calle les abrió la puerta, con una sonrisa grande y amable. Edek sabía que el servicio doméstico de las SS estaba reservado a testigos de Jehová, pero nunca había conocido a uno de ellos. No entendía qué hacían en el campo. A diferencia de él, el enemigo extranjero, ellos eran alemanes en su mayoría, de buen linaje racial, según las estúpidas Leyes de Núremberg sobre raza y sangre; no eran ni violentos ni delincuentes. Su único crimen era ser devotos de Jehová, en vez de serlo de Adolf Hitler, así como su feroz oposición a toda clase de violencia. Se negaban a realizar el saludo obligatorio a Hitler y rehusaban hacer el servicio militar, o cualquier tipo de trabajo que contribuyera de manera directa o indirecta a los esfuerzos de la guerra. Para el régimen nazi, ese «delito» se debía pagar con el encierro en un campo de concentración. El antiguo *Kommandant* del campo, Höss, había dejado claro que cualquier triángulo morado sería liberado de inmediato en cuanto firmasen un documento de renuncia a su credo. «Una estúpida firma —se decía Edek, desesperado—, una estúpida firma y son libres de marcharse.» Pero ellos sufrían por su fe, incluso morían por ella, y lo hacían con una sonrisa en los labios.

Una sonrisa amable y buena como la de aquella mujer.

—Pasen —dijo en alemán—. ¡Pobres chicos! Qué paseo tan largo

con tanta nieve. Deben de estar heladitos. Vengan a la cocina: ahora mismo les prepararé té y unos sándwiches.

—¿Estás loca? El té y los sándwiches son para los invitados. —Una mujer alta y esbelta apareció en el recibidor, con dos trenzas rubias recogidas en un sofisticado moño. Vestía con mucho gusto: un traje de seda azul claro con cinturón de cuero y zapatos de tacón a juego. Sus fríos ojos grises contemplaron a aquellos tres seres con un desprecio apenas disimulado—. Ellos son extranjeros y criminales. —Levantó bruscamente su precioso brazo blanco señalando a su izquierda—. El cuarto de baño está ahí. El otro polaco ya está trabajando en él. Quédate ahí con ellos y asegúrate de que no roban nada. —Lanzó una mirada incisiva a su criada—. Ah, y si alguno de ellos intenta usar nuestros servicios… —Dejó la frase suspendida inquietantemente en el aire.

—Bueno, pues tendremos que aguantárnoslo hasta la noche —murmuró Wieslaw en polaco.

Esta vez, Edek sí sonrió.

Antoni Szymlak, que había llegado antes porque vivía en una aldea que estaba a veinte minutos andando del asentamiento de las SS, estaba trabajando a conciencia en la pared del cuarto de baño, pero en cuanto entraron dejó la espátula para saludarlos con un cálido apretón de manos. Era un hombre mayor con una amable boca oculta bajo un formidable bigote blanco y ojos alegres y brillantes que revelaban una inteligencia tranquila.

—Son míos para el resto del día, ¿verdad? —le preguntó al *kapo*.

—Todo suyos.

—Vamos a estar un poco apretados aquí. —Szymlak miró a su alrededor con escepticismo. De hecho, era un espacio inmenso y podrían trabajar cómodamente, pero, al parecer, el alicatador polaco tenía otra idea *in mente*—. Hay un cuarto para la colada al lado —dijo, dirigiéndose al *kapo*—. Hace mucho calor y la *Frau* no pone un pie allí. Un sitio perfecto para que descanse unas horitas, mientras nosotros trabajamos aquí. Debe de estar agotado después de vigilar a los prisioneros día tras día.

—Ahora que lo dice, he estado trabajando hasta bastante tarde

últimamente. —El *kapo* no era tonto, por supuesto. En Auschwitz había una vieja regla que decía: «coge lo bueno según te viene»; solo un auténtico iluso despreciaría la oferta de un ciudadano generoso para cuidar de los presos mientras él dormía tranquilamente al lado—. A condición de que me prometa que les echará un vistazo…

—Por mi propia vida, *Herr Kapo*.

El *kapo* sabía que el alicatador cumpliría su palabra. Si uno de ellos decidía huir, Szymlak acabaría en Auschwitz, por mucho que fuera un ciudadano inocente.

—Y asegúrese de que no holgazanean.

—Tiene mi palabra, *Herr Kapo*. Aunque tampoco voy a gritarles, para no interrumpir su descanso.

—Me da igual lo que haga, mientras terminen el trabajo.

—Magda le avisará cuando esté lista la comida. —Szymlak ya se lo estaba llevando por el codo hacia el cuarto de la colada.

Edek y Wieslaw intercambiaron sendas miradas incrédulas. Un trabajo fuera del campo, ¿y ahora esto? Demasiado bueno para ser verdad.

Cuando Szymlak volvió, tenía una sonrisa de oreja a oreja.

—Os voy a enseñar lo que hay que hacer —susurró—. En cuanto vuestro vigilante se duerma, hablaremos de nuestros asuntos. Ahora hay que quitar ese lavabo. En el sótano hay uno nuevo de porcelana…

Estuvieron la primera media hora trabajando en un agradable silencio. En cuanto oyeron varios sonoros ronquidos del otro lado de la pared, Szymlak se volvió hacia ellos con una expresión totalmente resuelta.

—A ver, ¿qué es lo que necesitáis? ¿Que entregue una carta a la familia? ¿Que os haga llegar algo de contrabando?

Wieslaw le miró seriamente.

—Necesitamos un sitio para refugiarnos.

Los ojos de Szymlak se abrieron ligeramente, pero eso fue lo único que reveló su sorpresa.

—Un sitio para refugiarnos y ropa de paisano —añadió Edek.

Por unos instantes, el viejo se quedó considerando su petición.

—Es un riesgo considerable —dijo finalmente.

—Mi hermana vive en Zakopane —apuntó Wieslaw—. Está muy cerca de su casa.

—Si fuerais civiles…, no prisioneros de un campo de concentración perseguidos por las SS…

—Iremos por el bosque y las montañas, y evitaremos todos los caminos —le explicó Edek de inmediato. Su expresión seguía firme, pero los ojos, clavados en Szymlak, parecían desesperados, suplicantes.

Szymlak miró la pared a medio alicatar, detrás de la cual dormía el *kapo*, y de nuevo a los dos hombres.

—¿Qué os harán si os cogen?

—Nos ahorcarán. —Era la cruda realidad—. Pero no nos cogerán.

—Desde luego, antes de colgaros, os sacarán a palos el nombre de vuestros cómplices —dijo Szymlak pensando en alto con el mismo tono distante.

—No traicionaremos a nadie, y eso le incluye a usted —prometió Edek.

Auschwitz le había endurecido a base de palizas y abusos. Las torturas de la Gestapo del campo no significarían gran cosa para él, de eso estaba seguro.

Moviendo los labios bajo su bigote como si masticara algo invisible, Szymlak daba vueltas a esas cosas en su mente.

—Una noche —dijo finalmente—. Os doy una sola noche bajo mi techo, pero os quedaréis en el sótano. Se puede entrar desde el exterior, así que, si os cogen, yo lo negaré todo y diré que os habéis colado y que no tenía la menor sospecha de que hubiera alguien escondido allí.

Era más que suficiente. Cogieron la mano del hombre uno después del otro y la estrecharon con fuerza.

—Cuando acabe la guerra, le pagaremos bien por las molestias… —empezó a decir Edek, pero su compatriota le hizo callar con un gesto de la mano.

—No quiero vuestro dinero. No os ayudo por eso.

Edek asintió. Lo entendía, igual que Wieslaw. No, no tenía nada que ver con sacar provecho. Szymlak quería ser capaz de mirarse al espejo

cada mañana sabiendo que veía a un hombre decente reflejado en él, un hombre que hacía lo correcto a pesar de arriesgar su vida por ello. El dinero podía comprar muchas cosas, pero la decencia humana no tenía precio. Eso era algo que se ganaba y después se lucía como una insignia de honor; algo que no perdería ni le arrebatarían nunca.

Lo que Edek más lamentaba era que hubiese tan pocas personas como Antoni Szymlak en el mundo. Si hubiera más hombres haciendo lo correcto, en lugar de lo rentable, gente que eligiera la compasión y la generosidad, en lugar del poder y la codicia, tal vez los campos de concentración no existirían.

16

El domingo, único día libre para los prisioneros, amaneció de color rosáceo y resplandeciente por la nieve. Mala estaba cruzando el complejo cubierto por la helada con el cuello levantado para protegerse del viento. A lo lejos, la sauna se veía blanca en contraste con el grasiento humo gris de las chimeneas.

—¿De veras piensas honrarnos con tu presencia mañana? —le había preguntado Zippy con un tono exageradamente asombrado el día anterior.

Mala ya estaba totalmente recuperada de su reciente odisea con Moll, pero su moral mejoró aún más cuando sus sobornos consiguieron un empleo *kosher* en las cocinas de los prisioneros para el hombre al que había salvado. De vez en cuando iba a ver aquel sustituto imaginario de su padre, y él representaba el papel encantado, dándole patatas o cebollas siempre que podía, y preguntándole con interés paternal qué tal le había ido el día. Aunque a Zippy le pareciese extraño y poco sano, jamás le dijo nada para disuadirla. Cualquier cosa para ayudar a aguantar el tipo a un prisionero.

—Me da miedo creerte. Llevas meses prometiéndomelo.

Después de recibir una evasiva tras otra en respuesta a sus incontables invitaciones, ya casi había desistido de que Mala asistiera a uno de los conciertos de la orquesta de mujeres. Le dolía defraudar constantemente a su amiga, pero se sentía incapaz de escuchar aquella preciosa música interrumpida por los ruidos metálicos de los hornos del crematorio funcionando a pocos pasos de la sauna. Quien había pensado que utilizarla como auditorio era buena idea desde luego tenía un retorcido sentido del humor, pensaba Mala, obligándose a poner un pie delante del otro.

—¿Por qué tan repentino cambio de opinión? —le había preguntado

Zippy.

Sí, ¿por qué? Debería haberse quedado en su habitación a leer un libro de contrabando pasado por el Canadá y fingir por unas horas que el campo de concentración no existía; podría haber visitado a su padre falso o haber disfrutado de una inconsciencia autoimpuesta para sobrevivir una semana más en aquel infierno, haberse olvidado de sí misma en un sueño intranquilo donde no pudieran alcanzarla las voces de los difuntos y los moribundos, al menos por unos momentos robados de paz. Sin embargo, en vez de hacer eso, se estaba obligando a ir al destino que tanto temía, notando su reticencia a cada paso, y preguntándose cómo se sentirían los hombres del *Sonderkommando* al meter seres humanos en los hornos al son de un vals vienés.

Iba porque le había dicho a Edek que estaría allí. Mala fingía ser valiente y despreocupada porque él era todas esas cosas; había que ser valiente para planear lo que estaba planeando, y Mala deseaba que viese en ella una compañera de armas, alguien en quien confiar por encima de todo, con su propia vida.

Y, en última instancia, iba simplemente porque quería verle.

Al darse cuenta, Mala se paró en seco como si algo la hubiera golpeado físicamente.

Quería verle porque él era el único capaz de hacerla reír todavía en un sitio sin alma que pertenecía a los muertos. Necesitaba tenerle cerca porque su fuerza le daba fuerza; él le hacía creer en lo imposible, parecía prometerle que no todo estaba perdido, que una nueva vida podía estar esperando más allá de la alambrada de espino.

—Solo quiero ver si *Frau* Alma ha conseguido convertirte en una mandolinista decente —bromeó Mala, para ocultar la verdad, y sonriendo agradecida cuando Zippy captó la indirecta y dejó el interrogatorio.

La gente empezaba a arremolinarse delante de la sauna. El viento tiznado de hollín que llegaba del crematorio levantaba torbellinos de horribles ráfagas cenicientas; por unos instantes, envolvió sus siluetas en su abrazo de mortaja, que se disolvió en ceniza. Mala percibió una espantosa sensación de peligro, su rostro mudado en una máscara de tiza. En ese momento comprendió con escalofriante claridad que todos

ellos iban a acabar convirtiéndose en ceniza. Iban a morir en aquel purgatorio donde hasta el sol parecía más tenue, manchado por las nubes de ceniza y las almas perdidas.

—No creo que desde aquí se oiga la música.

Sobresaltada por aquella voz, Mala se volvió hacia el hombre que había posado suavemente la mano sobre su hombro; sintió que una sonrisa acudía a sus labios casi sin querer. Era Edek, con las mejillas frías por la helada, y sus blancos dientes desnudos en una sonrisa: aquel hombre era la encarnación de la vida frente a aquella estampa mortal de eterna destrucción; solo por eso, Mala cogió su mano y la apretó con un afecto infinito.

—Me alegro tanto de que hayas venido… —dijo.

—A juzgar por tu postura, me da la sensación de que, si llego a tardar unos minutos más, habrías cambiado de opinión y me habrías dado plantón.

Pretendía ser una broma, pero Edek la miraba con seriedad.

—No. —Mala sacudió la cabeza, aferrándose a su fría mano y sintiendo más calor por estar cerca de él—. Jamás haría algo así.

Edek respiró aliviado y, recobrando la compostura, se metió la mano en el mono, murmurando una disculpa por ser un bobo que casi se olvida de algo importante.

—Toma. Te he traído esto.

Mala se quedó mirando lo que Edek le mostraba en la mano: una flor de geranio.

—Pero ¿cómo la has conseguido?

Con los dedos temblando casi imperceptiblemente, cogió la flor rosa y acercó lentamente sus suaves pétalos a la nariz, pasándolos por los labios, con los ojos cerrados, perdida en sus recuerdos. Bélgica, manzanos en flor, el agradable calor del sol sobre su rostro, su mano dentro de la mano de un joven cuyas facciones ya no recordaba con claridad. Habían pasado años desde la última vez que alguien le había regalado flores. Y ella había perdido toda esperanza de que alguien volviera a hacerlo algún día.

—Es un geranio. —La voz de Edek tenía cierto matiz de vergüenza —. Lo siento. No huele.

—Me da exactamente igual. En mi mente huele como una rosa.

Cuando apartó la flor de sus labios, Edek vio asomar una sonrisa feliz en ellos.

Mala abrió los ojos y le miró otra vez.

—¿De dónde la has sacado?

—Se la he robado a las SS —admitió con una sinceridad enternecedora—. La metí en mi caja de herramientas después de terminar de arreglar una pieza de la calefacción en sus dependencias.

—Te podrían haber fusilado por tal hazaña.

—Pero menuda causa por la que morir. —Volvió a mirarla con una sonrisa pícara, recordándole lo que los había unido y que el valor era un músculo que se debía entrenar. Desde luego, él destacaba por ello: era el hombre más valiente que había conocido—. ¿Vamos? —Con una galantería anticuada y digna del mundo civilizado, le ofreció el brazo.

Mala enlazó su brazo con el de Edek; entonces, en cierto modo, el camino hacia la sauna dejó de ser una pesadilla; la idea de escuchar música en un sitio en el que multitud de gente moría al poco tiempo de llegar, en días o semanas, si tenían suerte, ya no le revolvía el estómago.

Dentro del barracón, la orquesta ya estaba afinando sus instrumentos. En las primeras filas de sillas dispuestas en semicírculo, guardias y guardianas esperaban cual distinguidos invitados en la Ópera de Viena. Detrás de ellos estaban sentados *kapos*, jefes de barracón y otros prisioneros privilegiados, mientras que el resto de los reclusos tenían que quedarse de pie junto a la pared del fondo. A ellos no parecía importarles lo más mínimo, mientras pudieran robar unos momentos preciosos para disfrutar de la música, inhalándola con voracidad, como si emergieran de debajo del agua en busca de unos sorbitos de aire fresco. Estaban hacinados como sardinas contra la pared del fondo; sin embargo, sus ojos brillaban de emoción, ajenos a sus ropas harapientas y al dolor que laceraba sus maltrechos cuerpos. Oír al maravilloso Mozart gracias a *Frau* Alma era mágico. Hasta el aire tintineaba, mientras la directora, tan compuesta y serena como siempre, afinaba su violín para el solo inicial.

—¿Qué pasa con toda esa gente de fuera? —preguntó Edek una vez

dentro del improvisado auditorio—. ¿Van a tener que quedarse todo el rato allí, con este frío?

—No les queda otra —explicó Mala suavemente, con una sonrisa que por algún motivo la hizo sentir culpable. Zippy le había guardado un sitio («De hecho, dos», le había dicho la mandolinista guiñándole un ojo, como si sospechara el motivo de su repentino cambio de idea), pero ahora Mala no se sentía capaz de sentarse entre los privilegiados —. La música es la única vía de escape que les queda. Zippy dice que pueden quedarse horas de pie, pelándose de frío, solo para oírla.

—Supongo que lo entiendo —respondió Edek, pensativo—. Les ayuda a olvidar. —Al ver la expresión en el rostro de Mala, cambió de tema, avergonzado—. Aquí no hay mucho espacio para bailar, ¿eh?

Mala soltó una risilla, allí, codo con codo con la aglomeración de prisioneros.

—No. Está terminantemente prohibido, como aplaudir.

—¿Entonces? ¿Se supone que debemos quedarnos aquí de pie mientras escuchamos, como unos descerebrados soldaditos de hojalata? —Edek resopló incrédulo ante unas normas tan rematadamente absurdas.

—Me temo que eso es, exactamente.

—Pues a la mierda. —Edek la agarró de la mano y, antes de que pudiera oponerse, fue hacia la puerta—. Yo he venido a bailar contigo. Si tenemos que hacerlo bajo un frío helado, pues que así sea. Habrá que bailar más rápido.

Edek abrió la puerta de un empujón y una ráfaga de viento golpeó a Mala en la cara; la ceniza la cegó por un instante, pero ella sintió que reía, que reía a pesar de todo, en un lugar donde la risa moría antes que cualquier cosa. Y todo gracias a Edek.

—Gracias —dijo Mala cuando sonaron las primeras notas de la música y empezaron a perderse en ellas—. Me daba mucho miedo venir y ahora me alegro tanto…

—Gracias a ti por invitarme —contestó Edek, apretando su mejilla contra el pelo de ella, y cogiendo su mano firmemente para guiarla—. Jamás habría creído que se pudiera ser feliz en Auschwitz, y tú has demostrado lo contrario.

Edek se apartó y la miró fijamente; Mala sintió sus palabras dentro del pecho, con el corazón latiéndole al doble de velocidad solo por sentir la palma de su mano en la suya. Por unos instantes, hasta el campo de concentración dejó de existir.

Edek tenía razón: en aquel lugar, sentirse feliz era ofensivo, pero aquella tarde de domingo no tenían elección. La música los envolvió en un abrazo cálido y tierno, les hizo girar, guiándolos a través del esplendor de la nieve radiante y fresca, donde parecieron perderse. Sus ojos brillaban de una felicidad aturdida y audaz, sus dedos entrelazados ya no sentían frío, sus labios sonreían sin parar, hasta que empezaron a brotar nubes vagas y traslúcidas de risas (un sonido olvidado, perteneciente a otro tiempo). Y todo ello se reflejaba en las vacilantes sonrisas de los presos que los rodeaban y contemplaban su forma de bailar como si fuese una suerte de milagro.

Sin darse cuenta, Mala y Edek habían creado un círculo de vida a su alrededor, en medio de aquel cementerio. Aquel baile trajo a unos corazones hambrientos de esperanza un aliento de fe en algo más grande que la misma muerte.

17

Aquella chica le resultaba extrañamente familiar; vestía el uniforme del bloque de música, pero pidió dos fontaneros para la oficina de administración del campo con la autoridad de una guardiana de las SS.

—Uno de los grifos de los baños de las SS gotea y el ruido está volviendo loco al *Obersturmführer* Hössler. Dice que si no lo arreglan en una hora, mandará a todo el *kommando* de instaladores a la cámara de gas. No quiere que lo haga ningún judío, así que supongo que tendrán que ser los dos polacos. —Con el dedo índice extendido, señaló directamente a Edek y Wieslaw.

Su nuevo jefe de bloque debía de estar acostumbrado a los métodos de Hössler, pues les quitó de las manos los cuencos de comida rápidamente y les dio una patada en el trasero, típico gesto de ánimo en Auschwitz.

—¡Levantad esos culos gordos ahora mismo!

Edek intentó protestar diciendo que era la hora de cenar y que el grifo seguiría allí cuando terminaran, pero la expresión del jefe del bloque y los rostros suplicantes del resto de los instaladores hicieron que se quedara a media frase.

La chica del bloque de música los vio coger sus cajas de herramientas y no dijo nada hasta que estuvieron lejos del barracón de instaladores.

—Espero que me perdonéis haberos interrumpido en medio de la cena. —Les hablaba en alemán, el idioma común en el campo, aunque Edek notaba un ligero acento eslovaco—. No os preocupéis, Mala y yo recibimos raciones dobles como empleadas de las oficinas del campo. Las compartiremos con vosotros. —Los miró con una sonrisa luminosa.

—¿Mala? —Edek levantó la cabeza de inmediato.

—Claro, Mala. ¿Quién crees que os ha hecho venir a la oficina? ¿Hössler? Él no utiliza los cuartos de baño de la oficina. Tiene el suyo propio en sus dependencias, pero vuestro *kapo* no lo sabe. —La chica le lanzó una mirada pícara con sus largas pestañas negras—. Además, los guardias ya se han ido. Solo queda el centinela, pero es inofensivo.

Era una cabeza más baja que Mala y más delgada, pero transmitía la misma sensación de seguridad en sí misma; Edek estaba convencido de que debía de tener sus mismas tablas en el campo.

—¿Tú no estás en la orquesta? —Wieslaw miró sospechosamente su traje azul, visible bajo el cálido abrigo.

—Sí —contestó, impertérrita—. Mala y yo tenemos varios trabajos en el campo.

—Eres Zippy.

Los ojos de Edek se iluminaron. Por fin recordó a la amiga de Mala del concierto del domingo, la mandolinista que les había guardado asientos que al final no habían utilizado a cambio de la libertad que les esperaba fuera del auditorio. Se quedó mirándola atentamente, preguntándose si conocería su plan de fuga.

—Sí, pero no se lo digáis a nadie. Para el resto del mundo soy Spitzer, la del *Schreibstube*.

Con eso ya le había contestado. Aquella joven eslovaca, de mirada irónica y sonrisa a juego, también formaba parte de la «organización».

Mala se reunió con ellos en la puerta de las oficinas. Las luces estaban apagadas en todo el pasillo. Estaba de pie, iluminada por el tenue resplandor de la lámpara del despacho, con la espalda apoyada contra el marco de la puerta, los brazos cruzados sobre el pecho y su habitual sonrisa burlona.

—Saludos a la clase obrera.

Al oír su voz, Edek sintió una inexplicable sensación de ligereza en el pecho, y no era cosa del hambre.

—¿Todo tranquilo? —preguntó Zippy, que se quitó el abrigo y lo lanzó sobre el respaldo de su silla.

—Tranquilísimo —confirmó Mala, que hizo un gesto a los dos hombres para que entraran y cerró con llave de la puerta de la oficina.

—¿Os dejan toda la noche aquí, sin supervisión ni nada? —preguntó Edek mirando a su alrededor.

En un rincón del despacho había un pequeño árbol envuelto en espumillón y decorado con bolas de cristal. Cayó en la cuenta de que se le había olvidado que casi era Navidad.

—Técnicamente, tenemos asignado un barracón normal del campo, pero dormimos aquí, en el sótano —explicó Mala, buscando algo en el archivador—. Mientras estemos presentes en los barracones cuando pasan lista, nos dejan quedarnos aquí.

—¿Aquí? ¿En la oficina del campo? —Edek se quedó mirando a las dos mujeres con incredulidad.

—Yo a veces paso la noche con la orquesta, pero sí —contestó Zippy, ofreciéndoles un plato con patatas asadas con trozos de morcilla mezclados—. Las dos tenemos nuestro propio cuarto. Coged.

Los dos amigos se miraron avergonzados. Quitarles comida a las chicas iba en contra de su código masculino, aunque ellas pertenecieran a la casta privilegiada del campo. Mala y Zippy tuvieron que asegurarles que ya habían cenado y que tenían raciones de la Cruz Roja en sus dormitorios; solo entonces, y a regañadientes, Edek tomó el plato. Al ver que Wieslaw se llevaba a la boca el tenedor cargado de patatas antes que él, sintió alivio, pues no estaba seguro de poder resistirse a su apetecible aroma. En cuanto las primeras patatas rozaron su lengua, sus ojos se cerraron de placer, degustando el sabor y tratando de prolongarlo, masticando lo más lentamente que pudo.

—Tú, especialmente, deberías comer bien y lo más que puedas. —Mala le miró de un modo extraño. Sonreía, pero su mirada tenía un halo melancólico—. ¿Cómo pretendes pasar por guardia si estás desnutrido? Se lo olerán al instante. De hecho, en los próximos meses, me voy a encargar de cebarte. No planearíais escapar en pleno invierno, ¿verdad?

Una vez más, ellos se miraron. Era exactamente lo que planeaban hacer. En cuanto consiguieran el *ausweis* y el uniforme.

—Vamos, hombre, hay que tener un poco de sentido común… —Mala sacudió la cabeza en señal de desaprobación. Por fin había dado con la carpeta que buscaba y la puso sobre su escritorio, bajo la

pantalla verde de la lámpara.

—Ese chico que acaba de escapar…

—Tuvo suerte. —Mala, que ahora tenía unas tijeras en la mano, interrumpió a Edek con un gesto tajante de la mano—. Lo único que le salvó de que le descubrieran fue una tormenta de nieve que borró sus huellas e hizo que los perros perdieran el rastro. Pongamos que lográis salir del campo con el disfraz. Tendréis que hacerlo por la mañana o al mediodía, porque ningún guardia en su sano juicio dejaría salir a alguien con un prisionero por la tarde o de noche. Esto solo os deja unas horas para llegar al bosque más cercano antes de que se den cuenta de que habéis desaparecido en el recuento de la tarde, y eso si tenéis suerte. Espero que no estéis pensando en ir a la aldea o al pueblo más cercano, porque antes de que os deis cuenta algún quisquilloso denunciará haber visto un uniforme de las SS y un prisionero, e iréis directos a la horca, queridos.

Terminó de recortar con las tijeras algo que Edek no reconocía y se irguió delante de su mesa para mirarlos a los ojos.

En ese preciso instante, ellos bajaron los suyos, masticando su inesperado festín de patatas guisadas en vez de mantener su mirada acusadora.

—Entonces, ¿sugieres que esperemos hasta el verano? —A Edek le salió la voz rota; sentía que sería casi como esperar diez años más.

—Al menos, hasta mayo —respondió Mala, pacientemente—. Tendréis que esconderos varias noches en el bosque si queréis pasar desapercibidos. Si no queréis morir de frío, os aconsejo que esperéis a que el tiempo sea soportable. Además, aquí hay mucha niebla por las marismas en mayo y junio. Eso también jugará a vuestro favor.

Sin esperar respuesta, Mala volvió a bajar la mirada a su escritorio. Esta vez, Edek se acercó, dejando el resto del plato a Wieslaw. Sus ojos se abrieron de par en par al ver que Mala estaba pegando la foto de su amigo en un salvoconducto del campo (el codiciado *ausweis*) y se le hizo un nudo en la garganta cuando comprendió que su destino estaba entre sus delicados dedos, o al menos eso le pareció.

—¿No empezarán a hacer preguntas sobre la foto que falta? —Miró la carpeta abierta de la que había sacado la foto, poco convencido.

—Para entonces ya os habréis ido. —Mala le sonrió aparentemente tranquila.

—Sí, pero tú… —La miró dramáticamente.

—¿Qué pasa conmigo?

Edek oyó que Zippy se aclaraba la garganta; al volver la cabeza, vio que se estaba llevando a Wieslaw hacia la puerta. Giró la llave y le sacó prácticamente de un empujón al pasillo.

—Vamos a vigilar el pasillo —dijo Zippy por encima del hombro, apenas ocultando una enorme sonrisa antes de cerrar cuidadosamente la puerta.

Se habían quedado solos, casi a oscuras; de pronto, Edek no supo qué decir.

—No… ¿No te interrogarán? —preguntó, humedeciéndose los labios.

—Ya me preocuparé de eso cuando pase —contestó Mala, demasiado tranquila para el gusto de Edek—. Es una vieja norma del campo. No malgastes los nervios preocupándote por lo que aún no ha ocurrido.

Edek la sujetó de la muñeca sin pensarlo.

—Huye con nosotros.

Mala se echó hacia atrás, sorprendida, pero no se molestó en apartar la mano.

—¿Estás loco?

—Para nada. Es demasiado peligroso que te quedes aquí después de ayudarnos. Ven con nosotros. Por favor.

—Sí: estás loco. —Mala emitió su veredicto con una medio sonrisa melancólica y soltó su mano con suavidad—. Vosotros seguid con vuestro plan. Vete con Wieslaw, uníos a los partisanos y luchad. Te prometo que estaré aquí cuando vengáis a liberarnos a todos. Vamos, yo misma te recibiré en la puerta.

Se hizo el silencio, y su sonrisa deliberadamente tranquila y juguetona casi le rompe el corazón.

Mala cogió un sello del escritorio y lo pasó cuidadosamente sobre la esponja llena de tinta. Al segundo siguiente, levantó un *ausweis* de aspecto absolutamente oficial para mostrárselo, con una expresión

triunfal que hacía que estuviera increíblemente bella.

—Aquí tienes. Tu billete a la libertad. Feliz Navidad.

Edek se quedó delante de ella, infinitamente agradecido y conmovido hasta el tuétano, pero se sentía incapaz de cogerlo. Mala tuvo que cerrar sus dedos sobre el documento; entonces le dio las gracias, con una voz que temblaba ligeramente por motivos que no podía explicar.

18

Mala dobló la esquina hacia el crematorio y caminó en dirección a la enfermería. Era un paseo corto y simbólico. Los prisioneros de Birkenau evitaban los barracones del hospital como si fueran la peste, pues, para la mayoría, el crematorio era la siguiente parada si los médicos de las SS no los mataban con una inyección letal de fenol en el corazón. La gente no iba a la enfermería para recuperarse: iban allí a morir.

En su bolsillo llevaba medicinas de contrabando ocultas bajo un doble forro. No iban escondidas con suficiente cuidado como para pasar un registro exhaustivo, pero bastaría si algún guardia nuevo y deseoso de impresionar a los superiores le ordenaba que vaciase los bolsillos delante de él. Además, los veteranos reconducían a ese tipo de reclutas nuevos bastante rápido, y Mala no era solamente la preferida de Mandl, sino también del director del campo, Hössler. Ella era una judía enchufada, y molestarla no resultaría beneficioso para el ascenso de nadie.

Al notar el rollo de aspirinas y sulfamidas a través de la tela del forro, Mala tuvo que reprimir una sonrisa de satisfacción. A cambio de sus clavos y tornillos, Kostek le llenaba los bolsillos de un auténtico botín que haría feliz a cualquier médico de Birkenau. Ella era muy consciente de los motivos de su generosidad: en cualquier momento, un preso, o el amigo o familiar de algún preso, podía acabar en el hospital del campo. Era importante tener amigos entre los médicos, que tenían buena memoria para los sobornos y se asegurarían de que el paciente en cuestión evitara las temidas listas de la muerte de los médicos de las SS y saliera de la enfermería por su propio pie en vez de ser trasladado directamente al crematorio. Sin embargo, aquel día había otro motivo para su visita.

—Esto es de parte de Rita —le dijo, sacando ampollas, pastillas e inyecciones de un bolsillo oculto dentro de su mono—. La chica soviética para la que conseguiste el traslado al *kommando* Canadá.

—¿Ha robado todo esto? —Mala no se lo podía creer.

—No de una vez. —Kostek soltó una risilla. Como siempre, apestaba a carne quemada y a una espantosa colonia con olor a pino que utilizaba casi todo el *Sonderkommando* para intentar disfrazar el hedor —. Llevamos una semana reuniéndolos para ti. Rita dice que si necesitas cualquier cosa, no tienes más que decirlo. Su novio también manda recuerdos. Se ofreció a conseguirte un poco de oro dental: está de dentista en el crematorio, sacando coronas a esos pobres diablos, pero le dije que probablemente no querrías.

Mala hizo una mueca de dolor (claro que no lo quería), pero entonces pensó en Edek y algo cambió en su expresión. En las últimas semanas, había pensado en él más de lo que quisiera admitir. Fingía que solo era porque quería hacer todo lo posible para ayudarle, negándose a admitir que estuviera algo enamorada. Al fin y al cabo, también hacía todo lo que estaba en su mano para ayudar a Kostek, y jamás había pensado en besarle, ni se despertaba con la espalda empapada de sudor, un nudo en la garganta y la respiración acelerada, sintiendo sus brazos recorriéndole todo el cuerpo.

Edek le había pedido que se fugara con él. Evidentemente, ella no pretendía planteárselo en serio: demasiadas vidas dependían de ella en Auschwitz como para marcharse y dejarles allí solos ante su destino. Si no fuese por ella, su recién adoptado «padre» habría perecido en las fangosas aguas de la fosa común de Moll; de solo pensar en ello se le revolvía el estómago. ¿Quién sabía cuántas personas más podría salvar de las garras de la muerte en el futuro si decidía quedarse a este lado de la alambrada de espino? Ahora bien, al caer la noche, y con cierto sentimiento de culpa, ella fantaseaba con la idea de fugarse. Sus mejillas se encendían con una mezcla de vergüenza y paradójico placer, soñando con ser libre, con Edek a su lado.

—De hecho, no me vendría mal un poco de oro —dijo finalmente, apartando pensamientos desagradables e inoportunos de su mente—. Y pregúntale a Rita si me puede conseguir un reloj de pulsera de

hombre. Preferiblemente caro, pero no demasiado. Algo con la esfera de oro y la correa de cuero. Y si es posible, de fabricación alemana o austriaca.

Para su alivio, Kostek no le hizo ni una sola pregunta, simplemente asintió y volvió trotando con su equipo de trabajo. Mala reemprendió el paso enérgico hacia la enfermería, pensando en él y sus compañeros, así como en los clavos que había estado pasándoles, preguntándose si vería alguna vez el levantamiento con el que soñaban desde hacía meses.

El barracón del hospital donde trabajaba su amiga Stasia estaba más lleno de lo habitual. Birkenau sufría una epidemia de tifus y, a diferencia del antiguo *Kommandant* Höss, el actual, Liebehenschel, se negaba a enviar a todos los afectados a la cámara de gas; por tal razón, estaban hacinados de cinco en cinco sobre los camastros, gimiendo por una fiebre o unos dolores de estómago que las empleadas de la enfermaría eran incapaces de mitigar, pues carecían de los medios necesarios.

—¿Qué haces aquí?

Mala se volvió: una médica reclusa la miraba como si estuviera loca.

—Creía que Mandl había prohibido tajantemente que el personal de la oficina del campo entrara aquí durante la epidemia.

En efecto, la *Lagerführerin* Mandl lo había dejado muy claro. Después de que varios guardias contrajeran la enfermedad, les había prohibido categóricamente a Zippy y a ella que fueran a la enfermería.

Con una sonrisa vacilante, Mala se acercó un poco a la médica.

—Traigo medicamentos.

La expresión de la doctora cambió de inmediato. Su mirada se clavó en los bolsillos de Mala.

—Pero primero tengo que ver a Stasia.

—Está ahí, detrás del biombo.

Cuando se disponía a pasar junto a ella, la médica se apartó rápidamente, arrimándose a la litera más cercana para dejarle espacio.

—Piojos —explicó con tono de disculpa—. No quiero que los cojas. No toques nada, por favor, y después de irte, pasa una cerilla encendida por las costuras de tu ropa.

Mala se lo prometió.

Stasia estaba donde le había dicho, sentada en un pequeño taburete de espaldas a Mala. Delante de la ella, había una mujer tumbada sobre una mesa de operaciones improvisada, con el rostro pálido y las piernas abiertas. Tenía el bajo de la falda doblado sobre el vientre. Apenas se veía hinchado; sin embargo, Mala comprendió al instante el procedimiento al que Stasia la estaba sometiendo.

La médica reclusa se incorporó en el asiento y miró sobre su hombro, claramente asustada, pero se relajó al ver que era Mala.

—¿No te ha dicho nadie que es de mal gusto acercarse así a la gente, sin avisar, especialmente aquí? ¡Me has hecho vomitar el desayuno!

Mala sonrió sin querer. A Stasia se le daban bien las palabras.

—Perdona. ¿Es mal momento?

—Lo habría sido, si fueras de las SS. Dame un momento. Casi he terminado.

Un enorme alivio se reflejó en el rostro de la paciente, que volvió a apoyar la cabeza sobre la mesa de operaciones y cerró los ojos. Stasia le dio una palmadita en el muslo.

—No te preocupes, mamá. Lo he hecho con todo el cuidado que he podido, dadas las circunstancias. Tendrás muchos hijos cuando estés fuera de aquí.

La joven asintió con valentía. Caían lágrimas por sus mejillas, pero se las enjugó con el dorso de la mano.

—Tu marido lo entenderá —continuó Stasia—. No había otra opción; aquí, en Birkenau, no. Ya sabes lo que les hacen los médicos de las SS a las embarazadas. Si alguien llega a denunciar tu embarazo, te pondrían en el primer camión a las cámaras de gas.

La paciente volvió a asentir. Lo sabía. Todo el mundo lo sabía. A los nazis solo les importaba su raza. La descendencia del resto podía irse al diablo.

—Gracias —dijo suavemente—. Gracias por ayudarme. La médica del barracón se negó a hacerlo.

—¿Esa cabrona húngara mojigata de la que me hablabas? —Stasia se rio con desdén.

—Sí. Dijo que iría al infierno si lo hacía.

Stasia soltó una risa cortante.

—Ya estamos en el infierno. No hay nada peor que esto. Ni el mismísimo diablo tiene la imaginación de nuestros amiguitos —dijo con una carcajada burlona, volviéndose hacia Mala sobre el taburete —. ¿Sabes lo que más me alucina de cierta gente? Ponen sus estúpidos ideales por encima de la vida humana. Etsy habría muerto —señaló a la paciente con la mano; llevaba un trapo sobre el que acababa de echar una generosa cantidad de antiséptico—, y a esa húngara que se da aires de importancia y se considera médica, no le importa un comino. Lo único que le importa es la posibilidad de que el bebé no nazca. La madre, que es un ser humano que vive y respira, y cuya vida está en juego, le parece irrelevante. Se negaría a abortar a un feto sin la más mínima posibilidad de sobrevivir y mataría a la madre por no intervenir, para no ir en contra de sus principios religiosos. ¿No te parece alucinante?

—Soy judía. —Mala se encogió de hombros—. En mi religión, valoramos más la vida de la madre que la del bebé que está por nacer. Aunque sea un parto difícil y haya que elegir entre la vida de la madre y la de su hijo, siempre se salva a la madre. Ella ya está aquí, en la Tierra. Tiene su vida, su familia, sus amigos, su trabajo y sus intereses. Podrá tener más hijos. El bebé aún no ha empezado a vivir, así que la elección está clara. Al menos, esa es la lógica que hay detrás de todo ello.

—Exacto —dijo Stasia, coincidiendo con su opinión—. En Polonia, yo era ginecóloga. Practicaba abortos (ilegales, por supuesto) a todas esas pobres desgraciadas que rechazaban los hospitales estatales. Me venían niñas de trece años que habían sido violadas por sus tíos, se sentaban ahí con la mirada perdida y me explicaban tranquilamente que, o las ayudaba yo, o se tiraban al río: así de sencillo. Tenía esposas que llevaban la cara tapada con un velo para cubrir los moratones, suplicándome que las ayudara para que no naciera otro desgraciado en una casa donde el marido solo hacía dos cosas: emborracharse y golpear a ella y a los niños a diario. Mi consulta era un refugio seguro para ellos. Pero para la mayoría santurrona, yo era una asesina de

niños despiadada, sin moral ni ética. Pues, ¿sabes qué? Si ayudar a una mujer con graves problemas es inmoral y poco ético, creo que prefiero seguir siéndolo antes que condenarla a una vida de abusos, de pobreza o, literalmente, a la muerte, como Etsy.

—Tú no eres inmoral ni poco ética —dijo Etsy con una suave sonrisa—. Me has salvado la vida.

Stasia se levantó del taburete y le dio un beso inesperado en la frente.

Mala las miraba con ojos melancólicos, y de pronto comprendió que eso era lo único que le importaba a Stasia. Lo que dijeran sus pacientes. Nadie más.

—Nunca te he preguntado cómo te detuvieron —le preguntó Mala a la polaca más tarde, mientras intercambiaban mercancías en la sala de enfermeras.

—En mi pueblo arrestaron a la mayoría del personal médico. Verás, estábamos muy cerca de la frontera con Alemania, y nos sustituyeron a todos con sus propios médicos y enfermeras alemanas.

—¿Y ya está?

—Ya está.

—¿No eres comunista ni nada?

Stasia soltó una risa por la nariz.

—¿Tú me has oído citar a Marx alguna vez?

—¿Tienes familia?

—Un marido y dos hijos maravillosos. —Stasia se dio unas palmadas en el pecho, donde Mala sospechaba que la médica reclusa llevaba una foto escondida—. ¿Y tú, Mally? ¿Estás casada?

Mala no contestó de inmediato. Había pasado demasiado tiempo. Ya casi no recordaba la vida antes de Auschwitz. A cada día que pasaba, parecía más un sueño, casi como algo que hubiera imaginado. Al principio, nada más llegar, Mala se refugiaba en sus recuerdos, pero no tardó en darse cuenta de que los recuerdos no hacían más que consumirla, dejándole un inmenso agujero negro donde debería estar su corazón. Así que empezó a ponerles parches, llenando su vida vacía y tortuosa con lo que fuera (o quien fuera): al grupo juvenil de Hanoar Hatzioni con la resistencia del campo, a los bailes de Amberes con

conciertos de la orquesta de Birkenau, a su risueña amiga de la casa de modas con la pícara y valiente Zippy, a su antiguo jefe con el director de campo Hössler y la *Lagerführerin* Mandl, a su padre con el judío francés que sacó con sus propias manos de una fosa llena de cadáveres.

Eso sí, Edek no había sido un mero sustituto de su antiguo novio, el chico por quien se puso los zapatos de charol que su padre le regaló. Edek era algo completamente nuevo, una fuerza que había entrado como un vendaval en la vida de Mala, transformando a la autómata obsesionada con la venganza que hacía recados para la resistencia en una mujer que empezaba a deshelarse, a permitirse sentir de nuevo.

Soñar.

Amar.

—Tenía un novio en Bélgica —admitió finalmente, a regañadientes.

—¿Mandl te deja escribirle?

—Sí, pero nunca lo he hecho.

—¿Por qué?

Mala se encogió de hombros. Se planteó explicárselo, decirle que salió de Bélgica siendo una persona y que se había convertido en otra completamente distinta, que la nueva Mala ya no tenía nada en común con el joven apuesto cuyos rasgos estaban cada vez más borrosos en su recuerdo. La vieja Mala era idealista y un poco ingenua; creía en la causa sionista y soñaba con luchar por ella, y jamás hubiera imaginado, ni en sus peores pesadillas, que su lucha por la causa se libraría en un campo de exterminio, donde el mayor acto de resistencia era sobrevivir. La joven intelectual que disfrutaba debatiendo con sus compañeras y nunca tenía miedo a decir lo que pensaba, ahora se veía obligada a morderse la lengua delante de sus superiores si no quería acabar fusilada por sus inoportunas opiniones. La chica que nunca había temido querer vorazmente, a corazón abierto, lo había tenido que cerrar al mundo exterior, al comprender dónde la habían encerrado. Crear vínculos o enamorarse era algo peligroso en Auschwitz. Nunca sabías cuándo podías perder a un nuevo amigo o a alguien a quien amabas en una selección o fusilado directamente por guardias de las SS que, simplemente, ejercían su

puntería con los presos.

Auschwitz la había transformado tanto que no sería capaz de volver a ser la Mala de antes, aquella que había enamorado a su antiguo novio. Cómo explicarle su experiencia a alguien que ni siquiera podía concebirla: los crematorios, las SS, los carros de la muerte, las cámaras de tortura, las horcas en el *Appellplatz* y las enfermerías donde el personal médico dependía de lo que ella les pasaba de contrabando, porque las SS consideraban un desperdicio abastecer de medicamentos a los hospitales de los campos de concentración. Jamás entendería lo que Mala había vivido.

Pensó en contárselo todo a Stasia, pero al final, solo dijo:

—Es mejor así.

Curiosamente, la entendió. Ella también era una *auschwitzer*. Compartirían ese vínculo para siempre, igual que los recuerdos de aquel lugar, la sensación de pesadilla que les provocaba todo aquello.

Aquella misma tarde, Mala estaba sentada en el suelo de la sauna, con el pelo todavía mojado y un tremendo olor a desinfectante. «Más vale prevenir que curar», se dijo mientras sobornaba a la *madame* de la sauna, Mutti, con una chocolatina con leche a cambio de una buena ducha caliente y el desinfectante verde en el que habían sumergido a las recién llegadas. El chocolate debía de ser bueno, porque Mutti hizo que desinfectaran también su ropa mientras ella esperaba envuelta en una alfombra que la jefa del bloque de la sauna consideraba una toalla.

—¿Dónde está tu novio hoy? —preguntó la bávara con su voz resonante y un tono inquisitivo, mirando a Mala de arriba abajo con picardía.

—¿Cuál de ellos? —Mala contestó con una sonrisa deliberadamente seductora.

La *madame* dejó los ojos en blanco.

—El que te mira con ojos de cordero degollado. Ese polaco guapo del *kommando* de instaladores que viene casi cada día preguntando «si nos hace falta arreglar alguna tubería». —Soltó una risa burlona.

Decirlo y que Mala oyera una voz familiar maldiciendo en polaco fue todo uno. Sonrió. Edek debía de haber visto algo fuera que le

había provocado una retahíla de insultos contra «las condenadas SS» y sus madres, a las que estaba describiendo en términos bastante despectivos, contra todos sus habilitadores y contra un «maldito cabrón» a quien Mala no veía desde donde estaba.

Las palabras de Edek hirieron la sensibilidad de alguien, pues a continuación se oyó una respuesta profundamente indignada:

—Cuidado con lo que dice, joven. Hay damas presentes.

—… Y hombres que fueron educados para algo mejor que esto —añadió alguien.

Las recién llegadas, se dijo Mala en tono burlón, sacudiendo la cabeza. «No pasa nada. El personal del campo no tardará en enseñarles las costumbres del lugar.»

Se puso en pie y fue hacia el grupito de gente. Edek estaba delante de ellos, furioso.

—¡¿Que cuidado con lo que digo?! —exclamó—. Debería indignarle lo que está pasando ahora mismo en el *Appellplatz*, y no mis palabras. Deberían indignarles las SS por sacar a todo el mundo de los barracones en domingo, su único día libre, y ponerles a hacer gimnasia «para mejorar su salud». Debería indignarles que los *kapos* y los jefes de barracón den palizas a cualquiera que no sea capaz de seguir su absurdo ritmo —rugió—. Esa gente está siendo maltratada ahora mismo, ¿y a ustedes les ofende «cómo» lo describo yo? Pues les sugiero que se vayan a la mierda. Vayan a decirle a las SS que cuidado con lo que dicen. A ver qué opinan ellos.

Edek empujó deliberadamente con el hombro al hombre que se había sonrojado con su arranque, y se marchó con paso enérgico; Wieslaw le siguió de cerca. Mala vio que los hombros del amigo de Edek temblaban de risa. A ella la situación también le parecía casi cómica. Allá fuera se estaba produciendo una auténtica orgía de muerte, pero al nuevo prisionero le molestaba más la palabra «maldito» que esa montaña de cadáveres que no paraba de crecer.

La *madame*, que también había salido a ver qué ocurría, pasó junto al recién llegado y le soltó una bofetada con una indiferencia maravillosa.

—Maldito imbécil.

La gente de la sauna se unió al instante. En pocos segundos, todo el mundo estaba gritando improperios de todo tipo en su idioma materno. Ellos también se habían tomado el comentario del hombre personalmente: la mayoría llevaba años sufriendo las agresiones físicas y verbales de las SS, día y noche. Alguien de fuera, que no había notado su piel rasgándose bajo el látigo de un guardia, ni sus costillas quebrándose bajo la bota del *kapo*, que no había orinado sangre durante un par de semanas después de una paliza del jefe de barracón, no tenía derecho a darles lecciones de buenas maneras. Cada vez le tenían más rodeado, y la cacofonía de insultos alcanzaba un ruido ensordecedor. Auschwitz era un reino animal con leyes animales. Allí no había lugar para bromas. El hombre iba a sentirlo en su propia piel y, curiosamente, Mala no sentía ni la menor empatía por él.

—¡Maldito imbécil! —gritó, uniendo su voz al coro, no por la contagiosa influencia de la mentalidad de masas, sino porque ella también lo sentía como un insulto personal.

Si al menos llevara unos días en el campo, si hubiera presenciado la degradación, la depravación, la crueldad salvaje de las SS, se lo pensaría mejor antes de abrir la boca y criticarles por usar un lenguaje inadecuado. Ellos, los supervivientes, tenían todo el derecho a ser rudos. Allí solo sobrevivían los que tenían la piel curtida. Los moralistas blandos habían perecido hacía mucho en los hornos crematorios.

Mala sorprendió a Edek mirándola. Él apartó los ojos avergonzado cuando vio la especie de toalla deshilachada que llevaba puesta y miró hacia otro sitio al ver que se acercaba. De repente, Wieslaw también parecía muy interesado en sus botas.

—No pasa nada. Podéis mirarme. No estoy desnuda. Y aunque lo estuviera…

Mala se encogió de hombros con indiferencia. Estar desnuda en Auschwitz delante de cientos de personas tampoco era nada nuevo. Las SS y sus selecciones masivas, en las que hacían que hombres y mujeres corrieran en círculo totalmente desnudos, y las duchas comunales que se daban en presencia del personal de las SS, habían acabado con lo que les quedara de pudor.

Aun así, Edek parecía profundamente incómodo.

—Siento que hayas tenido que oírlo. Llevamos varios días trabajando fuera del campo, y no he podido decírtelo. Veníamos a preguntar por ti, tal vez a pasarte una nota… No sabía que estuvieras aquí… De lo contrario, no habría…

Mala levantó la palma de la mano para detenerle.

—No has hecho nada malo. Este hombre es «un maldito imbécil» que no tenía derecho a decir nada sobre tu lenguaje.

Edek alzó la mirada, sorprendido.

—Un… maldito… imbécil —repitió Mala, sonriendo con picardía—. Puto montón de basura. Un cerdo descerebrado. —Con algo de deleite malicioso, empezó a soltar unos insultos de tal sofisticación en su polaco materno que sonrojarían a cualquier marinero de la academia marítima de Edek—. Y sí: yo besaba a mi madre con esta boquita, y le encantaba.

Ambos amigos se quedaron mirándola, deslumbrados.

Mala les sonrió con una expresión orgullosa, pero no podía evitar que la barbilla le temblara. Por eso mismo no podría escribir a su antiguo novio. Por eso nadie al otro lado de las alambradas comprendería que una joven pudiera emplear ese «vocabulario de cloaca». Porque ella vivía en una cloaca, y toda esa resistencia y esa audacia eran fruto de la brutalidad que la rodeaba. Supuraba de sus heridas como si fuera pus; contaminaba todo lo que tocaba, envenenaba cualquier cosa y le hacía ansiar venganza con hambre de buitre.

Aunque lograra salir de ahí, ¿cómo iba a ponerse delante de su antiguo novio, cogerle de la mano y sonreírle después de tener tanta negrura corriendo por sus venas? Lo mejor era que olvidara su nombre, igual que prácticamente había olvidado su rostro. Lo que mejor hacía era: robar, sobornar, engañar a la autoridad y organizar evasiones.

Stasia tenía razón, a ojos del mundo, muchas cosas resultarían poco éticas e inmorales; pero puede que penados como Stasia o ella, así como rebeldes como Edek, Wielsaw, Rita o Kostek fueran en realidad héroes.

—El domingo que viene ven al *Schreibstube* —le dijo a Edek—. Tendré el oro para vuestra fuga.

19

—¿Un uniforme? ¿Estás loco? —Lubusch, el antiguo *Kommandoführer* de Edek, se quedó mirándole con incredulidad.

Desde luego, resultaba arriesgado volver a su antiguo trabajo, y aún más peligroso tantear al oficial de las SS y ponerle las cartas sobre la mesa. Pero no le quedaba elección.

Lubusch tenía todos los motivos para llevárselo afuera y fusilarle delante de los demás por el mero hecho de sugerir algo tan absurdo; Edek lo entendería perfectamente. Había imaginado todo tipo de situaciones mientras iba de camino hacia allí. Y, sin embargo, contra toda lógica esperaba que su tocayo alemán no le fallara, que una vez más demostrase que su conciencia estaba por encima de la odiosa política de su *Führer*.

Hubo una pausa tensa y prolongada. Edek podía oír su propia respiración y con el rabillo del ojo veía su corazón latiendo bajo la tela azul de su mono. En la pared de enfrente, el reloj hacía tic-tac y marcaba los segundos hasta la negativa de Lubusch. Sin embargo, pasado un minuto, el oficial de las SS no le había echado. Al ver que se encendía un cigarrillo, Edek notó que los dedos de su *Kommandoführer* temblaban de manera casi imperceptible.

—¿Sabes lo que me harán si se enteran de que te he ayudado? —le preguntó finalmente—. Ya he cumplido mi condena en el campo de castigo por ser un bocazas y protegeros ante las autoridades. Cuando me devolvieron a Auschwitz, me advirtieron de que la próxima vez no serían tan indulgentes y me mandarían al frente oriental.

Edek notaba el calor inundando sus mejillas y apartó la mirada, arrepintiéndose casi de haber preguntado. Sabía que Lubusch había sido encarcelado en la unidad de castigo de las SS en Stutthof-Matzkau, un campo de concentración a unos treinta kilómetros al este

de Danzig. Sabía cuánto se jugaba Lubusch. No tenía derecho a pedir a su superior que se jugara el cuello por él, pero tampoco tenía a nadie más a quien recurrir. En la morada de los malditos de Auschwitz, Lubusch era la única persona con corazón.

—¿Hay alguna etiqueta en el interior del uniforme que lleve su nombre? —preguntó cautelosamente Edek. Aunque había visto de cerca muchos uniformes y botas de las SS, mientras le asestaban palizas por el motivo que fuera, desconocía tal detalle.

—¿Qué tiene que ver eso con nada de lo que estamos hablando? —contestó Lubusch resoplando, molesto, y soltando chorros de humo por la nariz—. No tardaría ni un minuto en arrancarla. Ese no es el problema. El problema es que, cuando te cojan, porque solo es cuestión de tiempo, te someterán a tal interrogatorio que el *kapo* Vasek con su látigo y el *Strafblock* te parecerán una atracción de feria comparados con lo que el Departamento Político es capaz de hacer. Y estoy seguro de que acabarás confesando quién te proporcionó la ropa.

Edek le mantuvo la mirada.

—¿Acaso dije quién atascó la máquina?

Lubusch no contestó. Ni siquiera le miró, sino que siguió con la vista clavada en el retrato que tenía en una esquina de su mesa. Pero aquello hizo que Edek albergara esperanzas. Él había visto la foto: era el retrato de boda de Lubusch, con su uniforme de gala y su novia polaca. Y no miraban a la cámara, sino el uno al otro, con los ojos llenos de una ternura infinita.

—*Herr Unterscharführer*, prefiero morir torturado, pero no le traicionaré, tiene mi palabra —volvió a susurrar, con la boca seca por los nervios—. Estoy acostumbrado al dolor. Puedo aguantar cualquier cosa. Usted mismo lo comprobó con sus propios ojos. Pueden romperme hasta el último hueso, que me llevaré el secreto a la tumba. Se lo ruego, *Herr Unterscharführer*…

—¡Oh, cállate! —Lubusch empujó la silla hacia atrás y se acercó a la ventana para no ver la mirada suplicante de Edek. Empezó a hablar de espaldas al prisionero—. Estás en un buen equipo de trabajo. Sobrevivirás. La guerra acabará pronto. Alemania perderá, es solo cuestión de tiempo. Los rusos nos están destrozando; la campaña

africana ya se ha perdido, las tropas aliadas están tomando Italia… —De pronto, se volvió a mirar a Edek—. ¿No puedes esperar unos meses? ¿Un año, a lo sumo? ¿Por qué arriesgarlo todo ahora, cuando tienes la oportunidad de salir vivo de aquí?

Edek se tomó su tiempo para contestar. Era importante escoger las palabras adecuadas. Con cuidado, se humedeció los labios y empezó a hablar.

—*Herr Unterscharführer*, usted es de las SS.

Una sombra de asco atravesó el rostro de Lubusch. Era evidente que no le gustaba que se lo recordaran.

—No pretendo ofenderle en absoluto. —Edek se apresuró a explicarse—. Solo lo digo porque seguro que recibió algún adiestramiento ideológico. —Cuando vio que Lubusch no protestaba, continuó—. Esté o no de acuerdo con ello, escuchó lo que decían sus superiores. Y sospecho que le dijeron lo mismo que ahora nos dicen abiertamente sus compañeros, que somos una plaga que hay que exterminar, los parásitos en el organismo de la nación alemana, los enemigos del Estado.

Lubusch tampoco tenía respuesta para eso; se limitó a dar otra calada a su cigarro, al tiempo que observaba sus botas con mirada atormentada.

—No sé qué instrucciones concretas le han dado para este campo —prosiguió Edek—. Yo antes estaba en el ejército (bueno, en una academia de marina, pero supongo que en el fondo es lo mismo), y sospecho que ni plantearon la posibilidad de que los rusos entraran en Auschwitz, para no sembrar el pánico entre las tropas. Usted y yo sabemos que lo que la administración del campo está haciendo aquí va en contra de todas las leyes de humanidad, y sus superiores de las SS harán lo necesario para asegurarse de que no se sepa nada de lo que está pasando aquí. ¿No es ese el motivo de que haya tantas medidas de seguridad? Lo que quiero decir es: ¿realmente les importa a Himmler o a Hitler que se fuguen uno o dos prisioneros? Si se para a pensarlo, no es tanta pérdida en lo que a mano de obra se refiere. No. Si hay tantas torres de vigilancia, filas y filas de alambrada de espino electrificada, y tantos focos rastreando constantemente, es para

asegurarse de que nadie escape para contar lo que nos ha pasado. Eso es lo que más temen, que el mundo conozca sus atrocidades y esta matanza sistemática.

Lubusch estaba cada vez más pálido. La mano que sostenía el cigarrillo había empezado a temblar ostensiblemente. Lo único que no se movía eran sus ojos, vidriosos y horrorizados, mirando al vacío, como si acabara de darse cuenta de que él mismo era un eslabón voluntario en aquella máquina de exterminio masivo. La simple idea le atormentaba, y Edek sospechaba que no lo hacía por las consecuencias a las que podía enfrentarse, sino por su propia conciencia, con la que tendría que convivir durante el resto de su vida.

—No dejarán que los soviéticos nos liberen ni a nosotros ni a ningún prisionero de los campos de concentración, *Herr Unterscharführer* —dijo Edek suavemente después de una pausa—. Usted lo sabe. Yo lo sé. Cavarán más zanjas, igual que en 1942, y nos fusilarán o nos quemarán en ellas como hicieron entonces, o nos ejecutarán con gas y nos meterán en los hornos. Sea como sea, no saldremos vivos de aquí. Y por eso no puedo esperar un año más, *Herr Unterscharführer*. Quiero volver a ver a mi padre. Quiero dormir en mi propia cama y despertarme con el sol, yo solito, en lugar de levantarme a la fuerza con la porra del jefe de bloque y ese gong demencial sonando a todo volumen por el campo. Quiero llevar a la chica que me gusta a los bailes y comprarle flores, besarla delante de todo el mundo, sin miedo a que nos disparen. Quiero morir luchando por mi vida, junto a los partisanos, pero no así, como una oveja obediente a la que llevan al sacrificio. —Se le escapó una mueca de dolor—. Usted también es un hombre. Tiene que entenderlo…

Lubusch asintió con gravedad. Claro que lo entendía.

—¿Tienes algún tipo de plan, por lo menos? —preguntó Lubusch después de otra pausa insoportablemente larga.

—Sí. —Edek asintió rápidamente—. Un sitio para quedarme, una ruta que seguir, dinero…, está todo organizado. Lo hemos planeado todo con mucho cuidado.

—O sea, ¿que sois varios? —Antes de que Edek pudiera contestar,

Lubusch agitó la mano delante de su cara—. No me lo digas. No quiero saberlo. ¿Y cómo pretendéis cruzar la puerta?

—Tengo un *ausweis*. Uno de verdad, de la oficina del campo. Con sello y todo.

Lubusch le miró con una mezcla de sorpresa y respeto; por primera vez, vio una leve sonrisa en su cara.

—Veo que has pensado en todo.

Edek también sonrió vacilante.

—*Jawohl*, *Herr Unterscharführer*. Solo falta el uniforme.

Al oír eso, Lubusch sacudió la cabeza. Edek contuvo la respiración, intuyendo lo cerca que estaba de convencer al oficial.

—Estamos en enero —dijo Lubusch—. En los próximos dos meses nos deberían tomar medidas para cambiar el uniforme. Te puedes quedar con el viejo cuando me den el nuevo. Podéis arriesgaros a esperar hasta marzo, ¿no?

—Por supuesto, *Herr Unterscharführer*. —Edek respiró aliviado. La fecha no era tan importante: tendrían el uniforme—. Ya me han dicho que no es muy buena idea huir por la nieve.

—Pues el que te lo haya dicho tiene más sentido común que tú. Te sugiero que en el futuro le hagas caso.

—«La» que me lo ha dicho. —La voz de Edek no era más que un susurro. Bajó la mirada, sintiendo cómo el calor subía por sus mejillas.

—¿La chica de la que me hablaste? —La sonrisa de Lubusch había crecido mucho.

Edek asintió.

—¿Por eso hablabas en plural hace un momento?

—*Herr Unterscharführer*, me ha dicho que no le cuente nada más…

—Cierto. No me lo cuentes. Y asegúrate de cuidar bien de ella. —Una vez más, la mirada de Lubusch volvió a la foto sobre su escritorio —. Y ahora, márchate. Ya llevas demasiado tiempo aquí. La gente va a empezar a murmurar que estamos enamorados.

Agradeciendo esa broma tan oportuna, Edek se puso en pie y quedó fascinado al ver que Lubusch le ofrecía la mano. Sin saber bien lo que estaba pasando, se la estrechó y casi se atraganta de la emoción cuando el alemán le dio una cariñosa palmada en la espalda.

—Ven a verme en marzo. Lo tendré preparado.

—Gracias, *Herr Unterscharführer*. No tiene la menor idea de lo que acaba de hacer.

—Firmar mi sentencia de muerte, pero…, bueno… —Se encogió de hombros con indiferencia—. Por lo menos, no moriré siendo un cabrón, y mi esposa podrá tener de mí un buen recuerdo.

20

—¡Mala, no puedes seguir haciéndote esto!

Sus piernas heladas empezaban a recuperar poco a poco la sensibilidad gracias al vigoroso masaje de Zippy.

—Primero te metes en zanjas de la muerte. ¿Y ahora vas por el campo medio desnuda en pleno invierno porque has regalado toda tu ropa?

—Las chicas del Canadá me darán una muda nueva —replicó Mala, con los labios morados y casi inmóviles—. Esas mujeres de la enfermería no disponen de mis contactos.

—¡Lo que no tienen es conciencia! —saltó Zippy, que sacó la pequeña lata de grasa de oso que guardaba bajo su cama. Cogió un poco del apestoso ungüento del recipiente medio vacío y empezó a extendérselo por el pecho y la espalda—. ¡Dejarte desnuda en pleno invierno! ¿Qué quieren? ¿Que tú también acabes en la enfermería con una neumonía?

Mala no contestó, simplemente sonrió mientras sus párpados empezaban a pesarle de sueño. Cerró los ojos a medida que notaba el calor extendiéndose por su piel y dejaba de oír la reprimenda de Zippy, aunque sospechaba que su amiga ya sabía que caía en saco roto.

Lo cierto era que Mala nunca planeaba esas cosas. No había pensado tirarse a una «zanja de la muerte», como las llamaba Zippy, igual que tampoco había planeado regalar su abrigo cuando salió hacia la enfermería para cumplir con su misión de asignar a distintos servicios a mujeres recuperadas. Era un abrigo nuevo, mucho más confortable que el que ya había dado para sobornar al médico que le prometió cuidar del francés al que salvó, su sustituto de padre. Sin embargo, cuando Mala le anunció a la chica eslovaca que tendría que ir a

trabajar a los campos, esta se había echado a llorar de tal modo, sollozando y señalando su vestido hecho jirones, que era lo único que tenía, y le había suplicado tanto, diciendo que con unos harapos se moriría de frío allá afuera, que a Mala no le quedó elección. El equipo de cultivos estaba considerado como un buen trabajo, a pesar de ser al aire libre; allí se podía conseguir comida si una sabía robarla delante de las narices de los *kapos* y el trabajo en sí no resultaba agotador, pero aquella chica se negaba a entrar en razón. Así pues, Mala se quitó el abrigo de piel de camello y en un arranque de frustración e impotencia se lo dio y le dijo que se marchara.

Cuando salió de la enfermería medio calefactada hacia la oficina del campo con los documentos en la mano, ya estaba tiritando, pero entonces la paró otra mujer: la agarró por la manga y le pidió en un alemán chapurreado si podía encontrar algún tipo de jersey para su madre, que estaba enferma y no sobreviviría otra noche en el barracón en aquellas condiciones. Mala le pidió que sostuviera los documentos, se quitó el jersey y se lo entregó a la mujer, que se quedó asombrada.

Las medias de lana las había donado voluntariamente, cuando una reclusa anciana que le recordó a su abuela se cruzó en su camino con las piernas amoratadas y desnudas, metidas en zuecos de madera, resbalando por la nieve con gesto resignado.

A través de un sueño ligero e intermitente, Mala seguía oyendo a Zippy refunfuñar, y el resentimiento de su amiga le resultaba comprensible. Como ella, se sentía incapaz de ayudar a todo el mundo, y por ello resoplaba y maldecía a las propias mujeres, a Mala, al campo y a las condenadas SS y el maldito *Führer*; de alguna manera tenía que soltar su frustración con alguien para no perder completamente la cabeza. Sin embargo, a pesar de todo, Mala sabía que ella habría hecho exactamente lo mismo si se hubiera visto en su lugar. Por eso la quería aún más.

Una oscuridad aterciopelada cayó sobre el campo. Los empleados de las oficinas ya se habían ido, incluida Mandl, y solo quedaba un solitario guardia que caminaba ociosamente alrededor del edificio. Cada diez minutos, Mala veía sus botas pasar junto a su ventana del sótano, haciendo crujir suavemente la nieve bajo sus tranquilos pasos.

Le encantaba su cuarto, era un privilegio que solo correspondía a la élite del campo. La habitación era pequeña y los ratones la visitaban bastante a menudo, pero no le importaba su compañía. Hasta había entablado amistad con el más curioso del grupo, al que le faltaba una oreja; solía dejarle migas de pan junto al agujero de la pared, justo al lado del radiador, desde donde su pequeña mascota aparecía cada noche sin falta.

Al principio, el ratón cogía las migas y desaparecía inmediatamente por el agujero, pero, con el tiempo, se había acostumbrado a la joven y empezaba a comer delante de ella, aunque siempre alerta, manteniendo sus brillantes ojos negros clavados en la humana. Para Mala, aquello ya era un progreso. Albergaba esperanzas de que acabase aprendiendo a confiar en ella lo suficiente como para comer de la palma de su mano. Por absurdo que sonara, tener una mascota en Birkenau, aunque fuese una tan poco ortodoxa, era una especie de sueño. Estaba rodeada de tanta muerte que cada vez que presenciaba otro asesinato masivo solo quería volver a su habitación, sentarse en el suelo y sostener a un ser calentito que respirase, para sentir cómo desaparecían los horrores del día mientras acariciaba su pelo suave y gris con la punta del dedo.

Debían de haber pasado otros diez minutos, porque el guardia había dado otra vuelta. Sin embargo, Mala estaba esperando unas botas distintas. Varios días antes, le había explicado a Edek cómo llegar hasta sus dependencias sin que le descubrieran y a qué ventana llamar para que le dejase entrar. Era una empresa arriesgada, cuando menos, pero el guardia de patrulla era demasiado vago y predecible; de hecho, a diferencia de muchos de sus compatriotas, no tenía la costumbre de disparar primero y preguntar después. Aunque cogieran a Edek, Mala podía justificar fácilmente su presencia cerca del edificio de oficinas: la tubería del sótano goteaba y solo podía cambiarse de noche; de ese modo, cuando el personal del edificio de administración volviese, se encontraría la oficina atemperada. No obstante, por suerte para Mala, el guardia no estaba demasiado motivado y se tomaba a rajatabla no hacer más trabajo que aquel por el cual le pagaban. Zippy y ella ya habían colado a invitados, y el tipo no había hecho el menor

intento de investigar nada.

Un ruido familiar rascando junto al radiador llamó su atención. Se deslizó de la cama al suelo; no pudo evitar sonreír cuando vio asomar un hociquillo por el agujero, moviendo sutilmente los bigotes. A continuación apareció una patita rosa; y más tarde, la otra, recelosamente suspendida en el aire. Mala estaba conteniendo la respiración. Aquella noche, había añadido un poco de queso a la ración habitual de pan gris del campo, pero la había dejado más lejos del agujero, prácticamente junto a sus pies. Al principio, el roedor pareció dudar, pero él era un *auschwitzer* como cualquier otro. Igual que los prisioneros robaba comida delante de las narices de los alemanes; el ratón avanzó pavoneándose con una insolencia admirable hacia los pies de Mala, cogió el trozo más grande de queso y corrió de vuelta a su escondite.

Mala se echó a reír sin darse cuenta. Era una risa fantasmagórica y casi muda, pero tan genuina como era posible en aquel infierno.

—¡Bichín temerario!

Vio que el ratón volvía a por más. Alguien le había arrancado parte de la oreja, pero ahí seguía él. No había perdido su espíritu; Mala sentía una suerte de afinidad con el valiente y peludo compañero.

En los días llenos de sangre y miedo constante, aquellos instantes eran lo que más deseaba. Su espartano cuartito, con su cama y una mesa para comer las raciones y leer los libros que Mandl generosamente le dejaba tener; la quietud de aquel lugar; la suave luz de la lámpara y su pequeño compañero. Era casi un santuario. Después de toda la presión del día, de notar cómo sus hombros se iban tensando y volviéndose de plomo, suponía un inmenso alivio volver allá abajo y respirar, sentarse en el suelo y no pensar en nada, para variar.

Ahora bien, aquella sensación de alivio siempre se teñía de culpa, culpa por tener su propio cuarto, para empezar, o culpa por tener acceso a comida cuando otros enloquecían de hambre, o culpa por sobrevivir, simplemente por seguir viva. Sin embargo, mientras ella continuara con vida, muchos otros también continuarían respirando, gracias a sus incansables esfuerzos. O eso decía Zippy. Muy en el

fondo, Mala sabía que era cierto, pero aquel pensamiento no hacía que sufriera menos. A su alrededor, el mundo seguía siendo espantoso, y ella se sentía impotente ante su injusticia y su crueldad.

Estaba más que convencida de que no habría sobrevivido en el bloque al que la habían asignado y a donde acudía a diario cuando pasaban lista. Se habría vuelto loca con toda aquella gente a su alrededor; gente llorando, suplicando, muriendo constantemente, y todo delante de ella. Así las cosas, todo el mundo quería algo de ella. Era Mala, la favorita de la administración del campo, la chica de las listas, la mujer capaz de conseguir un traslado a un equipo de trabajo que podía marcar la diferencia entre la vida y la muerte. Era la chica que siempre llevaba pan encima para dárselo a escondidas a otros. La que podía moverse libremente por el campo y entregar una nota a un ser querido. Solo tenían que cogerla por la manga al pasar, pedírselo con ojos suplicantes, y ella les daba el pan, cogía la nota, prometía hacer todo lo posible respecto a ese temido traslado.

Zippy decía que se aprovechaban de ella. «No somos diosas todopoderosas. No podemos hacer más por esos pobres diablos.» Aun así, Mala era incapaz de decir que no. Escuchaba los problemas de las prisioneras aun cuando tenía demasiadas cosas en la cabeza; cedía las raciones que se había ido guardando; jamás daba la espalda a nadie, a no ser que realmente le fuera imposible hacer algo por ellos. E incluso entonces acudía a Mandl, o a Hössler, y suplicaba por una reclusa a la que apenas conocía, diciéndoles que era una trabajadora irremplazable y que el campo se beneficiaría inmensamente manteniéndola con vida.

Unos golpes urgentes en el cristal la arrancaron de su ensoñación, desatando el latido emocionado de su corazón. Con los ojos iluminados, se levantó al instante y le hizo un gesto a Edek, que se agachó junto a la ventana, para que se quedase donde estaba. Al segundo siguiente, salió corriendo por el pasillo, descalza y sigilosa como un gato, para abrir la puerta por la que el *kommando* metía los sacos de carbón para calentar las habitaciones.

Apenas distinguía la figura en sombra de Edek desde ahí, pero pensó que llevaba tantos años en el campo que había desarrollado la

habilidad de mimetizarse con su entorno. Se deslizó, pegado a la pared y lejos del foco que rastreaba el suelo, como si se hubiera entrenado toda la vida para volverse invisible cuando fuera necesario. Por primera vez, Mala empezó a creer que su atrevido plan podía tener éxito. Edek ya era un buen partisano. En cuanto le dieran un arma, sería magnífico.

De pronto, cuando pensó que algún día desaparecería, probablemente para siempre, y no volvería a ver esos ojos brillantes, esa sonrisa, ni volvería a cogerle de la mano, le invadió una sensación de angustia. Como buenamente pudo, intentó apartar aquel pensamiento y guardarlo en el rincón más oscuro y lleno de telarañas de su mente. Edek se iba para luchar por la libertad. Sería muy egoísta impedírselo solamente porque quería tenerle cerca…

—¿Frío? —preguntó Mala, tirando de él y cerrando la puerta con llave rápidamente.

—En absoluto. He venido corriendo. —Estaba jadeando un poco.

—Pues no deberías. Correr es peligroso en Birkenau.

—Hace mucho que aprendí a sortear los focos. —No sonaba presuntuoso, tal vez desalentado.

Mala bajó la mirada mientras le llevaba a su cuarto, con los pies descalzos avanzando silenciosamente sobre el suelo de cemento.

—No está mal el rinconcito —comentó Edek tímidamente, cambiando de tema.

—¿Qué esperabas? Somos la élite del campo. —Mala se obligó a sonar alegre. Casi nunca le salía de forma natural; todas las sonrisas surgían entre lágrimas, cualquier entusiasmo sonaba exagerado, por más que intentaran animarse entre sí mientras el mundo se derrumbaba. Era humor de patíbulo, ese lugar que siempre andaba tan cerca—. Espera a ver mi cuarto. Te vas a morir de envidia.

Dando un empujón exagerado a la puerta de su dormitorio, la abrió. Edek se detuvo en el umbral, visiblemente impresionado. Admirado, no pudo reprimir un silbido.

—No me extraña que no quieras fugarte con nosotros. ¡A mí tampoco me apetecería si viviera en un apartamento como este!

Mala se rio, agradecida por la broma.

—A ver, si estuviéramos en una sociedad civilizada, te preguntaría si tienes hambre antes de ofrecerte algo, pero como estamos en este agujero, lo doy por hecho. Así que… —movió la única silla para que se sentara— ponte aquí. No tardo nada.

Edek observó cómo se arrodillaba y sacaba una caja de debajo de su cama. Sus ojos se abrieron de par en par al ver que empezaba a extraer todo tipo de delicias de ella.

—Bueno, no te puedes comer todo esto de una vez, te mataría, literalmente —dijo ella con un tono práctico, mientras colocaba latas de sardinas, embutido ahumado y tarros de mermelada y miel sobre la mesa; su invitado parecía completamente fascinado—, pero elige lo que te apetezca más y reservaremos el resto para más tarde. Como dije, tenemos que cebarte para que puedas pasar por uno de los SS. Así pues, a por ello. Poco a poco aumentaremos las porciones. Para mayo, parecerás un chico alemán de anuncio como cualquier otro, radiante de salud.

En vez de lanzarse sobre el inesperado banquete que tenía delante, Edek se quedó observando en un silencio estupefacto.

—¿Has robado todo esto? —preguntó, cuando por fin se recuperó del *shock*.

Mala se echó a reír.

—No, claro que no. Tenemos privilegios. Uno de ellos es que de vez en cuando Mandl nos deja coger raciones dobles y paquetes de la Cruz Roja. Viene todo de Suiza.

Mala giró una de las latas hacia Edek, para que leyera la etiqueta.

—¿La Cruz Roja nos manda comida?

—Quién lo diría, ¿verdad? —dijo frunciendo sus finos labios con una mueca de desprecio—. Lo que pasa es que las SS acaban quedándose con la mayoría de las cosas. Solo una pequeña parte acaba en manos de prisioneros privilegiados como yo. En realidad, al final muy pocos de esos paquetes llegan a los que más los necesitan. Pero claro, oficialmente, todo funciona como la seda.

Una vez más, Edek contempló la comida y luego a Mala, examinando su esbelta figura de arriba abajo con una mirada escéptica. Le costaba creer que siguiera estando tan dolorosamente

flaca, cuando había tenido todos esos manjares a su alcance durante tanto tiempo.

Mala le sonrió con algo de culpabilidad, como si le leyera el pensamiento.

—La mayor parte no me la como. Así pues, todo será para ti.

Edek sacudió la cabeza, apartando la comida hacia ella, a pesar de que su boca ya se hacía agua por lo bien que olía todo.

—No, yo no me lo voy a comer.

—Pues se pondrá malo. —Mala se encogió de hombros con indiferencia.

Edek parpadeó, confundido.

Al darse cuenta de que, si no le daba una explicación satisfactoria, él no se llevaría nada a la boca, Mala soltó un profundo suspiro.

—Te parecerá que no tiene sentido, pero no como porque la vida aquí es demasiado caótica.

—Ya, es verdad…, no tiene ningún sentido.

Mala soltó una risilla.

—La vida es demasiado caótica, y nunca sé qué esperar. Soy consciente de que no debería quejarme, porque no soy la que se está partiendo la espalda trabajando al aire libre. En Buna, cientos de personas mueren cada día por la dureza del trabajo. El mío no me pasa factura físicamente. Es más emocional. Intento ayudar a todo el que puedo, pero sigue muriendo gente, y me siento impotente. Impotente y culpable por no ser capaz de hacer más. Por eso redoblo mis esfuerzos, hago todo lo que puedo, doy todo lo que puedo, pero jamás es suficiente. Simplemente no tengo poder sobre la mayoría de las cosas. Comer (o debería decir, «no» comer) es lo único que puedo controlar, lo único que puedo utilizar para sentirme menos impotente. Normalmente se la doy a gente que la necesita más o soborno a *kapos* con ella a cambio de favores o medicinas, y la verdad, eso me hace sentir mejor. Menos culpable. Pero esto lo he estado guardando especialmente para ti.

Le miró con una sonrisilla que se reflejó en el rostro de Edek, que la contemplaba, casi horrorizado.

—Mala, no deberías castigarte negándote a comer —dijo por fin en

voz baja—. Deberías comer todo lo que te dan, para estar aquí más tiempo y así poder ayudar a más gente. Te necesitan. ¿De qué sirve que te mates de hambre?

—No merezco comer cuando el resto pasa hambre —protestó rotundamente—. No debería comer más que un prisionero normal y corriente.

—¡Eso es de locos! Un prisionero normal y corriente sobrevive a base de un poco de sopa de nabo podrido y un trozo de pan seco al día.

—¿Lo ves? —Cruzó los brazos sobre el pecho. A través de la abertura de la blusa de su uniforme, Edek veía perfectamente la forma protuberante de su esternón—. Con el arroz y las patatas que nos da la oficina del campo, ya estoy comiendo más de lo que debería. Voy a reducir más mis porciones.

—¡No! Eso no es lo que… —Edek se detuvo, exasperado.

«¿Qué te han hecho?» Mala podía ver claramente la pregunta silenciosa en su mirada angustiada. Ambos sabían que aquello no era un razonamiento lógico, normal. Ella siempre se había enorgullecido de ocultar lo destrozada que estaba por dentro bajo una fachada cuidadosamente construida e impenetrable. Pero Edek la había derribado, y, por primera vez, no le importaba mostrar su debilidad a alguien que jamás se aprovecharía de ello, sino que le ofrecería el apoyo y la comprensión que tanto necesitaba en un lugar donde cada uno tenía que valerse por sí mismo.

—No pienso comer a no ser que tú comas conmigo —dijo, apartando una pieza de queso amarillo y un *pretzel*—. Por cada bocado que dé yo, tú tienes que comerte otro.

Mala lo observó con una expresión acusadora, pero no pudo evitar que una cálida sensación inundara su pecho; fue como sentir una tierna caricia. A aquel hombre le importaba de verdad.

—O no será justo —continuó, rompiendo el *pretzel* en pedazos—. Yo también tengo una conciencia. Yo también me sentiré culpable si yo como, mientras tú te mueres de hambre. No, Mally, eso no es justo.

«Mally.» Ella alzó la vista, sorprendida y profundamente conmovida al oírle utilizar el apodo cariñoso que solo usaban sus mejores amigos

y su familia.

—O comemos los dos, o no comemos. Tú eliges. —Edek le ofreció un trozo de *pretzel*.

Bajo la luz dorada de la lámpara, los granos de sal sobre la corteza ambarina brillaban como diamantes. No, pensó Mala, estos eran mucho más valiosos, porque se podían comer. Vio que Edek tragaba varias veces casi por instinto; sabía que casi podía saborearlos en la boca; sin embargo, estaba esperando a que ella moviera ficha primero.

Con gran reticencia, Mala cogió un trocito y se lo llevó a los labios.

Edek sonrió e hizo lo mismo.

—¿Preparada? Lista… —dijo, y sonrió con más fuerza, al ver que por fin se había rendido—. ¡Ya!

—El *Kommandoführer* Lubusch ha accedido a darme un uniforme —dijo Edek, una vez acabado su modesto festín.

Mala levantó la mirada bruscamente.

—¿Le has contado vuestro plan?

—He tenido que hacerlo. —Edek se encogió de hombros, chupándose los dedos. El olor a queso y a *pretzel* que impregnaba su piel era demasiado delicioso como para cuidar los modales—. No me ha quedado elección.

—¿Y estás seguro de que es de fiar?

—Si no lo fuera, ahora mismo la Gestapo del campo estaría sacándome a golpes los nombres de mis cómplices. —Sonrió brevemente y recobró la compostura—. No se los daría, por supuesto. Aunque me cojan, tienes mi palabra…

—Me da igual. —Mala le interrumpió con una indiferencia asombrosa—. Estoy harta de este lugar. La única razón por la que aún no me he tirado a la alambrada es que hay gente a la que puedo ayudar. En cuanto pongan a alguna colaboradora en mi puesto, todo se acabará para ellos. Así pues, si deciden colgarme en la *Appellplatz* por ayudarte, me harán un favor, si te soy sincera.

Edek se inclinó hacia delante para tocar su mano, pero contuvo el impulso de cogerla entre las suyas. Deseaba tocarla más que nada en el mundo, pero el sitio era demasiado íntimo, y la luz demasiado tenue. Por algún motivo, le asustaba. Sentía como si estuviera

columpiándose al borde de un abismo metafórico sin retorno, pues una vez que se atara a ella, ya no habría vuelta atrás. Sería ella o nada. Todo lo demás dejaría de existir; sin ella a su lado, su vida no tendría sentido.

—Entonces, huye con nosotros. Este sitio te está destruyendo, física y mentalmente. Ven con nosotros. Ya hemos conseguido la ayuda de un civil que nos dará refugio y ropa de paisano.

—Vuestro plan solo es válido para dos hombres —respondió Mala con una sonrisa torcida—. ¿Cómo vais a sacar a una mujer sin levantar sospechas?

—Ya se me ocurrirá algo —prometió Edek con un convencimiento que en realidad no sentía—. Tú di sí, y ya me inventaré algo.

Sacudiendo la cabeza, Mala se levantó. Mientras rebuscaba en la funda de su almohada, Edek oyó que murmuraba algo respecto a que era un idealista insufrible. Luego se acercó a él con unos trocitos de oro en la palma de la mano y notó que se le hacía un nudo en la garganta.

—Toma. Te prometí que lo conseguiría —dijo, mirando el oro con una extraña expresión en el rostro—. Es oro dental, pero le pedí a un amigo del *Sonderkommando* que te lo fundiera, así no despertará sospechas entre la gente del pueblo cuando intentéis cambiarlo por comida. Ahora es irreconocible. No te harán ninguna pregunta.

Edek se quedó mirándolo, incapaz de cogerlo. Mala tuvo que coger su mano entre las suyas, poner el oro en ella y cerrar su puño con una rotundidad desoladora.

—Un espanto, comprar comida con el oro dental de los muertos. Créeme, lo sé. Pero tendréis que sobrevivir para vengar a esa gente. A ellos no les importaría. Mejor que lo aprovechéis vosotros que los nazis.

—Supongo que sí —suspiró Edek, que sonrió a Mala, agradecido—. Gracias por ser tan lógica.

—Yo siempre soy lógica. Por eso tanta gente cree que soy insensible.

—¿Que eres insensible? —Edek se echó hacia atrás, asombrado—. ¿Tú?

No era posible que la gente pensara tal cosa de ella. Mala era una de las personas más abnegadas que había conocido en su corta vida.

La chica volvió a responder encogiéndose de hombros con indiferencia.

—Sí. Insensible. Eso me llamó una mujer en la enfermería después de intentar explicarle que no puedo trasladar a todo el mundo a equipos de trabajo buenos. Pero lo que le fastidió no fue mi negativa, sino cómo le expliqué mi razonamiento. Acababa de asignar a una chica eslovaca a un buen trabajo, en los campos, así que solo era cuestión de suerte, y la suerte hizo que el número de la chica eslovaca fuera el primero de la lista, así que le tocó a ella y no a la mujer.

Mala se quedó pensativa.

—Verás, nunca he sido una persona emocional. Mi padre me educó de otra manera. Me enseñó a confiar en mi intelecto ante todo y a no actuar nunca siguiendo mis emociones. Pero así no es como se supone que deben comportarse las mujeres a los ojos de la sociedad. Se supone que debemos ser compasivas, empáticas, generosas, cariñosas… Y no es que no sea todas esas cosas, sino que no lo muestro por fuera. La mujer de la enfermería me acusó de decirle que no con la cara impávida. Decía que no lo sentía simplemente porque no parecía que lo sintiera. Pero nunca he entendido por qué hay que mostrar emociones por la única razón de mostrarlas. ¿Qué cambiaría si empezase a llorar con ella y a lamentar nuestra suerte, o que me arrodillara y le suplicara que me perdonase? Nada en absoluto.

Edek notó que estaba asintiendo con entusiasmo al oírla hablar. Lo que decía tenía todo el sentido del mundo.

—Por alguna razón, todos han asumido que no siento nada solo porque no expreso mis sentimientos como debería hacerlo una chica. Pero yo lo siento todo profundamente, aunque no demuestro mis sentimientos al mundo. Si surge un problema, no empiezo a llorar y a tirarme de los pelos: me siento e intento encontrar una solución.

—Como encontraste una solución para mi problema. —La sonrisa de Edek se ensanchó aún más.

Mala le miró algo sorprendida, pero entonces las comisuras de sus labios también iniciaron una sonrisa.

—Sí. Como encontré una solución para tu problema. Me alegro de que lo veas así. Mucha gente odia que las mujeres tengan una mente lógica y fría.

—Pues yo creo que tienes una mente maravillosa. Si fueras distinta, no te querría tanto. —Nada más decirlo, se detuvo horrorizado, pillado en una confesión de tal calado.

Al principio, Mala no contestó, solo se quedó mirándole mientras una sonrisa misteriosa inundaba poco a poco su rostro. En el crepúsculo de la habitación, sus ojos de color miel parecían prácticamente negros.

—No hace falta que te pongas tan blanco —dijo por fin—. A mí también me gustas.

Aunque ella no había dicho «querer», Edek se quedó observándola, sonriendo como un idiota, con el oro olvidado en la palma de su mano, encima de la mesa. Daba igual qué palabra hubiera utilizado: podía ver la emoción en sus ojos. Mala era una veterana de Auschwitz, y con su mirada expresaba todas las palabras que temía demasiado decir. Crear vínculos resultaba peligroso en el deprimente mundo del campo. Lo mejor era distanciarse del resto… hasta que el corazón no aguantase más, como les pasaba a ellos ahora.

—¿Tienes a alguien esperándote fuera? —dijo Edek tentativamente, conteniendo la respiración sin darse cuenta.

—¿Alguien? —Mala arqueó una ceja, divertida—. Tengo a mucha gente esperándome fuera.

—Un novio. —Edek tuvo que aclarárselo.

Mala reía suavemente, como él.

—¿Por qué? ¿Quieres saber si hay una vacante? —bromeó Mala, tomándole el pelo—. Aunque haya un puesto disponible, ¿qué sentido tiene? Dentro de unos meses me dejarás aquí.

—Tú solo dilo y me quedo —respondió él, sorprendido por la resolución con que lo dijo: estaba hablando completamente en serio.

Mala negó lentamente con la cabeza.

—Jamás te arrebataría la libertad.

Levantándose del asiento, Edek dio un paso hacia ella.

—Pero ¿es que no lo entiendes? —Con la máxima ternura, puso sus

manos sobre los brazos de ella—. Desde que te conocí, no he sido libre. ¿Y sabes qué? Es la mejor falta de libertad que puedo pedir.

Se inclinó hacia ella y la besó suavemente en la mejilla. Cuando iba a apartarse, Mala pasó el brazo alrededor de su cuello y tiró hacia sí, apretando su boca contra la de Edek. En aquel beso, él saboreó cada palabra que Mala no decía, cada emoción escondida, cada promesa que había hecho sin decir nada. Embriagado por la dulzura de sus labios y sintiendo que la habitación daba vueltas, bebió de sus labios con voracidad, sin mesura. Por vez primera desde hacía años, sintió que nada estaba completamente perdido si Mala estaba a su lado.

21

Tan pronto como Edek se enteró de que Antoni Szymlak, su contacto polaco, estaría trabajando en los nuevos baños del hospital del campo de mujeres, sobornó al *kapo* para que los enviaran a Wieslaw y a él al *kommando* de instaladores correspondiente.

El viejo parecía realmente feliz de encontrarlos vivitos y coleando, y los saludó con un cordial apretón de manos. Durante la primera mitad del día, no tuvieron ocasión de hablar, más allá de algún comentario relacionado con el trabajo, porque la proximidad de los *kapos* y de otros reclusos lo hacía imposible. Sin embargo, cuando el sonido del gong anunció la hora de comer, Edek se llevó rápidamente su cuenco de comida al rincón donde el viejo estaba comiendo un sándwich de jamón. Al ver que se acercaba, Szymlak lo partió en dos y le dio una mitad sin mediar palabra. A su vez, Edek lo partió en otros dos trozos y lo compartió con Wieslaw, que le había seguido hasta el rincón, haciendo cuidadosos equilibrios con su cuenco de sopa.

Nadie les prestó atención: los polacos tenían fama de juntarse, ya fueran civiles o prisioneros, y no despertaban sospechas como lo hubiera hecho un judío hablando con un polaco. Aprovechando tan laxa disciplina, Edek susurró con cierta urgencia:

—Ya tenemos un *ausweis*, y pronto nos haremos con un uniforme. ¿Sigue en pie su oferta?

Antes de contestar, el viejo, que había terminado el sándwich, sacó una lata de tabaco y empezó a liar tres cigarros.

—¿Cuándo pensáis llevar a cabo el plan? —preguntó finalmente.

—En mayo o junio. —Edek asintió como agradecimiento por el cigarrillo, aunque no lo encendió, sino que se lo puso detrás de la oreja.

Wieslaw hizo lo mismo y se centró en limpiar el cuenco de sopa con

lo que le quedaba de pan.

El polaco asintió mientras se enroscaba el bigote.

—Bien pensado. Los bosques son mucho más frondosos en verano. Habrá muchos sitios para esconderos.

Algo en aquel comentario hizo que Edek alzase la mirada alarmado.

—Sí, claro… Ya lo hemos hablado. Cuando salgamos de su casa, evitaremos todas las carreteras principales y nos quedaremos en los bosques.

Se quedó observando atentamente la cara de Szymlak mientras el viejo fumaba, mirando pensativo al vacío. De pronto, le inquietó notar que el hombre evitaba su mirada.

—Porque usted nos ayudará la primera noche, ¿verdad? —Edek dejó de respirar mientras esperaba el veredicto—. Dijo que podíamos quedarnos en su sótano y usar su ropa. No ha cambiado de idea, ¿no?

Szymlak sacudió la cabeza con aire ausente.

—No, claro que no. Pues entonces, en mayo o junio. —Parecía como si estuviera intentando cuadrarlo todo mientras se mordía el labio bajo el bigote. De pronto, recobró la compostura y miró alegremente a los dos amigos—. Mientras tanto, ¿puedo hacer alguna cosa más por vosotros? ¿Pasar alguna carta a vuestras familias, quizás? ¿O tal vez os gustaría un poco más de esto? —Señaló el periódico vacío, que seguía impregnado del delicioso olor a sándwich de pan casero y jamón—. Me los hace mi hija.

De repente, Edek se quedó pálido.

—¿Su hija? —repitió, con la cabeza zumbando como si fuera una pesadilla—. Creí que había dicho que vivía solo.

—Cierto, así era, cuando tuvimos aquella conversación. —Szymlak sonrió nervioso—. Ahora que los soviéticos están más cerca, ella y sus hijos han venido a mi casa. Ya no estaban a salvo donde vivían.

Edek se quedó aturdido, como si le hubieran asestado un puñetazo, e intentó procesar la noticia y lo que significaría para su plan…, pero no podía.

Con la sensación de que estaba a punto de derrumbarse emocionalmente, en cuanto terminaron el recuento de la tarde, Edek fue a buscar a Mala. La noche ya había caído sobre el campo,

tranquila y letalmente inmóvil, envolviendo los barracones en su oscura mortaja. Hasta las luces le parecían más tenues. O tal vez fuera su esperanza, que iba apagándose ante sus propios ojos, disolviéndose poco a poco, fundiéndose con la noche como la nieve bajo sus pies.

Incluso había cedido su ración de la cena a Wieslaw; la comida ya no le interesaba después de recibir la noticia de que la hija y los nietos de Szymlak estaban en su casa. No le importaba aceptar la ayuda de un viejo polaco que vivía solo y quería hacer todo lo posible por ayudar a los prisioneros. El propio Szymlak les había dicho que ya había tenido una vida larga y buena, y no le importaba morir por la causa. Pero ¿cómo iba a poner en peligro conscientemente la vida de su hija y de sus nietos? Si la Gestapo descubría que Szymlak y su familia los habían ayudado, los meterían en Auschwitz sin más miramientos, y Edek sabía perfectamente adónde enviaban a los niños nada más llegar: a las cámaras de gas o al bloque experimental del doctor Mengele, donde los medían, los pinchaban y les inyectaban todo tipo de venenos hasta que sus jóvenes cuerpos sucumbían a uno de los experimentos seudocientíficos de *Herr Doktor*. Sería incapaz de vivir con el peso de esas muertes sobre su conciencia.

Pasándose la mano por la cabeza por enésima vez, siguió avanzando angustiado, sin saber qué hacer. Necesitaba hablar con alguien, oír palabras de consuelo, promesas sin sentido de que al final todo iría bien. Pero cuando encontró a Mala junto a otras dos mensajeras cerca del edifico del *Schreibstube*, donde las luces seguían encendidas, cuando vio su rostro pálido y cansado, y las oscuras bolsas bajo sus ojos sin brillo, no se sintió capaz de lastrarla con sus preocupaciones.

—¿Sigues trabajando? —le preguntó en voz baja, mirando receloso a las dos chicas que observaban a la pareja con una curiosidad comprensible.

—Han empezado a construir un nuevo campo —le explicó Mala. Hasta su voz sonaba apagada, completamente falta de emoción—. Van a trabajar sin descanso. Tienen que cumplir con una fecha de entrega por algún motivo que no quiero ni imaginar. A partir de ahora, trabajaremos en turnos de mañana y noche. Las SS quieren acabarlo lo antes posible.

En ese preciso instante, la puerta se abrió y apareció una guardiana con un documento en la mano.

—¡Mala! Entrégaselo al ingeniero jefe.

—*Jawohl.* —Mala se cuadró ante la mujer de las SS.

La guardiana se quedó mirando como un halcón a Edek, que sintió el calor que salía por la puerta abierta mezclado con el que inundaba sus mejillas por el miedo a que le descubrieran. Afortunadamente, se le había ocurrido coger la caja de herramientas.

—¿Qué quieres? —ladró la guardiana, con los ojos entornados.

—Me envía el *kapo* Jupp. —Edek soltó rápidamente una mentira creíble—. Por si me necesitan en el nuevo apeadero.

—¿Un instalador en el apeadero? —La guardiana soltó una risa de desprecio por la nariz—. ¿Ese *kapo* está borracho o qué?

—También soy carpintero —replicó Edek, con el rostro neutro—. Puedo trabajar en el apeadero. Por eso me ha enviado. Tengo varias habilidades.

Con el rabillo del ojo, vio cómo el rostro de Mala se relajaba.

—Ah… —Después de mirarle de arriba abajo, la guardiana se encogió de hombros—. Bueno, a mí me da igual. Si Jupp quiere ayudar, ve al apeadero y pregunta si te necesitan. Que te lleve Mala. De todos modos, tiene que ir allí.

Mala y Edek anduvieron un buen rato en silencio, con las manos rozándose de vez en cuando como por accidente; aquellos ligeros toques hacían que se estremecieran. Cuando por fin desapareció por completo el edificio de oficinas y ante ellos solo veían la enorme extensión del campo, Edek cogió la mano de Mala y la besó apasionadamente.

A regañadientes, como si no quisiera ofenderle, ella la apartó.

—Ahora no. La torre de vigilancia…

Edek asintió. Por supuesto. Las malditas torres de vigilancia que barrían el complejo con sus focos como faros enloquecidos buscando barcos perdidos para aniquilarlos con sus ametralladoras.

—A ver, cuéntame qué pasa —dijo Mala con voz enérgica.

Él la miró y vio su acerada determinación bajo la luz temblorosa de las farolas. El corazón no le cabía en el pecho. Ahí estaba,

completamente exhausta y pálida de preocupación, y seguía pensando en los demás antes que en sí misma. Su Mala.

Abrió la boca para explicarle su problema con Szymlak y la inesperada reaparición de la hija del polaco, pero al final solo sacudió la cabeza.

—Nada. Solo quería dar un paseo contigo bajo la luna.

Mala frunció un poco el ceño; no parecía creerle del todo. Entonces fue ella quien entrelazó los dedos de Edek con los suyos, fríos y largos.

—Me alegro de que estés aquí —dijo.

—No quiero estar en ningún otro sitio.

—¿Ni siquiera fuera de aquí?

—Ni siquiera fuera de aquí. Aquí es donde debo estar, contigo.

Mala le miró y algo cambió en su mirada.

—Ven al *Schreibstube* el domingo, como la última vez. Los alemanes no trabajan en fin de semana, aunque tengan prisa por terminar la obra. Pero esta vez, quédate, ¿vale?

Edek asintió muy despacio, dejando que el significado de aquellas palabras le calara. Había una promesa tácita en el aire helado que los separaba, invisible pero casi tangible; en ese momento, Edek se prometió que jamás se separaría de Mala, no si podía evitarlo.

Cada domingo durante los dos meses siguientes, Edek se coló en el cuarto de Mala. Wieslaw intentó convencer a su mejor amigo de que evitase aquellas incursiones amorosas (no era ni el lugar ni era el momento), pero acabó desistiendo y convirtió la preocupación en una broma.

—¿Vas a pasar la noche fuera otra vez? Bien, otra vez duermo solito. Como un rey. Sin un pesado dando vueltas en la cama.

El jefe del bloque no hacía preguntas: simplemente aceptó el limón y el trozo de salami que le dio como soborno, y hacía la vista gorda cada vez que Edek salía bajo el manto de la noche. Mientras estuviera de vuelta para el recuento de la mañana, le daba igual en qué almohada posaba la cabeza ese maldito Romeo.

Pero Edek no posaba la cabeza en ningún sitio. Cenaba e intentaba no estremecerse horrorizado cada vez que Mala le ponía pepitas de oro fundido en la palma de la mano. Luego se sentaba junto a ella en

el suelo durante horas, al lado de la cama, dejando migas para el ratón, que cada vez estaba más cómodo con aquella pareja de humanos extrañamente generosos. Le hablaba a Mala de cosas que ya no existían y de cosas que con suerte, algún día, volverían a existir.

Mala le habló de su primer empleo en la casa de modas de Amberes, Maison Lilian, donde la seda caía en cascadas alrededor de las mesas de medir y a veces tenía que estar de pie durante horas mientras las diseñadoras cogían las telas con alfileres y las cosían sobre su cuerpo esbelto cuando una modelo llamaba para decir que estaba enferma y había que sustituirla. Sus ojos se llenaban de nostalgia al recordar la camaradería que había entre las compañeras de su segundo trabajo como secretaria-lingüista en una pequeña compañía de comercio de diamantes, y cómo hicieron todo lo posible y lo imposible para protegerla de los nazis cuando las tropas alemanas entraron en Bélgica y, de repente, tener empleados judíos se convirtió en un crimen.

A cambio, Edek le habló de su academia marítima en Pinsk, sobre las bromas que les gastaban a sus superiores y el tamaño de los aseos de los dormitorios que tenían que limpiar con cepillos de dientes como castigo. Compartió su pasado con Mala igual que ella compartía comida con él, sin guardarse nada; al cabo de poco tiempo, en cierto modo, sus recuerdos se convirtieron en los de Mala, y los de Mala en suyos; de tal modo, descubrió que conocía Bélgica sin haber estado nunca allí, y que quería a su padre sin haberle conocido, del mismo modo que se había encariñado del padre adoptado de Mala en Auschwitz, de quien solía hablar con gran cariño.

—¿Crees que me aceptaría? Quiero decir, tu verdadero padre… —le preguntó un día, solo medio de broma.

Según Mala, su padre de Auschwitz ya le aceptaba por el mero hecho de que hiciera sonreír a su hija adoptiva en un lugar donde era tan fácil echarse a llorar.

—¿Por qué no se lo preguntas tú mismo?

—¿Cómo?

—Bueno, supongo que primero tendrás que salir de aquí, conseguir un corcel blanco, volver montado en él junto al Ejército Soviético y salvar a esta damisela en apuros. —Se señaló a sí misma, manteniendo

una cara de póker—. Luego tendrás que entregarme de la misma manera en casa de mi familia, donde podrás pedirle mi mano directamente al patriarca.

Edek no pudo contenerse. Sus hombros empezaron a temblar de risa.

—Con el debido respeto, *milady*, es usted lo más alejado de una damisela en apuros que he visto en mi vida.

—Me lo tomo como un cumplido.

—Y por lo que me has dicho, tu casa es lo más alejado de la típica casa patriarcal.

—En eso también tienes razón. Mi padre me crio para ser una ramera autosuficiente que piensa por sí misma y con la lengua demasiado larga para el gusto de la gente.

—Me gusta que tengas la lengua tan larga. Solo tengo una pregunta: el corcel ¿tiene que ser blanco?

—O blanco, o no hay boda.

—¿Y si es una yegua marrón pero lleva una cuerda atada, con algún nazi colgando?

Mala hizo como que se lo pensaba.

—Que sean dos nazis y trato hecho.

—¿Como regalo de boda?

—Sí, como regalo de boda.

—¿Qué te parece si lo dejamos en tres nazis y me besas ahora mismo para sellar el acuerdo?

—No sé…, aún no he visto a los nazis.

No obstante, le besó: empezó despacio, pero pronto se convirtió en algo salvaje y desesperado que los dejó sin respiración y negándose a parar. Estremecidos, el corazón palpitando a cien latidos por segundo y los dedos perdidos en el cabello del otro. Pura locura y salvación eterna, mezcladas en una noche para recordar y atesorar, en la que, por unas maravillosas horas, el campo de muerte no ejerció poder alguno sobre ellos. Ella le había pedido que se quedara a pasar la noche por primera vez a comienzos de enero. A finales de febrero, Edek no quería despertar en ningún otro sitio que no fueran los brazos de Mala.

22

—Me trasladan.

Edek seguía soñando con Mala, sintiendo su boca en los labios, su cabello de color caramelo entre los dedos, por lo que no entendió del todo las palabras de Wieslaw, que sonaba angustiado.

—¿Qué has dicho? —Se quedó atónito mirando a su amigo.

El día había amanecido gris y envuelto en niebla. Edek acababa de volver a tiempo para el recuento y se había encontrado a Wieslaw delante del bloque, mirando al vacío y esperando a que pasaran lista.

—He dicho que me trasladan —repitió Wieslaw, sin apenas mover los labios temblorosos. Parecía conmocionado, como si él tampoco pudiera creerlo—. Anoche, ya te habías ido cuando los guardias vinieron a hacer una inspección.

Edek frunció el ceño, confundido. Habían escondido el *ausweis* y el oro bajo una tabla que había junto al catre de Edek. Cada vez que metían cosas nuevas, la volvía a cerrar con clavos. Era imposible que lo descubrieran, ni siquiera en uno de los registros de las SS.

El jefe de bloque salió de los barracones, con su *Schreiber* detrás, sosteniendo la lista de reclusos asignados al bloque.

—Hay que decirles que es un error —susurró Edek—. No tenías nada ilegal encima.

Al ver que Wieslaw no contestaba de inmediato, se quedó helado. Durante un rato, lo único que se oyó fue la voz ronca del jefe del bloque y la de sus compañeros instaladores contestando *Jawohl* según decían sus respectivos nombres.

—¿Recuerdas que Szymlak se ofreció a pasarnos algo de comida? —susurró Wieslaw.

Edek cerró los ojos lentamente, negándose a creer tamaña estupidez.

—Pues, en resumen, ayer mismo me hizo llegar un paquete entero —siguió Wieslaw, con un ligero temblor. Cuando Edek miró a su amigo de reojo, vio que estaba a punto de echarse a llorar, comido por la culpa—. Lo abrí, pero no lo toqué; lo estaba guardando para compartirlo cuando volvieras. Evidentemente, los guardias se abalanzaron sobre él. «¿Cómo? ¡Este cerdo polaco comiendo como un rey mientras nuestros soldados se mueren de hambre en el frente!» Y encima tengo mala suerte, pues había guardado algo de ropa interior de seda bajo mi palé… Sabes que no es por vanidad; es que los piojos no se enganchan tanto a la seda como al algodón…

Edek lo sabía. Pero no podía hablar. La ira le superaba y podía soltarle algo que tal vez pondría en peligro aquella amistad que les había hecho sobrevivir a las adversidades más inhumanas.

¿Por qué le había pedido comida a Szymlak? Edek le cedía su cena cada vez que iba a ver a Mala; le pasaba todo lo que ella le daba y lo compartía todo con su mejor amigo. Teniendo en cuenta que estaban en Auschwitz, no pasaban tanta hambre; además, las mujeres de la enfermería donde solían trabajar le ofrecían todo tipo de extravagantes regalos, incluso alcohol. ¿Por qué? ¿Arriesgarse por unos cuantos sándwiches caseros? Edek tenía ganas de desahogarse, de gritar en medio de la niebla, pero lo único que podía hacer era quedarse quieto y esperar a que dijeran su nombre.

—¿Adónde te trasladan? —preguntó por fin, después de que el jefe de bloque tachara su nombre de la lista. Su voz no tenía ninguna fuerza—. No será al *kommando* de castigo…

—No. Bueno…, casi. —Wieslaw soltó una risilla triste y fantasmagórica—. Al bloque 8. Donde están los prisioneros de guerra soviéticos.

Edek lo miró desolado. Los soviéticos se habían ganado la fama de desafiar abiertamente a la autoridad y de haberse ganado el respeto del *Largerführer* Schwarzhuber, a saber cómo. Schwarzhuber era director del campo de hombres de Birkenau, encargado de las selecciones, y se deleitaba «limpiando al Reich de las plagas infrahumanas», como solía llamarlas. Ahora bien, para asombro de todos, ya no consideraba que los prisioneros de guerra soviéticos

entraran dentro de tal categoría. Le habían visto charlando varias veces con ellos por medio de un traductor sobre los campos de batalla en los que habían estado, las armas que llevaban y puntos estratégicos que se habían disputado. Es decir, todo aquello que soñaba hacer y no podía.

—Y lo que es peor… —Wieslaw empezó a hablar, pero se mordió la lengua al ver la mirada asesina de Edek.

—¿Peor? —dijo entre dientes.

Wieslaw agachó la cabeza.

—Me van a nombrar funcionario del bloque. Así que ya no estaré con el *kommando* de instaladores. Al principio no entendía qué clase de castigo era ese, convertir a un preso culpable en funcionario de bloque, pero luego caí: los soviéticos son famosos por su mal genio. Se cargan a todo el que no les cae bien. Supongo que eso es exactamente lo que las SS esperan que me pase.

Edek se quedó contemplando apáticamente el amanecer de aquel horrible día y soltó un suspiro.

—No te van a matar. Al menos, tendrán que pasar por encima de mi cadáver.

Cuando Wieslaw le miró pestañeando sin comprender, Edek le dio un golpe cariñoso en las costillas.

—No te preocupes. Sobornaré a alguien para que me metan contigo en el bloque 8. No te abandonaré, lo prometo.

A última hora de la tarde, Edek fue a ver al *Arbeitsdienst*, el funcionario recluso encargado de asignar prisioneros a distintos bloques y equipos de trabajo, que había trasladado a Wieslaw. Para su sorpresa, el viejo polaco, que se presentó como Jozek y hablaba con un inconfundible acento silesiano, se limitó a abrir los brazos lamentándose y dijo que no tenía nada que ver con el traslado, que él solo cumplía órdenes y que Wieslaw podía dar gracias por que las SS no le hubieran asignado directamente al *kommando* de castigo, donde no duraría más que unos días.

—¿Y podría trasladarme a ese bloque? —preguntó Edek, empezando a sacar una botella de licor del mono de trabajo.

Jozek le detuvo con una sonrisa amable y pesarosa.

—Guárdate el soborno. No puedo ayudarte. Aquí, en Birkenau, los traslados los autorizan el *Lagerführer* Schwarzhuber y sus subordinados, o en todo caso el *kapo* Jupp. ¿Te llevas bien con alguno de ellos?

Era una pregunta retórica, por supuesto. Cualquiera que pudiese evitar a Schwarzhuber lo hacía; y en cuanto al *kapo* Jupp, estaba a la altura de su homólogo de las SS en lo que a brutalidad se refería. Era un excriminal que se deleitaba abalanzándose sobre cualquiera que mostrase debilidad por el mero placer de hacerlo, y había ascendido hasta lo más alto de la jerarquía del campo matando y agrediendo a los presos que estaban a su cargo. Las SS valoraban mucho a ese tipo de sirvientes; los ayudaban a ahorrarse gas matando a los prisioneros con sus propias manos.

—Vamos a hacer una cosa. —La voz de Jozek arrancó a Edek de sus tristes pensamientos—. Ve a ver a tu amigo esta noche y habla con él en privado; como funcionario del bloque, tiene derecho a su propio cuarto en el barracón. Dile que se haga amigo de los rusos. No será fácil, porque tampoco es que tengan fama de acatar órdenes nuestras precisamente, pero, si consigue hacerse su aliado, estará en una de las posiciones más privilegiadas de todo el campo.

—¿Y eso? —Edek le miró confundido.

Recordaba perfectamente la actitud brutal de las SS con los prisioneros de guerra soviéticos. Nada más llegar al campo, los nazis se esmeraron en convertir sus vidas en un auténtico infierno. Mientras que un polaco podía recibir una paliza por cometer una falta menor, a los rusos los fusilaban sin más. Les reservaban los peores trabajos del campo y también fueron de los primeros en morir ejecutados con gas en el bloque 11. Los torturaban, agredían, azotaban, mataban de hambre, y los sometían constantemente a los más espantosos experimentos médicos. Algunos veteranos decían que los judíos eran los únicos que estaban peor. Sin embargo, después de lo visto en Auschwitz, Edek se permitía dudarlo.

—Las cosas cambiaron cuando los alemanes perdieron Stalingrado —le explicó Jozek—. Ahora saben que les conviene mantener a los rusos a salvo.

Edek estaba a punto de interrumpirle cuando el viejo polaco levantó una mano deteniéndole con la misma amable sonrisa.

—Lo sé, lo sé. Yo también llegué a Auschwitz en uno de los primeros transportes. Recuerdo perfectamente lo que hacían con esos pobres diablos allí. Pero aquí, en Birkenau, a los que han sobrevivido los tratan como reclusos privilegiados. El *Lagerführer* Schwarzhuber se pone sentimental con ellos, cosas de honor de soldado o algo por el estilo; el caso es que les manda a las cocinas y a distintos almacenes, donde tienen puestos más que decentes. Algunos de ellos piden trabajar en el *kommando* México, ya sabes a qué me refiero, el desguace que están construyendo al lado del campo de hombres.

Edek asintió y Jozek prosiguió.

—No tengo ni idea de por qué escogen un *kommando* tan sospechoso, porque el trabajo en el México es duro. He oído rumores de que tiene algo que ver con el etilo o el metilo que extraen de las piezas de los aviones derribados que desmontan allí; lo purifican de algún modo y lo convierten en alcohol para beber. Sinceramente, no creo que esa sea la razón principal, pero solo ellos sabrán por qué lo hacen. En cualquier caso, dile a tu amigo que deje a los rusos en paz y que sea discreto, por lo menos al principio. Allí tienen su propia jerarquía, sus propios líderes y su propio sistema de justicia, y arreglan los problemas entre sí. Si consigue ganarse la amistad y el respeto de los que estén al mando, le irá bien. Hasta el *kapo* Jupp les tiene miedo, porque ya se han cargado a varios de sus subordinados que cometieron el error de meter las narices en sus asuntos. Ahora se mantiene alejado de ellos. O sea, que, si tu camarada juega bien sus cartas, yo diría que puede convertir su castigo en una posición bastante favorable. Siempre y cuando no contraríe a nadie… peligroso —concluyó con un tono un poco lúgubre.

Después de darle las gracias, Edek echó a correr y no paró hasta llegar al bloque 8. Sin embargo, a pesar de las prisas, parecía que era demasiado tarde. La pelea ya había empezado.

Horrorizado, Edek encontró a su amigo sujeto por el abrazo letal de su adversario soviético, que le hacía parecer diminuto; el ruso parecía tener grandes músculos por todas partes, en el cuello, en los hombros.

Estaban justo a la entrada del barracón, intercambiando puñetazos y patadas con todas sus fuerzas, espoleados por el resto del bloque. Tenían el rostro ensangrentado y herido; resollaban moviéndose en círculo antes de lanzarse al cuello del otro con una determinación casi suicida.

Edek se quedó mirando el semicírculo de rostros a su alrededor, que observaban a los luchadores como hechizados, con los ojos clavados en ellos, animándolos en su lengua extraña, y temió el resultado de aquel maldito asunto. Ganara quien ganara la pelea, Wieslaw saldría mal parado. Si su adversario no le mataba de un golpe certero en la sien, los demás se abalanzarían sobre el novato funcionario del bloque para acabar con él allí mismo.

De repente, el jefe del barracón apareció pálido y jadeando de su cuarto y comenzó a abrirse paso a empujones para separar a los luchadores, pero los rusos se lo impidieron agarrándole por el cuello de la camisa y exigiéndole que les dejase arreglar sus asuntos solos. Al ver el desprecio con que respondían a las impotentes súplicas del jefe de bloque, Edek comprendió que para aquellos salvajes curtidos por la guerra no existía más autoridad que su ley marcial.

Aturdido y con los nervios a flor de piel, miró a su alrededor con la esperanza de encontrar algo, cualquier cosa, que le ayudara a detener la reyerta. Su mirada se detuvo en un cubo de agua que había junto a la entrada del barracón. Rápidamente, lo cogió por el asa de metal, se abrió paso hacia Wieslaw y el ruso, y los empapó con el agua helada.

El efecto fue inmediato. Escupiendo y resollando, ambos se enjugaron los ojos y miraron a su alrededor, confundidos. Edek tiró de Wieslaw hacia sí a toda prisa, protegiéndole con su cuerpo y desafiando con la mirada a los otros cuatrocientos rusos que ocupaban los barracones y cuyos penetrantes ojos de halcón se clavaron en él desde las profundidades.

Se hizo una calma tensa. Nadie movió un solo dedo. Durante esos instantes, todos parecían estar pensando. Edek notaba su respiración caliente y entrecortada, pero no se atrevía a pestañear, por miedo a perderse algún movimiento repentino, un ataque que podía venir de cualquier sitio, una hoja afilada clavándose en sus costillas en un

instante de descuido.

De pronto, el adversario de Wieslaw volvió la cabeza buscando a alguien entre la densa e inmóvil multitud. Al instante, esta se separó como un mar, y un hombre con un aspecto bastante anodino dio un paso al frente. No era alto ni corpulento como el luchador, pero tenía ese aire de silenciosa autoridad reservado únicamente a los líderes venerados que se lo habían ganado.

El hombre dijo unas palabras en ruso al oponente de Wieslaw; el hombre asintió obedientemente y se metió en el barracón, acompañado por los vítores amortiguados y las palmaditas de sus compañeros.

El líder ruso se quedó delante de Edek y Wieslaw, con los cristales de sus gafas reflejando la luz de tal manera que era casi imposible verle los ojos.

—Una estupidez por tu parte, hacer enemigos en tu primer día —murmuró finalmente en un alemán excelente—. Lo dejaremos correr: cuando te dan una nueva cuota de poder, por pequeña que sea, tendemos a comportarnos como unos necios. Ahora bien, te recomiendo fervientemente que refrenes tu entusiasmo al servicio de los nazis. La próxima vez, no les ordenaré que se retiren.

Con esas últimas palabras suspendidas ominosamente en el aire, dio media vuelta y se marchó, y el resto de los soviéticos le siguió de cerca como el séquito de un rey.

En cuanto se vieron solos, Wieslaw dejó que Edek le llevara hasta su cuarto, el único privilegio que conllevaba aquel maldito nombramiento. Pequeña y apenas amueblada, la habitación se parecía a la de Mala, aunque la suya tenía un pestillo; era algo, pero al menos le daba un poco de seguridad.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Edek, atendiendo el labio partido de su amigo, que estaba empezando a hincharse.

—Esta tarde, justo después de pasar lista, se ha anunciado un toque de queda para nuestro barracón por no sé qué razón. —Wieslaw se sorbió la nariz y se limpió la sangre que seguía goteando de esta con la manga—. El jefe de bloque me ha puesto en la puerta con instrucciones explícitas de no dejar salir a nadie y se ha ido a su

cuarto para ordenar unos papeles. Y entonces ese cabrón, creo que se llama Kolya (es un pez gordo en la cocina), ha decidido que esas reglas no van con él, y ha pasado por delante de mí, así, sin más. Yo he intentado pararle, pero me ha zarandeado bien (ya has visto su tamaño). Se iba a marchar, pero le he cogido por el cuello de la camisa. Entonces se ha dado la vuelta y me ha atizado en la mejilla. Yo he respondido poniéndole el ojo morado. Supongo que ya has visto el resto.

Eso era decir poco. Edek se frotó los ojos. Había sido demasiado para un solo día. No podía dejar a ese pobre diablo solo con aquellos bestias. Se lo comerían, dejarían su cuerpo fuera y dirían con esas sonrisas de superioridad que había visto en sus caras que el nuevo funcionario del bloque había sufrido una desafortunada caída de la cama y se había roto el cuello. Lástima. Empezaba a caerles bien.

No. Eso no podía ser.

Edek apoyó las palmas de las manos sobre los hombros de su amigo y le miró a los ojos.

—Wieslaw, deberías ir a disculparte.

Por unos instantes, su amigo parecía haberse quedado mudo. Lo miraba asombrado.

—¿No has oído lo que acabo de decir? —exclamó por fin, retorciendo la cara en una mueca de indignación.

—Sí, lo he oído todo. —La voz de Edek sonaba seria—. Y si te hubieras peleado con un polaco, yo mismo le arrearía un par de guantazos en el morro. Pero son rusos. Son soldados de verdad, que luchaban contra los nazis mientras nosotros todavía estábamos construyendo nuestros barracones aquí en Auschwitz. Son guerreros y supervivientes: hay que serlo para aguantar los años de aniquilación a los que los han sometido las SS. Estos son lo más duro que hay. No podemos permitirnos tenerlos como enemigos. Es mucho más inteligente contarlos entre nuestros aliados. Por eso vas a coger esta botella… —Edek sacó la misma botella de licor con la que había intentado sobornar al *Arbeitsdienst* Jozek— y se la vas a dar a Kolya como ofrenda de paz. Te vas a disculpar y le vas a prometer que no se va a repetir.

Algo en su tono de voz debió de convencer a Wieslaw, más que las palabras en sí, porque asintió lentamente y cogió la botella de sus manos.

—¿Me acompañas? Por si acaso…

—Claro que sí. —Edek le dio una palmada en la espalda, levantándose de la cama—. ¿Hace falta que me lo pidas?

Salieron juntos del cuarto de Wieslaw y fueron hasta la litera de Kolya, seguidos por filas de miradas de asombro. El ruso, cuyos anchos rasgos ya no se veían retorcidos de agresividad, se quitó la compresa fría que tenía sobre el ojo hinchado y se quedó mirándolos con curiosidad.

Sin mediar palabra, Wieslaw le puso la botella delante, con el pulso traicionándole en un ligero temblor. El ruso los sorprendió con una carcajada seguida de una palmada sobre su cama, invitándolos a compartirla con él.

—Tú, tonto, yo, tonto —explicó amigablemente en un polaco chapurreado, mientras abría la botella y se la ofrecía a Wieslaw primero, en un gesto que Edek entendió que sellaba su amistad—. Nazis, mal. Tú, camarada. Yo lucho nazis, no camaradas.

—Sí. —Wieslaw contestó al instante y cogió la botella por el cuello, transmitiendo a la mano del ruso un sentimiento de afinidad que solo podían compartir dos hombres que acababan de intentar matarse—. No más peleas entre camaradas.

23

—¿Trasladado?

Mala no ocultó su preocupación por la noticia. No era domingo, el «día de cita» acordado; Edek simplemente había ido al nuevo apeadero en construcción aprovechando la oscuridad de la noche, como ya había hecho otra vez. Las vías relucían bajo la tenue luz amarilla de los focos, cada vez más adelantadas entre los campos de los hombres y de las mujeres, como una fea cicatriz negra en la prístina superficie blanca de la nieve reciente. Había encontrado a Mala justo a tiempo, pues acababa de entregar órdenes escritas al *kapo*, y debía volver a hacer el resto del turno de noche junto con otras dos mensajeras.

—¿Qué vais a hacer? —preguntó, mirando con preocupación el rostro de Edek—. No se puede sacar a un funcionario de bloque del campo. Wieslaw tiene que pertenecer a un *kommando*.

—Aún queda tiempo hasta el verano —contestó Edek, fingiendo despreocupación—. Más que suficiente para que las autoridades del campo se den cuenta de que es un pésimo funcionario y le devuelvan a una cuadrilla de trabajo normal.

Mala sonrió sin convicción y apretó su mano para animarle.

—¿Me engañan los ojos o es verdad que las vías parecen estar cada vez más cerca de…? —Edek se interrumpió, siguiendo mentalmente la dirección hacia la que conducía el ferrocarril.

Las chimeneas del crematorio se erguían ante ellos, engañosamente dormidas en contraste con el deslumbrante arco de luz de los focos provisionales. El camino, que apenas unas semanas antes era de unos cuarenta minutos, se había convertido en un breve paseo de un cuarto de hora. El ruido de maquinaria pesada clavando las vías al suelo helado resonaba inquietantemente por el campo como un espantoso

reloj que marca el tiempo hacia algo devastador e inevitable. Los obreros estaban construyendo un apeadero nuevo en turnos dobles con una eficiencia letal.

—No, no te engañan los ojos. Van a construir el apeadero nuevo justo aquí. —Mala señaló la parcela aún vacía que separaba el campo de hombres del de mujeres. Hizo una pausa antes de hablar en un tono de voz que le produjo un escalofrío—. He visto los planos en la oficina del campo. También entrego las órdenes.

A Edek le pitaban los oídos. De repente, la calma se había convertido en un estridente chirrido de puro terror. Estaban preparando algo, implementando nuevos protocolos de exterminio perfeccionados, ocultándose bajo el manto de la oscuridad. La calavera de la luna le sonreía con sus dientes desnudos desde un cielo indiferente. Si Mala no le estuviera cogiendo de la mano en ese momento, tal vez se habría derrumbado al darse cuenta. Regresaron a su mente las palabras del historiador de Auschwitz con quien había compartido barracón: «Nos sacrificarán a todos; recuerda lo que te digo. Nadie quiere que salgamos de aquí y empecemos a contar nuestras historias».

—No es para nosotros. —Como si intuyera su espantoso miedo, Mala le apretó la mano para calmarlo—. Al menos, todavía no. ¿Para qué necesitamos el apeadero? Es para los que vienen. Nosotros ya estamos aquí. Esta es para los judíos húngaros. A los húngaros les pareció buena idea cambiarse de bando en la guerra, y les ha salido mal. Ahora Hitler se va a cobrar la venganza a su manera preferida: aniquilando a todos sus judíos. Pero a nosotros nos siguen necesitando. ¿Quién los ayudaría si no a llevar a cabo ese exterminio masivo?

En la oscuridad, la sonrisa dolorida de Mala era el único rayo de luz que le infundía esperanza. De repente, Edek pensó que no podía soportar la sola idea de separarse de ella, todavía no.

«¿Cómo te vas a despedir de ella cuando llegue el momento?» Otro pensamiento se coló por un rincón de su mente, enroscándose sigilosamente como una serpiente lista para atacar en un momento de vulnerabilidad. Edek dejó que por el momento se quedara allí.

Estaba deseando que llegara el domingo. Contaba los días y pasaba noches sin dormir, pero cuando por fin llegó, descubrió que aquella noche no era el único invitado en el cuarto de Mala.

—Perdona que no te haya avisado —dijo ella, dándole un beso breve en los labios—. No ha habido tiempo. Es una reunión de emergencia.

La habitación parecía más pequeña que nunca y el aire estaba cargado de difusas volutas grises de humo de tabaco. Edek reconoció a Zippy, que estaba sentada sobre la cama de Mala, y se dio la mano con varias personas a las que nunca había visto. Su expresión era seria; sus voces sonaban apagadas. A primera vista, era evidente que pertenecían a la élite del campo. El hombre sentado en el suelo con las piernas cruzadas era claramente del *Sonderkommando*. Su ropa bien confeccionada desprendía un hedor a carne quemada, a pesar de que, por lo demás, su aspecto era elegante y aseado. Mala le presentó como Konstantinos.

—Kostek.

El hombre robusto dudó antes de ofrecerle la mano a Edek. No porque fuera en contra de sus principios dar la mano a un empleado de mantenimiento, sino porque a muchos presos les daba asco y aprensión tocar a alguien que trabajaba en las cámaras de gas.

Edek la estrechó con firmeza y le dijo su nombre.

Al lado de Zippy, sobre la cama de Mala, había una médica reclusa del hospital del campo, con la bata de color blanco manchada de sangre reciente en una manga. Mala la presentó como Stasia. Edek sonrió: ella también era polaca.

A juzgar por su inconfundible uniforme, los dos hombres sentados junto al radiador eran del equipo de carpinteros. Uno de ellos le resultaba conocido. Al acercarse, vio que era Pavol, el eslovaco que le había puesto en contacto con Mala.

Ella estaba sentada en la única silla, presidiendo esa suerte de pequeña asamblea. Ofreció a Edek que se sentara en la cama, pero él prefirió quedarse de pie junto a la puerta, para no molestar a las mujeres en la exigua cama de Mala.

El otro carpintero miraba a Edek con suspicacia, pero Mala le

tranquilizó con un gesto de la mano.

—Es uno de los nuestros. Puedes confiar en él.

Al parecer, su palabra era suficiente para todos ellos, pues sus rostros se relajaron.

—Algo se cuece en el Campo Familiar. —Mala informó a Edek sin más preámbulo.

—¿Los judíos de Theresienstadt?

Desde que los habían traído del gueto checoslovaco de Theresienstadt a Birkenau, el pasado septiembre, los prisioneros del Campo Familiar se consideraban una especie de curiosidad. A diferencia del resto de los recién llegados, a ellos no los perseguían a golpes, gritos e insultos por el bloque de recepción; no les afeitaban la cabeza como si fueran ovejas antes de tatuarlos ni los pasaban por las instalaciones de desinfección de la sauna para después sacarlos completamente desnudos afuera, temblando de miedo y de frío. Al contrario, las SS los escoltaban al interior de sus barracones de manera casi cordial, los trataban como huéspedes bienvenidos, les permitían quedarse con su ropa de calle y hasta sus maletas, algo inaudito en Auschwitz-Birkenau. Desde entonces, vivían tal y como habían llegado, en familia, mientras que el resto de la población del campo, separada de sus seres queridos, los observaba desde el otro lado de la alambrada de espino rascándose la cabeza sin entender aquel inesperado favoritismo.

Ahora bien, con el paso del tiempo, la resistencia del campo se había enterado de que todo era una farsa. El único objetivo de que las SS tuvieran tanto cuidado con aquellos judíos ejemplares era mandar propaganda constantemente a la prensa internacional, afirmando que los judíos estaban bien cuidados y tenían todo lo que necesitaban. Lo peor era que la Cruz Roja, que visitaba los campos alemanes de vez en cuando para inspeccionarlos, se tragaba las mentiras nazis sin sospechar que hubiera malicia alguna y acababan ofreciéndoles más ayuda humanitaria para los judíos. La administración del campo la aceptaba con entusiasmo y se frotaba las manos con regocijo a sus espaldas, imaginando los banquetes que se iban a organizar con los manjares suizos.

—Siempre he dicho que algo me parecía sospechoso en ese campo. —Zippy fue la primera en romper el silencio—. Era demasiado bueno para ser verdad. Todos esos niños de aspecto angelical con sus juguetes, esas mujeres con medias y tacones, todos esos veteranos de guerra paseándose como si estuvieran desfilando, con las insignias a la vista. No: en Auschwitz, no —concluyó sacudiendo la cabeza tajantemente—. Cuando los miembros de su resistencia confirmaron mis sospechas de que todo era una farsa para los suizos, no me sorprendió.

—Las SS les hacían escribir postales a sus familias y fecharlas un mes más tarde. —Mala miraba la pared de enfrente mientras hablaba. Tenía una profunda arruga entre las cejas—. Zippy y yo las clasificamos en la oficina del campo. Cuando le pregunté a Mandl si había un error en las fechas, se puso evasiva y dijo que era por algo relacionado con un retraso en la oficina de censura de Berlín.

—Y una mierda —saltó Kostek al instante.

A Edek se le escapó una risilla por la nariz: su franqueza resultaba adorable. Cada vez le caía mejor el tipo del *Sonderkommando*.

—Están planeando la *Aktion* de exterminio —continuó Kostek—. Creedme. He visto cosas muy parecidas antes. Oficina de censura, y un huevo —dijo con una risa burlona y sacudiendo la cabeza, asqueado.

—Eso es exactamente lo que pensamos Zippy y yo. —Mala miró a Kostek—. De ahí esta reunión. Deberíamos decírselo.

—Supongamos que se lo decimos —intervino Pavol, liándose un cigarro nada más apagar el anterior en una lata de sardinas vacía—. ¿Y luego qué? He estado ahí cientos de veces. Son la gente más insufrible y estirada que he visto en mi vida. Creen que las reglas de Auschwitz no van con ellos. Solo unos pocos sospechan que algo se cuece. El resto prefiere seguir felizmente en la inopia y confía en la amabilidad de las SS. —Puso los ojos en blanco de manera exagerada.

—Pero también hay gente de la resistencia en ese campo —insistió Mala.

—Sí, treinta y tres entre cinco mil —comentó Stasia, claramente decepcionada por el número—. ¿Cómo pretendes organizar un levantamiento con treinta míseras personas?

—Ellos pueden ser los líderes —persistió Mala, pero la médica hizo un gesto despectivo con la mano.

—Si la gente no cree que estén a punto de matarlos, ningún líder los va a animar a rebelarse. —De pronto, el tono de Kostek se volvió melancólico—. En 1942, cuando aún no se habían construido esas monstruosidades al lado del Canadá, yo conducía camiones con gente recién gaseada hasta el viejo crematorio de Auschwitz. El camino que había que coger pasaba al lado del apeadero, así que teníamos que ir muy despacio para que no cayesen cuerpos, porque siempre íbamos demasiado cargados y había muchos baches. En cualquier caso, un día, mientras avanzábamos, esto es lo que vi: una mujer bien vestida, no de gueto, sino una judía de bien, de dondequiera que la hubieran sacado, se acercó a uno de las SS, con su hijo pequeño detrás, y señaló a uno de los hombres del Canadá que estaba encargado del equipaje en el apeadero. El pobre imbécil le había advertido de que debía dejar a su hijo si quería seguir con vida… El caso es que ella no le creyó y fue indignada al guardia de las SS, acusando a gritos al pobre hombre del Canadá. «¡*Herr Offizier*, ese maldito criminal me acaba de decir que si no dejo a mi hijo, nos matarán a los dos!» El guardia la miró casi como si le estuviera pidiendo perdón (él conocía las normas: nada de pánico en el apeadero, bajo ninguna circunstancia), y sonrió de un modo casi benevolente. «Señora, ese criminal está loco. La gente como él se inventa todo tipo de fantasías. ¿Cree de veras que los alemanes somos bárbaros que matan a mujeres y niños?» Pues aquella gente creyó al tipo de las SS, no al preso «criminal y desequilibrado».

Kostek se palpó buscando un paquete de tabaco y encendió un cigarrillo descuidadamente.

—Cuando la mujer se volvió a mirar al tipo del Canadá con aire triunfal, el hombre ya no estaba allí. Ella no lo podía ver desde donde estaba, pero yo sí. Dos guardias se lo habían cargado detrás del montón de equipajes, para que no volviera a irse de la lengua. Me hicieron una señal para que parase el camión y dijeron que esperase para recoger un cadáver más cuando no hubiera nadie en el apeadero.

Edek se quedó mirando a Mala mientras Kostek relataba su historia; no había ni un atisbo de sorpresa en su mirada, solo la oscura

melancolía de alguien que ya lo ha visto todo.

—Verán que tenemos razón —dijo el otro carpintero—. Pero será demasiado tarde.

—Aun así, nuestro deber es intentarlo. —Mala se negaba a rendirse. Se volvió hacia Kostek—. ¿Tienes suficientes suministros para apoyar un levantamiento si deciden intentarlo?

Dio una calada al cigarrillo, pensándolo.

—Tenemos algunas bombas improvisadas y varias pistolas. La idea es capturar a un par de guardias con subfusiles, y la cosa estará en marcha, damas y caballeros.

El carpintero compañero de Pavol que llevaba un triángulo rojo en el pecho sacudió la cabeza con vehemencia desde el suelo.

—Vais a conseguir que nos maten. El plan era levantarnos cuando los soviéticos estuvieran cerca para ir hacia ellos cuando escapáramos. ¿Dónde pretendes ir ahora? ¿De vuelta a los nazis? Deberíamos esperar.

—Los comunistas siempre habéis tenido problemas para actuar por iniciativa propia. —Kostek negó con la cabeza, asqueado.

—No, los comunistas preferimos pensar con la cabeza antes de pasar a la acción. —El carpintero mostró los dientes en una mueca agresiva —. De no haber sido por nosotros —siguió en tono burlón—, a ti te habrían metido en las chimeneas, en vez de usarte para meter a otros. ¿Has olvidado quién te colocó en ese puesto privilegiado? ¡Los malditos triángulos rojos!

—¡Basta! —El grito de Mala puso fin a la discusión—. Deberíamos trabajar juntos, no pelearnos. Entiendo que a la población del Campo Familiar le cuesta creernos. Pero ¿qué les podríamos ofrecer como prueba? Tal vez una evidencia les haga reaccionar.

—¿Qué tipo de prueba? ¿Un documento firmado de la oficina del campo? —Zippy soltó una risita de tristeza—. No creo que Mandl nos deje llevárnoslo a casa.

—No. —Mala se volvió hacia Kostek—. Dijiste que tus supervisores de las SS siempre te dicen exactamente para cuánta gente deberías encender los hornos, para que no malgastes nada de… ¿Cómo se llama ese carbón especial que usáis para los hornos? —Chasqueó los dedos,

buscando la palabra.

—Coque —Kostek se la facilitó, muy atento.

—Bueno, pues si las SS te dicen que llenes los hornos para cinco mil personas, ¿no será prueba suficiente?

Kostek se quedó en silencio un buen rato. Finalmente, suspiró.

—Puede. —Pero su gesto encogiéndose de hombros no engañaba a nadie: no tenía fe ninguna en la idea.

Una vez que se hubieron marchado uno por uno, a través de la puerta que daba al sótano por donde siempre entraba y salía, Edek se agachó junto a los pies de Mala y cogió sus manos entre las suyas.

—¿Puedo hacer algo, Mally?

Por unos instantes, pareció como si no le oyera. Pero entonces sus dedos envolvieron los de él y en sus ojos apareció una fuerza salvaje.

—Sí. Sí que puedes. Sal de aquí con todas las pruebas que tengas y advierte a todo el que quiera escuchar de lo que está pasando en Auschwitz, para que no vengan. Para que tengan la oportunidad de luchar en su terreno. Y si mueren, que al menos se lleven consigo a un par de nazis.

Mala estaba furiosa, destilaba odio; su voz incluso sonaba un poco aterradora. En ese momento, Edek comprendió que jamás había amado a nadie como a esa chica, la nueva líder de la resistencia; Mala había asumido el papel que todos rechazaban por miedo a las consecuencias. Era una nueva amazona con fuego en las venas y hielo en la mirada.

24

Marzo de 1944

Después de que la última tormenta de nieve dejara el campo cubierto de blanco, la primavera entró poco a poco dejando los caminos embarrados y los tejados de los barracones goteando humedad y con un ligero olor a madera mojada. Edek estaba llegando a su antiguo lugar de trabajo con el corazón latiendo con la misma fuerza que los expertos latigazos del *kapo* Vasek. El antiguo *Kommandoführer* Lubusch era su única esperanza. Pero ¿y si acababa decidiendo que su integridad estaba por encima de la libertad de Edek? ¿Y si se reía de su ingenuidad y se comportaba como si jamás hubieran tenido aquella conversación? ¿Y si ya se había cogido la baja para estar con su mujer y ahora, al volver, se negaba a dejarla viuda?

Cuando llegó a la puerta de su despacho, Edek respiró hondo en un inútil esfuerzo por calmarse. Estaba tan nervioso que su mano le tembló cuando la levantó para llamar. Empezó a oscilar de un pie al otro, pálido y mareado, calado de sudor bajo su mono azul; al oír la suave voz de Lubusch diciendo que entrara, hizo una imperceptible mueca de dolor. Era demasiado pronto, aún no había recobrado la compostura, pero su mano empujó sola la puerta y las piernas le hicieron entrar. Edek hizo el saludo de rigor, golpeándose los talones y quitándose la gorra, como si lo estuviera viendo todo desde fuera de su propio cuerpo. El campo era un maestro implacable y les había enseñado a obedecer cualquier orden de las SS, aun estando medio muertos o temblando de miedo.

—¡Galiński! —Lubusch se levantó de la silla, visiblemente contento de ver a su antiguo empleado—. ¿Sigues vivo, viejo zorro?

Después de una pregunta retórica como aquella, tanto las SS como los *kapos* normalmente dirían: «No pasa nada, ahora mismo lo

arreglamos», y empezarían a arrear con el látigo o la porra al preso en cuestión. Pero la voz de Lubusch revelaba una sincera alegría. Los labios de Edek titubearon por la extraña mezcla de emociones.

—*Jawohl, Herr Unterscharführer*.

La mirada que le lanzó al oficial de las SS estaba cargada de tal desesperación que Lubusch se compadeció de él y decidió ahorrarle el vacuo intercambio de amables comentarios.

—Ya lo tengo. —Apenas dijo tres palabras, pero de pronto Edek sintió como si le hubieran salido alas.

Prácticamente desencajado y con el cuerpo ingrávido por aquella oleada de júbilo, vio cómo su tocayo cerraba con llave la puerta y lo miraba con una sonrisa cómplice; luego cruzó el despacho, haciéndole un gesto para que le acompañara, y sacó un uniforme perfectamente doblado del cajón inferior de su mesa.

—Solo son el uniforme y el cinturón; aún no tengo pistola ni cartuchera. Te las conseguiré por otro lado. Y descuida: los han despiojado minuciosamente.

Edek captó la broma: las SS eran quienes normalmente temían los piojos de los prisioneros, y no al revés, pero el chascarrillo de Lubusch tampoco era lo que provocaba la risilla de euforia que Edek intentaba reprimir como podía. Las yemas de sus dedos buscaron el tacto del áspero tejido, rozando los bordes. No se atrevía a tocar los botones de latón que brillaban seductores bajo la cálida luz del despacho, no todavía. Eso convertiría un sueño difuso en un plan muy real; de repente, Edek se quedó paralizado a la vez que emocionado ante la posibilidad de que se produjera aquel milagro. Lo había temido, había rezado por ello, y ahora Lubusch lo tenía delante de él, como una ofrenda religiosa para un sacrificio. De pronto, Edek se quedó sin respiración.

—¿Y bien? —Lubusch tuvo que darle un golpecito para que reaccionara—. ¿Vas a quedarte mirándolo o te lo vas a probar?

Al principio, Edek no le oyó. Seguía demasiado perdido contemplando lo que tanto había deseado.

—¿Que me lo pruebe? —Edek pestañeó—. ¿Aquí?

—Naturalmente. ¿O quieres desfilar con él puesto por el *Appellplatz*?

—Lubusch estaba riendo—. Póntelo. La puerta está cerrada con llave: no te verá nadie. Salvo yo, y tengo que comprobar qué tal lo llevas. Verás, he estado pensando en ello. —Por fin había dejado de bromear (era obvio que estaba nervioso); con una nueva mirada cómplice, añadió—: Si cometes alguna estupidez con el uniforme puesto, te descubrirán al instante. Así que tengo que ver cómo piensas hacerlo.

Se apartó y le hizo un gesto para que se vistiera. Edek cogió el uniforme de sus manos con una mezcla de repugnancia y veneración, maldiciendo una vez más el instinto del campo que le hacía obedecer a la autoridad sin darse la posibilidad de dudar o pensárselo.

Cuando estaba abotonándose la chaqueta vio su reflejo en el espejo de la pared de enfrente. Se quedó consternado. Un minuto antes era un prisionero; ahora, bajo la gorra con una calavera y dos huesos cruzados del uniforme, le miraba el amo del mundo, arrogante y poderoso.

—Cuando termines de admirarte en el espejo… —la voz de Lubusch le devolvió nuevamente a su ser—, acércate y preséntate como lo harías llegado el momento. —Se colocó junto a la pared—. Supongamos que soy el guardia que vigila las puertas. Camina hacia mí, haz el saludo y preséntate, o haz lo que tengas planeado.

No tenía las cosas pensadas hasta ese punto, pero sabía improvisar. Se estiró la chaqueta hacia abajo haciendo todavía más pronunciadas las dobleces bajo el cinturón, se cuadró de hombros y caminó hacia Lubusch, sin prisa pero decididamente.

Lubusch asintió en señal de aprobación al ver cómo se golpeaba los talones y le apuntó al estómago con un rifle imaginario.

—Siento informarte de que ya estarías muerto.

Edek no pudo evitar mirarle confuso.

—Pero ¿por qué? Si he hecho el saludo como me ha dicho…

Con un suspiro, Lubusch le miró como un profesor amable reprendiendo a un alumno torpe.

—Y esa es exactamente la razón por la que estás muerto.

Edek siguió la mirada del oficial, que se había detenido en su mano derecha, en la que sostenía la gorra; sus ojos se cerraron inmediatamente al comprender su estupidez. Ningún oficial se

descubriría. Los únicos que tenían orden de descubrirse, bajo amenaza de muerte, eran los prisioneros, a los que adiestraban como esclavos.

—Perdóneme, *Herr Unterscharführer*. Instinto de campo.

—Eso es justo lo que temía. Ahora, saluda como lo haría un SS.

Edek juntó los talones con fuerza y levantó el brazo derecho.

—*Heil Hitler!* —Las palabras le sabían muy amargas, pero tenía que decirlas.

Lubusch le corrigió levemente la posición del brazo.

—Un poco más arriba y más a la derecha. Y mírame a los ojos cuando me saludes. No eres un prisionero presentándose ante un oficial; ahora eres mi igual. Ni siquiera eso: tu rango será superior a quienquiera que esté vigilando la puerta, así que sé lo más arrogante que puedas.

Esta vez, Edek avanzó lentamente hacia Lubusch, más despacio que antes, y con una expresión de asco en la cara.

—*Heil Hitler* —dijo en tono relajado mientras juntaba los talones mirando a los ojos de Lubusch, que asintió satisfecho.

—Aprendes rápido, Galiński.

—Más me vale, *Herr Unterscharführer*.

En Auschwitz, solo los que eran capaces de adaptarse sobrevivían.

—Correcto.

El tono de Lubusch se volvió nostálgico. Negó con la cabeza, sacudiéndose la melancolía y asumiendo su papel otra vez.

—*Heil Hitler, Herr Unterscharführer*.

Hizo una pausa, mirando a Edek.

—Permítame que…

—¡No! —Lubusch le paró bruscamente—. Tú no tienes que dar ninguna explicación, y desde luego no pidas permiso para hacerlo. Él no es más que un mísero vigilante, tu subordinado.

—¡Abra esa maldita puerta…! —Edek había entendido al instante la corrección de Lubusch—. Voy con retraso. Este estúpido jefe de bloque —señaló a su lado, donde estaría Wieslaw— se ha tomado su tiempo para contar a esos mierdas esta mañana.

Lubusch empezó a sonreír. La interpretación de Edek resultaba muy convincente.

—Perdone, *Herr Unterscharführer*, pero necesito ver los documentos de acompañamiento. Ya conoce las reglas… —Abrió los brazos en un gesto de impotencia, sonriendo a modo de disculpa.

Edek puso los ojos en blanco y con gran teatralidad sacó del bolsillo del pecho un papel invisible, el *ausweis* que Mala les había conseguido.

—¿Contento? —Lanzó una desagradable mirada a Lubusch—. ¿Puedo pasar ya? ¿O me va a venir con más burocracia?

Este último comentario le valió una palmada en el hombro. Lubusch tenía una sonrisa de oreja a oreja.

—Así sí —dijo varias veces, visiblemente aliviado—. Eso es otra cosa.

Edek se quedó mirando al joven que tenía delante, pensando en lo terrible de aquella división impuesta por la guerra, aquel odio racial que los obligaba a estar en bandos opuestos. En otras circunstancias, podrían haber sido amigos.

—*Herr Unterscharführer* —empezó a decir lo que ni siquiera se había planteado antes de ese momento—, creo que será mejor que pida una excedencia cuando…

Lubusch ya estaba negando con la cabeza.

—Si se sabe la verdad, la Gestapo me cogerá de todas formas. Da igual que esté en el campo o fuera de él. Son famosos por encontrar a gente debajo de las piedras, si es necesario, y más si son alemanes disidentes. No pasa nada, Edek, en serio.

Edek alzó la cabeza de golpe. Lubusch apretó los dedos alrededor de su bíceps, en un gesto extrañamente amistoso, como diciéndole que no se preocupara por nada.

—Ya lo he decidido. Nunca he sido un asesino, pero sí cómplice de asesinatos. Si esto es lo único bueno que hago en la vida, aunque tenga que pagarlo con la mía, me parecerá bien. Es un precio bastante justo.

—Yo preferiría que no tuviera que hacerlo, *Herr Unterscharführer* —dijo Edek, sintiendo que lo decía de corazón.

—Y yo preferiría que tú también salieras de aquí con vida, Galiński. Así que hazme un favor y consíguelo, ¿de acuerdo?

Se dieron la mano, ya no como enemigos, sino como dos camaradas

que se despiden antes de afrontar una difícil batalla.

25

Después de comer, el director de campo Schwarzhuber entró con paso decidido en la oficina y fue directo al despacho de Mandl, ignorando completamente a Mala y a Zippy, que se habían levantado de un salto para recibirle. En cuanto cerró la puerta tras de sí, se quedaron de pie mirándose en un tenso silencio. Ya estaban acostumbradas a que ese tipo de alteraciones en la rutina del campo desencadenaran problemas para los prisioneros, y sabían que la expresión preocupada y el repentino secretismo del oficial solo podía significar que algo ocurría.

Empezaron a oír murmullos al otro lado de la puerta y, de pronto, esta se abrió de golpe, revelando a un Schwarzhuber profundamente enfadado y a una Mandl pálida, sentada detrás de su escritorio.

—¿Por qué no oigo sus máquinas de escribir? —preguntó con su habitual tono cortante—. ¿Les ha ordenado alguien que dejen de trabajar?

Mala y Zippy volvieron a sentarse murmurando excusas y empezaron a mecanografiar a toda velocidad palabras sin sentido, solamente para que las oyera teclear.

Satisfecho, Schwarzhuber volvió a cerrar de un portazo.

Mala giró la cabeza tratando de captar algo de la conversación, pero Schwarzhuber no era estúpido. Con el ruido mecánico de las máquinas, era casi imposible oír nada.

—¿Qué? —dijo Zippy moviendo los labios sin articular sonido desde el otro lado de la sala.

Mala negó con la cabeza. Los ojos de su amiga se abrieron de par en par al ver que se levantaba de la silla y le hacía un gesto para que siguiera escribiendo.

—¿Qué haces? —dijo con urgencia Zippy, sin atreverse a alzar más

la voz—. ¡Sienta ese culo antes de que nos maten a las dos!

Pero había demasiado en juego como para preocuparse por trivialidades como su propia vida. Mala avanzó hacia la puerta lo más sigilosamente que pudo y puso la oreja sobre ella. Podía oír a Schwarzhuber hablando; a juzgar por las pausas en la conversación, era una conversación telefónica.

—*Jawohl, Herr Obersturmbanführer*… No, no es ningún problema. Aseguraremos el perímetro entero antes… Sí. Los crematorios tienen capacidad para cinco mil por noche.

La voz del oficial de las SS sonaba orgullosa. Mala notó que sus extremidades empezaban a helarse lentamente.

—Ya han enviado las postales a casa. Sí. Con fecha posterior, tal y como ordenó… La semana que viene estaremos listos para recibir al siguiente transporte. Sí, claro, puede organizarlo. Estaremos preparados…

Demasiado concentrada en Schwarzhuber y sus macabros planes, Mala olvidó por completo que Mandl también estaba en el despacho y se sobresaltó cuando la directora del campo de mujeres abrió la puerta de golpe y se encaró con ella. La mirada incisiva de Schwarzhuber se clavó en ella al instante.

—Estaba a punto de llamar a la puerta, *Lagerführerin* —murmuró, aunque sabía que no la creerían—. Quería preguntarle si les apetecería un café.

Mandl no tuvo tiempo de contestar, pues Schwarzhuber ya se había levantado diciendo que volvería a llamar de inmediato.

—Ha habido una emergencia que debemos resolver rápidamente.

Cruzó el despacho en pocas zancadas y sujetó a Mala por el antebrazo. Ella pensó en protestar y decir que no había oído nada mientras la arrastraba por la habitación, pero decidió permanecer en silencio. Schwarzhuber la fusilaría de todas formas, así que no tenía sentido pasarse los últimos minutos de vida suplicando.

Con el rabillo del ojo, Mala vio a Mandl en la puerta, retorciéndose las manos sobre el pecho, pálida y muda. Entendía su cobardía, el hecho de que no defendiera a sus secretarias. En el régimen nazi, las mujeres alemanas habían aprendido desde jóvenes que la palabra del

hombre era la ley, especialmente si venía de un superior. Era el precio que debían pagar por que les dieran algo de rienda suelta y una pequeña cota de poder, como si de un hueso se tratara.

Claro que la entendía. Simplemente la despreciaba.

Schwarzhuber se detuvo en el umbral de la puerta y se volvió hacia Zippy.

A Mala el corazón le dio un vuelco: «¡No, Zippy no!».

Pero era demasiado tarde.

—Eh, tú, puta eslovaca, ¿necesitas una invitación especial? —rugió mirando a Zippy y clavando los dedos con más fuerza en el brazo de Mala.

Ni siquiera se retorció, solo vio cómo su amiga atravesaba el despacho a toda prisa, aterrada.

—*Herr Lagerführer*, por favor, déjela. —Jamás suplicaría por salvar su vida, pero la de Zippy era otra historia—. Ella no ha dejado de escribir, es imposible que haya oído nada…

El oficial le soltó una bofetada tan fuerte con el dorso de la mano que notó sangre en la boca inmediatamente.

—¡Cierra el pico! —exclamó—. Malditas zorras judías… Os damos puestos privilegiados, ¿y así es como nos lo agradecéis? ¡Sucias rameras manipuladoras!

Schwarzhuber seguía despotricando mientras bajaba las escaleras arrastrándolas tras de sí.

Mala intentó disculparse con Zippy, pero lo único que consiguió fue recibir tres bofetadas que le dejaron los oídos pitando.

—¿Qué parte de «cierra el pico» no entiendes?

Mala esperaba que las llevase afuera y las despachara allí mismo, junto a la entrada, pero se las llevó al sótano.

—Os vais a quedar aquí hasta que decida si os cuelgo delante de todo el campo u os meto en la cámara de gas con vuestros amiguitos del Campo Familiar —dijo con un gruñido, mientras abría la puerta del almacén de carbón y las metía de un empujón tan fuerte que cayeron de bruces, arañándose las rodillas y las manos.

Al caer levantaron una nube de polvo negro que seguía suspendida cuando el oficial de las SS cerró la puerta de un portazo y echó el

pestillo. Mala y Zippy gatearon a tientas hacia la puerta en medio de la más absoluta oscuridad y se sentaron con la espalda apoyada en ella, tosiendo y frotándose los ojos para quitarse el polvo.

—Perdóname, por favor —dijo Mala con voz áspera y buscando la mano de Zippy—. Me lo advertiste y no te he hecho caso.

—No pasa nada. No estoy enfadada. Bueno, un poco, pero no contigo. Estoy cabreada conmigo misma por ser tan cobarde de no ir a escuchar yo misma.

Mala no veía la cara de su amiga en la penumbra, pero sabía que estaba sonriendo.

—Pues estamos en paz —dijo Mala, limpiándose la sangre del labio con el dobladillo de la falda—. Los van a meter en la cámara de gas. Y ahora no hay manera de avisarles. ¡Maldita sea! —exclamó de repente golpeando la puerta de metal con el puño.

—¿Se lo merecía? La puerta, digo.

—No, pero ahora me siento un poco mejor.

Zippy soltó una risa vacía y, de pronto, un grito ahogado. Se le había ocurrido algo.

—¿Qué? —Mala también se puso tensa.

—El chico de Alma, Miklos, vive en el Campo Familiar. Es pianista y técnicamente pertenece al bloque de música de Lak, pero pidió explícitamente que le pusieran en el bloque familiar después de que le trasladaran de Auschwitz. Creo que tiene amigos ahí, viejos conocidos del mundo de la música. Una vez llevó a Alma a ver una obra de teatro. Me habló de ella fascinada.

—¿Alma Rosé? ¿Vuestra directora?

—Sí. —A juzgar por el ruidito que hacía, Zippy se estaba mordiendo los labios—. ¡Ay, Dios…, espero que no lo maten con el resto! Alma le adora. No lo superaría.

—Seguro que lo quitan de la lista. Dices que pertenece al bloque de Lak, no al Campo Familiar.

—El problema es que, con las SS, nunca se sabe. Pero a Mandl le encanta cómo toca. Espero que le perdone la vida, aunque solo sea por su talento. Porque, si no lo hace, Alma… —Se quedó callada de golpe, como aterrada por sus propios pensamientos—. Aún nos queda la

resistencia del *Sonderkommando* —continuó tras una pausa, dándole un empujoncillo con el hombro—. Los de las SS les habrán dicho cuánto coque tienen que preparar para la siguiente *Aktion*. Atarán cabos. Kostek los avisará con tiempo. Todavía puede haber un levantamiento.

—Pues mejor me lo pones. Va a haber un levantamiento y nosotras encerradas en este maldito sótano. Ojalá nos hubiera pegado un tiro para acabar con esto de una vez por todas.

—Habla por ti, Juana de Arco. A mí me gusta la vida. Y no me levantes la ceja, que sé que lo estás haciendo, aunque no te vea la cara.

—Es mejor que no me la veas: me la van a dejar bonita cuando nos ahorquen o nos metan en la cámara de gas, gracias a *Herr Lagerführer*.

—¿Te duele? —Zippy dejó de bromear, parecía preocupada.

—Me duele el corazón.

Ambas se quedaron en silencio, enterradas en la oscuridad, sabiendo que las dos estaban sufriendo.

Cuando Edek vio aparecer a un guardia en su bloque preguntando si alguno sabía conducir camiones, supo que algo pasaba. A pesar del nudo que notaba en el estómago, se ofreció voluntario y el guardia se lo llevó de inmediato al garaje del campo entre gritos y golpes. El equipo de instaladores le había vuelto blando y un poco consentido, el jefe de su bloque era bastante decente y el *kapo* tampoco los esclavizaba demasiado. Hasta los SS les dejaban bastante en paz, pero hoy el nerviosismo de los guardias le hacía sospechar que algo importante estaba ocurriendo.

Nadie les dijo nada. Los soldados de las SS se limitaron a empujarlos hacia sus respectivos camiones (habría sesenta o más, por lo que podía ver), y les dijeron que siguieran al líder. Esas fueron las únicas instrucciones.

Entonces llegaron los *kapos*. Algunos eran triángulos verdes corpulentos y de aspecto violento, blandiendo pesadas porras de madera en sus grandes manazas. Como si fueran un pequeño ejército perfectamente adiestrado, subieron a la parte trasera de los camiones y a continuación bajaron las lonas para que no les viesen los

prisioneros. A Edek todo aquello le daba mala espina.

Según avanzaba la caravana de camiones por Lagerstrasse, la calle principal del campo, se quedó atónito al ver la cantidad de guardianes que había con cascos de acero, subfusiles en ristre y perros sujetos con correa. Parecían estar por todas partes, serios y vigilantes, esperando el mínimo indicio de revuelta para cortarla de raíz. Edek asió el volante con tanta fuerza que tenía los nudillos blancos, pues sabía que solo había una explicación posible para aquella masa verde grisácea de uniformes y acero.

El Campo Familiar iba a morir.

Sin embargo, aún albergaba esperanzas de que se obrara un milagro, de que pasaran ante el Campo Familiar y siguieran adelante. Tal vez hubiera otra explicación lógica. Quizá los agricultores necesitaban camiones para…

Descorazonado, soltó un suspiro sacudiendo la cabeza. «Los agricultores…, ya, claro, y seguro que los soldados de las SS han venido para vigilar las patatas.»

Evidentemente, no había ningún agricultor ni explicación lógica alguna. En cuanto el camión que encabezaba la procesión tomó una especie de camino embarrado que conducía al Campo Familiar, todas las esperanzas de Edek se hicieron añicos. Allí esperaban más efectivos de las SS, con más metralletas y pastores alemanes echando espuma por la boca mientras tiraban de las correas que sostenían sus adiestradores de uniforme. Entraron en el perímetro y se detuvieron junto a los barracones. El corazón de Edek latía furioso dentro de su pecho.

No había ni un alma fuera. Por un momento, Edek se aferró a la poco creíble esperanza de que la resistencia hubiera advertido a los habitantes del campo que estuvieran atrincherados en sus barracones y se dispusieran a luchar, a levantarse; entonces él se uniría a ellos, aunque eso supusiera que en cuestión de segundos una lluvia de balas de las metralletas de las SS cayera sobre él.

¿No había dicho Mala que el *Sonderkommando* estaba fabricando bombas? Seguro que las habían compartido con la resistencia del Campo Familiar. Quizás incluso habían cedido toda su munición a los

compañeros de Theresienstadt y ahora estaban saboteando uno de los crematorios para distraer a los guardianes…

Pero no había ningún levantamiento. Los triángulos verdes se bajaron de los camiones y entraron corriendo en los barracones, de los que empezaron a sacar prisioneros del Campo Familiar aterrados entre golpes y brutales insultos.

—*Raus, raus, raus!* ¡Fuera todo el mundo, ahora, puta escoria!

Golpeaban a todo el mundo indiscriminadamente, incluidos mujeres, ancianos y niños; los llevaban hacia los camiones con una eficacia realmente espeluznante. Desde la seguridad de su vehículo, Edek contemplaba la tragedia en el mismo instante. Por un momento, la pura falta de humanidad de todo aquello hacía que pareciese casi irreal.

Delante del capó del camión de Edek, un músico anciano mecía el estuche de su violín contra su pecho como si fuese un bebé, mientras intentaba explicar algo a uno de los asesinos alemanes en tono educado. El *kapo* le escuchó durante cinco segundos exactamente, luego le arrancó el estuche de las manos, lo arrojó al suelo y empezó a pisotearlo con una fuerza brutal. El músico no movió ni un solo músculo de la cara, pero, bajo sus gafas sin montura, empezaron a caer lágrimas pesadas que se le acumularon bajo la barbilla. De todos modos, no tuvo que llorar mucho tiempo la pérdida de su violín, pues el mismo *kapo* alzó su porra y le asestó un golpe certero en lo alto de la cabeza. Con sangre chorreando por su rostro, el violinista cayó suavemente de rodillas, se balanceó ligeramente y se derrumbó en el suelo, cubriendo su instrumento destrozado con la mano ensangrentada, como en una devastadora despedida.

Un guardia irrumpió en escena, indignado por la transgresión del orden. La oficina de Berlín había ordenado ejecuciones con gas, no a golpes; en eso parecía consistir su reprimenda. A Edek le resultó de una comicidad macabra que el oficial no regañase a su subordinado por matar al músico (un brillante virtuoso, sin duda, a quien lloraría todo el mundo de la música), sino por hacerlo en el lugar, el momento y la forma equivocada. En ese instante, los dos personajes empezaron a desdibujarse en los ojos de Edek, que se los frotó con fuerza. Tragó

saliva y se mordió la lengua cuando tragar ya no funcionaba.

En el camión que iba justo delante, un hombre vestido con un traje de tres piezas estaba ayudando a una señora a subir a su hija. La niña rubia con un lazo azul en el pelo llevaba un conejo de peluche agarrado contra el pecho. Edek vio cómo otro guardia negaba con la cabeza y apartando la cara escupía al suelo. Su compañero, que estaba mirando atentamente a la mujer, hizo un comentario del estilo, «qué desperdicio de culito», pero el primero no se unió a la broma, sino que le miró con odio y le dijo que cerrara el pico inmediatamente: aquella aberración horrorizaba incluso a algunos tipos duros de las SS. O puede que aquel guardia en concreto también tuviera una niña rubita en casa a la que esta le recordaba. Sea como fuere, el alemán se alejó con paso airado, como si se lavara las manos ante tanta sangre derramada.

En medio de aquella violencia, Edek se fijó en una pareja. Estaban abrazados y hablándose en voz baja mientras a su alrededor pasaban hordas de personas sin llegar a tocarlos, como si fueran una isla de amor y serenidad con la que no podía ni la mismísima muerte. El joven debía de pertenecer a la élite del campo, a juzgar por sus pantalones de montar y sus botas altas; debía de ser un *kapo* o algo por el estilo, pues Edek no lograba ver qué tipo de brazalete llevaba. Su amada, cuyos ojos de color caoba él miraba con infinita adoración y profunda tristeza, iba elegantemente vestida con ropa de calle. Edek llegó a la conclusión de que la chica era del Campo Familiar; se llevó la mano al pecho ante una imagen tan cruel: sabía perfectamente cómo acababan ese tipo de despedidas en el infierno de Auschwitz-Birkenau.

Procuraba no pensar en Mala, pero era imposible. Veía su cara en la de la chica; imaginaba tener que despedirse de ella por última vez. Era tan insoportable que acabó apartando la mirada.

—¡Sube a esa puta al camión! —gritó alguien con rudeza—. ¡No hay tiempo para hacer el gilipollas!

Con un esfuerzo enorme, Edek volvió a mirar a la pareja. El joven seguía diciéndole algo a su amada, ignorando al *kapo* y su porra, con la que aquel tipo asestaba golpes a cualquiera que estuviera a su

alcance.

—¿Y bien? —El *kapo* estuvo a punto de coger a la chica por el brazo, pero se contuvo por respeto a otro funcionario preso. La novia del joven estaba a punto de morir: lo mínimo que podía hacer era no tratarla con violencia—. O la puta se sube al camión, o subís los dos.

La joven se apartó de inmediato. Su pálida mano seguía sobre el rostro del chico, completamente descompuesto. Él hizo ademán de seguirla, pero ella negó enérgicamente con la cabeza y saltó a la parte trasera del camión.

Un guardia de las SS dio un golpe sobre el capó de Edek, para indicarle que el vehículo ya estaba lleno. Compungido, Edek se alejó de donde estaba el joven abandonado, que contemplaba la marcha de los vehículos y a su amada; tenía la mirada de alguien herido de muerte.

El trayecto resultó extraña y aterradoramente tranquilo. Afuera, el atardecer iba cubriendo los barracones, enredándose con la alambrada de espino. Atenazado por el miedo, Edek seguía la caravana de camiones como un autómata desquiciado. Sus manos movían el volante, sus pies apretaban el acelerador y, mientras tanto, su mente chillaba agónicamente viendo el crematorio al que se estaba aproximando, como un cómplice de aquellos asesinatos, sabiendo que no tardaría él mismo en convertirse en una víctima. No se oía ni un ruido de la parte trasera: un silencio sepulcral que solo se rompió cuando la expedición se detuvo y los hombres de las SS empezaron a arrancar a niños de los brazos de sus madres; entonces comenzaron a resonar por el campo unos gritos aterradores. Edek se quedó sentado ante el volante; con los ojos cerrados con tal fuerza que era como si el mundo entero llorara a través de ellos.

La voz alta y clara de una joven que empezó a cantar el himno checoslovaco con resolución rasgaron aquella mortaja de miedo. Edek abrió los ojos y reconoció a la novia del joven funcionario del bloque, una figura aislada en un océano caótico. A los pocos instantes, se le unieron varias voces: los guardias intentaron reducirlos a base de porrazos y latigazos, pero resultó en vano. Pronto, todo el campo había aprendido el himno de la resistencia, cuyas notas sonaron

desafiantes y orgullosas: no se rendían ni siquiera viendo cómo se acercaba el momento de una muerte inevitable.

Edek volvió a ver al joven funcionario del bloque cerca de la entrada del crematorio a la mañana siguiente, cuando fue a preguntar por Mala, que no aparecía por ninguna parte. Kostek estaba intentando tranquilizarle diciendo que no tenía por qué preocuparse, que Mala no estaba entre los pobres desgraciados a los que habían incinerado durante toda la noche; en ese momento, aquel joven se acercó a la puerta con paso tambaleante.

Edek pensó que estaba borracho; sin embargo, cuando se detuvo junto a ellos y empezó a hablar, o lo intentó, tratando de fingir indiferencia pero con la voz ronca y temblorosa, comprendió que estaba completamente sobrio.

—¿Qué tal fue ayer? —preguntó.

—Bien —contestó Kostek, lanzando una mirada de advertencia a su compañero de *kommando*, que estaba fumando a su lado. Edek creía que se llamaba Filip. Aunque los acababan de presentar, él también estaba preocupado por el paradero de Mala y había olvidado el nombre del chico—. Fue una noche seca. No sufrieron.

Los del *Sonderkommando* se habían convertido en especialistas en Zyklon-B. Sabían exactamente en qué condiciones funcionaba de manera más eficiente.

Kostek escupió al suelo, asqueado.

—Hubo tres chicas que intentaron resistirse… —empezó a decir Filip.

El joven alzó la vista. Pero Filip ya se había callado, tras recibir un fuerte golpe en las costillas de su compañero griego.

—Nadie sufrió —dijo nuevamente Kostek con tono templado—. Todo el mundo se fue muy rápido y con el mínimo dolor.

—Vuelve a tu barracón y descansa, Rudek. —Filip lanzó al joven funcionario una mirada compasiva y le ofreció un cigarrillo. Rudek lo cogió con dedos temblorosos—. Y no te tortures. ¿De qué habría servido que los dos subierais a ese camión?

Edek vio cómo Rudek asentía y al instante comprendió que él mismo se habría subido a la parte trasera del maldito camión sin

dudarlo un segundo solo por coger la mano de Mala durante unos minutos más, para estar con ella hasta el último aliento, para abrazarla y que no se sintiera sola o aterrada entre desconocidos. No estaba juzgando a aquel joven, pero Edek supo que por su parte había tomado una decisión: viviría con Mala o moriría con ella. No había otra opción.

26

La puerta del almacén de carbón se abrió de golpe. A pesar de que la luz del pasillo en el sótano era tenue, Mala y Zippy quedaron deslumbradas por unos instantes. En el umbral estaba la misma prisionera que les había llevado dos cubos la noche anterior, uno con agua y otro para sus necesidades. Esta vez, en lugar de una guardiana, la propia Mandl estaba detrás de la funcionaria presa.

—No los toquéis —dijo Mandl cuando vio que Mala iba a coger uno de los cubos. Su voz sonaba extrañamente cansada—. Lena se ocupará de ellos. —Dio un golpecito a la prisionera del *kommando* de mantenimiento para que entrase—. Salid. Tenéis suerte de que haya convencido a Schwarzhuber de que no podré encontrar sustitutas decentes para vosotras. Estaba tan furioso que quería mandaros a la cámara de gas con los checos.

Mala se planteó darle las gracias a su benefactora, pero no le salieron las palabras. Ella también se había puesto furiosa mientras estaban encerradas en aquel sótano oscuro y polvoriento. Su odio hacia Mandl, hacia las SS en general, se había multiplicado por diez; ahora sentía que era incapaz de volver a ser la Mala obediente.

—Id a la sauna y adecentaos —continuó Mandl—. Parecéis deshollinadoras; no puedo teneros así en mi oficina.

—*Lagerführerin*, ¿puedo pasar a ver a la orquesta? —Zippy miró atentamente el rostro de Mandl.

Mala vio que la oficial de las SS se estremecía ligeramente, como si justo quisiera evitar ese tema.

—Sí —contestó por fin la directora del campo tras una larga pausa y apartando la mirada; resultaba evidente que el tema la incomodaba—. Tenía pensado mandarte de todas formas. Ve a buscar a Alma Rosé. Dile que quiero verla en mi despacho.

Zippy se paró en seco, cubriéndose la boca con la mano.

Mandl se volvió a mirarla, enfadada.

—¿Qué?

—Le ha matado. —Zippy susurró sin apenas reprimir la emoción—. No quitó a Miklos de la lista. Usted sabía cuánto le quería, y le ha matado.

—¡Ha sido un accidente! —El grito de Mandl reverberó en las paredes del sótano. Sus mejillas estaban cubiertas de ronchas rojas, por la vergüenza o la indignación, tal vez por una mezcla de ambas—. Si no hubiera estado tan pendiente de salvar vuestras miserables vidas, me habría acordado de quitarle de la lista. Pero ¿qué hacía en el Campo Familiar? Era pianista: se suponía que debía estar en el bloque de Lak. No es culpa mía… Tampoco puedo estar pendiente de todos los reclusos…

Siguió hablando mientras Mala la miraba preguntándose cómo era capaz de vivir consigo misma y justificar sus actos.

Hipócrita.

Asesina.

La expresión de Mala debía de resultar muy elocuente, porque Mandl le gritó, visiblemente indignada:

—¡Deja de mirarme! Deberías agradecerme lo que he hecho por ti. ¡A la sauna, ya! Y te quiero en la oficina dentro de treinta minutos exactamente.

Mandl se marchó furiosa dejando a Zippy lloriqueando y a Mala inmersa en un silencio frío y lleno de odio.

Alma Rosé, la aclamada violinista y directora del bloque de música de mujeres, entró en el despacho a las diez en punto. Se sentó ante el escritorio de Mandl, pálida y callada como un cadáver; aguantó estoicamente todas sus zalamerías y explicaciones, que importaban poco y ayudaban aún menos.

—¡Oh, qué noche tan terrible para todos! —Mandl chasqueaba la lengua y sacudía constantemente la cabeza, lanzando miradas culpables y apesadumbradas a Alma, verdaderos intentos de exhibir empatía, que hacían que Mala se retorciera de asco por dentro—. Vete, Mala. No hace falta que te quedes merodeando. Aunque, ¡espera!

Tráenos café. Buena chica. Una noche aciaga, de veras. Yo no he pegado ojo. Esas órdenes de exterminio salieron de la nada…

Un silencio pesado siguió a las palabras de Mandl, ahogando su hipocresía; Mala sabía que era incapaz de sentir esa lástima y tal compasión. Se tomó su tiempo en preparar la bandeja del café en la sala de al lado para martirizar a la directora del campo de mujeres con aquel silencio enervante, solo interrumpido por el rechinar de su silla.

«Que sufra, la muy cabrona. Que asuma las consecuencias de sus actos, por lo menos una vez. Que mire a los ojos a su mascota favorita y se le atraganten las excusas por asesinar a la única persona que la mantenía viva en este infierno.»

Cuando aquella incómoda pausa se había vuelto insoportable, Mala levantó la bandeja de la mesa, abrió la puerta empujándola con el hombro y le costó reprimir la sonrisa al ver el evidente alivio en el rostro de Mandl.

—¡Ah, ya estás aquí! Había empezado a creer que te habías perdido.

No le pareció que mereciera una respuesta. El sufrimiento de Alma ocupaba todo su pensamiento. Le partía el corazón ver la mirada perdida en los ojos de la violinista. Sentía el punzante dolor de Alma en su propio pecho mientras se disponía a servir el café para la directora del campo y su distinguida invitada.

Como si intuyera la silenciosa camaradería entre las dos reclusas, Mandl le apartó las manos.

—Déjalo y vete. ¡Fuera! Puedo hacerlo yo misma. No te quedes ahí parada.

¿La *Lagerführerin* Mandl sirviendo café a una prisionera? Mala tuvo que hacer un enorme esfuerzo para no arquear una ceja con sarcasmo. Realmente, la Bestia de Birkenau atravesaba horas bajas.

En el campo, siempre se había mimado a la celebrada *Frau* Rosé, y los incontables privilegios que habían concedido al bloque de música eran buena prueba de ello. Sin embargo, en ese momento la actitud de Mandl era de pura desesperación.

Alma apenas reaccionaba a las palabras de la directora del campo; era como si ya hubiera decidido que no debía estar allí; de pronto, Mandl parecía aterrada por la idea de perder a su mascota preferida,

cuya música tanto disfrutaba.

Antes de retirarse a regañadientes, Mala se detuvo junto a Alma como un gesto de silenciosa solidaridad y pensó en Edek. De repente, sintió que ella tampoco querría vivir sin él; que ella también le seguiría a dondequiera que fuese, al mismísimo infierno si fuese necesario. Hasta el infierno le parecería hermoso mientras estuvieran juntos. El campo ya se lo había demostrado.

Cuando Mala encontró a Edek balanceándose de un pie a otro en la puerta de las oficinas (de algún modo, había logrado colarse entre tantos oficiales), una sonrisa radiante le iluminó el rostro.

—Prisionero número 531 —dijo, golpeando los talones delante del oficial que lo miraba con desprecio—. El *kapo* Jupp me ha dicho que hay que revisar unas tuberías del sótano.

—Yo me ocupo. —Mala ya estaba de pie y pasando por delante del guardia hacia Edek.

Le costó un enorme esfuerzo no levantarla en un abrazo allí mismo.

En cuanto se quedaron solos en el sótano, dejó su caja de herramientas y cogió la cara de Mala entre las manos, mirando trágicamente el corte rojo en su boca hinchada —castigo nazi por abrirla cuando no debía—, así como la marca violácea un poco descolorida de la bofetada del oficial sobre su mejilla, que a él le parecía marfileña.

—Mally, mi amor, ¡Mally! ¿Qué te han hecho?

—Refrescarme los principios nazis, por escuchar detrás de la puerta las conversaciones privadas de mis superiores. —Mala no pudo evitar la risa—. Teniendo en cuenta lo que oí, esperaba que Schwarzhuber me fusilara. Pero se contentó con darme un par de bofetadas. Debería considerarme una afortunada. Las últimas horas han sido tal martirio que necesito saber que sigue habiendo amor en este mundo.

Como si estuviera esperando la invitación, Edek se apresuró a cubrir su rostro de besos. Ella se rio suavemente e hizo una mueca al notar la boca de Edek sobre su labio roto y la piel de la mejilla que tenía ligeramente decolorada por las bofetadas de Schwarzhuber, pero en ningún momento se apartó.

—Ya lo he decidido —dijo él, y respiró profundamente—. No me

voy a ningún sitio. Me quedo aquí contigo.

—Yo también lo he decidido. —Mala ensanchó su sonrisa y acarició la mejilla sin afeitar de Edek—. Si quieres, me voy contigo.

Por un instante, se quedó mudo.

—¿Lo harás? —preguntó finalmente.

Mala se limitó a asentir, ofreciéndole de nuevo su rostro magullado.

Edek estaba dando martillazos distraídamente en el tejado del nuevo recinto México, rodeado de prisioneros rusos del bloque de Wieslaw, con los pensamientos revoloteando por su mente como abejas en una colmena alterada.

—¿Dónde tu cabeza hoy, camarada? —bromeó Kolya en su polaco chapurreado, al ver que Edek gritaba de dolor y se llevaba el pulgar a la boca—. ¿Intentas que te llevan a enfermería con mano rota? ¡Martillo es para tejado, no para dedos!

Después de pasar casi todas las noches en el bloque de Wieslaw, Edek se había hecho amigo de los prisioneros de guerra rusos. Eran tipos raros y cerrados que todavía le inspiraban un poco de miedo. Lo que parecía falta de disciplina y de respeto a toda autoridad ajena, en realidad eran una serie de normas de lo más estrictas que guiaban todas sus decisiones. Tras entablar amistad con el hombre al que llamaban Profesor, el mismo que negoció la tregua entre Wieslaw y Kolya (Edek estaba convencido de que era un oficial de alto rango que había sobrevivido solamente porque sus hombres habían mantenido el secreto), Edek comprendió que tenían su propio sistema de justicia. Si sospechaban que había un chivato entre sus filas, le sometían a un tribunal militar allí mismo e informaban con toda tranquilidad e impavidez a su nuevo funcionario de bloque, Wieslaw: «El número tal y tal se ha caído de la litera y se ha roto el cuello; asegúrese de quitarle de la lista para mañana por la mañana». Wieslaw se estremecía cada vez que se lo contaba a Edek.

Sin embargo, su frío sentido de la justicia solo resultaba equiparable a su sentido de la fraternidad y de la lealtad, que Edek no había visto entre otras nacionalidades del campo. No sabía si lo que los unía cual pegamento era la ideología política (el peor insulto que les había oído decir era que un comportamiento no era digno de un buen comunista,

lo cual provocaba una profunda vergüenza en el ofensor), o su código militar, pero se mantenían unidos con la firmeza de una manada de lobos y sacaban los dientes ante cualquier persona de fuera que amenazase a alguno de sus miembros.

Lo que más fascinaba a Edek era lo organizados y bien informados que estaban. El Profesor y Kolya, su ayudante (por llamarlo de algún modo), pues le seguía a todas partes y cuidaba de su señor con la lealtad de un perro guardián, llevaban periódicos al despacho de Wieslaw y comentaban las noticias del frente con el funcionario de su bloque a cambio de vodka y latas de sardinas. Cuando Edek preguntaba de dónde sacaban contrabando tan peligroso (a cualquiera que descubrían con un periódico lo condenaban a pasar varias semanas en el *Strafblock*, el temido barracón de castigo de cuyas celdas pocos regresaban), el Profesor se limitaba a sonreír con picardía.

—Hay muchos civiles trabajando en el complejo México, porque ahí está el desguace donde desmontamos incluso aviones derribados —le explicó en un impecable alemán, el idioma que había elegido—. Algunos de ellos son auténticos simpatizantes. Y otros simplemente son lo suficientemente inteligentes como para saber lo que les conviene viendo que se acerca el Ejército Rojo, por lo que les parece buena idea ayudarnos en todo lo que necesitamos.

De pronto, las palabras de Jozek (el funcionario preso que asignaba reclusos a distintos bloques y equipos de trabajo) sobre por qué los rusos trabajaban en un proyecto tan difícil empezaron a cobrar sentido. Allí tenían sus contactos civiles. La guerra seguía librándose y ellos ya estaban planeando el futuro. Ahora bien, Edek había descubierto recientemente que también tenían otra razón.

«El verano está llegando —había dicho el Profesor durante una de las reuniones vespertinas, con los ojos nuevamente ocultos tras el reflejo de la luz en sus gafas—. Es el momento perfecto para unirse a los partisanos en los bosques.»

Así pues, a diferencia de lo que creían, Edek y Wieslaw no eran los únicos que contemplaban la posibilidad de fugarse. Los rusos tenían sus propios planes, así como una ruta de huida que estaban

preparando en algún sitio del complejo México; Edek estaba convencido de ello.

Se obligó a abandonar aquellos pensamientos y se acercó a Kolya.

—Camarada —dijo en voz baja—, ¿crees que es posible sacar a una mujer de aquí?

Tal vez aquella pregunta sorprendiera a Kolya, pero su ancho rostro no dejó ver nada.

—¿Una mujer? —pensó, poniendo un tablero en su lugar—. Posible. Solo tiene que vestir como hombre.

Edek apartó la cara, molesto por que no le tomara en serio. Sin embargo, al cabo de unos segundos, se dio cuenta de que Kolya lo decía sinceramente y que la simplicidad de ese plan podía ser la solución que estaba buscando. Agarró la mano de aquel ruso enorme y se la estrechó emocionado.

—Gracias, camarada. ¡Me acabas de salvar la vida!

—No, si pillan con tu novia —bromeó Kolya con su habitual humor negro.

Pero nada podía empañar la alegría de Edek.

Una cálida brisa primaveral le acariciaba el rostro y cerró los ojos al sentirla. Por primera vez desde hacía años, el aire le olía a libertad: la suya y la de Mala.

27

Aquella tarde gris y deprimente, Mala estaba sola en la oficina del campo. Las corrientes ululaban por los pasillos vacíos, un cielo plomizo se cernía sobre el campo como la tapa de un ataúd y el frío tenía a Mala asida por los tobillos. El aire olía a muerte.

La noche anterior, los peores augurios de Zippy se habían cumplido y su querida Alma Rosé, amiga, mentora y adorada directora de la orquesta del campo había respirado por última vez en la enfermería; ni el famoso doctor Mengele, que acudió a su lecho de muerte, fue capaz de salvarla. Según le explicó Zippy con los ojos llenos de lágrimas, él también estaba visiblemente afectado. Al parecer, el Ángel de la Muerte apreciaba mucho el arte de *Frau* Alma.

Mandl también lloraba la pérdida de su persona favorita. Cuando Zippy le preguntó si se podía organizar un funeral por ella, la directora del campo de mujeres mostró un sorprendente entusiasmo y hasta permitió a Zippy encargarse de que hubiera coronas de flores en el bloque de música y la enfermería, donde se encontraba el cadáver de la difunta directora, aseado, vestido y velado por prisioneros y personal de las SS.

Mandl se escondía en su despacho para sonarse la nariz y empolvarse la cara, pero Mala aún podía notar la hinchazón y los ojos rojos. Ahora bien, para la oficial de las SS, la muerte de Alma Rosé era ante todo un inconveniente personal. La directora del campo la lloraba con la mirada herida de una niña mimada cuyo juguete favorito acaba de romperse.

—¿Cómo ha podido hacerme esto? —se repetía con la más sentida autocompasión y buscando empatía en el rostro de Zippy, que se mantenía impasible—. Siempre la traté de maravilla… Le concedí todos los privilegios que me pidió.

Salvo el más importante: salvar la vida de su amado.

Nadie lo dijo oficialmente, pero Zippy le contó a Mala que había sido con veneno.

—La pobre Almschi no aguantaba más. Cuando Miklos murió…, fue como si algo también muriera dentro de ella. Lo hacía todo como un fantasma. Ya no había luz en sus ojos, toda la orquesta podía verlo. —Una lágrima se deslizó por su mejilla. Bajó la mirada, con los ojos llenos de sombras—. Él era el único que le daba esperanza en este infierno. Sin él, la vida perdió todo su sentido.

Una vez que Zippy y Mandl se habían ido a dar el último adiós a Alma en la enfermería, Mala estaba recordando las palabras de Zippy. Las sentía en lo más profundo de su estómago, que se contraía dolorosamente con cada respiración.

«Él era el único que le daba esperanza en este infierno. Sin él, la vida perdió todo su sentido.»

En ese momento, entendió perfectamente la decisión de Alma. Si el campo le arrebatara a Edek, tampoco ella querría prolongar más su absurdo sufrimiento.

En la mesa inusualmente desordenada, vio una orden de traslado dirigida al director de campo Hössler. Escrito en la página amarillenta, el nombre del *Hauptscharführer* Moll la miraba en letra gótica como riéndose de ella con su despreciable presencia.

Mala se frotó la cara con las manos, gimiendo.

«Él era el único que le daba esperanza en este infierno.»

—Me voy contigo, Edek —susurró entre dientes—. Sácame de aquí. Si me quedo, acabaré igual que Alma.

Justo en ese instante, entrevió con el rabillo del ojo un mono azul marino que ya le resultaba familiar. Estuvo a punto de levantarse de un salto emocionada, pero al verle bien, se hundió en la silla, llena de decepción.

—Lo siento. —Un tipo grande como un oso se mecía de lado a lado en el umbral de la puerta, sonriéndole avergonzado—. Supongo que esperabas a otra persona…

—No, Jerzy. —Mala recobró la compostura rápidamente y saludó al gigante polaco con una radiante sonrisa forzada—. Pasa. ¿Te puedo

ayudar en algo?

Al igual que Edek, Jerzy Sadczykow pertenecía al *kommando* de instaladores. Tenía la complexión de un boxeador profesional y una cara que intimidaba hasta al famoso *kapo* Jupp, pero Mala sabía perfectamente que debajo de aquella amenazante fachada había un corazón de oro, leal y bueno. También era miembro de la resistencia del campo, y Kostek y el resto de sus compañeros del *Sonderkommando* le apreciaban mucho por conseguir para la causa un montón de contrabando del campo principal de Auschwitz, donde trabajaba gran parte de su tiempo.

—¿Estás sola? —preguntó Jerzy bajando la voz y maniobrando su enorme físico entre el escritorio de Mala y el radiador, gracias al que tendría una excusa convincente como instalador, si alguno de los SS decidía asomar su curiosa narizota por la oficina.

—Sí. Mandl y Zippy están en la enfermería, despidiéndose de *Frau* Alma.

—Pobre mujer. —Jerzy sacudió la cabeza, apesadumbrado—. La oí tocar varias veces. Qué talento tenía. ¡Qué pena!

Una triste sonrisa asomó en los labios de Mala. Jerzy era un hombre de pocas palabras, pero, de algún modo, siempre conseguía expresar exactamente lo que todo el mundo estaba sintiendo.

—Bueno, ¿qué necesitas? —preguntó Mala, poniéndose en modo práctico de nuevo. Sabía que sus visitas solo podían significar una cosa: la resistencia planeaba algo.

—Una cuchilla o una navaja de caza —contestó con su tono relajado de costumbre, como si enumerara artículos de la lista de la compra a un tendero—. A ser posible dos, pero con una valdrá. Cuanto más afilada, mejor.

Mala no pudo evitar levantar una ceja.

—¿Cuántos cuellos piensas cortar?

—No es para mí —respondió Jerzy, tocando el radiador con la llave inglesa—. El *Sonderkommando* está organizando una fuga para un par de tipos. Por lo que me han dicho, uno de ellos llevará encima unos documentos comprometedores. Si los atrapan, él y su camarada se cortarán el cuello, para que el Departamento Político no les saque los

nombres de sus cómplices.

En estado de *shock*, Mala se llevó las manos al pecho discretamente. De pronto, le costaba respirar. Sintió que todas aquellas muertes (las voluntarias) eran completamente evitables y demoledoras.

—¿Los conozco? —preguntó con la voz débil.

Jerzy no contestó de inmediato, estaba pensando.

—No lo creo —contestó por fin.

Mala no sabía si lo decía sinceramente o si trataba de evitar que cargara con el peso de haber conseguido unas armas que tal vez sirvieran para derramar sangre amiga.

Soltando el aire con dificultad, ella asintió, dejando que su voz recuperara cierta determinación.

—Hay una chica rusa, Rita, a la que yo misma asigné al equipo del Canadá. Ella te las conseguirá. Ven a verme mañana a la misma hora. Las tendré preparadas.

Alentado por tal promesa y visiblemente aliviado, Jerzy cogió la pequeña mano de Mala con su zarpa de oso y la estrechó de forma amable pero intensa.

—Eres una buena camarada, Mala. Espero poder devolverte este favor algún día.

Mala lo vio marchar pensativa, con una mezcla brutal de melancolía y una contradictoria esperanza en los ojos.

Quizás.

Algún día.

—He vuelto a ver a Lubusch. Me ha prometido una cartuchera y un arma para mañana —le dijo Edek a Wieslaw mientras se saludaban con un cálido apretón de manos. Había pasado una semana desde la conversación con Kolya, que le había hecho retomar sus planes con un entusiasmo renovado—. Supongo que tu reciente nombramiento como funcionario de bloque ha resultado una bendición. Te las pasaré en el descanso de la comida para que las escondas bien en tu habitación. Todo el mundo estará fuera trabajando, así que nadie se dará cuenta.

—Los SS registran mi cuarto periódicamente, teniendo en cuenta mi historial, ya sabes… —contestó Wieslaw con una sonrisa torcida—. Pero cuento con un escondite especial bajo las tablas del suelo del

almacén de pan; lo cubro con un armario.

—Mejor aún. —Edek le dio una palmada amigable en la espalda—. Cuando estén listas, te enviaré a alguien con un mensaje. Tendremos que pasarlas por la alambrada. Lubusch me las dará en su despacho, no puedo arriesgarme a pasar por los puestos de control con una cartuchera y una pistola escondidas.

—Claro que no —coincidió Wieslaw.

—Pero cuidado con el *kapo* Jupp. Ya sabes que tiene costumbre de patrullar la zona.

Al día siguiente, se comprobó que las sospechas de Edek resultaban justificadas. El *kapo* estaba vigilando la zona próxima al apeadero con una atención que enorgullecería a cualquiera en las SS. Eso sí, su interés en la alambrada era puramente personal; después de requisar «su parte», dejaba marchar al preso bendiciéndole con una patada en el culo.

Caía la tarde en el campo. Una cálida brisa de primavera, suave y fresca, acariciaba su piel. El cambio se palpaba en el aire; olía a esperanza y a nuevos comienzos. Edek lo inhaló con codicia, llenando sus pulmones hasta acabar mareado y un poco embriagado con la promesa que traía. No tenía tiempo que perder: al cabo de quince minutos debía volver con el *kommando* y, sin embargo, allí estaba, fumando y fingiendo charlar casualmente con Wieslaw a través de la alambrada mientras Jupp los vigilaba con sus ojos de halcón.

—¿No se va a ir? —gruñó Edek entre dientes. Estaba nervioso y sentía el sudor empapando su espalda. La pistola escondida le ardía a través de la ropa como un atizador candente—. Ya casi ha acabado el descanso de la comida. No puedo volver al trabajo con una maldita arma encima.

—Espera un poco más. —Wieslaw fumaba, también nervioso—. No tardará en cansarse de nosotros.

Por fin, Jupp encontró otras víctimas un poco más allá y se abalanzó sobre ellas.

Edek se desabrochó la chaqueta tan rápido como pudo, pasó la pistola con la cartuchera por debajo de la alambrada y la dejó en las manos de Wieslaw, que estaban esperando. Sin apartar los ojos del

kapo, Wielsaw se levantó toda la ropa, se ató rápidamente el cinturón sobre la piel apretando la cartuchera contra el hombro. Para cuando Jupp volvió a mirarlos mientras se guardaba algo del contrabando requisado, Wieslaw ya se había arreglado la ropa y estaba alejándose de la alambrada en dirección contraria a Edek.

—¡Eh, tú! *Schreiber!*

Edek se quedó sin respiración. No iba con él, pues Jupp estaba en el lado de Wieslaw, pero aun así se le hizo un nudo en el estómago. Miró por encima del hombro, sin arriesgarse a parar del todo.

—¿Qué llevas ahí, *Schreiber*? —Jupp ya estaba golpeando a Wieslaw en el estómago con la porra de *kapo*.

Edek vio horrorizado y con el corazón desbocado que su amigo agachaba la cabeza y se desabrochaba la camisa.

«Estamos muertos. Los dos.»

—¿Son de verdad? —preguntó Jupp, sacudiendo la cabeza y mirando la tripa de Wieslaw.

En ese momento, Edek vio el cuello de una botella asomando por debajo del cinturón de los pantalones de su camarada. Casi se le escapa una carcajada de alivio. «Viejo zorro», pensó, sacudiendo la cabeza ante la genial idea de Wieslaw de llevar como cebo una botella de vodka que debía de haber conseguido gracias a los soviéticos.

A su vez, el *kapo* Jupp le entregó a Wieslaw el paquete que acababa de confiscarle a otro recluso.

—Llévalo al bloque y espérame ahí antes de abrir esa botella, ¿me oyes?

Wieslaw se golpeó los talones diligentemente.

—Anda, corre, *Schreiber*. —Jupp se rio—. Hoy el *kapo* se va a dar un auténtico festín.

Aquella noche, mientras Jupp se emborrachaba hasta perder el sentido, Edek y Wieslaw estaban sentados cerca del armario bajo el cual habían enterrado su billete a la libertad; no pudieron dejar de brindar por el *kapo* con una gran sonrisa en los labios. Sin decir palabra, intercambiando miradas cómplices, brindaron también por Lubusch y por Szymlak, así como por los partisanos polacos a los que planeaban unirse. Si Jupp bebía a su salud, ellos lo hacían por la

libertad.

28

9 de abril de 1944

Se había producido otra fuga. Dos días después, los SS seguían recorriendo el campo con sus pastores alemanes, mirando a todo el mundo sospechosamente. Por ahora, los fugados habían conseguido casi de milagro que no los atraparan; a cada día que pasaba, las esperanzas de Edek crecían como la espuma. Ni siquiera le molestó que le pararan varias veces de camino al crematorio V, cerca de donde Mala y él habían quedado en encontrarse; por suerte, su aspecto inocente y la caja de herramientas, que prácticamente explicaba su presencia en cualquier lugar del campo, le evitaron mayores molestias.

Cuando por fin llegó al crematorio, vio que Mala no estaba sola. Con las manos metidas en los bolsillos de su abrigo, charlaba animosamente con Kostek y su compañero de *Sonderkommando*, Filip.

Para su sorpresa, también reconoció otro rostro familiar en el grupo de conspiradores. Jerzy Sadczykow, uno de los instaladores con los que compartía barracón, estaba fumando un cigarrillo con la mirada clavada a lo lejos en el complejo México. Su cara reflejó cierto asombro al ver acercarse a Edek.

—¿Tú eres…? —Solo consiguió pronunciar dos palabras, mientras un gesto de incredulidad fruncía su frente.

—Sí. —Mala respondió su inconclusa pregunta con una irónica sonrisa—. Él también está con nosotros.

—Vaya, vaya… —Tan lacónico como siempre, Jerzy desplazó el cigarrillo a un lado de la boca y estrechó la mano de Edek, emocionado.

Nunca habían tenido nada parecido a una amistad, pero en aquel momento sintieron que algo había cambiado. Sin saberlo, ambos pertenecían a la resistencia de Auschwitz, y esos vínculos eran más

fuertes que la muerte en aquel purgatorio.

—Por supuesto, les llevaré comida. —Mala había retomado el tema que aparentemente estaba discutiendo con los miembros del *Sonderkommando* antes de llegar Edek.

—Jerzy te llevará hasta allí y te indicará con precisión el sitio exacto —dijo Kostek, pasándole una bolsita, que Mala escondió automáticamente en su bolsillo. Edek notó un fuerte olor al tabaco ruso que fumaban los prisioneros de guerra del bloque de Wieslaw y que le hacía lagrimear—. Jerzy será tu centinela. En cuanto te diga que no hay moros en la costa, quita los tablones, mete la comida, vuelve a ponerlo todo en su sitio y espolvorea este *makhorka* soviético alrededor para que los perros no huelan el rastro. Por algún motivo, con ellos solo funciona este tabaco fuerte.

Jerzy se quedó mirando a Mala de arriba abajo con desconfianza.

—¿Seguro que podrás mover esos tablones sola? —Se volvió a Kostek con gesto preocupado—. Quizá sería mejor que Mala hiciera de centinela y yo moviera los tablones…

Kostek sacudió la cabeza.

—Necesitamos a alguien más pequeño. Las obras del búnker son muy poco sólidas. Un rinoceronte como tú hará que se derrumbe, y entonces ya podríamos decir adiós a todo el plan.

Filip soltó una carcajada mientras Jerzy sonreía; no parecía ofendido en absoluto.

En ese preciso instante, Edek comprendió el significado de sus palabras. Los miró boquiabierto, asombrado por lo que acababa de comprender.

—O sea, ¿que no se han fugado? —preguntó en un susurro casi inaudible, a pesar de que estaban en un sitio bastante seguro, y nadie podía acercarse al grupo sin que lo detectaran—. Siguen dentro del campo.

—Aprendes rápido, chico. —Kostek le dio una palmada cariñosa en la espalda, riéndose entre dientes—. La idea se le ocurrió a los rusos después de estudiar fugas fallidas durante años. Por eso se instalaron en el México: ahora mismo, es la obra más cercana al bosque que está en marcha, y llena de materiales de construcción.

—Y donde es fácil esconderse —añadió Filip dando un golpecito en las costillas a su amigo.

—Los alemanes son muy eficientes, pero nuestros amigos los *ruskis* son mucho más avispados —continuó Kostek—. Los alemanes confían en la lógica, los soviéticos confían en su… No sé cómo llamarlo, pero admiro su ingenio.

—La razón de que hayan fracasado tantos intentos de fuga es que el cordón externo está muy bien vigilado —apuntó Mala, moviendo la cabeza hacia el México—. Los perros de las SS encontrarían a los fugados en cuestión de horas. Si no descubren su rastro en varios días, llegarán a la conclusión de que ya están lejos. Enviarán telegramas a las autoridades de la zona para que estén atentos, pero abandonarán la búsqueda dentro del campo.

—O sea, que si consiguen evitar durante varios días que los vean, será totalmente seguro marcharse —concluyó Edek, incrédulo y admirado a un mismo tiempo.

Kostek tenía razón: el plan era realmente genial y rematadamente astuto.

—¿Vienes conmigo mañana? —le preguntó Mala, mirándole a los ojos—. De centinela.

—Por supuesto. ¿Hace falta que lo preguntes?

Mala sonrió agradecida.

—¿Los conozco? —preguntó Edek, sin dirigirse a nadie en concreto —. Cuando los guardias anunciaron sus nombres, no me sonaron.

Filip asintió de inmediato.

—A uno de ellos, sí. Rudek. Es el tipo que vino al crematorio preguntando por su novia la mañana después de aquel espanto en el Campo Familiar.

—¿El funcionario de bloque? ¿Ese chico joven?

—El mismo —confirmó Filip—. No soportaba la pérdida. Juró venganza y dijo que haría cualquier cosa para evitar que los nazis asesinaran a más gente. En fin, le tomamos la palabra y llenamos sus bolsillos de planos de los crematorios, con los nombres de los hombres de las SS que trabajaban allí, los números de los transportes y la gente ejecutada en las cámaras de gas; añadimos una etiqueta de Zyklon-B

que arranqué de uno de los contenedores y le pusimos en camino. Si tiene suerte y alcanza a los líderes judíos a tiempo con todos esos documentos encima, puede que ayuden a evitar que manden a los judíos húngaros a morir en las cámaras de gas.

Edek palideció.

—Pero si le encuentran con todos esos documentos encima, le destrozarán.

—Por eso más vale que no le cojan. —Filip se encogió de hombros, pero un suspiro nervioso delató lo que realmente sentía.

—Les dimos cuchillos de caza a él y al amigo que le acompaña. —La voz de Mala sonaba un poco extraña. Al hablar no miró a Edek a los ojos, sino que miraba al vacío—. Si los nazis los descubren, se quitarán la vida para no delatar a nadie.

—Rudek es nuestra única oportunidad —dijo Kostek, contemplando el apeadero con un tormento mudo. Aunque todavía se veía vacío y silencioso, pronto estaría a rebosar de almas inocentes a punto de desaparecer para siempre, en aquel mismo crematorio, incineradas por sus propias manos. Kostek se las miró con odio y las hundió en los bolsillos—. Mala dice que corre el rumor de que el Viejo volverá pronto para sustituir al comandante Liebehenschel.

Al oír el apodo del comandante Höss, que había sido trasladado el otoño anterior acusado de corrupción, Edek se apoyó contra la pared, mareado por una sensación de terror inminente. A diferencia del suave Liebehenschel, que se había enfrentado con Berlín por cada transporte y jamás aprobaba ejecuciones con gas por iniciativa propia, Höss era un irredento asesino al servicio de la burocracia que había convertido Auschwitz en una auténtica máquina de aniquilación. Además, en contraste con Liebehenschel, a Höss no le importaba que mujeres y niños acabaran en la cámara de gas. Él habría metido personalmente al último grupo y luego habría cerrado la puerta con llave, con la impasible expresión de una estatua, frío como la piedra y carente de toda emoción.

—También he visto documentos con el nombre de Moll —añadió Mala.

A Edek no le pasó desapercibida la oscura sombra que sobrevoló el

rostro de la chica. Algo en sus entrañas le decía que entre el brutal asesino de las SS y su amada había una historia; fuera la que fuera, le producía escalofríos.

—Los oficiales de Berlín le han propuesto ser director de la *Aktion* húngara, lo cual le deja prácticamente a cargo de todos los crematorios.

—¿Moll? ¿El del ojo de cristal? —Kostek se volvió hacia ella, alarmado—. ¿El que nos encerró en el crematorio y me dio una paliza por intentar advertirle de que estabas entre nosotros?

—El mismito. —Mala confirmó sus peores temores con una sonrisa torcida.

—Lo que me faltaba por oír hoy. —Filip se pasó las manos por la cara con un gemido—. Tener al cíclope de jefe.

—Pero no matéis al mensajero… —bromeó Mala con tristeza.

Nadie se rio. Un silencio tenso planeaba alrededor de ellos como una niebla gris; en el aire se percibía un peligro cierto e inminente.

Edek no quería dejar a Mala. Estaba deseando hablar con ella a solas: no, eso tampoco, lo que quería era abrazarla, aunque fuera durante solo unos instantes, sentir sus cálidos labios abiertos sobre los suyos, inhalar el aroma embriagador de su cabello. Pero Mandl la estaba esperando en la oficina y él tenía que volver al campo de hombres con Jerzy.

—¿Jerzy?

—¿Sí?

Por un instante, Edek dudó si debía abrirse a un hombre a quien apenas conocía, pero es que no le quedaba otra elección.

—Yo también tengo un plan de fuga.

—¿Ah, sí? —Por alguna razón, no parecía sorprendido.

Edek pensó que, tras el exterminio del Campo Familiar, todos los prisioneros habían empezado a contemplar una idea parecida.

—Tú trabajas casi siempre en Auschwitz, ¿verdad? —preguntó Edek.

Jerzy respondió con un gruñido y le miró con sus ojos grandes y amables, el gigante bueno que parecía un oso pardo pero tenía un corazón de oro, como Edek estaba a punto de descubrir.

—Tú dime lo que necesitas y lo haré —respondió finalmente, y sonrió.

—Voy a necesitar que me ayudes con Mala.

—Hecho.

Una simple palabra, un apretón de manos y el acuerdo quedó sellado. El resto del camino transcurrió en un silencio amigable. Entre dos compañeros de la resistencia no hacían falta palabras: todo estaba claro.

29

Habían transcurrido dos semanas desde entonces; dos semanas llenas de niebla, tensión y una calma tensa. La noche se cernía sobre Birkenau y el campo de hombres seguía sometido a un recuento permanente, o *Stehappell*.

El exterminio del Campo Familiar había hecho mella en el complejo, desencadenando una serie de intentos de fuga y espoleando a los presos. Rudek y su amigo fueron los primeros en huir; los siguieron varios prisioneros de guerra soviéticos del bloque 8 que tomaron la misma «ruta rusa» por el México, y más camaradas suyos se les unieron. A algunos los capturaron, otros lograron escapar, pero se había extendido la sensación de que era ahora o nunca.

Los SS habían planeado comunicar el recuento de prisioneros del campo después de ejecutar a los reclusos de Theresienstadt bajo la protección directa de la Cruz Roja Internacional. Si la más importante organización humanitaria del mundo, la misma para la que habían creado el Campo Familiar, ya no significaba nada para ellos, entonces se podía esperar cualquier cosa. Se acabó el fingir que los judíos estaban bien cuidados en los campos de concentración nazis. Las películas de propaganda rodadas en el gueto de Theresienstadt para los líderes mundiales eran lo único que quedaba de los judíos del gueto checo. Ya no habría más delegaciones de la Cruz Roja inspeccionando a los prisioneros, limpios y bien vestidos para la ocasión; se acabó el disfrazar los objetivos de los nazis en lo que a ellos concernía. Para mediados de abril, cualquiera que tuviera la capacidad de hacerlo, intentó fugarse. Al menos así tendrían una oportunidad de sobrevivir.

—No me gusta esta situación —le comentó Edek a Wieslaw tras enterarse de otra fuga. Como de costumbre, estaban sentados a la

mesa del cuarto de Wieslaw, bebiendo el contundente vodka que fabricaban los soviéticos. Aprovechando su puesto de funcionario, Wieslaw había conseguido ropa de confección, mientras que Edek se estaba dejando crecer el pelo, que el barbero del barracón le cortaba a cambio de cigarrillos. De no ser por el mono de trabajo de Edek, ambos podían parecer ciudadanos normales—. Cada vez se están escapando más —siguió Edek—, y la mitad de los fugados son de tu bloque.

—¿Y?

—¿No crees que el Departamento Político se fijará más en tu barracón?

Como si nada, Wieslaw le quitó importancia agitando la mano. Edek le miró removiendo su *goulash* (un favor especial que concedían a todos los funcionarios, y que Wieslaw había compartido con su amigo) y bajó su cuchara, incapaz de probar bocado. Sin embargo, la posibilidad de que la Gestapo del campo registrara el bloque no era lo único que le preocupaba. También le reconcomía el secreto que estaba ocultándole a su amigo, ese mismo que le hizo apartar la mirada y murmurar algo incoherente cuando Wieslaw le preguntó si le pasaba algo.

Edek tampoco podía explicarse por qué no le había dicho a Wieslaw que Mala iría con ellos. ¿Tal vez temía su reacción? Él mismo se reía de tal posibilidad. Wieslaw era de esos amigos que darían su propia vida por un camarada. Sería absurdo imaginar que pudiera oponerse a que incluyeran a Mala en el plan.

Como si leyera su mente, Wieslaw le dio un golpecito con el codo.

—Come antes de que se enfríe.

La comprensión que vio en los bondadosos ojos de Wieslaw casi le parte el corazón. Edek se sentía un traidor y la culpa le reconcomía.

Wieslaw guardó su cuchara y dobló las manos sobre la mesa.

—Edek. ¿Tienes miedo? ¿Es eso?

Como vio que su amigo le sonreía, Edek también soltó una risilla, pero le salió nerviosa y vacía. Entonces pensó que su amigo podía ver su corazón, que intuía instintivamente lo que le pasaba antes que él mismo.

«Sí», tenía miedo. No solo de la horca; le aterraba verbalizar el plan definitivo, como si hablar de él lo pudiera gafar.

Wieslaw alargó la mano, serena, y dio un toquecito sobre la de Edek, que estaba de los nervios. Eso bastó para que el miedo se desvaneciera.

—¿Wieslaw?

—¿Sí?

—¿Qué dirías si te dijera que quiero que Mala venga con nosotros?

Wieslaw no contestó de inmediato. Cuando Edek por fin se atrevió a mirarle, vio alegría bailando en sus ojos.

—Diría que creía que nunca me lo ibas a preguntar.

Edek soltó una carcajada, pero esta vez con un inmenso alivio. La presión desapareció de su pecho. De repente, el plato humeante que tenía delante le parecía apetecible.

—Tu amigo soviético, Kolya, me dio una idea para disfrazarla. La vestiremos también de instalador, y os llevaré a los dos como escolta de las SS. —Hizo una pausa para dar efecto a sus palabras—. En cuanto a cómo ocultar su cara, la idea me la diste tú.

Wieslaw le miró con curiosidad levantando una ceja.

—¿Recuerdas cuando llevamos el lavabo al bloque de música, cuando te lo pusiste sobre los hombros de tal manera que te tapaba la cabeza? —Al ver que asentía, Edek prosiguió—: Si le ponemos un lavabo sobre los hombros como hiciste tú, nadie sabrá que es una mujer.

—¡Es una idea fabulosa! —exclamó Wieslaw levantando su jarra de vodka—. Y este brindis por un humilde servidor, que concibió este plan tan brillante sin darse cuenta.

Para qué discutírselo. Riendo, Edek brindó con él y se bebió el vodka de un par de tragos que le abrasaron la garganta.

—Aunque conseguirle un *ausweis* sí que va a ser un problema… —dijo Edek, pensando en voz alta, mientras se metía una cucharada de *goulash* en la boca para aplacar el regusto de la bebida.

Antes de que su amigo pudiera volver a ponerse nervioso, Wieslaw le quitó importancia a ese detalle con un gesto de la mano.

—Ya se te ocurrirá algo, como siempre.

—¿Estás pensando sobornar a alguien para que te metan en un *kommando* de trabajo? Solo puedo llevar a prisioneros comunes fuera del campo; no a un funcionario de bloque. Y menos a uno tan bien vestido como tú vas ahora mismo.

—Edek. —Ladeando la cabeza, Wieslaw miró a su amigo con un ligero reproche—. Deja de preocuparte por todo, y come. Aún queda tiempo. No nos vamos hasta junio, ¿verdad? Yo mismo conseguiré un puesto en un *kommando* normal un par de semanas antes. Tampoco hay motivo para meternos prisa ahora. Mira qué bonito cuarto tenemos. Y un escondite para las cosas.

Por supuesto, Wieslaw tenía razón. Edek dejó la inquietud a un lado y le dio una palmadita en la mano a su amigo.

—Tú solo vigila el escondite, ¿vale? Sería una tontería perderlo todo en un estúpido registro, con lo que nos ha costado conseguirlo.

—Tranquilo. No registrarán el almacén del pan. Y, desde luego, no mirarán debajo de los tablones del suelo.

Durante un par de semanas, pareció que la inquietud de Edek no estaba justificada. Se produjeron más fugas, pero los SS ni siquiera castigaron a los prisioneros llamándolos a *Stehappell*, porque estaban cansados de montar guardia cada dos noches para vigilar a los reclusos.

—¿Ves? —dijo Wieslaw sonriendo a Edek—. Ahora ya les da igual. Los soviéticos les preocupan mucho más que nosotros. Para cuando nos fuguemos, probablemente ni siquiera nos busquen.

Edek quería creerle, pero algo seguía preocupándole.

El domingo por la noche fue a ver a Mala. De camino, tenía que pasar cerca de la horca, donde todavía colgaban tres hombres a los que habían capturado hacía poco después de que se fugaran; les habían puesto unos carteles en el cuello que decían: «¡Hemos vuelto!». Por unos instantes, se los quedó mirando como hipnotizado por sus lenguas negras, sus rostros hinchados cubiertos de moscas que no dejaban de zumbar y sus ojos sin vida clavados en unos pies que no habían sido capaces de llevarles lo bastante lejos del campo. Edek apartó la mirada, como si observar aquellos cadáveres pudiera gafar su plan.

Mejor no pensar en eso ahora.

Mejor creer que Mala, Wieslaw y él tenían posibilidades de escapar vivos de aquel infierno.

Ella le recibió en la puerta del sótano de siempre, morena y oliendo ligeramente a lavanda. Comparada con el sofocante hedor de miles de cuerpos sin lavar, carne pudriéndose y seres humanos incinerados que salía de las chimeneas contaminando hasta el aire que respiraban, a Edek le parecía estar inhalando el mismísimo cielo.

—Te ha crecido más el pelo —le dijo ella, peinándoselo a un lado.

—¿Ya parezco de las SS? —Intentó esconder una sonrisa, pero no pudo.

Mala frunció el ceño.

—Lo conseguirás.

Sin dejar de sonreír, la siguió a su habitación. Por algún motivo, Mala caminaba prácticamente bailando, y contestó a todas las preguntas de Edek con un misterioso: «Ya verás, todo lo bueno se hace esperar».

Una vez dentro, sacó un plato de queso con migas de pan por encima e hizo un gesto emocionado para que Edek se uniera a ella delante del radiador.

—¡Mira! —susurró con una mirada triunfal, cogiendo un puñado de migas y acercándolo al agujero de la pared.

Tras breves instantes, el pequeño roedor de siempre al que le faltaba una oreja asomó la cabeza y olisqueó el aire, con sus brillantes ojillos negros clavados en la generosa ofrenda. Mala acercó la mano, profundamente concentrada, con la palma hacia arriba y el pulso lo más templado que podía. A Edek le pareció que ni siquiera estaba respirando. Entonces notó que él tampoco lo estaba haciendo, por temor a asustar a su diminuta mascota.

Cuál fue su asombro cuando el ratón vaciló un instante y saltó a la mano de Mala, cogiendo un puñadito de migas y metiéndoselas en los carrillos, hasta llenarlos. A Edek empezaron a temblarle los hombros con una risilla silenciosa que pronto se volvió una carcajada que contagió a Mala.

—¡Mírale, no tiene ni el más mínimo miedo! —exclamó Edek,

impresionado.

—No me extraña. Este caballero es un *auschwitzer*. Un prisionero duro.

—Un superviviente. —Edek asintió—. Igual que lo seremos nosotros —añadió, emocionado.

Sus ojos se encontraron con los de Mala, llenos de manchitas de oro.

—No has renunciado a la idea de sacarme de aquí, ¿verdad?

—Ni de broma. Iré donde tú vayas, y si te quedas, me quedaré. Ese era el trato, ¿no?

—Solo digo que hay problemas logísticos.

—Ya no hay problemas logísticos. —Con la mayor ternura, Edek cogió un pellizco de migas y las dejó cuidadosamente en la mano de Mala, donde el ratón seguía dándose un banquete—. Uno de mis nuevos amigos soviéticos me dio una idea y Jerzy ha accedido a ayudarme. Te vestiremos de prisionero con un mono azul de instalador, te cortaremos el pelo y te cubriremos la cabeza con un lavabo o algo así, para taparte la cara. Lo único que tendrás que hacer será escribir otro nombre en ese *ausweis*, para que seáis dos a los que escolte ese día. En cuanto a la foto, diré que quedaba poco papel de imprimir, o algo por el estilo: la guerra sigue en marcha. Un miserable vigilante no pondrá en duda la palabra de un oficial.

—Veo que tu Lubusch te ha enseñado bien.

—Así es. —Edek contestó con una cálida sonrisa y acarició el pelo de Mala—. Piénsalo, Mally. Un par de meses más y seremos libres. Quizás un año más y la guerra habrá acabado.

—¿Y qué quieres hacer después de la guerra? ¿Volver a la academia de marina? —Mala le miró con curiosidad.

—No. —Edek negó tajantemente con la cabeza—. No quiero volver a ponerme un uniforme en la vida. Ya he tenido suficiente con esta asquerosa guerra.

—¿Entonces?

—He pensado en hacerme carpintero: estoy seguro de que cualquiera me contrataría, gracias a mi amplia experiencia. —Rompió a reír con amargura—. Pero luego me he dado cuenta de que tú probablemente volverás a trabajar de intérprete, y no quedaría bien

tener a un simple carpintero como marido. Así que he decidido ser arquitecto. Tardaré unos años en estudiar, pero merecerá la pena.

—¿Arquitecto? —Mala arqueó una ceja, impresionada.

Ya habían bromeado con la idea de casarse y, aunque nunca lo habían hablado en serio (ya que hacer planes era demasiado ridículo en un campo de exterminio donde la vida de un prisionero podía acabar por el capricho de cualquier guardián), de algún modo daban por hecho que eso es lo que ocurriría si lograban salir de los muros de Auschwitz.

Edek intentó reír, pero la sonrisa se le escurrió de la cara; un velo de melancolía cubrió sus ojos.

—Pensé que al mundo le vendría mejor tener más arquitectos que más soldados. Así podríamos reconstruir todo lo que hemos destruido.

—Creo que es un plan maravilloso. —Mala le cogió la mano y se la estrechó con fuerza.

—¿Y cuál es tu plan? —preguntó él.

—Estar contigo.

—No me refería a eso.

—Sé exactamente a lo que te referías. —Asintió varias veces—. Mi plan es estar contigo. Es todo lo que quiero. Me da igual qué hago o dónde viva. Si tú estás en casa cuando vuelva por la noche, seré feliz.

El *Hauptscharführer* Moll gritaba furioso en el prado de detrás del crematorio V.

—Malditos idiotas, ¿estáis ciegos o qué os pasa? —exclamó el recién nombrado director del *Sonderkommando*, señalando con su bastón el cordel de señalización tirante—. ¿Os da la inteligencia lo suficiente para entender que hay que cavar dentro de la marca, no fuera de ella? Otro error como este y os fusilo yo mismo en el sitio. ¡Asquerosos fiambres descerebrados!

Había llegado unos días antes con el excomandante Höss, que sustituyó de nuevo al «compasivo *Kommandant*» Liebhenschel. Moll se volcó inmediatamente en su pasatiempo favorito: organizar el lugar de ejecución a escala de exterminio masivo. Edek se enteró por Mala que Moll ya había estado a cargo de las ejecuciones, mucho antes de que se construyeran los cuatro crematorios de Birkenau, y de que Hössler

le sustituyera. Moll fue quien propuso enterrar los cadáveres que no cabían en el único crematorio de Auschwitz dentro de las fosas comunes situadas en el prado donde ahora estaba Edek. Él también supervisó la exhumación e incineración de los cuerpos descompuestos cuando empezaron a aparecer en la superficie del suelo, contaminando las aguas cercanas con el negro veneno que salía de sus fosas. Una vez que terminaron la espantosa labor de desenterrar y quemar los cadáveres, ejecutó a todo el *Sonderkommando*. Y también había estado a punto de matar a Mala, tirándola a una zanja llena de cadáveres.

Conociendo el espantoso currículo de Moll y viendo cómo trabajaban, Edek dedujo lo que la bestia de un solo ojo estaba organizando en aquel precioso prado de color verde esmeralda que estaba dividiendo en secciones, para que los hombres del *Sonderkommando* lo levantaran. Con los rostros manchados de sudor y polvo, clavaban sus palas en el barro, ellos mismos condenados ya, espantosamente conscientes de que estaban cavando su propia tumba, en la que caerían en cuanto Moll acabase con sus próximas víctimas, los judíos húngaros.

Edek trató de pasar lo más lejos posible de Moll y su prístino uniforme de verano blanco, y se acercó lentamente hacia Kostek, el amigo de Mala en la resistencia que trabajaba en el *Sonderkommando*. El guerrero de la libertad griego estaba metido hasta la cintura en una zanja recién abierta, sin camisa y con la piel bronceada por el sol; tenía las palmas de las manos ensangrentadas y envueltas con unas vendas improvisadas a partir de trozos de su camiseta. Estaría haciendo una pausa, porque su pecho se hinchaba y contraía con evidente dificultad, pero, al ver a Edek agachado en el borde de la trinchera, su rostro se deshizo en una enorme sonrisa.

—Saludos al *kommando* de instaladores. —Kostek levantó su mano maltrecha imitando un saludo. Lo único que no sonreía eran sus ojos, llenos de un sufrimiento mudo. Edek le miró con lástima, como si pudiera sentir en su propia alma la inmensa carga de tener que ser cómplice en el asesinato masivo de los nazis. Al menos, él solo reparaba tuberías para ellos. Kostek estaba cavando fosas que pronto engullirían a cientos de familias, comunidades enteras, sin dejar rastro

—. ¿Qué necesitas? Que sea rápido. Como ves, tenemos nueva administración —dijo Kostek—. Si Moll te ve merodeando por aquí, pondrá a prueba su nuevo método de exterminio contigo.

Edek no pudo evitar quedarse boquiabierto.

—Con todo lo que nos han hecho ya, ¿resulta que este ha inventado algo nuevo?

Kostek levantó la mano y la dejó caer, como diciendo: «No te lo puedes ni imaginar».

—Bueno, ¿de qué se trata? —preguntó Kostek.

—Mala me ha dicho que tienes un reloj de pulsera para mí —susurró Edek—. Alemán. Algo que podría llevar uno de las SS.

Antes de que terminara de explicárselo, Kostek ya había sacado del bolsillo algo envuelto en un pañuelo mugriento y se lo lanzó para que lo cogiera al vuelo.

—Espero que te traiga suerte. Escóndelo bien hasta el día en que tengas que ponértelo. Si lo necesitas, usa el bloque de admisiones como escondite: casi siempre está vacío y los guardias nunca lo registran. Allí tenemos oculto parte de nuestro contrabando. El encargado se llama Jurek.

Edek asintió de inmediato.

—Le conozco. Poco, pero le conozco. Una vez le ayudé a arreglar el radiador de su cuarto.

—Pues si os conocéis, mejor. Él te guardará una maleta con cosas siempre que le pagues algo. Y ahora vete antes de que te vea el Cíclope.

Mientras Edek volvía a paso ligero hacia el crematorio, se fijó en el prado partido por las feas heridas abiertas de las futuras fosas comunes, con sus flores arrancadas y tiradas y rajado por las palas afiladas. A lo lejos, vio soldados de las SS en lo alto de dos cámaras de gas, que llevaban más de dos años sin funcionar por las nuevas obras en Birkenau, examinando las trampillas del techo y limpiando las dos antiguas alquerías que habían convertido en instalaciones de exterminio. Bajo los rayos del fogoso atardecer, la Casita Roja y la Casita Blanca volvían poco a poco a la vida. Edek sintió un escalofrío de terror y aceleró el paso como si le persiguiera el mismísimo

Satanás.

Aquella noche, volvió al barracón de Wieslaw justo a tiempo para ver cómo el Departamento Político ponía el bloque 4 y el 6 patas arriba. Al parecer, su exhaustivo registro no había dado más resultado que algo de comida y unas cuantas botellas de licor que los guardias ni siquiera se molestaron en requisar. El oficial al mando se marchó furioso acompañado de su séquito.

En cuanto desaparecieron, Edek le dio un suave codazo a su amigo.

—Tenemos que cambiar las cosas de sitio —susurró sin apenas mover los labios—. Hoy han sido el 4 y el 6, mañana serán el 5 y el 8.

—El 7. —Wieslaw trató de discutírselo sin convicción—. Son alemanes. Adoran el orden.

—Sí, pero más que el orden, les gusta sorprendernos con registros inesperados. —Edek lo miró atentamente—. Las movemos esta noche. Uno del *Sonderkommando* acaba de hablarme de un escondite perfecto: el bloque de admisiones. Solo está concurrido de día, cuando pasan por ahí los recién llegados. Nadie duerme en ese lugar. De noche está completamente vacío. Los guardias nunca lo registran. Jurek, el funcionario encargado del bloque, está solo, y Kostek dice que nos ayudará a cambio de un par de pepitas de oro y de que le prometamos la libertad.

—Yo de noche no puedo salir. Soy el funcionario del bloque.

Edek maldijo entre dientes, palpándose en busca de un cigarrillo. Tenía los nervios a flor de piel. Fumar era lo único que le calmaba. Fumar y sentir el peso de la cabeza de Mala sobre su brazo mientras dormía profundamente, con la respiración honda y serena.

—Pues iré solo.

—Si esperas a mañana, las cambiaré de sitio yo mismo, durante el día. Aquí no habrá nadie en toda la tarde.

—Mañana será demasiado tarde. —Edek le interrumpió bruscamente—. Las cambiaré esta noche. Tú preocúpate de que te pongan en un *kommando* de trabajo, y no lo dejes para el último momento por el «chollo» que tienes aquí. —Al ver que su amigo parecía dolido, Edek suavizó el tono de inmediato—: Perdóname, por favor. No lo digo en serio. Es solo que… estoy nervioso, ¿entiendes?

Wieslaw asintió y fue hacia el barracón sin esperarle. Edek maldijo otra vez en voz baja, arrojó al suelo el cigarro sin acabar y se pasó las manos por la cara.

—¿Pelea enamorados? —bromeó Kolya al pasar junto a él.

—Vete a la mierda, bolchevique —contestó Edek con un gruñido—. Es todo culpa vuestra. Si no se estuvieran fugando una docena de rojos al día, el Departamento Político no se habría asomado por aquí.

—Al menos, nosotros tenemos pelotas para huir —contestó Kolya quitándole hierro, consciente de que Edek no le culpaba en realidad. Después de una discusión con tu mejor amigo, hay que sacar la frustración con alguien—. No te preocupes, ¡pronto vendremos a liberaros, polaquitos!

Kolya y sus compañeros entraron en el barracón entre risas, dejando a Edek a solas con sus inquietantes pensamientos.

De noche, mientras el resto del campo dormía tranquilamente, Edek cruzó a hurtadillas el complejo y entró en el almacén de pan del bloque de Wieslaw. Bajo la tenue luz de la luna, levantó los tablones del suelo lo más silenciosamente que pudo, mirando por encima del hombro cada dos por tres. Sin saber por qué, tal vez por la burla de Kolya o por las lecciones de interpretación de su antiguo *Kommandoführer,* de repente empezó a ponerse el uniforme de Lubusch encima del suyo.

Era una idea temeraria y completamente absurda, pero, antes de darse cuenta, ya estaba paseándose por el campo, silbando una melodía y con las manos en los bolsillos, como si fuera el amo del mundo, como si tuviera derecho a estar donde quisiera y hacer lo que le viniera en gana. Cada vez que se cruzaba con un guardia, el estómago le daba un vuelco, pero incluso entonces notaba que no tenía nada que temer. Al reconocer las insignias de oficial, se apartaban de su camino rápidamente, golpeaban los talones, le saludaban y esperaban erguidos a que Edek pasara por delante de ellos, con el brazo ligeramente flexionado a la altura del codo.

—*Heil Hitler*.

Apenas se molestaba en contestarles. Las palabras le resultaban repugnantes.

Jurek, el funcionario del bloque de admisiones, se pegó un susto de muerte al verle entrar con paso resuelto en su cuarto.

—¡Firme! ¡Mirada al frente! ¡Talones juntos! —gritó Edek en su mejor alemán.

Jurek se levantó inmediatamente de la cama donde estaba tumbado leyendo un libro, tropezó con sus propias botas y casi se cae de bruces, viéndose ante la autoridad. Cuando vio que el oficial de las SS empezaba a reírse, tardó unos segundos en darse cuenta de que era Edek.

—¿Eres tú, Edek? ¡Maldito capullo! ¡Casi me meo encima! ¿Qué demonios haces paseándote con ese disfraz?

—Practicar —contestó Edek, evasivo.

—¿Para qué? ¿Tu propia ejecución en *Appellplatz*?

—No, para volver a caminar como un hombre libre.

Jurek se quedó mirándole.

—Oh, no. O sea, que… ¿tú también?

—O sea, que… yo también. Y tú vas a ayudarme.

Jurek ya estaba negando con la cabeza y levantando las manos.

—Yo no quiero tener nada que ver en esto. Ya tengo problemas suficientes con el *Sonderkommando* y lo que sea que están escondiendo por todas partes.

—¿Ah, no? ¿Has visto las fosas que está cavando Moll detrás de los crematorios? ¿Has visto a los de las SS habilitando las dos viejas cámaras de gas? Ahora mismo están preparando la Casita Roja y la Casita Blanca. ¿Tú qué crees que hacen? —Hizo como que pensaba—. ¿Limpieza de primavera, quizá? ¿Simplemente quitar el polvo en las cámaras de gas? ¿O será porque el segundo apeadero ya está terminado y no tardarán en llegar trenes llenos de judíos húngaros, tantos que te van a mandar ayudantes de otros equipos…

—Yo no he oído nada de ayudantes.

—Todavía no ha salido la orden oficial. Está todavía en la oficina de administración.

—No me digas que has entrado allí vestido de este modo.

—No. Tengo gente trabajando en la oficina. —Tampoco era necesario mencionar el nombre de Mala. Se acercó otro paso a Jurek,

que ahora ya parecía realmente asustado—. Si me ayudas a esconder este uniforme y la pistola, los puedes usar para fugarte cuando me haya ido. Te los haré llegar a través de un civil que trabaja aquí dentro.

Jurek se quedó un buen rato dando vueltas por la habitación, considerando su oferta. Se fumó dos cigarrillos seguidos mientras Edek esperaba pacientemente en un rincón. Por fin, le hizo un gesto para que le siguiera al interior del barracón.

—Allí, debajo del tejado del rellano. —Señaló el lugar que tenía *in mente*—. Hay un falso techo de madera. Mételos entre los tableros. Allí nadie va a buscar nada.

30

Mala estaba sobre el apeadero recién construido viendo cómo se detenía el tren, con la mirada triste. Era el primero de muchos que debían llegar en los próximos dos meses, ella misma había pasado a máquina y copiado el calendario que más tarde habían distribuido entre los jefes de las SS. A su lado se encontraba el director de campo Hössler, que sostenía su bastón a la espalda. Ya no lucía su habitual sonrisa bondadosa. Con gesto nostálgico, buscaba el lugar donde Alma Rosé solía dirigir su orquesta. En lugar de la violinista, ahora había un director esperando la orden de empezar a tocar. Hössler apartó los ojos, asqueado.

—Laks es muy buen director. —Mala intentó sonreír, pero Hössler le lanzó una mirada asesina.

—No es *Frau* Alma.

Hacía más de un mes de la muerte de la violinista (suicidio, según Zippy), pero Hössler seguía sufriendo. Tal vez se negaba a asumirlo, pero la realidad era la realidad. Supuestamente había llamado a Mala como intérprete, pero ella sospechaba que solo quería tener a alguien cerca, nada más. Alguien que no vistiera su mismo uniforme. Alguien con quien pudiera compartir sus recuerdos y con quien hablar de cosas que sus compañeros no entenderían en el mejor de los casos, y, en el peor, le denunciarían. Alguien que le recordaba a su Alma, la única mujer a la que había amado de manera inocente y desinteresada, y a quien había perdido por culpa del campo que él mismo dirigía.

Mala sentía lástima por él. Le despreciaba como al resto de los SS, pero le compadecía. No debía de serle una carga fácil saberse cómplice de la muerte de alguien tan importante para él. Lo tenía merecido, pero…

Con un gemido, el tren frenó hasta detenerse. Los *kapos* se abalanzaron de inmediato hacia las puertas, abrieron los pesados cerrojos con rapidez y destreza, y empezaron a sacar a la multitud aterrada sobre la plataforma. Tanto los prisioneros como los guardias actuaban de un modo muy distinto al habitual. En vez de los perros tirando de sus correas y ladrando a los nuevos reclusos, los oficiales iban colocando a los recién llegados tranquilamente en dos columnas; en vez de emplear sus insultos y golpes de costumbre, se lo pedían educadamente.

Mala sentía un peso enorme en el corazón mientras contemplaba a los hombres de las SS con un odio frío, sabiendo perfectamente que lo tenían todo preparado para los recién llegados. Las cámaras de gas y los hornos. Estremeciéndose de angustia, apartó la mirada, con un profundo sentimiento de impotencia y un odio todavía mayor.

—Por favor, dejen su equipaje aquí mismo, en la plataforma. Tenemos un *kommando* especial que lo llevará hasta el campo.

Cuando alguien advirtió que su maleta no estaba marcada, un guardia de las SS se esmeró en escribir el nombre del caballero con un trozo de tiza. Satisfecho, el anciano se quitó el sombrero y ocupó su sitio en la fila donde se encontraban los hombres. Mala vio que miraba a alguien de la fila de mujeres con una sonrisa de ánimo («No se preocupe, estos alemanes parecen muy correctos») y su corazón se encogió con un dolor insoportable. Pobre hombre. Si supiera el motivo de tanta «corrección»…

Dos días antes, Hössler estaba dando instrucciones a sus subordinados en el patio de desfiles que había delante de la oficina del campo.

—Los húngaros nunca han vivido en guetos. Jamás han visto violencia. Es absolutamente fundamental que les infundamos tranquilidad y les aseguremos que no tienen por qué temernos. En los próximos meses, llegarán transportes a diario. Eso significa que miles y miles de personas tendrán que pasar por las seis cámaras de gas, incluidas la Casita Roja y la Casita Blanca, cada día. Para garantizar la rapidez de la operación, tenemos que hacer todo lo posible por asegurar a los recién llegados que están completamente a salvo en

nuestras manos. No habrá ningún insulto, ningún grito, y desde luego ninguna violencia física contra los húngaros. Si piden agua, díganles que se les dará después de la ducha. Si quieren beber de la manguera, permítanles que vayan a la manguera. Si quieren sentarse en el césped delante del crematorio mientras administramos el gas a los primeros, dejen que se sienten, siempre y cuando crean que van a darse una inocente ducha. No creo que haga falta explicar qué sucederá si uno de ustedes dice cualquier cosa de que van a morir en las cámaras de gas, como sé que les gusta hacer para provocarlos. Si se llega a armar una revuelta entre miles de personas, tendremos un serio problema. Así pues, nos conviene actuar lo más educadamente posible. Bromeen con los hombres. Consuelen a las mujeres. Jueguen con sus críos, igual que hicieron en el Campo Familiar. Sean lo más serviciales que puedan…

Las palabras de Hössler seguían resonando en la mente de Mala cuando, de pronto, una mujer le hizo una señal para que se acercara. Detrás de ella había dos niñas de unos doce años con vestidos de terciopelo a juego y zapatos lustrados. A Mala le sorprendía la cantidad de familias que parecían haberse vestido para una ocasión especial. A saber qué mentira les habían contado las autoridades locales sobre su destino…

—Aquel caballero sobre la tarima, ¿es médico? —preguntó la mujer.

Mala siguió la mirada de la mujer hasta la pequeña plataforma donde estaba el doctor Mengele, dispuesto como un cuadro y elegantemente vestido, como siempre. Para los recién llegados, Mengele resultaba profundamente tranquilizador, con su rostro apuesto, su educada forma de dirigirse a la gente, su sonrisa amable y las insignias de personal médico en las hombreras. Ellos no veían la naturaleza depredadora tras la engañosa fachada de *Herr Doctor*, no reconocían los destellos perturbados del científico loco en sus oscuros e impenetrables ojos, ni les resultaba inquietante su interés por cualquier criatura que llegara en pares idénticos, embarazada o con alguna deformidad física. Para él, no eran seres humanos, sino objetos para experimentar, pinchar, medir, y finalmente diseccionar para ver exactamente cómo había ido el experimento. Mala era dolorosamente

consciente de lo que conllevaban aquellos experimentos, pues era ella quien enviaba órganos en conserva y ojos flotando en líquidos distintos a los superiores del doctor Mengele en Berlín, y se quedaba helada cada vez que alguien mencionaba su nombre, por no hablar de cuando el mismo *Herr Doctor* se presentaba en la oficina de administración del campo. Su amiga Stasia había salvado a muchas embarazadas del insano interés de Mengele practicándoles abortos, pues la alternativa en manos de aquel nazi hubiera sido mucho más espantosa e indefectiblemente letal.

—¿Por qué? —le preguntó Mala a la mujer.

Sabía que la orden era asentir, sonreír y tranquilizar a todo el mundo, pero, por mucho que lo intentase, era incapaz de hacerlo.

—Acaba de decir algo sobre gemelos. Mis niñas son gemelas. ¿Valdrá eso?

Mala pensó en los barracones de Mengele, llenos de gemelos como ellas, con los que experimentaba como si fueran cobayas, inyectándoles deliberadamente todo tipo de sueros o virus letales para después abrirlos en canal y comparar las diferencias entre el hermano infectado y el sano. Se acercó un poco a la mujer.

—Quítese la chaqueta y póngasela a una de sus hijas — empezó a susurrarle al oído—. Sepárelas para que estén en partes distintas de la fila. Dígale a una que se deshaga la trenza; cuando las niñas se acerquen a él (deben hacerlo por separado, ¿de acuerdo?, es muy importante), dígales que contesten que tienen quince años.

Al volver a su sitio, Mala vio que la mujer estaba pálida. Tardó unos instantes en recobrar la compostura, instantes en los que temió que empezara a gritar y a acusarla de ser una vil criminal que hacía correr ciertos rumores, pero finalmente se recompuso y empezó a quitarse la chaqueta con manos temblorosas.

—Toma, póntela —susurró, dándosela a su hija.

Mala se alejó, suspirando aliviada.

Durante los siguientes días, Mala hizo exactamente lo mismo. Aprovechando su puesto de intérprete, iba acercándose a la gente y les susurraba al oído: «Si te pregunta la edad, dile que tienes cuarenta y cinco años», o «Dígale que su hijo tiene quince años», o «Suelte el

estuche de la flauta, dígale que es carpintero, no músico…».

Era una empresa muy peligrosa, pero por el momento había funcionado: a casi todas las personas a las que conseguía advertir de tal modo Mengele las enviaba a la fila que conducía a la sauna, no a la cámara de gas, cosa que las salvaba de una muerte inminente. El resto de aquel torrente interminable de gente era escoltada «muy correctamente» por las SS a través de la terminal del campo hacia la arboleda donde había otras dos «saunas», con las chimeneas escupiendo nubes de un olor dulzón y nauseabundo. A los demás los conducían por Lagerstrasse al tranquilo bosque de Birkenau, donde esperaban ocultas otras dos «saunas». Delante de ellas, el *Sonderkommando* hasta había plantado parterres con flores siguiendo órdenes de Hössler, según las últimas informaciones de Kostek.

—Esos pobres diablos no tienen ni la menor idea de adónde van — dijo, sacudiendo la cabeza asqueado mientras Mala transfería varias navajas plegables de su bolsillo al de él. Esa era otra empresa peligrosa, rebuscar entre el equipaje desechado sobre el mismo apeadero mientras los hombres de las SS estaban distraídos con sus nuevos cargos; pero Mala había decidido arriesgarse—. Míralos allí tumbados en la hierba, con periódicos sobre la cabeza, sin una sola preocupación, como si estuvieran en una playa de verdad. —Kostek escupió en el suelo.

Debido al retraso en el trabajo, multitud de recién llegados tenían que esperar su turno fuera de los crematorios. Felizmente ajenos al destino que les esperaba dentro de los muros de aquellos edificios, se quedaban delante de las puertas, sentados sobre la hierba húmeda, esperando apáticamente a que las guardianas les trajeran el agua que les habían prometido. Los ancianos se cobijaban en la sombra que ofrecían los cochecitos de bebé, y los más pequeños correteaban a su alrededor, mientras sus inocentes risas provocaban escalofríos entre los hombres del *Sonderkommando* que volvían del infierno al otro lado de las altas pantallas protectoras, a poco más de veinte metros de los patios de los crematorios. Con los rostros sudorosos, observaban trágicamente a los niños, sabiendo perfectamente que al cabo de menos de una hora estarían arrojando sus cuerpecillos en las fosas

infernales de Moll.

—Hössler les ha prometido té helado y café después de la ducha —contestó Mala sin emoción.

Era imposible advertir a aquella gente, su destino estaba escrito; simplemente, no había adónde huir. Los crematorios estaban rodeados por un cordón externo de alambrada electrificada y torres de vigilancia. El único motivo que la llevaba allí era pasar su material de contrabando lo más rápido posible, antes de que el *kommando* del Canadá se hiciera con él. La resistencia tenía colaboradores en el servicio de clasificación, pero nunca se sabía si podían encontrar armas escondidas entre las pertenencias de la gente, antes de que lo hiciera algún delincuente para luego vendérselas a los mismos guardianes o a civiles que trabajaban en el campo a cambio de una botella de licor o embutido ahumado.

—Moshe Mentiroso. —Kostek sacudió la cabeza.

Mala no se lo discutió. Desde luego, lo era.

—Ahora les damos hasta toallas de algodón y pastillas de jabón a todos —continuó Kostek.

—¿Y nadie sospecha?

Mala contempló la chimenea humeante con recelo. Su infernal luz anaranjada oscurecía hasta el cielo, volviéndolo gris. Las espantosas briznas de ceniza flotaban en el aire como copos de nieve en pleno junio; esto es, aquellos que no se deshacían al entrar en contacto con la piel, sino que dejaban una capa aceitosa de terror y muerte, imposible de quitar.

—Muy pocos. Los SS se los llevan afuera y les disparan con las pistolas de aire comprimido, para que nadie oiga los tiros. Luego arrojan los cuerpos detrás del crematorio. Como los hornos no dan abasto para tanta gente, tenemos un grupo pequeño trabajando allí. Moll ha montado una línea de producción impresionante detrás del crematorio V. Veinte fosas de cuarenta o cincuenta metros de longitud y dos metros de profundidad, con unos ocho de anchura, para incinerar los cuerpos que no caben en los cuatro crematorios.

Kostek seguía hablando, mientras Mala hacía números. «Los crematorios II y III tienen cinco hornos cada uno, cada uno con tres

cámaras. Eso son diez hornos, treinta cámaras. En cada camilla caben cuatro cuerpos. Los crematorios IV y V tienen dos hornos cada uno, con cuatro cámaras de incineración por horno. Veinte fosas, de dos metros de profundidad y cincuenta de longitud…» Estaba mareada.

—¿A cuánta gente… —tragó con dificultades antes de seguir—, a cuánta gente habéis incinerado hasta ahora?

Kostek arrugó el gesto, calculando una cifra aproximada.

—Unos doscientos mil —declaró con el tono de un banquero que cita el último informe bursátil—. Dicen que en junio llegarán otros trescientos mil.

—Eso significa medio millón de personas —susurró Mala, que se limpió con el dorso de la mano el sudor que empezaba a brillarle en la frente—. Medio millón de personas en dos meses.

—Esto es Auschwitz. —Kostek extendió el brazo en un gesto aterradoramente macabro.

Mala le miró a los ojos y los vio absolutamente muertos. Nadie sería capaz de recuperarse de algo así. Y, por lo que parecía, él también lo sabía.

31

Las SS «celebraron» el Día D ejecutando en las cámaras de gas a los siguientes tres transportes sin llevar a cabo selección alguna. Esta vez fueron despiadados, y castigaron a los judíos por el desembarco de los aliados en Normandía, por una guerra que ya no podían ganar, golpeando a la gente en el apeadero con sus porras y destrozando el cráneo de los niños contra los lados de los camiones de ganado, borrachos de alcohol y de odio. No había *kapos* suficientes para mantener el orden. El *kommando* de instaladores de Edek había sido trasladado de las obras de una calle en el campo de mujeres a la terminal donde trabajaban como encargados temporales.

El mes de junio tampoco estaba mostrando la menor compasión y hacía un calor asfixiante, que empapaba de sudor el uniforme de los veteranos del campo y quemaba el cráneo recién afeitado de los nuevos. En las ondas temblorosas provocadas por el calor, las figuras borrosas de los judíos húngaros bajando de los trenes parecían fantasmagóricas antes de desaparecer en el aire abrasador sin que nadie pudiera recordar sus nombres disueltos entre la ceniza, mientras otro transporte se detenía ante el apeadero (que ahora siempre estaba lleno), para verter una nueva carga de seres humanos listos para el sacrificio a manos de los secuaces de Moll.

Edek procuraba mantenerse cerca de Mala en todo momento y solo empuñaba la porra cuando algún desgraciado pasaba a su lado mientras un miembro de las SS miraba. Maldecía a voz en grito y la agitaba intensamente, pero nunca golpeaba a nadie.

—Pronto —decía moviendo los labios sin articular sonido cada vez que sus ojos se encontraban con los de Mala.

—Pronto —contestaba ella siempre.

Ya tenían acordada la fecha (apenas quedaban dos semanas) y se

habían reunido muchas veces en secreto para cerrar los detalles. Entre ellos, habían decidido que el mejor sitio para esconder el uniforme de manera que Edek pudiera cambiarse y pasar desapercibido era el búnker del almacén de patatas, un edificio solitario y sin vigilancia en Auschwitz; y el mejor escondite para el disfraz de Mala eran los aseos de la garita del vigilante, que no solo serían perfectos para guardar su mono de instalador, sino también para meter el lavabo con el que iba a ocultarse. Asimismo, habían elegido los cómplices que los ayudarían: Jerzy llevaría a Mala hasta Edek, y Jurek ayudaría a este con su uniforme.

Pero aún quedaba tiempo para ese día. Ahora Mala estaba pidiéndole la documentación a los húngaros recién llegados y metiéndosela bajo la ropa, procurando grabar sus nombres en la memoria. Aquellos papeles, inútiles en ese momento, acabarían quemados en el Canadá, pero si lograba sacarlos de allí, tendría pruebas de cómo acabaron. Ya era demasiado tarde para ellos, pero al menos podrían contarle al resto del mundo lo que estaba pasando delante de sus propias narices; de ese modo, tal vez se salvarían algunas vidas.

Cuando Mala fue asignada al horrible equipo de trabajo de Moll, Edek se inventó una excusa para acompañarla, como si temiera perderla de vista en medio de toda aquella orgía de muerte.

Detrás de las altas pantallas que ocultaban la espantosa escena a los húngaros, estaba el noveno círculo del infierno, presidido por Moll. Veinte zanjas profundas y centenares de cadáveres ardiendo a la vez, con la piel estallando y crepitando mientras los hombres del *Sonderkommando* los pinchaban con sus largos palos, con el rostro adusto y cubierto de sudor (o tal vez fueran lágrimas, Mala no lo sabía por las olas de calor ascendente que distorsionaban sus rasgos).

Ataviado con su uniforme de verano blanco, y con la Cruz de Hierro resplandeciente sobre el pecho (la última condecoración que le había otorgado su demente *Führer* por el «excelente servicio», sin duda), Moll estaba explicando su invento a una pequeña delegación de oficiales que Mala no había visto antes.

—Para incinerar el mayor número de cuerpos al mismo tiempo,

hemos inventado un sistema especial que utiliza la grasa humana como combustible. —Con aire de conferenciante, apuntó su bastón hacia la fosa más cercana—. Ahí abajo hay una franja bastante ancha que recorre el centro de la zanja, de un extremo al otro. Siguiendo mis instrucciones explícitas, el *Sonderkommando* cavó un canal de drenaje inclinado hacia ambos lados desde el centro, y de ese modo se va recogiendo la grasa que producen los cuerpos ardiendo en dos recipientes que les hice colocar a cada extremo del canal. Así podemos quemar una cantidad enorme de cuerpos sin necesidad de ninguna fuente de combustible externa.

En su pecosa cara, podía verse el orgullo por su diabólico invento. Lo único muerto era su ojo de cristal, que seguía tan frío como su desalmado dueño.

Los oficiales invitados asentían con miradas de complicidad.

—Podríamos organizar una operación parecida en nuestro campo.

—Oh, desde luego. Luego les doy las instrucciones exactas.

Moll vio a Mala entre las ondas de calor infernal mirándolos con los puños cerrados, pálida y temblando del odio.

—Ay, Mally, amiguita. ¿Sigues viva? No te preocupes, te guardaré un hueco calentito para cuando terminemos con esta escoria húngara. —Movió la cabeza hacia la fosa más cercana con una enorme sonrisa en la cara—. Si me lo pides bien, quizá te pegue un tiro antes de lanzarte dentro.

Mala comprendió que él tampoco había olvidado aquella escena con Hössler ni su traslado, pero no dejó que se notara en su rostro.

—El *Oberturmführer* Hössler está con un transporte retenido en el apeadero. Todos los crematorios están hasta arriba y me ha preguntado si podría usted encargarse de otras mil personas. Vamos, que si empieza a enviárselos —dijo, manteniendo la voz lo más inexpresiva que podía.

—¡Claro que sí! Cuantos más, mejor, ¿eh? —Al oír su risa, Mala y Edek se estremecieron—. Dile a Hössler que ni siquiera hace falta que los pase por el gas, los tiraremos aquí dentro tal cual. —Su ojo bueno se detuvo sobre Edek—. ¿Y tú qué quieres, cerdo bolchevique?

—Soy polaco.

—La misma mierda. ¿Te envía Hössler también?

—No. Hans, el *kapo* del Canadá, pregunta si debería mandar más dentistas para las coronas de oro o si ya tiene suficientes.

—Tenemos suficientes. Dile que le enviaremos todas las coronas de oro más tarde, con el oro ceniza.

—¿Oro ceniza? —Edek frunció el ceño, confundido.

—Cuando se acaban de chamuscar los fiambres, tamizamos las cenizas para ver si esos mandriles listillos llevaban algo escondido en el culo. Os sorprendería cuánto encontramos al cabo del día.

Dos reclusos del *Sonderkommando* venían desde el crematorio empujando un carro lleno de cadáveres recién ejecutados en la cámara de gas.

—¡Que sea rápido, cerdos asquerosos! —bramó Moll—. ¡No estáis de paseo en un maldito parque! ¿Os ayudo a encontraros las piernas?

Incapaz de seguir en aquel infierno, Edek cogió a Mala por la muñeca y tiró de ella, alejándola de las llamas que consumían carne humana a una velocidad espantosa, de los oficiales de las SS que lo contemplaban satisfechos consigo mismos, así como del destino que sin duda les esperaba si no llevaban a cabo su plan. Acababa de ver lo que se estaban jugando.

—No voy a morir en una de esas fosas —dijo Mala, con la voz cargada de ceniza y una determinación de acero.

—No —contestó Edek, entornando los ojos hacia el horizonte—. Ninguno de los dos lo hará. De eso me encargo yo. Lo juro.

Más tarde, ya en el cuarto de Mala, Edek entregó a Kostek el arma de Lubusch. Desde las sombras, los ojos de los muertos los miraban atentamente, reclamando venganza silenciosamente en aquella calma ensordecedora. Después de lo que habían presenciado aquel día, tras haber participado en ello, aunque fuera en contra de su voluntad, ya no había vuelta atrás, ni negociación posible con el enemigo, ni esperanza de que los guardianes tuvieran algo de humanidad. Su única opción era luchar: luchar hasta el último aliento, hasta la última gota de sangre, hasta el último ápice de valor.

—¿No te la vas a llevar? —Con incredulidad, Kostek se quedó mirando la automática en su mano.

—Nadie va a comprobar la cartuchera de un *Unterscharführer* para ver si lleva la pistola en la funda. —Edek se encogió de hombros, distraído—. Y tú la vas a necesitar más que yo.

Un silencio ominoso y grave se extendió por la habitación después de esas palabras. El Campo Familiar había sido el primero en caer; ahora eran los húngaros. Todos sabían quiénes serían los siguientes: el *Sonderkommando*, para que no revelaran sus secretos al ejército soviético, que cada vez estaba más cerca.

Kostek se metió la pistola en la cintura del pantalón, la ocultó bajo la camisa y estrechó la mano de Edek con firmeza.

—Pero llévate unos cuantos cerdos de las SS contigo —dijo Edek, esta vez con la voz llena de emoción.

Kostek asintió. Juró que así lo haría.

Dentro de los crematorios, el *Sonderkommando* que hacía el turno de noche seguía incinerando los cuerpos que quedaban. En el almacén, los instaladores estaban de celebración. Era una fecha triste: cuatro años exactos desde la llegada de su transporte al famoso apeadero de Auschwitz. En otras circunstancias, a nadie se le habría ocurrido celebrar nada en medio de aquel infierno dantesco. Al otro lado de la puerta, las chimeneas no paraban de expulsar un humo hediondo y, sin embargo, allí estaban ellos, con las mesas cubiertas de telas y un cubo entero lleno de licores para la ocasión.

Cuatro años. Cuatro años insoportablemente largos, durante los cuales los nazis habían intentado matarlos de distintas formas: de hambre, de fatiga, a golpes, acosándolos, exponiéndolos a frío y calor extremos, negándoles asistencia médica e higiene. Sin embargo, ahí seguían, vivos y coleando, y aquel acto de rebelión extrema merecía celebrarse.

Jerzy, el gigante amable que había jurado a Edek que haría todo lo que estuviese en su mano para ayudarlos con su fuga, se levantó titubeando. Era el primer brindis de la velada, pero se tambaleaba de la emoción, como si ya estuviera borracho.

—Por favor… —dijo, tratando de mantener la compostura. La copa de metal llena de vodka parecía pequeña, como un dedal en sus enormes manazas—. Solo un segundo de vuestra atención.

Cuando la sala quedó en silencio, Jerzy se humedeció los labios para formar las palabras.

—Sé que hoy estamos de celebración, pero me parece adecuado alzar esta primera copa…

—¡Taza! —le interrumpió alguien, haciendo que todos rompieran a reír.

—Sí, taza… —Jerzy sonrió sutilmente—, por los camaradas que ya no están con nosotros. En aquel tren íbamos setecientos veintiocho. ¿Cuántos quedamos hoy? —Sus ojos recorrieron la habitación, llenos de lágrimas—. ¿Treinta? ¿Treinta y cinco? ¿Cuántas vidas…?

—¡Calla, Jerzy! —gritó uno de los instaladores polacos.

Pero Jerzy miró al frente, pálido y tembloroso, como si no le hubiera oído.

—Estaba Djuno. Y Romek. Tadek…

—¡Deja de pasar lista! —Esta vez fue Edek, visiblemente nervioso—. Si empiezas a nombrar a todos los camaradas que hemos perdido, estaremos días aquí dentro. Ya tendremos tiempo para llorarlos. Ahora no. Ya se nos revuelve bastante el estómago a todos con esos pobres húngaros, como para que ahora empieces tú también. Guardemos silencio unos momentos. —Se puso en pie y alzó su taza, invitando a todos a hacer lo mismo. Durante un minuto, no se oyó nada—. Gracias. Por los camaradas caídos. Que descansen en la paz eterna. Y por que los venguemos en cuanto podamos.

Kolya, el ayudante del Profesor, que había conseguido entrar en el *kommando* de cocinas, normalmente reservado para los triángulos verdes alemanes, entró levantando dos cubos.

—¿Alguien ha pedido *goulash* y patatas?

—¡Kolya, usurero bolchevique! ¿De dónde demonios has sacado eso? —Los prisioneros se quedaron pasmados mirando los cubos.

—Dos oportunidades para adivinar. —Kolya rugió de risa mientras dejaba los cubos completamente llenos junto a las mesas. De pronto, un olor tentador a carne fresca y patatas inundó la habitación; era embriagador y casi mareante. Con un infinito agradecimiento y gran asombro, los hombres vieron cómo repartía generosamente la comida en los cuencos con una sonrisa ancha en la cara—. Los SS van a tener

que hacer dieta un par de días, pero hoy nosotros nos vamos a poner ciegos.

—Pronto podremos comer lo que nos apetezca —proclamó Edek, metiendo la taza en un cubo de licor.

Varios hombres intercambiaron miradas cómplices.

—Entonces, ¿tú también? —preguntó el Profesor, con los anteojos brillando bajo la tenue luz con una inesperada alegría—. ¿Cuándo?

—Dentro de un par de semanas —contestó Edek, entornando los ojos por encima del borde de la taza.

—Nosotros también.

—¡Todos a la vez no, camaradas! —Kolya levantó la mano, bromeando con que protestaba—. Nosotros también nos vamos, así que vamos a ponerlo en un calendario o algo.

—Y pensemos en un sitio donde encontrarnos cuando salgamos —propuso Wieslaw, con una sonrisa de oreja a oreja.

—¡Me pido estar al mando de la brigada! —El entusiasmo de Edek no tenía límite.

—Kolya se encargará de la cocina de campo —sugirió alguien.

Afuera, las chimeneas seguían escupiendo humo sin cesar. Dentro del almacén, una isla de vida en medio de la muerte brindaba por su «casi libertad».

—Escondí tu uniforme de las SS y la cartuchera en el búnker de patatas de Auschwitz —dijo Jurek en voz baja unos días después.

El funcionario del bloque de admisiones parecía más nervioso de lo habitual, sus ojos brillantes no se estaban quietos tras los cristales. El *Sonderkommando*, con Kostek a la cabeza, acababa de llevar más contrabando a su desierto barracón, obligándole a buscar frenéticamente más escondites bajo el tejado de paja y las tablas del suelo. Su gesto incómodo parecía decir: «Ya estaba arriesgando el cuello por la causa y ahora Edek, con sus planes de fuga, me hace correr de un lado al otro del campo con un uniforme de las SS escondido bajo la ropa». Sin embargo, la promesa de libertad llevaba hasta a los más cobardes a cometer actos heroicos, y Jurek no era ningún cobarde. Simplemente, era un especulador que sabía lo que le convenía, pero, para Edek, en el fondo era un hombre de gran

corazón.

—Y recogeré tu uniforme de instalador en cuanto te cambies y salgas de allí —concluyó.

El bloque de clasificación volvía a estar tranquilo. Solo había algunos papeles desperdigados por el suelo, con las huellas del *kommando* Canadá como único testimonio de la gente que había atravesado su puerta apenas unas horas antes.

—Gracias. —Edek cogió su mano y la estrechó agradecido.

—¿Tienes a alguien para recoger la ropa de tu novia después de que se ponga el uniforme de instalador?

—Sí. Jerzy se ocupará de ella. Él será quien la acompañe.

—¿Le conozco?

—Está en mi *kommando*, también es instalador. Polaco, político, calvo, más de dos metros, parece un oso pardo, puede doblar una palanca con sus propias manos. —Edek solo lo decía medio en broma.

—¡Ah! —La cara de Jurek reflejaba que ya sabía quién era—. Es el tipo al que evita hasta el *kapo* Jupp.

—Ese es Jerzy —confirmó Edek con cierto orgullo en la voz; orgullo de poder llamarle amigo.

Lo único que sentía era no haberlo sido antes. Pero ¿quién iba a decirle que las apariencias engañaban tanto y que una fachada tan amenazadora podría esconder un alma tan generosa y amable?

—No habla mucho, ¿verdad? —preguntó Jurek.

—No. Pero hacer sí hace bastante. Por la causa.

—Claro, por la causa. —Jurek suspiró, dando vueltas con sus pálidos dedos a una pepita de oro que le había dado Edek como pago. Después de dudar unos instantes, se la devolvió encogiéndose, ligeramente avergonzado, en respuesta a la mirada interrogante de Edek—. Por la causa. Te hará falta allá fuera.

—¿Y tú? —preguntó Edek en voz baja, mirando con incredulidad la pepita en la palma de su mano.

—No te preocupes por mí. —Jurek le quitó importancia con un gesto de la mano—. Los chicos del *Sonderkommando* se ocupan de mis problemas.

Edek volvió a darle las gracias, pero esta vez apretó su mano con

auténtica emoción. El pecho se le hinchó al hacerlo, y sus ojos empezaron a llenarse de lágrimas. Enjugándoselas discretamente con el dorso de la mano, respiró hondo para recobrar la compostura y cambió de tema, pues todo se estaba poniendo demasiado emotivo para gusto de ambos.

—Como acordamos, en cuanto Mala, Wieslaw y yo lleguemos a casa de Szymlak, el alicatador que trabaja en el campo, le dejaremos el uniforme y el pase. Él os lo hará llegar otra vez el siguiente día que venga a trabajar. Luego, Jerzy te sacará del campo igual que yo voy a sacar a Mala y a Wieslaw. Gracias al uniforme, las SS no sabrán cómo nos hemos fugado. Darán por hecho que hemos tomado la ruta de los rusos, así que podrás repetir nuestra fuga con seguridad y sin problemas.

Jurek asintió, con los ojos encendidos por la emoción. El plan era bueno, prácticamente infalible, hasta un veterano como él lo sabía.

—Puede que nos veamos fuera algún día —dijo Jurek, acompañando a Edek a la puerta.

—Eso estaría bien.

Edek sonrió amigablemente y estrechó por última vez la mano del funcionario del bloque de admisiones.

Edek estaba de muy buen humor. Había conseguido ganarse al *kapo* Jupp sobornándole con alcohol prácticamente cada día durante las últimas dos semanas. Gracias a ello, Jupp había dejado que Wieslaw también se incorporara al *kommando* temporal que estaba en el apeadero, lo cual significaba que volvería a estar con los presos comunes.

Sin embargo, cuando Edek, emocionado, le contó la noticia a su amigo, Wieslaw se quedó serio y callado, pasándose los dedos por su largo cabello con nerviosismo.

—¿No te alegra? —Edek se quedó mirándole, asombrado y un poco dolido—. Todo está arreglado con Jupp. Jurek, el del bloque de admisiones, te conseguirá mañana un uniforme de preso común. El día acordado, irás directo al búnker de patatas, donde yo te estaré esperando vestido como tu acompañante de las SS. En cuanto Jerzy nos traiga a Mala, nos iremos de este sitio para siempre. Lo que no

entiendo es por qué no me estás matando a besos ahora mismo.

Wieslaw hizo un esfuerzo para reírse, pero luego miró a Edek con melancolía.

—Edek, gracias por todo, de veras… —Volvió a soltar una larga exhalación, llena de palabras sin decir—. Pero… no puedo…, no puedo ir.

—¿Estás loco? —preguntó Edek suavemente aunque con absoluta seriedad—. Tenemos una oportunidad de salir de aquí, de una vez por todas.

—Lo sé. Es que… —Una amable sonrisa suavizó sus rasgos—. Será mucho más difícil sacar a dos reclusos. El plan solo valía para uno: un prisionero acompañado de un oficial de las SS…

—No pienso escuchar estas tonterías. —Edek le interrumpió sacudiendo la cabeza tajantemente—. Lo conseguiremos, los tres, y ya está.

—Y cuando estemos fuera, ¿qué? Dos pueden esconderse, tres son multitud. No conseguiremos pasar desapercibidos. Además, una pareja formada por un hombre y su esposa o su novia viajando solos despiertan menos sospechas que dos hombres y una chica. Si yo fuera un alemán de patrulla, pensaría que se trata de partisanos, seguro.

—Szymlak nos proporcionará ropa de calle —insistió Edek, que se negaba a rendirse—. Tal vez logremos sacarle un par de herramientas de cultivo a cambio de oro… Entonces pasaremos por labradores polacos, sin problema. Al fin y al cabo, los tres somos polacos: hablamos el idioma perfectamente y conocemos el país. Las patrullas alemanas no tendrán motivo para pararnos y pedirnos los papeles…

—No tendrán motivo para parar a pedir los papeles «a una pareja» —le interrumpió Wieslaw—. Un labrador y su mujer parecen algo natural. Dos labradores y una chica parecen recién sacados de un cartel nazi antipartisanos.

—Mierda. —Edek gruñó obstinado, e iba a seguir discutiendo cuando comprendió que no había nada que pudiera decir contra el sólido argumento de Wieslaw. Le sentó como una patada en el estómago; pensar en la posibilidad de dejar atrás a su mejor amigo le dejó casi sin respiración. Sacudió la cabeza, asqueado consigo mismo

por planteárselo siquiera—. Entonces, yo tampoco me voy.

—Eso es una estupidez. —Wieslaw le reprendió con una sonrisa triste—. ¿Y qué pasa con Mala? ¿Que se quede ella también a sufrir en este matadero, solo por tu sentimiento fraternal hacia mí?

Edek soltó un gemido: elegir era imposible. Dejó caer la cabeza sobre sus brazos, cruzados en la mesa. ¿Cómo decidir qué era más importante: la mujer a la que amaba más que a su propia vida o el amigo que le había salvado varias veces?

Por suerte para él y para su sentido de la culpa, Wieslaw decidió por él.

—Vete con Mala, y yo os seguiré con Jerzy y Jurek unos días después. —Edek casi se atraganta al notar el calor de la mano de su amigo sobre el hombro—. Nos reuniremos en los bosques y lucharemos codo con codo, tal y como habíamos planeado. Es la solución más razonable. Puedes discutírmelo todo lo que quieras, pero sabes que tengo razón.

Una sonrisa triste y torcida surgió en el rostro de Edek cuando lo levantó para mirar a Wieslaw.

—Odio cuando te pones lógico.

Wieslaw soltó una risilla por la nariz.

—Lo sé. Eso sí, os ayudaré a Mala y a ti en todo lo que pueda. No pienso desentenderme de eso.

—Gracias. Sé que no lo harás.

Se quedó mirando fijamente a su mejor amigo durante un buen rato, como si estuviera memorizando sus rasgos para los años (o los días) que estaban por venir. Nadie sabía cuándo volverían a encontrarse, si es que lo hacían.

—Pero necesito que me prometas una cosa.

—Lo que sea.

En un arranque de emoción, Wieslaw agarró la mano de su amigo.

—¿Recuerdas que hablamos de escribir un libro sobre nuestra experiencia?

—Sí…

—Si eres tú quien sobrevive, escríbelo por los dos, ¿de acuerdo?

Wieslaw se quedó mirando a Edek antes de darle su solemne

palabra; no fue porque dudara en hacerlo, sino más bien porque de repente tuvo la premonición de que él sería el único de todos ellos que sobreviviría para contar aquella historia.

El sol abrasaba el suelo. Edek estaba toqueteando la cerradura del aseo de la caseta del vigilante. Hasta los tablones de madera irradiaban calor; el metal de la cerradura quemaba al tacto. Con sudor cayéndole por la cara y la espalda, la maldijo por enésima vez. Llevaba más de veinte minutos manipulándola y seguía sin abrirse.

Exasperado, miró por encima de su hombro. Wieslaw, que le estaba cubriendo, le hizo un gesto para que siguiera: no había moros en la costa. Aquella sofocante tarde, el campo estaba desierto. Los equipos de trabajo en el exterior y los *kapos* que los vigilaban seguían fuera del perímetro, y los SS, incluidos los vigilantes de las torres, estaban ocupados durmiendo la siesta después de una ración doble de cerveza fría y chupitos. Intuyendo el cambio de actitud entre los guerreros teutones ante la noticia de las últimas victorias aliadas, sus comandantes habían decidido apaciguarlos proporcionándoles cantidades prácticamente ilimitadas de alcohol, como hacían con las tropas en el frente.

Para un soldado de infantería borracho, hasta un comisario soviético rugiendo con una granada de mano resultaría menos aterrador. Para un guardia de las SS borracho, cientos de miles de húngaros se convertirían en una masa borrosa, y matarlos sería mucho más fácil. Corría el rumor de que, una vez que hubieran acabado con los húngaros, el resto de *auschwitzers* correrían su misma suerte, fuesen veteranos o no. El reloj avanzaba, amenazante e implacable, recordándoles el poco tiempo que les quedaba a sus patéticas vidas.

Edek se volcó en la tarea con fuerzas renovadas. Necesitaba romper el cerrojo para que Jerzy tuviera alguna excusa para estar allí al día siguiente. Ya había escondido el mono azul dentro del aseo, detrás del depósito de agua que estaba conectado a uno de los inodoros, un lugar completamente seguro, pues ningún soldado alemán se rebajaría hasta el punto de tocar detrás de unos artefactos tan antihigiénicos. Mala cambiaría uno por otro y saldría de allí acompañada de Jerzy, con un lavabo sobre la cabeza. Ella misma se había ocupado de su pelo el día

anterior: se lo había cortado ante la asombrada mirada de Edek; ni siquiera parpadeó al ver los largos mechones rubios caer a su alrededor sobre el suelo de cemento.

—Volverá a crecer —dijo encogiéndose de hombros y sonriendo ante su expresión atormentada como si no pasara nada—. Ya lo ha hecho antes.

Por fin, la cerradura cedió. Conteniendo apenas un grito de júbilo, Edek dejó su uniforme dentro, cogió la caja de herramientas y emprendió el regreso por el camino soleado, con los ojos entornados de placer bajo los rayos dorados. Por primera vez desde que estaba en Auschwitz, le inundó un deseo abrumador de ponerse a silbar.

Era prácticamente libre.

Prácticamente libre, con Mala.

32

24 de junio de 1944

Había llegado el día, el día que la sentenciaría o la haría libre, junto con Edek. El plan era muy ingenioso por su sencillez: Mala debía entrar en el aseo de la garita del vigilante, ponerse el uniforme de instalador, ocultar la cara y el pelo bajo el lavabo de porcelana que Jerzy había dispuesto de antemano, y salir acompañada por él. Desde allí, Edek, vestido de SS (le había asegurado que Jurek, el funcionario del bloque de admisiones, ya había escondido el uniforme en el búnker de patatas para que se cambiara allí), la escoltaría a través de las puertas y… hacia la libertad. Pensar en ello era increíblemente emocionante y también aterrador. Era una lástima que al final Wieslaw no fuera con ellos, aunque cuando Edek se lo explicó, Mala lo entendió perfectamente. No obstante, se sentía muy culpable por haber cambiado el plan inicial de los dos amigos.

—Por mi culpa, se va a quedar aquí —dijo Mala con un gemido, ocultando la cara entre las manos, incapaz de mirar a Edek.

—No se va a quedar. —Edek apartó suavemente sus manos de la cara y las besó con ternura—. Se irá justo después de nosotros. En cuanto Szymlak le vuelva a pasar el uniforme, saldrá con Jerzy o Jurek, quizá con los dos a la vez.

Mala asintió pensando en la maravillosa capacidad de Edek para consolarla siempre, cuando más lo necesitaba.

Sin embargo, ahora notaba la garganta seca, como si hubiera tragado papel de lija. Iba en dirección a la garita, pidiendo a todos los dioses en los que no creía que no hubiera ningún guardia curioso merodeando por allí. Antes de salir, había echado un vistazo a los horarios en la oficina del campo. Por suerte, aquel día solo debía estar de guardia el *Blockführer* Perschel, un joven despistado al que le

gustaba mucho más montar en moto que vigilar a los reclusos a su cargo. Si la suerte estaba de su lado, eso sería precisamente lo que estaría haciendo.

Para aplacar a la deidad que fuera, Mala murmuró rápidamente una oración, sin saber si la decía bien, con los dedos de ambas manos cruzados. El sol le daba en los ojos, y apenas veía por dónde iba. El suelo de la calle principal despedía ondas de calor y el aire temblaba distorsionando la realidad, que flotaba como un espejismo ante sus ojos.

Pero aquello no era ningún sueño. Estaba pasando.

La garita principal apareció ante ella. Mala ya veía sus robustos muros grises, la pintura blanca reciente en los marcos de las ventanas, casi cegadora bajo la fuerte luz del sol, y hasta los geranios de color rosa vivo en los alféizares. Su corazón empezó a latir frenéticamente.

—¡Mala!

Al principio, no lo oyó: su mirada estaba concentrada únicamente en la puerta de la garita.

—¡Mala! ¿Tienes un minuto?

Cuando la mujer se acercó corriendo junto a la valla que separaba la enfermería de la calle, agitando sus frágiles brazos para atraer la atención de Mala, por fin la vio. La vio y maldijo entre dientes. La mujer, que le sonaba un poco, pero no lo suficiente como para reconocerla, estaba moviendo los brazos como un molino, atrayendo la atención de todo el mundo. Eso era lo último que necesitaba.

—¿Vendrás a la enfermería luego?

Sin ralentizar el paso, Mala negó con la cabeza.

—No. Hoy no. Lo siento.

—¿Mañana? —La mujer no paraba de correr. Sus ojos hundidos buscaban los de Mala con desesperación—. Mañana me dan el alta. Sé que a veces mandas a las pacientes a equipos de trabajo buenos… ¿Crees que podrías…?

—De verdad, tengo muchísima prisa —la interrumpió Mala. Pero al ver el rostro de la mujer descomponiéndose, soltó un suspiro y, después de mirar a su alrededor, se quitó el reloj de pulsera y se lo tiró por encima de la valla. Cayó a los pies de la mujer—. Ve a ver a

Anni, la *kapo* de la enfermería, y sobórnala con eso. De lo contrario, esa cabrona alemana no moverá un solo dedo. Dile que vaya a buscar a Zippy en el *Schreibstube*; cuando hables con ella, dile que te envía Mala. Ella hará que te trasladen a un buen equipo.

La mujer cogió rápidamente el reloj del polvoriento suelo y se lo apretó contra el pecho con ambas manos.

—¡Gracias, Mally! Eres un ángel. ¡Ay, muchísimas gracias! Acabas de salvarme la vida.

Bueno, a ver si alguien podía salvar la suya.

Tal y como había esperado, el *Blockführer* Perschel estaba saliendo de la garita, cojeando ostensiblemente de una pierna. Mala se detuvo de golpe y le vio maniobrar con su bicicleta mientras barajaba sus opciones frenéticamente. No tenía ninguna excusa para estar allí; ¿debería dar media vuelta y…?

Demasiado tarde. Perschel ya la había visto y le hacía gestos para que se acercara. Mala no sentía las piernas, pero fue hacia él, cada vez más mareada a cada paso que daba.

Haciendo un enorme esfuerzo, se obligó a sonreír.

—¿Puedo ayudarle, *Herr Blockführer*?

—Sí, sujétame el manillar de este maldito trasto… —contestó él, un poco avergonzado—. Ayer tuve un pequeño accidente con la moto.

—Claro, *Herr Blockführer*. —Mala se limpió las manos sucias en la falda y cogió el manillar—. ¿Cómo está su pierna? ¿No se la habrá roto? —Procuró que su voz sonara lo más preocupada posible.

—El médico dice que saldré de esta y que ni siquiera me quedará cojera, pero ahora mismo desearía estar tumbado a la orilla de algún río, en vez de tener que montar en este cacharro por este maldito lugar. —Sonrió, pasando la pierna mala sobre la bicicleta.

—Deberían haberle dado algún día de baja por enfermedad, *Herr Blockführer*. Está trabajando mucho. Y tendría que descansar la pierna. No le conviene llevar botas ahora mismo, son demasiado apretadas.

—¡Ojalá fueras la jefa de médicos de las SS! —Con una simpatía poco habitual, Perschel soltó una carcajada y se fue pedaleando, olvidando preguntarle qué hacía en la garita del vigilante.

Una vez que se hubo ido, Mala soltó el aliento que ni siquiera había

notado que estaba conteniendo.

Nada más entrar en la garita, la inundó una agradable sensación de frescor. Jerzy, que debía de estar esperando junto a la puerta, la cogió del codo rápidamente y la condujo hacia el aseo. Como todas las instalaciones de las SS, estaba impecable y olía ligeramente a lejía, después de la limpieza diaria de los presos. Los lavabos de porcelana reflejaban la fuerte luz de las lámparas fluorescentes del techo, igual que los azulejos blancos de las paredes, cosa que daba al simple lavabo un aire de sala de operaciones esterilizada. Mientras sus víctimas vivían en la mugre, las SS se esmeraban en que todo cuanto tocaban sus arias manos brillara de lo limpio que estaba.

—¡Gracias a Dios, Mala! —La voz de Jerzy estaba ronca por los nervios—. Casi me da un ataque al corazón cuando le he oído hablar contigo. Métete en este cubículo, rápido. Ponte ese mono y dame tu ropa cuando termines. Yo me desharé de ella.

Mala apenas recordaba cómo había llegado al cubículo. Durante un momento, se quedó allí de pie, con la frente pegada a los fríos azulejos, tratando de calmar su respiración. Por primera vez, las dudas empezaron a atenazarla. Todo aquello era una mala idea. Una idea realmente estúpida, si lo pensaba detenidamente. A nada que un vigilante levantara el lavabo de su cabeza (ya lo había visto allí, preparado junto a la pared de enfrente, fuera del cubículo), sería su fin.

De pronto, se oyeron unos porrazos urgentes en la puerta.

—¿Mala? —Era la voz de Jerzy, aunque ella la oía amortiguada, como si estuviera bajo el agua. Presa del pánico, notaba un pitido lejano en los oídos, que se mezclaba con la sangre palpitando con demasiada fuerza por el pánico. Sentía como si fuera a desmayarse en cualquier momento, por primera vez en su vida—. ¿Estás vestida? ¿Mala? —Otra vez la voz, con más urgencia.

Por mucho que lo intentara, Mala no podía moverse. Los siguientes instantes resultaron muy confusos. Apenas se dio cuenta de que Jerzy irrumpía en el cubículo maldiciendo. Estaba tan paralizada por el miedo repentino y escalofriante que apenas notó sus gestos ágiles para quitarle la ropa y ponerle el mono directamente sobre la combinación;

tomaba las riendas cuando más lo necesitaba. Y no miró su cuerpo medio desnudo ni una sola vez, a pesar de que ella estaba demasiado paralizada por el pánico como para sentir algo parecido al pudor o a la vergüenza.

Mala asintió al oír algunas de sus instrucciones, sin entender realmente lo que le decía, mientras Jerzy la obligaba a salir del cubículo y se metía su ropa dentro del mono. Lo que sí notó fue la presión sobre los hombros cuando el camarada de Edek le colocó el lavabo encima.

—¿Mala? Te estoy preguntando si estás bien. ¿Vas a poder llevar esto hasta el cordón externo?

Allí debajo estaba oscuro y se sentía extrañamente a salvo; la voz de Jerzy sonaba más clara. Mala pensó que estaba bien. Todo iba bien. Todo era posible.

—Sí, puedo —contestó por fin, después de aclararse la garganta—. Perdona que…

—Nada de disculpas, chica. —Le dio una suave palmadita en la espalda—. A cualquiera le fallarían los nervios. Yo estaré en tu situación dentro de unos días. Ya puedo imaginar cómo me castañetearán los dientes.

En cuanto recibió la señal de Wieslaw que habían convenido para indicar que Mala y Jerzy estaban en camino, Edek salió del búnker de patatas, entornando los ojos bajo el sol cegador. Su corazón latía a toda velocidad, pero, por fuera, estaba absolutamente sereno. Encendiéndose un cigarrillo, fue hacia el polvoriento camino salpicado con tramos de hierba; giró la cabeza hacia donde venía Jerzy acompañando a Mala. Su inmenso cuerpo era la fachada perfecta para la figura menuda de ella, al contrario de lo que temía Edek. Al lado del gigante polaco, cualquiera parecería diminuto, hasta los líderes más altos de las SS; con el rostro oculto y el cuerpo escondido bajo el informe mono azul, sería imposible distinguir a Mala de cualquier otro recluso, incluso para Edek.

Al ver el pesado lavabo sobre los hombros de Mala, su estómago se retorció de dolor. Era un milagro que lo hubiera levantado, por no hablar de acarrearlo tanto trecho. En su interior se estaba librando

una verdadera batalla; sin embargo, su rostro seguía impasible. Solamente dio una calada más profunda cuando Jerzy paró delante de él a la distancia normativa y le informó de la llegada del prisionero.

—Buena suerte, Edek —susurró Jerzy antes de dar media vuelta de manera ejemplar y marcharse.

Edek no podía darle las gracias en alto, pero sus ojos lo dijeron todo: «Si tenemos suerte, todos lucharemos juntos codo con codo por nuestra libertad».

—¿Estás bien, Mally? —susurró Edek, moviendo los labios apenas.

Se oyó un «mhm» tenso desde debajo del lavabo. Edek lo interpretó como una señal de que cerrara la boca (ya era difícil llevar aquella carga como para que él se pusiera a charlar) y acompasó sus pasos con los de ella para que pudiera caminar a un ritmo cómodo.

El calor era absolutamente insoportable cuando salieron del campo y un guardia saludó a Edek sin molestarse en pedir los papeles, para su alivio. Ahora solo les quedaba el cordón externo.

El sol seguía abrasando el suelo.

Caminaron.

Por fin, el último puesto de control: una barra que bloqueaba el camino en medio de un campo y un solitario vigilante montando guardia, solo era eso; pero para Edek podía ser la entrada al mismísimo cielo. La puerta detrás de la cual estaba la muerte o la libertad. ¿Realmente era posible que una barra de madera pintada con rayas negras y blancas tuviera tanto poder sobre la vida de una persona? Un estúpido trozo de madera y, tras él, el mundo entero, listo para acogerles si lograban pasar al otro lado.

La luz dorada del sol vertía su calor sobre sus rostros desde el cielo, pero eso no era lo que provocaba los chorros de sudor que caían por su espalda bajo la rígida tela del uniforme. La quietud del aire era perfecta, solo interrumpida por la respiración de Mala y el latido acelerado de su propio corazón. En pocos instantes, se decidiría todo: si vivían o morían. A medida que se acercaban al guardia, Edek intentó calmar su respiración y parecer lo más tranquilo posible.

—*Heil Hitler, Herr Unterscharführer!* —El guardia se golpeó los talones y se puso firme.

Edek flexionó ligeramente el brazo por el codo.

—Maldito calor, ¿eh? —Sacudió la cabeza, sacando el *ausweis*. Curiosamente, su mano no temblaba ni lo más mínimo.

—Desde luego, *Herr Unterscharführer* —contestó el guardia cordialmente mientras cogía el pase. Mientras lo estudiaba atentamente, Edek sintió el abrumador deseo de tragar el nudo de nervios que se había formado en su garganta. En lugar de eso, se la aclaró ostensiblemente, indicando que tenía mucha prisa y que no le apetecía perder ni un instante más con la estúpida burocracia. El guardia murmuró una disculpa, pero sus cejas dibujaban una mueca de confusión—. Aquí dice que debería escoltar a dos reclusos. —Miró a Edek ladeando un poco la cabeza en un gesto interrogativo.

Edek se encogió de hombros con indiferencia.

—Al otro le he pegado un tiro de camino. Me estaba molestando.

El joven guardia se quedó pálido y le devolvió el *ausweis* antes de ponerse firme de nuevo. Era evidente que no tenía el menor deseo de molestar a *Herr Unterscharführer* con más preguntas.

—Descanse. —Edek sonrió con suficiencia, pasando delante de él.

De repente, notó que tenía el corazón en la boca. Avanzaban por el camino polvoriento hacia un maizal. Ante ellos, las hojas de maíz rígidas susurraban con la cálida brisa. El bosque de color esmeralda que tenían delante se veía más y más cerca con cada paso. Las espantosas torres de vigilancia grises ya habían quedado atrás hacía un rato; ahora, en su lugar veían pinos y abedules, blancos y limpios, con hojas de color verde lima cayendo en cascadas alrededor de sus esbeltos troncos. Atrás quedaban las puertas de Auschwitz. Ante ellos, la libertad.

Mala caminaba junto a Edek, con un terrible dolor de cabeza por el peso del lavabo, la respiración acelerada y gotas de sudor que le caían por el rostro y la espalda debido a los nervios y el calor abrumador. Lo único que veía eran las botas negras de los SS y el camino irregular y polvoriento, porque aún tenía demasiado miedo de mirar hacia atrás y creer que habían dejado muy lejos el campo. Ante ellos se abría la tarde, dorada e infinita. Mala enderezó los hombros como si desplegara sus alas por primera vez desde hacía años, sintiendo que su

carga ya no pesaba.

De repente, el camino giró de forma abrupta y el muro de maíz les llegaba a la altura de la cabeza.

—Aquí —dijo Edek, saliéndose del camino y separando los tallos de maíz con las manos para que Mala pasase—. Sígueme de cerca, unos pasos más y podrás soltarlo. Solo tenemos que alejarnos lo suficiente del camino para que no lo vean los de las SS.

La tierra marrón los acogió, desplegando su suave alfombra ante sus pies. Verdes hojas rígidas salían a darles palmadas en los hombros y la espalda por aquel acto de valentía que desafiaba toda lógica. Suavemente, Edek levantó el lavabo de los hombros de Mala, que por unos instantes se vio cegada por la enorme extensión azul sobre su cabeza y el disco platino del sol vertiendo su luz sobre ella, fundiendo capa tras capa el desaliento, el terror y la muerte.

Una risilla insegura e irreal se le escapó de la garganta y pronto cobró fuerza y volumen, purgando sus pulmones de la ceniza y el humo de los crematorios. Mala se rio, libre y rebelde, como si estuviera vengándose de las SS por arrebatarle todos los motivos para sonreír…, o tal vez solo para demostrarse que era capaz de reír después de todo lo que le habían hecho, que no había olvidado cómo se hacía.

Edek se quedó mirándola desconcertado durante unos instantes, pero luego empezó a reír con ella, como si comprendiera el motivo de sus carcajadas.

—Dámelo. —Con la cara radiante de una luz interior, Mala le quitó el lavabo de las manos y, con algo de esfuerzo, lo arrojó entre las plantas de maíz: aquel último gesto desafiante fue como soltar las últimas cadenas que apresaban sus extremidades—. Gracias —dijo, con la voz llena de emoción, mientras se abrazaba con fuerza al cuello de Edek.

—¿Por qué? —preguntó él, ladeando la cabeza, confundido.

—Por darme lo más valioso que hay —susurró Mala sobre sus labios entreabiertos—. Mi libertad. «Nuestra» libertad.

Le besó, hambrienta y sin poder contenerse, saboreando cómo la vida abría sus pétalos en los labios de Edek, embriagadora y

dolorosamente dulce. Durante unos preciosos minutos, el mundo entero fue suyo y solamente suyo.

33

En la serena quietud de la noche, el sonido recorría grandes distancias. Edek estaba sentado con la espalda apoyada contra un pino, y escuchaba, aguzando el oído lo más que podía. Desde ese lado del camino, podía distinguir las primeras casas del pueblo de Szymlak. La oscuridad había teñido el bosque de azul índigo. En cuanto desapareciera la última luz del cielo, y ni un segundo antes, irían corriendo hasta la suya. Era imprescindible pasar inadvertidos, convertirse en sombras, fundirse con la noche y desaparecer en el bosque con Mala.

Por enésima vez, miró su reloj, el regalo de despedida de Kostek. Apenas se veía, pero podía distinguir que el minutero solo había avanzado unas rayas desde la última vez que lo había mirado. Aquella espera era insoportable y espantosa. Deseaba desesperadamente levantarse de un salto y echar a andar, simplemente para soltar su nerviosismo, la adrenalina que recorría su cuerpo, para tener algo que hacer. Pero Mala dormía con la cabeza apoyada en su regazo, exhausta después de caminar con el pesado lavabo durante unas horas eternas hasta que habían encontrado una zanja lo bastante apartada del campo para tirarlo. Así pues, se mantuvo lo más quieto que pudo, viéndola dormir plácidamente, acariciando con mirada amorosa los rasgos serenos de su valiente amazona, su compañera de armas, su futura esposa, el amor de su vida.

En el campo, habían empezado a pasar lista. Solo era cuestión de tiempo que los jefes de bloque descubrieran que faltaban dos prisioneros. Entonces volverían a contar a todo el mundo siguiendo el protocolo, por si se trataba de un error, cosa que alargaría otra hora el proceso, otra hora que ganarían Edek y Mala. Él rezaba como no lo había hecho nunca para que la sirena del campo no sonase hasta que

estuvieran a salvo en casa de Szymlak.

—Estate quieto —dijo Mala con los ojos aún cerrados—. No van a denunciar que hemos desaparecido hasta comprobarlo todo dos y tres veces. Especialmente en mi caso. Soy mensajera: podría estar en cualquier sitio cumpliendo órdenes de Mandl.

—Creía que estabas dormida.

—Lo estoy. El campo me ha enseñado a dormir y estar alerta a todo lo que pasa a mi alrededor. Es la única razón por la que he sobrevivido tanto tiempo. He aprendido a convertirme en un animal. Y los animales lo oyen todo, hasta cuando duermen. De lo contrario, los depredadores los atraparían sin que se dieran cuenta. —De repente, su rostro se contrajo y dibujó una sonrisa melancólica—. Curioso, ¿verdad? Me siento más a gusto en el bosque, rodeada de depredadores, que en un campo con seres humanos vestidos de gris. Me fío más de los lobos que de los SS.

—Y con razón. Al menos, los lobos matan para sobrevivir. Los SS matan por placer.

Sombras plateadas se deslizaban sobre el musgo, pero ya no representaban ninguna amenaza, solo refugio y consuelo. A través del entramado de los árboles, las luces de la aldea se unían a las primeras estrellas, que empezaban a aparecer en un cielo cada vez más oscuro. Un tenue rastro de humo teñía el aire y, por primera vez, las fosas nasales de Edek se contrajeron de emoción, inhalando con voracidad. Era humo limpio, doméstico y familiar, sin el nauseabundo olor a muerte. Le traía recuerdos del hogar, de una olla negra en el horno, del pan casero haciéndose hasta quedar dorado, del cálido pelo del perro, tumbado delante de la chimenea, moviendo las patas para perseguir a un conejo en sueños. Edek trató de contenerse, pero por mucho que lo intentara, era incapaz. Al poco tiempo, empezó a sacudir suavemente el hombro de Mala con una urgencia inconfundible.

—Venga, Mala. Ha llegado el momento.

Ella no discutió. También reconocía el olor a casa.

Al llegar al borde del bosque, se detuvieron a esperar. A lo lejos, el balido de las cabras se mezclaba con el coro de los grillos. Y, a través

del croar gutural de las ranas, de vez en cuando surgía la risa de niños, un sonido despreocupado y olvidado hacía mucho que estrujó el corazón de Edek hasta llenar sus ojos de lágrimas, al comprender que no lo había oído desde hacía años. En Auschwitz, los únicos niños supervivientes pertenecían al doctor Mengele. Y no era de extrañar que jamás sonrieran o lloraran. Molestar a *Herr Doktor* significaba una inyección inmediata de fenol en el corazón. Hasta un niño de cinco años lo sabía.

Estirándose el rígido cuello del uniforme, porque de pronto le costaba respirar, Edek cogió la mano de Mala y trató de ver su rostro en la oscuridad. Ella, perfectamente calmada, le tranquilizó asintiendo, con la sonrisa serena e intrépida.

—Estoy lista, Edek. No te preocupes.

—Camina agachada y, en cuanto veas a alguien, tírate al suelo —le dijo él, revelando un leve temblor en la voz.

—He dicho que no te preocupes. Estuve en un campo sionista para jóvenes judíos. Teníamos una especie de entrenamiento militar. Yo era la mejor agachándome.

A pesar de su tono serio y de la oscuridad, Edek vio que sus ojos brillaban traviesos. Agradeciendo aquel instante de ligereza, cogió su cara con ambas manos, pálida y bella bajo la luz de la luna, y la besó con toda la pasión de un soldado que se va a luchar. Al instante siguiente, estaban avanzando como deslizándose, analizando a cada paso el terreno desconocido, apretando la mandíbula y tensionando los músculos con una agilidad animal mientras recorrían el tramo de pradera que separaba el bosque y la casa de Szymlak, su tierra de nadie entre la vida y la muerte.

Se detuvieron ante la valla de madera, que estaba torcida y rota en varios puntos, seguramente porque habían necesitado leña, y se tumbaron boca abajo sobre la hierba cubierta de rocío y con un olor dulce. Edek temía que los descubrieran y fue a levantarse, pero Mala le agarró para que se agachara nuevamente; la acerada fuerza de sus delgadas manos lo sorprendió.

—Está cerrada con una cadena. ¿No oyes el ruido metálico?

Edek vio un atisbo de sonrisa en el rostro de Mala y se rio

silenciosamente de su propia estupidez.

—Perdóname, por favor. Son los nervios.

Ella le miró con un leve reproche.

—¿Estarías tan nervioso si estuvieras con Wieslaw en vez de conmigo?

Edek iba a protestar, pero en el último momento se contuvo y bajó los ojos, sintiéndose culpable por alguna vaga razón. Como si intuyera su tormento, Mala puso su cálida mano sobre los omóplatos de Edek y, de repente, la tensión empezó a desaparecer. Volvía a respirar.

—Agradezco que te preocupes por mí, Edek. Sé que te sientes responsable, que te culparás si algo va mal. Pero déjalo ya, no ayuda. Soy fuerte. Tanto como tú. No me voy a romper. Trátame como a una camarada, no como a la chica que tienes que proteger. Llevo años trabajando con la resistencia; saqué a mi «papá» de una zanja de la muerte, ayudé a Rudek a escapar, he llevado el maldito lavabo de cerámica sobre la cabeza durante las que me han parecido muchas horas bajo un calor asfixiante: creo que he demostrado que soy bastante capaz. Tendremos muchas más posibilidades si trabajamos como un equipo.

Su voz sonaba calmada, pero llena de fuerza; de repente, Edek pensó en lo afortunado que era por tener a una guerrera intrépida a su lado.

—Gracias —susurró por fin.

—¿Por?

—Por estar tan serena cuando iba a derrumbarme.

—Bueno, uno de los dos tiene que estarlo. —Mala arqueó una ceja burlándose de él; en ese momento, Edek sintió que casi se ahogaba por la fuerza de lo que sentía hacia ella.

Estaba a punto de decir otra cosa, pero decidió dejarlo para más adelante. Al fin y al cabo, tenía toda la vida para decirle cuánto la amaba, cómo adoraba su mente fría y lógica, su mano firme en la de él, y ese espíritu que le llenaba de confianza en que todo saldría bien mientras estuvieran juntos.

—Voy a buscar a Szylmak —dijo finalmente, soltando su mano a regañadientes.

Desde el escondite junto a la valla, Mala vio cómo Edek se acercaba a la casa y llamaba a la ventana junto al porche. Tras una breve espera, la cortina se movió y apareció el rostro de una mujer. Sus ojos se abrieron de miedo al ver a un desconocido con el uniforme de las SS, pero no se atrevió a cerrarla en su cara.

A los pocos instantes se abrió la puerta, pero quien salió no fue la mujer, sino un anciano que Mala decidió que debía de ser Antoni Szymlak, el alicatador de Auschwitz. Apenas tuvo un momento para distinguir su espeso bigote gris y su cara arrugada bajo la luz que salía de la casa, pues Szymlak cerró la puerta tras de sí a toda prisa, ocultándose con Edek de las miradas curiosas.

Estuvieron un rato hablando, sin que Mala pudiera oír lo que decían; los grandes gestos eran lo único que revelaba la urgencia del tema. Con el rabillo del ojo, Mala vio que la cortina se volvía a mover, revelando los rostros curiosos de dos niños, que miraban fascinados al misterioso hombre de las SS. Al verlos, Edek levantó la mano y los saludó amigablemente, pero ellos no tuvieron la oportunidad de responder, porque su madre, pálida de terror, los apartó de la ventana y cerró bruscamente las cortinas.

En ese momento empezó a oírse la sirena del campo, lejana pero escalofriante; Mala se quedó helada.

Los hombres también la oyeron, pues quedaron petrificados y miraron hacia la oscuridad como si esperaran que la patrulla de búsqueda saliese del bosque en cualquier momento con sus violentos perros. Alarmado, Szymlak desvió los ojos lentamente hacia la ventana donde estaba oculta su familia. Edek siguió su mirada y lo comprendió todo sin necesidad de hablar. Dando una palmada en el hombro del anciano, le dijo unas palabras que hicieron que Szymlak sacudiera la cabeza, claramente abatido, lamentando su suerte (la suerte de toda la gente oprimida y perseguida) y disculpándose efusivamente por una promesa que no iba a poder cumplir. Mala no oyó las palabras exactas, pero veía cada emoción perfectamente dibujada en los rostros de ambos; y también sentía su dolor, su sufrimiento, así como la desgarradora despedida entre dos compatriotas separados por la guerra.

Edek no quería seguir poniendo en peligro al alicatador con su presencia, así que le dio las gracias, a pesar de todo; se disponía a marcharse cuando Szymlak le sujetó por una manga y le susurró algo urgentemente, señalando en dirección al prado que acababan de cruzar. Bajo la luz incierta de la ventana, el rostro de Edek se iluminó. Al instante, se volvió y corrió hacia el escondite de Mala, ocultándose en las sombras por precaución.

—Por razones evidentes, no podemos quedarnos en su casa —dijo en cuanto la alcanzó, jadeando. Sin embargo, Mala sintió alivio al notar ilusión en su tono de voz cuando continuó—: Pero dice que podemos pasar la noche en el granero que tiene para guardar la paja. Es un escondite perfecto, aunque los nazis vinieran de noche, lo cual es poco probable. La mayoría de los fugados son de Birkenau y todos van en dirección contraria, así que seguro que esta noche no nos molestan. Me ha dicho que luego nos traerán comida y leche.

—¿Y qué hay de la ropa? —preguntó Mala, alzando la voz sin querer.

El ulular de la sirena, por lejano que estuviera, parecía ahogar cualquier otro sonido. Lo único que notaba con más fuerza era el latido desatado de su corazón, que le golpeaba las costillas como un puño.

Edek se quedó pálido.

—No hay ropa, me temo que no. Solo tiene dos camisas, igual que su hija, que ha venido con los niños y la poca ropa que tenían puesta. Si nos da su ropa y nos cogen, la gente del pueblo la reconocerá al instante cuando les pregunten. No quiere arriesgarse.

Mala asintió: sí, era perfectamente comprensible. Se puso de pie, con el rocío brillando sobre su cabello como si fueran diamantes y entornó los ojos al ver los dos rayos sobre el cuello de su guerrera.

—Odio cómo te queda ese uniforme.

Sin mediar palabra, Edek se quitó el cinturón y empezó a desabrocharse la chaqueta. Al cabo de pocos segundos, se quedó solamente con los pantalones de montar de Lubusch, que no llevaban insignias que ofendieran a Mala.

—¿Mejor?

Ella asintió lentamente, con los ojos prácticamente negros en la noche aterciopelada.

—No, también me sobran los pantalones.

—¿Me das permiso para dejármelos puestos, aunque sea hasta que lleguemos al granero?

Mala no contestó, pero se rio de tal modo que Edek sintió que la sangre se le convertía en lava candente, y salió rumbo al granero con la criatura de la noche por la que daría su vida.

Más tarde, tumbados en lo alto del tejado, a donde se habían trasladado desde los confines sofocantes del granero, contemplaban aquel cielo tachonado de estrellas. Su pelo seguía oliendo a paja fresca, en sus labios brillaban restos de la leche de cabra dulce y suculenta que les había traído la hija de Szymlak hacía un par de horas. La jarra seguía medio llena y caliente, al lado de una cesta con pan, patatas y embutidos ahumados que también les había llevado, junto con unas disculpas que le aseguraron que no tenía porqué pedir.

—Ya se han arriesgado bastante por nosotros —le aseguró Mala, aceptando la jarra de manos de la mujer—. No podríamos estar más agradecidos, de verdad.

Una suave brisa acariciaba sus cuerpos desnudos, todavía calientes y húmedos de sudor después de hacer el amor. Desde aquel lugar privilegiado, el mundo entero parecía desplegado ante ellos, listo para comérselo, rebosante de posibilidades. Aquella noche, la muerte había dejado de existir. Hasta el aire estaba lleno de vida; por unos instantes robados, respiraban libertad pura.

—Aunque nos atrapen… —empezó a decir Mala con la voz todavía ronca, después de haberle susurrado las cosas más imposibles a Edek unos minutos antes.

—¡No! —la interrumpió, tensando de repente el brazo bajo el cuello de ella—. No nos gafes.

—Aunque nos atrapen —repitió, incorporándose sobre un codo, para que Edek pudiera ver sus ojos, ahora claros y brillantes, sin la expresión alterada que había enturbiado su color ámbar durante demasiado tiempo—. Ha merecido la pena. Solo por tener esta noche contigo, libres, sobre este tejado…, merece la pena morir.

—No vamos a morir —dijo Edek con una certeza que no sentía.

—Todo el mundo muere, mi amor. —Le sonrió serenamente—. Lo que importa es cómo mueres. Y yo estoy decidida a morir como una heroína, no como una cobarde.

—Ya eres una heroína. —Edek cogió sus dedos y apretó los labios sobre las yemas—. Mi heroína. Tú has hecho que esta noche sea posible.

—No, amor. —Sacudió la cabeza y con ternura le apartó un mechón de pelo de la frente—. «Los dos» lo hemos hecho posible. Juntos somos indestructibles. Si no físicamente, en espíritu.

Aquella noche, por primera vez desde hacía años, ambos durmieron profundamente, sin soñar. Su sueño más importante acababa de hacerse realidad, y ahora no había nada más con lo que soñar.

34

Bajo los polvorientos rayos rojizos del sol del atardecer, el agua del pequeño lago relucía como si estuviera lleno de miles de piedras preciosas. Después de frotarse a conciencia con la fina arena amarilla de la orilla, Mala y Edek se tumbaron en el borde del agua, empapándose del suave calor del día, meciéndose al límite de la inminente oscuridad. Mala tenía delante un mapa abierto, e iba calcando el camino que habían recorrido con el dedo índice, midiendo la distancia no tanto en kilómetros, sino en días lejos del campo y noches en brazos uno del otro.

—¿A cuánto estamos del pueblo de Szymlak? —preguntó Edek, acariciando distraído el muslo desnudo de ella.

—Siete días exactamente. El sábado pasado esperamos en el bosque a que se hiciera de noche.

—¿Cuánto más hasta las montañas?

—Si vamos por las carreteras, solo dos semanas.

—Pero no vamos a ir por las carreteras.

Mala miró con una expresión pícara por encima del hombro.

—Porque eso sería una estupidez.

—Tú eres la comandante; yo, tu leal soldado de infantería. —Edek contestó con una enorme sonrisa—. De los dos, fuiste tú quien se preparó durante dos años para ser soldado en tu ejército judío. Yo solo soy un inútil cadete de marina, que fue detenido por la Gestapo antes de estrenar el uniforme. Tú sabes leer un mapa y cuál es la mejor forma de evitarlos.

La sonrisa burlona desapareció del rostro de Mala, como si fuera una máscara a la que le cortan los hilos.

—Porque mi pueblo lleva dos mil años de persecuciones en la sangre, supongo. —Con un largo suspiro, volvió a concentrarse en el

mapa—. Más vale aprovecharlo.

Las sombras empezaban a instalarse a su alrededor, dibujando misteriosas formas en sus cuerpos. Edek las resiguió con el dedo sobre la piel de Mala, que había adoptado un saludable tono dorado después de tantos días tomando el sol desnudos junto a los arroyos, ocultándose por los bosques. Siguiendo su experto consejo, solo se movían de noche, invisibles cual sombras, fundiéndose y deteniéndose apenas oían cualquier ruido sospechoso que viniera de lejos en la oscuridad.

Mala se estremecía de placer con su tacto, y notaba cómo Edek le iba contando las costillas, más marcadas ahora que solo se alimentaban a base de setas y bayas, y algún pescado de vez en cuando, en lugar del embutido ahumado de los paquetes de la Cruz Roja y todo aquello que los prisioneros privilegiados como ella podían conseguir en el mercado negro de Auschwitz.

—Cuando termine esta guerra —dijo Edek—, lo primero que voy a hacer será engordarte.

Mala se incorporó sacudiendo la cabeza con una determinación inesperada.

—No, déjame con mis huesos. Quiero lucirlos con orgullo como prueba de lo que no han conseguido romperme. Y también déjame los músculos, para que pueda luchar al mínimo indicio de que esta escoria fascista vuelve a extenderse por el mundo. Aunque caiga Alemania, no va a desaparecer. Esperará hasta que aparezca algún fanático a remover toda esta vileza y este odio en sus seguidores, y les recuerde que sus ancestros odiaban y aniquilaban todo lo extranjero, que los inmigrantes siempre han sido el enemigo y que cualquiera que sea distinto de ellos de cualquier modo merece ser perseguido y exterminado sin piedad. No quiero ablandarme y olvidarlo como si fuera una pesadilla. Quiero seguir muy atenta, para extirpar este cáncer en cuanto lo vea extenderse por el cuerpo del país en el que viva, sea cual sea.

En el creciente crepúsculo, sus ojos brillaban como dos ascuas encendidas. Aquella criatura salvaje de la noche, de los bosques que atravesaban y de los lagos en los que se bañaban, vio a Edek

observándola desnuda con pura veneración en la mirada, y le oyó decir suavemente:

—No. No eres solo mi comandante. Eres mi diosa —con un nudo en la garganta, acercó la mano a su rostro y acarició el afilado perfil de su mandíbula con las yemas de los dedos y casi con reverencia—, y te adoraré toda mi vida, tanto si es larga como si es corta.

Montañas de Zywiek, Polonia. 6 de julio de 1944

La carretera se extendía a lo lejos con el sol de primera hora. Bajo la cúpula azul claro del cielo, el aire olía fresco, a promesa de libertad. Con el mono azul sucio y arrugado tras otra noche en el bosque, Mala mascaba satisfecha una dulce brizna de hierba, completamente ajena al ruido de su estómago. A su lado, Edek silbaba una alegre melodía rodeando sus hombros con el brazo, la guerrera de las SS desabrochada y un ligero olor a musgo y humo.

A lo lejos se alzaban las montañas, ocultando en sus sombras la codiciada tierra de la libertad, de los partisanos, de gloriosas batallas por venir. Eran la última barrera que tenían que atravesar para dejar atrás de una vez por todas el ser unos esclavos de los nazis y convertirse en intrépidos guerreros, para vengar a aquellos que habían perecido y proteger a quienes estaban destinados a morir.

Solos y sin que nadie pudiera reparar en ellos, viajaban de día, con el mapa olvidado en el bolsillo del mono de Mala. Después de varias semanas estudiándolo detenidamente, conocía la zona como la palma de su mano. Sabía exactamente adónde se dirigían.

Y por esa certeza absoluta de que tendrían éxito, por su fe en el hermoso futuro que les esperaba, el golpe fue casi físico; fue directo a sus entrañas, dejándola sin aire, con un grito ahogado, crujiendo de dolor.

—Edek.

Mala se detuvo en seco contemplando horrorizada las dos figuras de uniforme avanzando decididas y resueltas hacia ellos. Reconoció los uniformes al instante y se le heló la sangre.

La patrulla fronteriza.

La patrulla fronteriza «alemana».

Edek, que aún no los había visto, la miró sonriendo:

—¿Qué pasa, mi amor? —Pero entonces sus ojos siguieron la mirada de Mala y su sonrisa titubeó.

Debían de haber salido del otro lado de la curva de la carretera, solo Dios sabía por qué. Los alemanes raramente patrullaban aquella zona.

Perdida y muerta de angustia (¡estaban tan cerca de la libertad!), Mala vio que Edek miraba con un ansia infinita hacia el bosque cercano, y de nuevo a la patrulla alemana. El cañón de sus subfusiles brillaba bajo los rayos dorados de sol de julio. Observó las armas con amarga desesperanza y lágrimas de rabia en sus ojos, igual que en los de Mala.

Tan cerca y, sin embargo, tan tan lejos.

Mala le cogió la mano y la apretó con fuerza, sacudiendo la cabeza con una ligera sonrisa. «No, Edek, mi amor. No llegaríamos al bosque. Muramos con dignidad: no como cobardes, de un disparo por la espalda cuando intentábamos escapar.»

Edek siempre había sido un soñador. Ella siempre había sido la voz de la sensatez; y ahora lo único sensato era asumir los dos cañones negros que los apuntaban; de repente, ya no había escapatoria.

—Perdóname, por favor, Mala…, te quiero.

Fueron las últimas palabras que dijo antes de que los alemanes llegaran hasta ellos y, con un frío saludo, dijeran educadamente:

—Sus papeles, por favor, *Herr Unterscharführer*.

Por supuesto, Edek no tenía papeles, solo un inútil *ausweis* del campo.

Por supuesto, reconocieron al instante el revelador tatuaje de Auschwitz bajo la manga recogida de Mala.

Por supuesto, los agentes de la patrulla fronteriza tenían un documento con el nombre de los dos prisioneros recién fugados, su descripción y su número.

Y, por supuesto, se miraron con complicidad y ataron cabos rápidamente.

—No, perdóname tú, Edek —susurró Mala, antes de que los alemanes los arrestaran oficialmente y les prohibieran decir nada más —. Aunque yo muera, mi amor por ti jamás perecerá.

35

—Fue bonito mientras duró. —Edek suspiró abatido mientras entregaba una nota para Wieslaw a Jakub, el *kapo* del búnker del bloque 11—. Gracias por dejarme escribirle. Aquí lo explico todo: cómo nos detuvieron y, lo que es más importante, por qué no he podido devolver el uniforme a los demás a través de Szymlak. Se negó a cogerlo. De repente se dio cuenta de que era demasiado arriesgado para él y su familia.

—Entonces, ¿lo llevabas puesto?

—No tenía elección. Temía demasiado darnos su ropa por si alguien del pueblo la reconocía. —Sacudió la cabeza—. Maldita sea, debería haberlo imaginado. No debería confiar ciegamente en las personas. Estamos en guerra; tendría que haberlo sabido. Deberíamos haber sacado ropa del campo, para cambiarnos. Si hubiéramos llevado ropa de paisano, la patrulla fronteriza no se hubiera fijado en nosotros. Pero ¿un oficial de las SS sin documentos? En cuanto nos pararon y nos pidieron los papeles, supe que se había acabado todo. —Suspiró—. Gracias otra vez por dejar que escriba a Wieslaw. Por favor, dile que se quede como está y que no intente nada. La guerra acabará pronto. Al menos que uno de los dos salga de aquí y cuente al mundo lo que ha pasado.

Jakub escondió la nota en el interior de la manga y miró con empatía a Edek. «Para eso están los camaradas.» Lo sentía por Edek y Mala. Él también formaba parte de la resistencia, a pesar de ser el funcionario preso a cargo del bloque de castigo más temido de todo el campo.

—Siento que haya salido así. La mayoría de la gente es cobarde. Muy pocos… —Dejó la frase en el aire.

Edek sonrió con tristeza.

—No le guardo rencor a Szymlak. Prometió algo que creía que podría cumplir, pero cuando llegó la hora de la verdad… Mucha gente cree que es más valiente de lo que en realidad es hasta que se enfrenta a una decisión que muestra lo que son y de qué son capaces. Él tenía familia, ya me lo había dicho. Si estuviera solo, habría sido completamente distinto. Pero ya sabes cómo son los nazis con las represalias.

—¿Puedo hacer algo más por ti? —preguntó Jakub.

Edek se quedó mirándole un momento.

—¿Podría ver a Mala una última vez? Solo unos minutos.

Jakub se quedó pensando.

—No te prometo nada, pero veré lo que puedo hacer.

—¿Qué le están …? —La voz le traicionó y no pudo terminar la frase—. ¿Cómo lo lleva?

Por unos instantes, Jakub parecía buscar las palabras adecuadas. Aquello era el bloque 11, territorio personal de los carniceros del Departamento Político, construido con el único propósito de sacar información de los presos mediante torturas; para que hablaran, los desangraban, y los apaleaban hasta la extenuación para que delataran a sus cómplices. Era una cárcel dentro de otra cárcel, un recinto de exterminio dentro de otro recinto de exterminio: ¿cómo iban a tratar los sádicos de la Gestapo a Mala en una de sus espantosas celdas?

—Es una mujer muy valiente y muy fuerte —contestó por fin con voz callada y grave—. Les dijo que moriría antes de dejar que le saquen una sola palabra.

Los labios de Edek temblaron. Intentó contenerse como pudo, pero al final su rostro se torció en una mueca de dolor y rompió a llorar.

—Y todo por mi culpa —dijo con un sollozo—. Por mi culpa y mi estupidez. Nunca debí arriesgar su vida de forma tan temeraria. No tenía derecho a hacerlo.

Jakub puso su mano sobre el hombro de Edek y lo apretó suavemente.

—Tú no la has obligado a hacer nada. Tomó la decisión a conciencia ella misma.

—Ojalá no me hubiera conocido nunca.

Una triste sonrisa asomó al rostro de Jakub.

—Anoche, le llevé un poco de café y tarta de contrabando a la celda. ¿Sabes lo que me dijo? Que conocerte es lo mejor que le ha pasado y que no se arrepiente de nada. De nada, ¿me oyes?

Edek asintió, sollozando aún con más fuerza.

El *Hauptscharführer* Moll, que ejercía como ayudante temporal de Boger, el encargado de los interrogatorios en el Departamento Político, se inclinó sobre Mala, atravesándola con la mirada. Ella tenía las manos atadas detrás del respaldo de la silla con un alambre que le estaba segando la piel, pero curiosamente aquel dolor le daba más fuerza. Cuanto más la golpeaban, más resistía, mostrando los dientes ensangrentados con un rugido, como retándoles a pegarle más fuerte.

—Créeme, he hecho llorar como bebés a los tipos más duros del *Sonderkommando* —gruñó Moll entre dientes—. Y pedí expresamente que me asignaran tu interrogatorio. Quemar fiambres acaba siendo aburrido. No reaccionan tanto como uno esperaría. Pero a ti te voy a hacer cantar, Mally. Esta vez ni tu querido Hössler va a salvarte el culo.

Los labios rotos de Mala se torcieron en una sonrisa malévola, y lo que empezó como una risilla fantasmagórica se convirtió rápidamente en una estruendosa carcajada. Mientras su verdugo intentaba callarla a golpes, pensó que las brujas debieron de reírse en la cara de sus inquisidores hacía siglos de una manera parecida. Al final, Moll tuvo que parar.

—No sé por qué, pero dudo que sea verdad. ¡Si no le saca nada ni a una chavalita como yo!… —La risa histérica de Mala resonó en las paredes—. A una chica atada a una silla. Dígame una cosa: ¿le hace sentir más hombre pegar a una mujer? ¿Se siente fuerte y poderoso golpeando a alguien que no puede defenderse? ¿Se siente orgulloso de sí mismo? ¿Vuelve a casa con su mujer y le cuenta lo grande que es después de pasarse el día pegando a una chica atada a una silla? ¿O también le pega a ella para enseñarle quién lleva los pantalones en casa?

Moll se incorporó y dio un paso atrás, pálido y visiblemente nervioso.

—Dígame: ¿por qué no está en el frente? ¿Por qué no lucha con los que pueden defenderse? —Mala entornó los ojos—. Le diré por qué: porque es un cobarde. Los hombres como usted jamás se enfrentan a alguien mínimamente fuerte como para plantarles cara. Es un abusón de colegio, que solo se mete con los niños pequeños e indefensos. Un maltratador de esposas, que solo se siente hombre si toda su familia le teme. Forma parte de una tropa que ni siquiera lucha en guerras reales, sino que quema cadáveres detrás de cámaras de gas y da palizas a prisioneras atadas a una silla que no pueden contestarle. Es usted un cobarde. Un mierda tembloroso y patético. Y le desprecio, a usted y a todos esos camaradas suyos que se esconden detrás de eslóganes grandilocuentes y libran batallas políticas simplemente porque no tienen pelotas para coger un arma de verdad y lanzarse al verdadero campo de batalla. Pero yo acabaré dándole una bofetada, *Herr Unterscharführer*. Créame, le daré una bofetada delante de todo el campo y me recordarán por ello.

Jadeando y enseñando los dientes, Mala volvió a hundirse en la silla, exhausta por el esfuerzo, pero feliz por el efecto que había provocado.

Para su satisfacción, vio que Moll estaba temblando de la cabeza a los pies, ya fuera por la indignación o por algo muy distinto: miedo. Casi podía olerlo, del mismo modo que percibía el olor a cobre de su propia sangre que impregnaba y teñía la celda desde hacía muchas horas.

—¡Llevaos a esta puta insolente de vuelta a su celda! —les rugió Moll a sus subordinados—. ¡Ni comida ni agua! Quiero que se muera de hambre hasta que la ahorquemos. —Se quedó mirándola con su único ojo bueno lleno de ira. El de cristal estaba muerto, tan muerto como su alma—. Me encargaré personalmente de ponerte esa soga al cuello, puta judía.

—Yo he prometido abofetearle delante de todo el campo. —Mala le sonrió con maldad—. Me rompería el corazón que faltara a nuestra cita y delegara en otro la responsabilidad.

Edek estaba hecho un ovillo en un rincón de su celda, tratando de olvidarse de sí mismo en un sueño intranquilo, cuando la puerta de su

celda se abrió. Era Jakub.

—Arriba, amigo, y adecéntate un poco. Te espera tu novia.

Aquel día, los SS habían estado golpeando las suelas de sus pies con una vara de metal durante varias horas con la esperanza de hacerle hablar, pero habían fracasado estrepitosamente. Edek se levantó de inmediato, olvidando por completo el dolor.

—Jakub, si es una broma…

—Yo no bromeo con cosas tan sagradas. —El *kapo* metió un trapo que había traído en el cubo lleno de agua que había en la celda y empezó a limpiarle las heridas con cuidado—. Esos cabrones de las SS están dándose una fiesta arriba. Nuestros amigos de la resistencia han conseguido sobornar a uno con una caja de brandy, y ha decidido compartirla con sus camaradas. Kostek, creo que así se llama el tipo que la ha traído. Dice que es del *Sonderkommando*.

—Sí. —Edek sonrió enternecido.

—Bueno, pues puedes darle las gracias a él por el esfuerzo, y al resto por las donaciones para una buena causa. Ellos son los que te han conseguido la cita.

Edek apenas podía creérselo. Con la cabeza flotando entre los nervios y la emoción, siguió a Jakub por aquel pasillo mal iluminado que olía a moho y tierra mojada.

Cuando el *kapo* abrió el cerrojo de la celda de Mala, igual de mohosa y oscura, su corazón estalló de alegría. Ella se lanzó a su cuello y le cubrió la cara de besos. Tenía las mejillas amoratadas e hinchadas; los labios, partidos, y rastros de sangre seca en las comisuras de los labios. Y, sin embargo, le sonreía con la boca rota, como si el verle hubiera hecho desaparecer todo el dolor.

—Mala…

—Shhh, ni una palabra de eso. —Sonrió alegremente mientras le acariciaba el pelo con una ternura infinita—. Me hace tan feliz verte…

—Mala, no sé si me perdonarás algún día…

—He dicho que ni una palabra. No tengo nada que perdonarte.

Edek asintió.

—Por mi culpa, vas a…

«Morir.»

Qué idea tan espantosa; qué palabra tan horrible: ni siquiera era capaz de pronunciarla.

Pero Mala le entendía y sonrió con dulzura. Bajo la pálida luz amarillenta, sus ojos brillaban como piedras preciosas (sólidos, dorados, llenos de vida, a pesar de la sentencia de muerte que pendía sobre ellos).

—Tú me has dado algo por lo que morir. Me has dado esperanza. Hemos dado esperanza a todos. ¿No te has enterado? El *kapo* Jakub dice que todo el campo está hablando de nosotros. Todos ellos continuarán nuestra lucha, mucho después de que no estemos…

—Mala, no… —Un sollozo de amargura le rasgó el pecho. De repente, la simple idea de un mundo en el que el valiente corazón de Mala ya no latiera le resultaba inaguantable. Lágrimas de impotencia cayeron por sus mejillas sin afeitar mientras la acunaba en sus brazos, hundiendo la cara en su cabello, inhalando el olor de su piel, tratando de aferrarse a algo precioso que estaba a punto de desaparecer, arrebatándole la luz al ser humano. Sin decir una sola palabra, lloró, desesperado, indefenso, muriendo lentamente por dentro con cada respiración—. Jamás debí pedirte que huyeras conmigo; no tenía derecho a arriesgar tu vida de forma tan temeraria…

Mala sacudió la cabeza impacientemente al oírle.

—Para ya. Tú no me obligaste a hacer nada. Yo siempre he decidido por mí misma. Esto también fue una decisión mía. Mía y solo mía. Además, ¿por qué me pides perdón? ¿Por las noches que hemos pasado bajo las estrellas? ¿Por los caminos que hemos recorrido juntos? ¿Por todos los sueños que hemos compartido durante varias semanas? ¿Por hacerme creer que un futuro contigo era posible? ¿De veras preferirías dejarme aquí y quitarme todos esos momentos compartidos contigo? —Mala negó con la cabeza, como si le reprendiera, mientras sus inquietos y cariñosos dedos acariciaban su nuca con suavidad, enroscándose con su pelo manchado de sangre—. No cambiaría lo que hemos vivido por nada del mundo. Ni mi seguridad ni mi vida… merecen la pena si tú no estás; ¿entiendes?

Edek asintió, apretando su frente contra la de ella. Apenas podía ver a través de las lágrimas.

—No me arrepiento de nada —repitió Mala con una sonrisa que le destrozó el corazón—. He tenido una buena vida y tendré una buena muerte. Soy feliz, Edek. Mírame a los ojos. Lo soy. Y es gracias a ti.

Edek le tapó la boca con la suya; por unos instantes, el mundo entero se quedó quieto. La misma Tierra parecía haber dejado de girar para dar espacio a su beso.

36

Birkenau. Dos semanas después

Salió el veredicto. Edek moriría al día siguiente. Ya había visto la horca solitaria, simple pero letalmente eficaz, erigida junto al bloque de cocinas de los presos, cerca de donde estaba el gran depósito de agua. No se hacía ilusiones respecto a su destino. Las SS no tenían fama de conceder el perdón en el último momento.

Solo en una pequeña habitación cerca del bloque de cocinas, porque Birkenau no tenía barracón de castigo, Edek pensaba en su corta pero intensa vida. La amargura y la rabia por lo injusto que era todo ya habían desaparecido. Su respiración ya no era frenética y entrecortada, como la de un animal acorralado. Con la cabeza apoyada sobre el muro de piedra, Edek miraba a través de los barrotes de la ventana, observando unas estrellas que seguirían allí mucho después de que hubiera muerto, la suave noche aterciopelada, el pedacito de luna que bañaba su última morada con una luz fría y plateada.

Un mes antes, Mala y él estaban tumbados en un campo cerca del granero donde dormían. Ella tenía la cabeza apoyada sobre su hombro, su pelo olía dulce, a heno. Él le prometió el mundo entero aquella noche y, durante unas horas, había cumplido su promesa, eso había dicho Mala durante su último encuentro en el búnker de castigo.

«Mala.»

Con un clavo que había encontrado en el suelo de su celda del bloque 11, Edek había grabado el nombre y el número de Mala y los suyos, uno al lado del otro:

Mala Zimetbaum 19880 + Galiński Edward 531 + 6/VII/44.

Ahora querría tener algo afilado para volver a escribir su nombre en aquella pequeña habitación, pero habían barrido el suelo, así que lo susurró con fervor («Mala, Mala, Mala»), casi religiosamente, como su última plegaria a la única diosa que había venerado.

Ella estaba sola en el sótano del edificio de administración del campo, observando un trozo de cuchilla que tenía en la mano. Jakub había tenido el detalle de dejarles una durante su último encuentro, para que se cortaran un mechón de pelo y pasar aquel triste recuerdo a Wieslaw junto con una nota con sus nombres y sus números de prisionero; este se los haría llegar al padre de Edek o al de Mala, quienquiera que estuviera vivo. Sobrepasado por la emoción, Jakub no se dio cuenta de que la cuchilla que Mala le devolvió estaba partida y que se había escondido la otra mitad en el dobladillo de la falda.

Sentada contra la pared, la futura mártir estaba rodeada por un charco de luz de luna plateada, pensando en su brevísima vida y su inevitable muerte. Su oscura sombra acechaba en el rincón más oscuro, pero Mala no temía su aliento fantasmagórico. Sería una muerte buena, honorable; la muerte de una noble luchadora, de una luchadora por la libertad que había vivido y amado sin miedo, y moriría del mismo modo.

Echando la vista atrás, a su juventud (una juventud eterna, pues ya nunca maduraría, nunca se haría vieja y sabia), Mala sonreía serenamente al pensar en las imágenes del pasado, cuando sus ojos no estaban llenos de lágrimas, sino de luz y claridad. Sí, apenas le quedaban horas de vida, pero le tranquilizaba la idea de que no se arrepentía de nada, ni cambiaría una sola de sus decisiones, de los caminos que había recorrido, de las creencias por las que había luchado…, de la gente a la que había amado.

«Edek.»

Una dulce sonrisa asomó a su rostro al pensar en el día en que se conocieron.

Él le llevó clavos.

Ella le dio su corazón a cambio.

Eso era lo único que sentía: que les arrebataran todo el tiempo que podían haber compartido, las batallas que podían haber librado, su

celebración de la honradez, de la decencia humana y el amor universal, que sin duda habría derrotado al odio, a la xenofobia y al fanatismo. Pero ni eso apagaba la luz en su mirada. Mala había vivido, había amado, había luchado junto a sus seres queridos. A sus ojos, eso era más que suficiente.

El día amaneció despiadadamente bonito, con un cielo nacarado teñido de azul y una cálida brisa, suave y tierna como la última caricia de una mujer. En la celda de detención de Edek, el *kapo* Jupp terminaba de atarle las muñecas con un alambre.

—No te aprieta demasiado, ¿verdad? —preguntó, con una expresión extrañamente funeraria aquel día.

—No —mintió Edek—. Está bien.

Jupp le llevó afuera, a la plaza soleada donde parecía haberse reunido todo el campo de hombres. Sus miradas, atormentadas y llenas de dolor, seguían cada uno de los pasos de Edek. En primera fila estaban sus viejos compañeros. Como una guardia de honor, los hombres del *Sonderkommando* formaban la vanguardia, hombro con hombro, con la cabeza alta, la mirada al frente; Kostek era el líder y saludaba al mártir de la resistencia con la mirada. En segunda fila vio a Jurek, el funcionario del bloque de admisiones, pálido y tembloroso, retorciendo la gorra de rayas entre sus nerviosos dedos. Edek asintió al reconocer al gigante Jerzy, y le agradeció silenciosamente su ayuda y amistad; le deseó mejor fortuna para escapar de la muerte. El polaco no movió ni un solo músculo de la cara, pero las lágrimas rodaban por sus mejillas en un interminable surco de profundo dolor. Wieslaw se encontraba entre los rusos, pálido y llorando sin pudor ni medida.

Edek subió a la plataforma, erguido y orgulloso, y se montó solo en el taburete que habían colocado bajo la soga. Notó la aspereza de la cuerda rozando su mejilla y miró al frente.

—¡Atención! —gritó un guardia de las SS.

Otro empezó a leer la sentencia, pero Edek no tenía intención de prestar atención a aquel circo. Aprovechando que los dos estaban de espaldas, metió la cabeza por la soga y volcó el taburete de una patada.

Uno por uno, los prisioneros se fueron descubriendo, apretando la

gorra contra el pecho. Los guardias de las SS corrieron a levantar a Edek, gritando a los reclusos que volvieran a cubrirse, que ellos no habían dado ninguna orden, que habría un *Stehappell* por eso, que ya verían…

Pero nadie se inmutó. Los guardias rabiaban en su impotente ira, amenazándolos con palizas y represalias, pero nadie los estaba escuchando. Aquel día, Edek les dio una lección. Les enseñó que la resistencia era posible y que era mejor morir libre que vivir como un animal.

Sus ojos estaban clavados en la horca.

El poder había cambiado de manos.

Se acercaba el fin.

El fin de los nazis.

Una suave brisa acariciaba el pelo de Mala. Intrépida y orgullosa, encaró a la multitud de mujeres: todo el campo parecía estar allí reunido, algunas llorando abiertamente. Zippy estaba en primera fila, con su oscura melena bailando al aire, y el pañuelo apretado sobre la boca para acallar los sollozos. Al ver sus hombros temblando, Mala le sonrió con ternura, pidiéndole perdón. «Perdóname por dejarte, igual que lo hizo Alma… Ninguna de las dos hemos tenido elección. Pero tú eres fuerte; tú sobrevivirás; tú saldrás de este lugar y contarás las historias de quienes no lo logramos.»

Delante de Mala, Mandl leía en alto su sentencia, con la voz extrañamente blanda y algo temblorosa, como empapada de culpabilidad por ser cómplice de la ejecución de la que había sido su secretaria favorita.

Con una oscura sonrisa en el rostro, Mala estaba cortando los nudos de las cuerdas que ataban sus muñecas a la espalda; cuando por fin se soltó, se cortó las venas. No sintió ningún dolor, solo un torrente de euforia, extraño y triunfal, ante la idea de devolvérsela a los nazis cuando menos se lo esperaban. Tal vez fuera su último gesto, pero era el gesto de una persona libre, de alguien que les había plantado cara hasta el final.

Instantes después, su sangre empezó a manar sobre la horca. Una de las espectadoras soltó un grito ahogado. La guardiana que estaba en el

suelo junto a la plataforma fue la primera en darse cuenta y chilló, llamando la atención de Moll.

Este se volvió hacia Mala, desconcertado. La sonrisa de la chica se convirtió en un gruñido feroz y le asestó una fuerte bofetada en el rostro, cosa que dejó una huella sangrienta sobre su mejilla recién afeitada.

—¡Esto no se le quitará nunca! —Su voz rugió, extendiéndose más allá del patio de desfiles y provocando un escalofrío en todas las presentes—. Yo me voy ya, pero no tardará en estar en mi lugar. Le prometí una bofetada, ahora le prometo que pronto conocerá la horca.

Le asestó entonces otra bofetada, esta vez con la mano izquierda.

Cuando logró recobrar la compostura, Moll la sujetó por los brazos y la arrojó de la plataforma al suelo. Bajándose de un salto, empezó a patear su cuerpo con las botas de punta de metal, sudando y jadeando por el esfuerzo. Y Mala seguía riendo, riéndose de él delante de todo el campo, burlándose de Mandl, que contemplaba aquella escena de pura brutalidad boquiabierta y pálida como un fantasma, con el documento oficial de la sentencia colgando marchito de su mano temblorosa. Mala ya no sentía dolor, solo una alegría maliciosa y aturdida. Y cuanto más fuerte la golpeaba Moll, más resonaban sus escalofriantes carcajadas que estremecieron a todo el mundo.

Por fin, Moll no pudo soportarlo más.

—¡Llevaos a esta puta de aquí! —gritó a sus subordinados—. ¡Llevadla al crematorio y quemadla viva!

Un grito ahogado recorrió las filas de las SS. Hasta las guardianas se miraron desconcertadas; aquello era demasiado.

A través de un velo sangriento que cubría sus ojos, Mala contemplaba el cielo dolorosamente azul, como si su destino ya no le preocupara. Había cumplido con su parte. Había dado esperanza a la gente. Ahora debían utilizarla contra los hombres que los habían condenado a muerte a Edek y a ella.

Por algún extraño motivo, las palabras de Zippy sobre Juana de Arco volvieron a su memoria; a pesar del dolor abrumador, Mala sonrió. Si tenía que morir en las llamas como aquella guerrera y santa francesa, que así fuera. En aquel momento, ese final le parecía

inexplicablemente adecuado.

Varias chicas eslovacas levantaron su cuerpo del suelo para que las SS no lo mancharan con sus manos. La subieron al carro de la muerte y tiraron de él hacia el crematorio, mientras miles de ojos seguían de cerca la triste procesión funeraria. En cuanto el carro desapareció de su vista, todas se volvieron hacia los SS; por primera vez, estas temblaron de miedo ante su mirada de odio.

Una chica había abofeteado al comandante más temido de las SS delante de todo el campo.

De repente, las SS ya no parecían tan invencibles.

Dentro del crematorio, Kostek y sus amigos levantaron cuidadosamente el cuerpo de Mala del carro y lo colocaron sobre la mesa donde yacía el de Edek. Mala había fallecido de camino, por la hemorragia y las heridas, cosa que le arrebató a Moll aquel último deseo. Kostek empezó a limpiar su rostro con un pañuelo, igual que ella había hecho con el suyo, en lo que ahora parecía otra vida.

—¿Los incineramos juntos? —preguntó Filip.

Kostek asintió.

—Sí. Juntos. —Le miró—. ¿Puedes salir y cortar las flores de los parterres? Los húngaros ya están todos muertos. No queda nadie a quien engañar.

—¿Y si los SS…?

—Que les den a los SS —declaró Kostek en un tono peligrosamente alto.

Toda la sala se quedó mirándole asombrada; entonces alguien repitió:

—Eso es. Que les den a los SS.

—Hay que matarlos a todos.

—Quemarlos en los mismos hornos donde llevan años quemándonos.

—¡A quemarlo todo!

El leve rumor se convirtió en gritos y el *Sonderkommando* empezó a planear el levantamiento.

37

7 de octubre de 1944

El día amaneció de un azul claro y agradablemente cálido; sin embargo, una amenaza vaga e invisible envenenaba el aire, ocultando el círculo del sol naciente como una oscura nube. En el patio delante del crematorio IV, los hombres del *Sonderkommando* se hablaban entre susurros mientras observaban a los guardias. Dos días antes, Moll había pedido una lista con trescientos nombres, para formar supuestamente un equipo de limpieza de escombros en algún lugar de la Alta Silesia, donde tendrían abundante comida y barracones limpios y calefactados. Pero el *Sonderkommando* había incinerado a demasiados hombres elegidos para «equipos de limpieza de escombros» como ese como para no atar cabos.

En las últimas cuarenta y ocho horas, habían metido trapos empapados en aceite bajo sus camas, entre las vigas del tejado del crematorio y en el almacén de coque.

En las últimas cuarenta y ocho horas, habían trasladado todo su contrabando del bloque de admisiones de Jurek a los suyos, quitando los tablones del suelo y repartiéndose todas las bombas y armas improvisadas que habían conseguido reunir.

En las últimas cuarenta y ocho horas, se habían despedido solemnemente, dándose las gracias los unos a los otros por ser buenos camaradas y jurándose dar la vida en nombre de la libertad y llevarse consigo a todos los nazis que pudieran.

Con todos reunidos en el patio, Kostek notó el metal de la pistola de Edek metida en la parte trasera de la cintura de su pantalón y una sonrisa malévola retorció sus rasgos hasta dibujar una mueca de odio puro y frío.

Ajeno a todo ello y seguro de sí mismo, Moll empezó a pasar lista.

Al ver que nadie se movía, alzó un poco la voz, frunciendo el ceño. Al minuto siguiente estaba gritando, con su ojo bueno hinchado de rabia, pero la única respuesta que obtuvo fue el silencio desafiante y ensordecedor de las filas del *Sonderkommando*.

—¿Es que ya no entendéis el alemán, malditos granujas? —exclamó Moll, con el cuello empapado de sudor.

Era un sudor nervioso, pues por primera vez en su gloriosa carrera militar se estaba dando cuenta de que ya no le temían; a él, el hombre que antes inspiraba un miedo letal a cualquiera que llevase el uniforme de prisionero en Auschwitz.

Una joven le había abofeteado delante de todo el campo y ahora le veían tal y como era: un patético cobarde enano con un solo ojo. Si no había conseguido aterrar a Mala, ¿cómo iban a temerle aquellos hombres endurecidos?

Empezaron a oírse risas entre las últimas filas, que aparentemente encontraban desternillante al comandante de las SS que gritaba sandeces con la cara roja y sudorosa.

—¡Vete a la mierda, cerdo alemán! —gritó alguien desde atrás.

Moll se tambaleó cuando uno de los prisioneros le alcanzó con una pedrada en la cabeza. Se pasó la mano por la frente y se quedó mirando asombrado la sangre, como si no comprendiera que un invencible guerrero ario como él pudiera sangrar igual que los judíos a los que había ejecutado.

Esta vez, no era la sangre de Mala la que marcaba su cara, sino la suya propia; al percibir su apetecible olor a metal, los que antes eran presas se volvieron depredadores. Un fuego salvaje prendió en sus ojos. Un grito brutal de venganza rompió el silencio, atravesando el aire como un latigazo; de repente, una lluvia de piedras cayó sobre los pocos guardias sorprendidos.

Los hombres de las SS desenfundaron y empezaron a disparar indiscriminadamente hacia el *Sonderkommando*, que ya se había dispersado y había ocupado posiciones estratégicas detrás de los muros del crematorio, su antigua prisión convertida en pocos minutos en bastión fortificado.

—¡Muerte a los opresores! ¡Quemadlo todo! ¡Arrasad este maldito

campo! —Un grito ronco salió de la garganta de Kostek. No reconocía su propia voz, ni sus manos sacando el arma; se sentía poderoso, por fin capaz de defenderse a sí mismo y a sus compañeros contra el mal.

Un humo acre y negro empezó a salir del tejado del crematorio, que había prendido en cuestión de segundos después de que alguien arrojara un cóctel molotov sobre las telas impregnadas en alcohol. El aire se llenó de gritos victoriosos de los prisioneros y chillidos aterrados de los guardias de las SS batiéndose en retirada. Empezó a sonar la sirena del campo desde el cielo ennegrecido, pero ni eso podía ahogar las llamadas a la rebelión.

El resto de los prisioneros contemplaban fascinados y aterrados desde el otro lado de la alambrada cómo el *Sonderkommando* se imponía por unos minutos gloriosos a las SS, cada vez más reforzadas, con sus cascos de acero y sus metralletas en ristre.

Evidentemente, aquella revuelta impensable, aquella impresionante revolución de hombres libres contra la gente que los había esclavizado, no podía durar. No obstante, aunque los intrépidos héroes empezaron a caer abatidos por la lluvia de acero y fuego de las armas automáticas, no lo hicieron en vano. Pues en la tierra ensangrentada, había hombres de las SS abatidos junto a los que fueran sus víctimas. Apenas un par de meses antes, dos mártires habían muerto solo para demostrar que las SS eran mortales. Ahora, la resistencia del campo moría siguiendo su ejemplo, solo para demostrar a sus compañeros presos que las SS también sangraban, que era posible vencerlos y matarlos, incluso quemar el crematorio: solo hacía falta encontrar en el interior de cada uno el valor para luchar.

—¡Arrasad este maldito campo…, que no quede nada!

Con el estómago acribillado a balazos, Kostek se incorporó sobre un codo, reunió todas las fuerzas que le quedaban, apuntó al soldado de las SS que tenía más cerca y le metió su última bala en la frente.

EPÍLOGO

Museo estatal de Auschwitz-Birkenau.
29 de enero de 1968

El hombre aparentaba unos cincuenta años, con su oscura cabellera entreverada de canas, ojos oscuros que miraban inquietos bajo el ceño fruncido, y una expresión algo atormentada en su rostro surcado de arrugas, pero todavía apuesto. Iba elegantemente vestido con traje azul marino y corbata bajo un abrigo de pelo de camello sin abotonar, como si acudiera a una recepción oficial. Los empleados no dejaban de mirarle intrigados mientras recorría el terreno del antiguo campo de concentración visiblemente afectado, con los hombros hundidos y mirando hacia las torres de vigilancia vacías, como si esperara ver la oscura sombra de los guardias de las SS surgir de la nada.

Habían pasado dos días desde el vigesimotercer aniversario de la liberación del campo. La mayoría de los conferenciantes y supervivientes invitados ya se habían ido. A lo lejos, la voz de una guía que explicaba la estructura del complejo del campo a un grupo de escolares resonaba en sus paredes de ladrillo rojo.

El hombre cerró los ojos con fuerza y se apretó los párpados con los dedos en un esfuerzo inútil por desembarazarse de la pesadilla. Cuando los volvió a abrir, el pasado seguía allí, inevitable y aterradoramente real. Viendo que no tenía escapatoria, respiró hondo y se obligó a subir la escalera: cada paso que daba lo llenaba de pavor.

Pálido como la muerte y con gotas de sudor acumulándose sobre el labio superior, se acercó a una empleada del museo y murmuró algo indescifrable mientras jugaba nervioso con lo que llevaba en el bolsillo.

—¿Le puedo ayudar en algo? —le preguntó la joven. Llevaba tres semanas trabajando allí y, como buena historiadora idealista, quería

ayudar en todo lo posible—. ¿Le apetece una visita guiada?

—No. —El hombre soltó una risilla extraña y fantasmal sacudiendo la cabeza sin mirarla a los ojos—. No, preferiría que no. Ya tuve bastantes en mi época.

Se detuvo en seco y, llevado por algún impulso interior, miró intensamente a la joven y empezó a remangarse el abrigo, la chaqueta y la camisa, hasta el codo. Tenía el número doscientos noventa tatuado con tinta azul descolorida en el antebrazo.

La empleada del museo notó que se le hacía un nudo en la garganta. Casi nunca veían números tan bajos allí. Era algo excepcional, porque la mayoría de los prisioneros con números bajos, los veteranos del campo, no sobrevivieron a los cinco años de infierno en Auschwitz.

—¿Le importaría esperar un momento, por favor? —susurró ella con voz ronca, con la mano suspendida reverencialmente sobre su brazo, sin atreverse a tocarle la manga—. Voy a buscar al encargado.

—¡No, no! —exclamó él, con la mirada suplicante de pronto—. No he venido por mí. No quiero ninguna atención especial. Estoy aquí porque…, porque ha llegado el momento. Se lo prometí y no he mantenido mi palabra. Era demasiado doloroso, el recuerdo estaba demasiado vivo. No me veía capaz de… Verá, él siempre fue mejor que yo. Era un auténtico héroe. Igual que ella… —La frase se fue apagando, llena de recuerdos y lágrimas.

El hombre se las enjugó discretamente con el dorso de la mano y sacó un sobre del bolsillo del pecho. Con gran dificultad, lo abrió y sacó un pequeño trozo de papel doblado, que mostró a la empleada del museo sobre la palma de su mano. Con un dedo tembloroso, lo abrió y reveló dos mechones de pelo, uno muy corto y castaño; el otro, largo y rubio, ambos entrelazados.

La joven historiadora se llevó rápidamente la mano a la boca al reconocer los nombres garabateados a lápiz en los bordes de lo que parecía la página de un diario alemán:

Mally Zimetbaum 19880, Edward Galiński 531.

—Me gustaría donar estos mechones al museo. La letra es de Galiński. Son de su cabello y del de Mala Zimetbaum. El *kapo* de

campo Jupp, que tuvo que ahorcar a Edek, me los entregó con la nota una hora después de su muerte; me dijo que era la última voluntad del condenado y que debía dárselos a su padre o al padre de Mala. Pero luego descubrí que el padre de Mala había fallecido en Auschwitz sin que ella lo supiera y que al padre de Edek lo habían fusilado en represalia por la muerte de un nazi a manos de los partisanos. De modo que este trágico recuerdo vino conmigo a todos los campos donde nos trasladaron al acabar la guerra, mientras se acercaban los aliados: Oranienburg, Sachsenhausen, Neuengamme, Schandelach, y lo he guardado hasta hoy. —Tras soltar un suspiro entrecortado, el hombre añadió en lo que apenas era un susurro—: Edek era mi mejor amigo. Mala y él se convirtieron en leyendas de Auschwitz después de su muerte. En cierto modo, sus heroicas últimas palabras y su negativa a someterse inspiraron al *Sonderkommando* a rebelarse en octubre de 1944. Murieron, pero se convirtieron en símbolo de la resistencia. Los hombres del *Sonderkommando* cogieron las armas inspirados por su ejemplo. Debería haber contado su historia hace mucho, pero…

—Usted es Wieslaw Kielar, ¿verdad? —le preguntó la joven, con los ojos brillando al reconocerle.

—Sí —confirmó él con voz suave—. Prometí a Edek que escribiría un libro sobre Auschwitz para contar la verdad sobre cómo vivíamos y moríamos. Llevo demasiado tiempo evitando revivirlo. Tardé años en obligarme a afrontar el pasado. Tenía que volver aquí y verlo todo otra vez para darme cuenta de que no debo guardarme los recuerdos, sino liberarlos. Se lo debo a los muertos. —Cuando miró a la historiadora, sus ojos volvían a estar claros y llenos de una férrea determinación—. Creo que ha llegado el momento de ponerme a escribir, para que el mundo aprenda y nunca lo olvide.

Carta de Ellie

Queridos lectores:

Agradezco profundamente que decidierais leer *La chica que escapó de Auschwitz*. Si os ha gustado, y queréis manteneros al tanto de mis últimas novedades, podéis inscribiros en el siguiente enlace. Vuestra dirección de correo electrónico no se compartirá y podéis anularlo en cualquier momento.

www.bookouture.com/ellie-midwood

Gracias por leer la historia de esta extraordinaria mujer. Espero que *La chica que escapó de Auschwitz* os haya gustado. Si es así, agradecería mucho que escribierais una reseña. Me encantaría saber qué opináis, y será de gran ayuda para que nuevos lectores descubran uno de mis libros.

Gracias de nuevo,

ELLIE

Nota sobre la historia

Muchas gracias por leer *La chica que escapó de Auschwitz*. A pesar de ser una novela de ficción, está basada en una historia real; mientras la escribía, intenté ceñirme todo lo posible a los hechos históricos, tomándome licencias creativas únicamente para mejorar la experiencia lectora. Las circunstancias de la llegada de Mala y Edek al campo, su pasado, el desarrollo de su relación y su posterior fuga, captura y ejecución son fieles a los hechos.

Efectivamente, Edek Galiński llegó en el mismo transporte que Wieslaw Kielar en 1940 y trabajó en un taller de cerrajería a las órdenes de Edward Lubusch. Este era uno de los pocos oficiales compasivos de las SS, y hacía todo cuanto estaba en su poder para que la vida en Auschwitz fuera relativamente soportable para los prisioneros a su cargo. Su indulgencia y constantes enfrentamientos con las autoridades del campo acabaron provocando su traslado a un campo penitenciario para miembros de las SS en Stutthof-Matzkau, centrado en la «reeducación» de guardias «bondadosos» como él; ahora bien, según el testimonio de Wieslaw Kielar, «el resultado fue… completamente el contrario. Su actitud hacia los prisioneros no solo no había cambiado, sino que los trataba con más indulgencia todavía».

Es cierto que Edward Lubusch accedió a conseguir un uniforme de las SS y una pistola para Edek Galiński, lo que posibilitó la fuga de Edek y Mala. A pesar de que ellos no revelaron ningún nombre a sus interrogadores y Lubusch no fue perseguido por ello, desertó poco después de la ejecución de la pareja. Cuando intentaba ponerse en contacto con el Ejército nacional polaco, el *Armia Krajowa*, las fuerzas alemanas lo capturaron y lo condenaron a muerte. Sin embargo, el Ejército alemán necesitaba desesperadamente efectivos para protegerse de los aliados y, en vez de ejecutarle, le enviaron junto con

otros «criminales» como él a defender Berlín frente al ejército soviético. Pero Lubusch consiguió desertar nuevamente después de conseguir documentos falsos y huyó a Polonia, donde vivió hasta su muerte, en 1984.

Wieslaw Kielar se convirtió en cineasta y escritor, y publicó un libro sobre sus experiencias en Auschwitz y la huida de Mala y Edek, titulado *Anus Mundi*. Al escribir esta historia, me he basado fundamentalmente en su relato de los acontecimientos, pues ofrece una visión de lo que realmente ocurrió en el infierno de Auschwitz-Birkenau desde dentro. Recomiendo fervientemente este relato en primera persona a todo aquel que desee conocer esta impresionante historia a través de los ojos de Wieslaw. Kielar donó los mechones de cabello de Edek y Mala, que había guardado durante años, al Museo Estatal de Auschwitz-Birkenau, donde el triste recuerdo sigue expuesto, igual que la inscripción que Edek hizo en su celda de detención en el bloque 11 cuando esperaba su veredicto. Si alguna vez visitáis Auschwitz, pedid a vuestro guía que os los enseñe.

El *Sonderkommando* se levantó contra las SS en octubre de 1944, y logró destruir el crematorio IV, matar o herir a varios miembros de las SS. La revuelta acabó siendo reprimida, pero las ejecuciones en las cámaras de gas se interrumpieron poco después y los hombres del *Sonderkommando* que no fueron ejecutados sobrevivieron también al campo. Podéis leer más acerca de sus espantosas experiencias y su levantamiento en el relato que escribió Filip Müller, titulado *Eyewitness Auschwitz*. El personaje de Filip, amigo de Kostek, está basado en el muy real Filip Müller.

La historia de la exitosa fuga de un funcionario de bloque, que los lectores han conocido simplemente como Rudek, también está basada en la realidad. El personaje se inspira en un superviviente de Auschwitz llamado Rudolf Vrba, que escapó en abril de 1944 después de perder a sus seres queridos del Campo Familiar en las cámaras de gas (la escena de su despedida se basa en sus memorias), e hizo llegar numerosos documentos que le había entregado Filip Müller a líderes judíos con la esperanza de evitar la deportación de judíos húngaros. Debido en parte a la burocracia y en parte a la incredulidad del

público de que pudieran haberse producido tales atrocidades en Auschwitz, no se tomaron medidas significativas y la mayoría de los judíos húngaros murieron en las cámaras de gas del campo. Podéis leer más acerca de las experiencias personales de Vrba y su fuga en sus memorias, *I escaped from Auschwitz*.

El personaje de Stasia, la médica polaca integrante de la resistencia del campo, está basado en una superviviente real de Auschwitz, Gisella Perl. Ginecóloga judía rumana, fue deportada a Auschwitz y salvó muchas vidas practicando abortos a prisioneras cuando un embarazo era virtualmente una sentencia de muerte en Auschwitz-Birkenau. Sabiendo que a las embarazadas se las sometía a espantosos experimentos y que más tarde las asesinaban, cuando no morían ejecutadas en las cámaras de gas nada más llegar, Gisella Perl hacía todo lo posible para salvar la vida de esas mujeres, a pesar de que las condiciones en el barracón-hospital del campo no eran en absoluto higiénicas y carecía de hasta lo más básico para poder trabajar con normalidad. Sobrevivió al campo y recogió sus experiencias en un libro de memorias, *I was a doctor in Auschwitz*, publicado en 1948.

El resto de las figuras históricas que aparecen en el relato, como la *Lagerführerin* Mandl, el *Obersturmführer* Hössler, el *Lagerführer* Schwarzhuber, el *kapo* Jupp, Otto Moll, Antoni Szymlak, Alma Rosé y la amiga y compañera de Mala, Zippy, están basados en las descripciones que de ellos ofrecieron los supervivientes del campo. Podéis leer más sobre ellos en el estudio de H. Langbein *People in Auschwitz*.

El pasado de Mala, su educación y la historia de su deportación también son fieles a los hechos. Al llegar a Auschwitz, la nombraron *lauferin* (mensajera) e intérprete, y trabajaba para la administración del campo. Sus actividades en la resistencia también se basan en los recuerdos de los supervivientes, igual que su generosidad y su deseo de ayudar a todo el que podía. Según una de ellos, Anna Palarczyk, «en Birkenau, la resistencia consistía en ayudar a los demás a sobrevivir. Y Mala tenía el deseo de ayudar: estaba profundamente enraizado en su moral».

A diferencia de la mayoría de los prisioneros privilegiados, que solo

se preocupaban por su bienestar y su supervivencia, Mala hacía todo cuanto podía para mejorar la situación de otros reclusos. Lorenz Sichelshmidt dice en su estudio, *Mala: A fragment of life*, que alimentaba a presas que estaban muriendo de hambre: «De vez en cuando, Mala me traía algo de pan, un poco de miel, una zanahoria. Sin eso, habría muerto» (testimonio de R. Liwschitz); también ayudaba a levantar la moral de las prisioneras ofreciéndoles información vital: «Nos daba recortes de periódico que nosotras leíamos antes de pasarlos a otros» (testimonio de R. Liwschitz); pero lo más importante fue su labor consiguiendo medicinas para las prisioneras enfermas, algo que en Auschwitz-Birkenau era cuestión de vida o muerte: «Corrí al cuarto de baño, que era el lugar habitual para los encuentros secretos. Mala me estaba esperando allí. "Saludos de tu amiga", me dijo. "Está enferma, necesita medicinas, Digitalis o Cardiazol". "Yo no tengo," le contesté desesperada. "Intentaré conseguírtelo, pero nadie se atreve a meter cosas de contrabando en Birkenau…" "Ya lo hago yo", me interrumpió moviendo la mano, y así lo hizo» (testimonio de R. Kagan).

Gracias a que Mala logró convencer a Maria Mandl de que le permitiera ejercer como funcionaria asignando a las prisioneras recién curadas de una enfermedad a distintos equipos de trabajo, salvó muchas más vidas con sus acciones, según afirman distintas supervivientes: «Daba igual que fueran judías, polacas u otra cosa. Siempre que podía, mandaba a las más débiles a un lugar donde los guardias no eran muy estrictos ni el trabajo tan duro, para que tuvieran alguna posibilidad de sobrevivir» (testimonio de Anna Palarczyk). Otra superviviente, Margita Svalbova, también dio fe de las valientes acciones de Mala y su pertenencia a la resistencia del campo: «Teníamos confidentes prácticamente en cada bloque para salvar vidas, para advertirnos sobre peligros, como selecciones y recuentos, y para obstaculizar órdenes directas de las SS. Eso permitió que Mala pudiera actuar con tanta valentía, y también significa que debía tener un puesto importante dentro de la resistencia».

Sin embargo, creo que la valoración de otra superviviente, Giza Weisblum, es la que mejor resume su carácter: «Mala tenía fama de ser

una persona dispuesta a ayudar. Actuaba como le parecía correcto, e independientemente de nacionalidades o afiliaciones políticas ayudaba todo lo posible a todo el mundo».

Muchísimas gracias por leer la historia de esta joven intrépida y este joven valiente que desafiaron al destino animando a muchos otros a oponer resistencia con sus valerosas acciones. No olvidemos nunca su heroísmo.

Agradecimientos

Ante todo, quisiera dar las gracias a la maravillosa familia de Bookouture por ayudarme a sacar a luz la historia de Mala y Edek. No hubiera sido posible sin la ayuda y orientación de mi extraordinaria editora, Christina Demosthenous, cuyas ideas han dado vida a los personajes, y cuyo estímulo y apoyo hacen que intente esforzarme todavía más en mis novelas para convertirme en una escritora mejor. Gracias a Kim Nash, Noelle Holten, Ruth Tross y Peta Nightingale por toda vuestra ayuda y por hacerme sentir a gusto y en casa con vuestro magnífico equipo editorial. Ha sido un auténtico placer trabajar con vosotros y me muero de ganas de crear más proyectos bajo vuestra dirección.

Mamá, abuela: gracias por preguntarme siempre qué tal va mi novela y por animarme a cada paso. Vuestro apoyo y vuestra fe en mí hacen que este viaje sea mucho más fácil, sabiendo que siempre me defenderéis y siempre seréis mis mayores fans. Gracias por todo vuestro amor. Os quiero a morir.

Ronnie, mi amor: nada de esto habría sido posible sin ti. Cada vez que conoces a alguien, lo primero que le dices de mí es «mi prometida es una gran novelista, ¡tienes que leer sus libros!». Yo siempre refunfuño diciendo que me avergüenzas con tanta atención, pero en el fondo agradezco muchísimo que estés tan orgulloso de mí. Gracias por todo tu apoyo y por aguantar mis fechas de entrega y todos los datos que estoy soltándote constantemente. Eres mi estrella.

Un agradecimiento especial a mis dos bichines, Vladlena y Anastasia, por su amor y su apoyo. A todos los autores que he conocido a través de Facebook y que han terminado siendo buenos amigos: ¡sois una auténtica inspiración! Os considero parte de mi familia.

Y, por supuesto, muchísimas gracias a mis lectores por esperar pacientemente mis nuevos libros, por celebrar presentaciones de cubiertas conmigo, por leer las copias de lectura anticipada y mandarme esos mensajes de «me quedé leyendo hasta las tres de la madrugada porque tenía que terminar tu maravilloso libro», por esas reseñas que siempre me alegran el día y por enamoraros de mis personajes tanto como yo. Sois el motivo por el que escribo. Gracias por leer mis historias.

Y, finalmente, debo mi mayor agradecimiento a todas las personas valerosas que siguen inspirando mis novelas. Algunas sobrevivisteis al Holocausto, otras no, pero vuestro admirable coraje, vuestra resiliencia y vuestro sacrificio seguirán vivos en nuestros corazones. Vuestro ejemplo siempre nos inspirará para ser mejores personas, para levantarnos por lo que está bien, para dar voz a quienes han sido silenciados, para proteger a quienes no pueden protegerse por sí mismos. Todos sois auténticos héroes. Gracias.

Título original en inglés: *The Girl Who Escaped from Auschwitz*

© 2021, Ellie Midwood

Primera publicación en Gran Bretaña en 2021 por Storyfire Ltd. a través de Bookouture.

Primera edición: noviembre de 2022

© de la traducción: 2022, Ana Momplet Chico
© de esta edición: 2022, Roca Editorial de Libros, S. L.
Av. Marquès de l'Argentera 17, pral.
08003 Barcelona
actualidad@rocaeditorial.com
www.rocalibros.com

Composición digital: Pablo Barrio

ISBN: 9788419283405

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.